

Selección RNR

# Amor

ENTRE PARÉNTESIS



CAMILLA MORA



Romance Actual

# Amor entre paréntesis

*Camilla Mora*



1.ª edición: septiembre, 2017

© 2017 by Camilla Mora

© 2017, Sipan Barcelona Network S.L.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Sipan Barcelona Network S.L. es una empresa

del grupo Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-828-0

Gracias por comprar este ebook.

Visita [www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com) para estar informado de novedades, noticias destacadas y próximos lanzamientos.

Síguenos en nuestras redes sociales



Maquetación ebook: emicaurina@gmail.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

# Contenido

Portadilla

Créditos

Nota editorial

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Epílogo

Nota de autora

Promoción

# NOTA EDITORIAL

Selección BdB es un sello editorial que no tiene fronteras, por eso, en esta novela, que está escrita por una autora latina, en este caso argentina, es posible que te encuentres con términos o expresiones que puedan resultarte desconocidos.

Lo que queremos destacar de esta manera es la diversidad y riqueza que existe en el habla hispana.

Esperamos que puedas darle una oportunidad. Y ante la duda, el Diccionario de la Real Academia Española siempre está disponible para consultas.

# Prólogo

Gabe estrujó la nota entre sus manos, una furia abismal le corroía las entrañas. No podía creerlo, Martin había huido. Releyó las escasas líneas:

*Lo siento, hermano. No puedo hacerlo. Tengo que perseguir mi sueño.*

¡Perseguir su sueño! ¿Y qué había con el suyo? ¿Acaso él no tenía derecho a hacer lo que le dictaba su corazón a los diecinueve años? Pensó en su madre, quién estaba destrozada después del fallecimiento de su esposo, en las responsabilidades que le habían caído encima y a las que ella no podía hacerles frente. Al menos no por ahora debido al estado anímico en el que se encontraba.

Hacía unas semanas que el padre de él y Martin había fallecido de un repentino ataque cardíaco. Eso había conmocionado a los hermanos, aunque más aún a Gabe al haber sido el que lo había hallado en el suelo del vestíbulo ya sin vida; y los había dejado a la deriva con sus propios proyectos inconclusos. Su madre había caído en un mutismo espantoso y en un estado casi catatónico. Parecía un fantasma, se la pasaba sentada en el sillón de su cuarto junto a la ventana con el rostro fijo en la calle, pero sin ver nada. No hablaba con nadie, apenas comía, solo miraba a través del vidrio como si esperara que su esposo apareciera en el camino de entrada.

Luego del entierro hubo una reunión tras otra con los abogados de su padre, miles de papeles que completar y problemas que solucionar. Al su madre no estar preparada para tomar las riendas de la empresa fundada por su abuelo, Chocolaterías McDougall, él y su hermano gemelo, Martin, habían tratado de hacerse cargo.

Ambos habían decidido a muy temprana edad que no formarían parte del negocio familiar, aunque Gabe debía confesar que todo lo relacionado a la producción de chocolates siempre le había fascinado. No obstante, su padre, por más que lo había intentado, no había logrado prepararlos para tomar la presidencia ni tampoco había designado a nadie para ocupar su lugar. Claro que tampoco pensaba dejar el cargo vacante de manera tan repentina y tan joven.

Gabe había tenido un solo sueño desde que había posado sus dedos en las teclas blancas y negras del piano que sus padres mantenían en el salón: estudiar en Juilliard. Cuando había logrado ingresar, había sido el día más feliz de su vida. Su corazón le decía que le esperaba un maravilloso futuro rodeado de partituras y conciertos en los que pudiera interpretar la música que llenaba su alma y su corazón.

Sus ojos retornaron a esas simples líneas que le había dejado Martin y fue como una puñalada directa en el pecho. Su hermano lo plantaba con la empresa y con una madre depresiva. Cerró los ojos con fuerza para contener las lágrimas que amenazaban con escaparse.

¡No podía hacerle esto! Martin no podía abandonarlo y dejarlo solo con la avalancha que se le venía encima. ¡Él también tenía sus sueños! Sueños que, al volver a posar sus ojos en aquella simple nota de escasas palabras, parecían desvanecerse y que unas garras lo atrapaban en un futuro sombrío y silencioso.

Tal vez también debería escapar. Seguir el ejemplo de su hermano y huir de la esclavitud que se le avecinaba, ser libre. ¿Qué sería de su madre? ¿Quién se ocuparía que estuviera bien, que tomara sus medicinas para superar la depresión en la que había caído? ¿Quién cuidaría el imperio que su abuelo y luego su padre habían creado? Amaba la empresa, no era su sueño, pero la amaba, y no podía decepcionar a su padre al permitir que lo que tanto había cuidado, muriera.

Tomó una respiración profunda y trató de hacer las paces con su decisión. El papel tembló en su mano y su mirada se nubló. Gabriel McDougall no sería un gran músico. No habría más conciertos improvisados con su banda. No existirían más ensayos, no escribiría más letras ni melodías que cautivaran a sus espectadores. Aquello quedaría en el pasado, pues si tan solo lo dejara subsistir en la superficie, sabía que no podría ser lo suficientemente fuerte. Había que cortar de raíz para no transitar una muerte lenta y prolongada.

Un odio sin igual germinó hacia su hermano. Hacia ese hombre que compartía sus facciones, pero que poseía el cabello unas tonalidades más claras. Aquel que era su mitad, su cómplice en cada una de sus travesuras, con el que había enfrentado a su padre para confesarle su resolución de no continuar con el designio familiar.

Arrugó la maldita nota en la que no figuraba ni siquiera un lugar ni un teléfono, nada para poder dar con Martín, y la arrojó a un lado.

Tomó una resolución. Él no abandonaría a su familia. Gabriel McDougall salvaría el negocio familiar y ayudaría a su madre a salir del pozo en el que se había hundido. Aunque su alma muriera en el proceso.



# Capítulo 1

## *Dieciséis años después*

Una delicada mano de mujer se entremetió entre las puertas del elevador justo cuando estaban por cerrarse del todo. Las hojas de metal se abrieron al instante y dieron paso a una fémina que hizo que el cuerpo entero de Gabe se tensara.

—¡Maldición! —masculló Morrigan—. Que mala puntería. —Se apostó de espaldas a él, bien pegada a las puertas, en un claro gesto de rechazo.

Gabe carraspeó y se inclinó hacia adelante.

—Buenas tardes para ti también. —Sus palabras sardónicas denotaban desprecio. Unos años atrás se había topado con un cliente de ella que le había comentado que Morrigan ofrecía algo más que sus servicios profesionales, y desde entonces nunca pudo contemplarla con los mismos ojos.

—Ya no son tan buenas — espetó ella—, hasta hace un par de segundos sí que lo eran.

Gabe fijó la mirada en aquella risada cabellera rojiza, que era como una llamarada, y en la figura curvilínea y pequeña de Mor. ¿Qué mierda hacía ella aquí? Solo una idea se le formó en la mente y le dio una punzada en el pecho.

—No te entrometas —dijo entre dientes sin tratar de esconder su desaprobación por los actos de la mujer.

Mor dio un respingo y lo observó por encima del hombro con evidente desagrado. Desde hacía unos años se habían declarado la guerra o más bien Gabe creía que él se la había declarado y ella tan solo había comenzado a defenderse de sus ataques.

—¿A qué te refieres? ¿Que no me entrometa con qué?

—Mejor dicho, entre quienes. —Gabe se acercó, amenazadoramente, a ella—. Sabes que él está en pareja, conviviendo con su novia y feliz. Apártate —la previno por lo bajo.

Los ojos color almendra de la mujer se ampliaron de asombro y Gabe advirtió las espigas verdes que le otorgaban una brillantez particular a su mirada y un aspecto felino.

—No quiero creer que me dices lo que escuchan mis oídos. —La voz de Morrigan adquirió un tono asesino, pero antes de que él pudiera agregar algo más, las puertas se abrieron en el piso del apartamento de Mark y Keyla. Morrigan se apresuró a descender y Gabe se encaminó por el corredor a unos pasos por detrás, alcanzándola cuando ya tocaba el timbre.

—Ey, ¿qué hacen juntos aquí? —preguntó Mark al abrirles la puerta. No era ningún secreto que no se soportaban, y sus amigos habían presenciado varias de sus contiendas.

—No estamos juntos —contestaron al unísono Mor y Gabe.

—Sabías que vendría —le reprochó Gabe a su amigo, chocando con su hombro al entrar. Mark no podía haberse olvidado de que se reunirían, era lo único que se le ocurría para que hubiera invitado también a la mujer.

—Hola, precioso. —Mor tomó por la barbilla a Mark, le estampó un beso en la mejilla y le guiñó un ojo—. ¿Key?

Mark le sonrió con cierta picardía, y Gabe apretó las mandíbulas con exasperación. Si esta mujer con cabellera de fuego hacía algo que ensombreciera la relación que su amigo tenía con Keyla, la acogotaría. La contempló mientras se deslizaba por el apartamento con aquel andar que derrochaba sensualidad. Parecía que cada movimiento que realizaba estaba destinado a cautivar al género masculino, al menos con él había surtido efecto en un pasado hasta que le habían quitado el velo de los ojos.

—Hola, hermosa —contestó Mark y sacó a Gabe de su estado de ensoñación—. Key está terminando de arreglarse, pronto estará lista.

—Bien. No hay que apresurar a una mujer cuando está realzando su belleza.

—He intentado comunicarme contigo.

—Ah, es mi móvil, que no hace más que jugarme malas pasadas. Tengo que comprar uno nuevo. —Mark le pasó un brazo por los hombros y la apretujó a su costado en un medio abrazo. Ella alzó el rostro hacia él y le brindó una sonrisa que le iluminó las facciones de tal manera que Gabe quedó hipnotizado. Cuando la soltó, Mor se adentró en la sala de estar y se acomodó en el sofá con movimientos perezosos.

Mor clavó la mirada en la de Gabe y apartó los ojos al instante con lo que él interpretó como desagrado. Sin saber la causa, pues lo tenía sin cuidado lo que esa mujer sintiera por él, se incomodó con tal rechazo. Al fin y al cabo, ella debería avergonzarse dada la escena de llana coquetería que acababa de presenciar, como si no estuviera la novia de Mark en la habitación de junto.

—Ey, Gabe. ¿Vas a quedarte ahí? —preguntó Mark.

Gabe había quedado apostado a unos pasos de la puerta de entrada. Desvió los ojos a los verdosos de Mark y este le frunció el ceño. Suponía que era evidente el desagrado que la situación tenía para él. Mark se le aproximó, serio.

—Cambia esa cara, viejo.

—Cuando tú te comportes —escupió Gabe. Conectó la mirada con aquella verdosa y se la sostuvo con terquedad.

—¿De qué demonios hablas? —demandó Mark, y a Gabe no le pasó desapercibido el tono de advertencia en su voz.

Su amigo podía ser muy gracioso y divertido y parecer que se tomaba todo a la ligera, cuando en realidad no era así. Y ahora mismo estaba viendo que llegaba al límite de su tolerancia.

—Si tú...

—¿Si yo, qué? —soltó Mark y se le aproximó aún más sin desviar la mirada de la suya.

—Si arruinas lo que tienes con Key por ella, te juro que te...

Mark lo aferró del brazo y lo arrastró hasta la cocina de concepto abierto integrada al *living*, que se hallaba a cierta distancia del lugar dónde Mor acariciaba a Tabitha sobre el sofá, antes de que Gabe pudiera finalizar la frase.

—Vamos a dejar algo en claro, Gabriel —dijo Mark con la nariz casi pegada a la del moreno y con voz grave. El ambiente se tornó tenso y el hombre frente a Gabe adquirió una postura que podría decirse

atemorizante, sin embargo, a él no le infundía miedo. Lo que sí le sorprendía era la capacidad de Mark de cambiar de una persona dulce a una que daba escalofríos—. Primero, yo amo a Keyla y no existe ninguna otra mujer para mí. Segundo, Morrigan es mi amiga y, al menos cuando estoy presente, la respeta. Tercero, ella no merece que seas tan obtuso.

—No soy obtuso, si tú supieras...

—No quiero chismes. —Desestimó Mark con un gesto de la mano mientras apoyaba la cadera contra el borde de la mesada y se cruzaba de brazos—. Conozco cómo es ella, y eso me basta. Lo que pudieras decir solo haría que tú y yo nos peleáramos. Además, Mor vino a buscar a Key, no a mí.

Las palabras de Mark lo detuvieron en seco, frunció el ceño y escuchó cómo los engranajes de su mente trataban de darles sentido.

—¿A Keyla? —No sabía que las mujeres fueran amigas.

Siempre había visto que Mor revoloteaba alrededor de Mark desde que había realizado la decoración de S&P, la agencia de publicidad que dirigía junto a Alex. Bueno, y después de que su *amigo con derechos* se enamorara de Nick, uno de los miembros de la agencia.

—Es una salida de solo chicas. Eso es por lo que te invité a ti aquí. Pensé que podíamos tener una reunión de hombres. Alex, tú y yo.

—Hace mucho que no pasamos tiempo juntos —concedió Gabe.

—Uy, Gabe, ¿acaso me extrañas? —Mark le pasó un brazo por los hombros, batió las pestañas y le estampó un beso en la mejilla de sopetón.

—Sal de aquí. —Gabe le dio un pequeño empujón para apartarlo de su costado y soltó una carcajada—. Sabes que sí.

Morrigan observaba el intercambio entre Gabe y Mark por el rabillo del ojo mientras acariciaba la cabeza de Tabitha, la perra de raza galgo de Key y Mark. La habían adoptado del refugio para el que trabajaba Keyla de forma voluntaria. Envidiaba el vínculo de cercanía que ellos tenían. Era del mismo tipo del que había compartido con Brian, pero desde que él vivía con Nick ella se había distanciado. No quería que su nuevo novio se sintiera amenazado por su presencia al haber sido la antigua amante. Claro que no habían sido novios, sino más bien amigos con derechos, aunque Mor debía confesar que una vez se había creído enamorada de Brian. Lo extrañaba tanto como si le hubieran cortado un brazo. Él había sido más que su amante, era su mejor amigo, su confidente, el que conocía todos sus recovecos.

Contempló de nuevo a los hombres que bromeaban. De pronto, Gabe conectó la mirada con la suya y abandonó la expresión divertida por una de desprecio.

—Hola, cariño. ¿Qué crees? ¿Ese hombre es el diablo encarnado? —Acunó las mandíbulas de la perra y clavó los ojos en los marrones y dulces—. Tienes razón. Da miedo con esos témpanos de hielo por ojos y su humor ennegrecido. Brrrr. —Mor se estremeció y le sonrió a Tabitha, quien también parecía sonreírle con su inocencia animal—. No te preocupes, él no puede hacerme nada con aquella lengua viperina. —Tabitha dio un ladrido y Mor lo sintió como una señal de asentimiento.

Gabe nunca había tenido una palabra amable para con ella. Sin embargo, ella una vez se había sentido

atraída por el heredero de las Chocolaterías McDougall. Era un hombre atractivo con su cabello negro como la noche, ojos grises y labios finos que parecían siempre serios cuando la observaban. Mor sabía de dónde provenía aquel rechazo. Se había dado desde el inicio, la primera vez que lo vio había sido en un evento de caridad unos años atrás, en el que también había coincidido con un excliente con el que había mantenido una relación y al que había abandonado hacía poco tiempo, por lo que aún estaba resentido con Mor y había desperdigado el rumor de que ella no solo ofrecía un trabajo de decoración, sino uno entre las sábanas también. Pues que la había llamado «puta» lisa y llanamente. Y para que fuera aún peor, también se hallaba una cliente de quien su marido había intentado meterle mano a Mor, sin embargo, la señora había gritado a los cuatro vientos que Mor era una roba maridos.

En aquel evento, Mor y Gabe habían compartido un par de miradas sugerentes, pero unos minutos después notó que hablaba con aquellas dos personas ingratas, y lo que pudiera haber sucedido entre ellos se había ido al traste en un chasquido de dedos. Desde entonces, Morrigan Forrester se había convertido en un ser inmundo para Gabe.

Lo más irónico era que no tenía un gran historial de amantes y había trabajado duro para lograr el prestigio que tenía como decoradora de interiores sin meterse en la cama con ninguno de ellos. Pero lo aún peor era que, a pesar de todo, Gabe le agradaba. Aunque antes muerta que demostrárselo.

—Ey, Mor.

La voz de Key la sacó de sus pensamientos y apartó la mirada del hombre que la despreciaba. La joven apareció vestida en una de sus acostumbradas túnicas. Esta vez se trataba de una de color amarillo claro con unas enormes mariposas violetas, verdes y turquesas estampadas a lo largo de su torso. Era una joven hermosa y excéntrica que había abandonado su vida acomodada para salir adelante por sí sola. Mor calculó que si ella tenía veintinueve años, Key debía tener unos cuatro o cinco años menos.

—Key. —Mor se alzó del sillón y la saludó con un beso en la mejilla. Aún no se sentía del todo cómoda al lado de la joven. En un comienzo de la relación con Mark, Keyla había creído que entre su novio y Mor existía alguna clase de vínculo amoroso. Era un asunto que jamás habían tocado ni aclarado, por lo que se había sorprendido sobremanera con la invitación a su salida de chicas.

Morrigan participaba de los encuentros sociales de los miembros de la agencia publicitaria S&P, pero siempre había concurrido del brazo de Brian. Desde que Brian había blanqueado su noviazgo con Nick, Mor se había distanciado de su mejor amigo y había abandonado aquellas salidas.

La verdad era que la soledad se apoderaba de ella, por lo que agradecía que Keyla la incluyera en este encuentro de chicas. Mor no poseía amigas mujeres. Bueno, no tenía amigos en realidad. Solo contaba con Brian. Qué patética, ¿verdad?

—¿Estás lista? —preguntó Key, y Mor asintió en respuesta—. ¿Dónde está...? —Key volteó y encontró a Mark con Gabe en el espacio de la cocina—. Veo que los hombres están ocupados y te han dejado sola.

Morrigan se encogió de hombros y sonrió para no darle mayor importancia. Key se acercó a los hombres y Mor la siguió a paso lento. Se despidieron de ellos y partieron del apartamento. Subieron al automóvil de Mor. Por lo que Key le había dicho, ella aún no sacaba el carnet de conducir.

—Mor, no quiero sonar entrometida, pero ¿entre Gabe y tú...?

—Él me aborrece —soltó sin apartar la mirada del tráfico de Manhattan que se movía a paso de hormiga.

—Sí, ¿por qué? —preguntó la mujer de cabello acaramelado y ojos violáceos—. ¿Le has hecho algo?

Mor sacudió la cabeza. ¿Por qué todos suponían que ella tenía la culpa? Gabe había decidido condenarla sin cuestionar los comentarios que habían llegado a sus oídos.

—No, solo que prefirió creer ciertos rumores acerca de mi persona.

—¿Has tratado de que te escuchara?

—No, ¿para qué? —Se giró hacia la joven—. Él puede creer lo que quiera, yo sé cuál es la verdad, y con eso me basta.

—Una vez oí unos comentarios que él hizo sobre ti. —Morrigan se ruborizó y apartó la mirada—. Lo siento, es que tiene cierta base. Eres coqueta con los hombres...

—Oh, Keyla —gimió con angustia—, nunca jamás intentaría nada con Mark, lo sabes, ¿cierto? O con Alex o... con ninguno de los que están apartados.

—Ey, Mor, lo siento. —Key le posó una mano sobre el brazo—. No quería perturbarte.

—Si no quieres que salga con ustedes o no te sientes cómoda...

—No, claro que no. Mark me ha explicado que es solo como una especie de *mecanismo*, o así lo llama él.

—Es solo un juego inofensivo. —Mor sacudió la cabeza y se maldijo por dentro. Ella misma se ponía en esa posición de que la tildaran de coqueta—. No implica que quiera nada más. No pretendo mantener una relación con ninguno de ellos y quizás te hayas percatado que solo lo hago con algunos.

—Sí. Con Mark y quizás un poco con Alex.

—Ellos son seguros —argumentó, aunque no creía tener ningún sentido con sus palabras—, no tengo que preocuparme de que quieran algo más conmigo. Sé que puedo relajarme al estar con ellos.

—Eso mismo dijo Mark.

—Vaya que les he acaparado las charlas —dijo irónica.

—Bueno, fuiste un tema constante después de lo de Brian. Él se preocupa por ti.

Eso la sorprendió. Mark era primo de Brian y su lealtad se debía a él, aunque no había habido una ruptura dado que nunca habían sido pareja. Y por lo que sabía, Brian y ella continuaban siendo amigos.

—Por eso esta invitación —concluyó con pesar. Creía... ¿Qué? ¿Qué pasaría a ser parte del grupo de chicas de S&P? ¿Qué compartiría sus salidas?

—Sí, pero realmente quería que vinieras. Eres amiga de mi novio y supongo que esa amistad se extiende a mí. Hacía tiempo que no te veíamos y con las chicas estuvimos hablando...

—¡Oh, Dios! ¿También fui la protagonista de las conversaciones con tus amigas? —Sin poder controlarlo, se ruborizó entera como solo las pelirrojas consiguen hacerlo, como un verdadero tomate maduro.

—Mor, no seas tan dramática —desestimó Key con una risotada ligera—. Has sido parte del grupo desde que comenzaste con la decoración de S&P, inclusive antes de que me uniera yo.

—¿Me crees parte? —preguntó incrédula.

—Claro, cariño. Todas lo vemos así.

Mor parpadeó un par de veces para mantener las lágrimas a raya. ¡Ay, no podía ser más patética! Pero esa sola afirmación de Keyla hizo que su corazón se hinchara de alegría y que su sensación de soledad comenzara a desvanecerse un tanto.

## Capítulo 2

Gabe no pudo evitar posar la mirada en la mujer de cabellera de fuego mientras se retiraba. Aquel cabello ondulado y rojizo, su mirada felina y las pecas que le salpicaban el rostro lo enloquecían y obsesionaban. Así había sido desde el primer momento en que había posado la vista en aquella mujer. No sabía cuál era la razón de su resistencia a ella. ¿Qué mierda le importaba que ella se acostara con posibles clientes para lograr un contrato? ¿Desde cuándo se había vuelto tan puritano? Gabe no había estado enamorado de las mujeres con las que había compartido cama, eso hacía que su disgusto hacia Morrigan lo afectara aún más. Ni siquiera creía en un sentimiento como el amor. ¿Así que por qué no se daba un revolcón con la hermosa pelirroja y la superaba?

—Ey, te estoy hablando, viejo —dijo Mark a la par que le agitaba una mano por delante del rostro.

—¿Mmm?

Gabe posó los ojos en el hombre. Sí creía en la amistad, era un vínculo que reconocía al mirar a Alex y Mark. No hacía mucho que se habían convertido en amigos, en el último año, pero el lazo entre ellos se había vuelto tan duro como el hierro. No era que nunca hubiera tenido amigos, porque los había tenido con un lazo más espeso que la sangre. Ellos lo habían tratado de apoyar en el fallecimiento de su padre y en la posterior huida de su hermano. Sin embargo, Gabe los había apartado uno a uno de su lado. Si era sincero consigo mismo, había sido un injusto hijo de puta que solo podía mirarse el ombligo en aquel momento oscuro de su vida. Extrañaba a Chez y Paulie, era consciente de que siempre lo había hecho, sin embargo, jamás los había buscado, era algo que se reprocharía siempre. No obstante, ahora tenía nuevos amigos. Como un nuevo comienzo. Aunque no podría decirse que él fuera una pizarra en blanco o fácil de llevar. Lo que hacía que la amistad con Alex y Mark fuera más valiosa.

—Te estaba diciendo que viene Alex y que si quieres, pedimos unas pizzas. ¿O prefieres salir?

—Unas pizzas estarán bien.

Se desplazaron hasta el sector del *living* y Gabe tomó asiento en el sofá dejado por Mor mientras Mark se acomodaba en el sillón a su izquierda.

—Y una buena película. —Gabe soltó un gemido estrangulado—. ¡Ey!

—No sabía que venía a que me torturaran. Por favor, al menos que sea en colores y en inglés. Nada de esas cosas europeas o peor aún, asiáticas.

—Alex y tú no aprecian lo que es bueno. A ver, a ti te gustan las de acción y a Alex, las comedias tontas. —Mark se puso un dedo sobre la barbilla y miró hacia arriba como si pensara en la mejor opción—. Te juro que esta te va a encantar.

Mark se elevó de su asiento. Rebuscó en su estantería que cubría toda una pared repleta de cajas de DVD y sacó uno. Gabe sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Mark era un cinéfilo incorregible y los había hecho ver *films* que era mejor olvidarlos. Claro que para él eran pequeñas obras de arte.

—Además, la próxima salida te toca elegir —anunció Mark. Al menos Gabe tendría oportunidad de vengarse.

Mark le lanzó la pequeña caja.

—*Willy Wonka y la fábrica de chocolate*. ¿En serio? ¿Es la de Johnny Depp?

—No, esa es *Charlie y la fábrica de chocolate*. Esta es un poquitín más vieja. Te encantará. Te hará darte cuenta de cómo tienes que renovar tu fábrica, *Willy*. —Mark soltó una risotada mientras volvía a repantigarse en su sillón.

—¿Quieres que contrate unos hombrecitos que bailen por todo el sector?

—Eres gracioso, pero no. Hablando en serio, quiero que cambies la imagen de la fábrica y que quede a tono al cambio de imagen que le hemos hecho a tu marca, viejo.

Gabe bufó.

—No vuelvas con lo mismo.

Mark sacó una tarjeta de su billetera.

—Aún tengo esto para ti. —Le extendió el pequeño cartón blanco que solo rezaba un nombre y un teléfono celular. Gabe ya sospechaba el de quién, pero lo tomó de todas formas—. Tienes que actualizar la presentación, el área en donde recibes a los potenciales clientes y mantienes las reuniones.

—Mark, estamos hablando de modificar toda una planta.

—No olvides también el ingreso. Es importante la primera impresión y, pues, el *hall* principal es un poquitín anticuado y ni hablar de tu despacho. La decoración debe remontarse a dos siglos atrás.

Gabe contempló la tarjeta en sus dedos. Mark tenía razón. Su abuelo había abierto la empresa y todo había quedado tal y como él y su padre lo habían establecido. Desde que Gabe se había hecho cargo, Chocolaterías McDougall había ampliado la variedad de productos que ofrecía en el mercado, había abierto más sucursales a lo largo del país y, con la ayuda de S&P, había cambiado la imagen de la marca, lo que ayudó a ampliar el rango etario de los consumidores. Sin embargo, la cara de la empresa era la misma desde sus inicios.

Había visto el trabajo de Morrigan y sabía que era excelente. Tal vez no fuera mala idea que ella se encargara. Mientras no intentara obtener un mayor beneficio económico metiéndose en sus sábanas.

—Lo pensaré. —De pronto, Tabitha saltó sobre él y le lengüeteó la mejilla—. Yo también te adoro, preciosa. —Gabe le rascó tras las orejas mientras se carcajeaba por el entusiasmo de la perra. Sus facciones se suavizaron y se volvieron juveniles al jugar con la can.

—Deberías adoptar una.

Gabe conectó la mirada con la pensativa de Mark, que mantenía fijada en él.

—No estoy en todo el día. No podría hacerme cargo de una mascota. ¿Además, condenarías a un animal a vivir conmigo? —Gabe hizo como si se estremeciera, y eso arrancó una sonrisa de Mark, aunque pudo notar el tinte melancólico de su expresión.

—Me preocupas. Estás solo. Necesitas una conexión, algo que te ate, viejo.

—¿Y un perro es el remedio?

—En un comienzo.

Gabe estaba por refutar la opinión de su amigo cuando el timbre sonó. En cuanto Mark abrió la puerta, el último invitado a esa pequeña reunión apareció. Alexander Peters, el socio de Mark y que también era



como su hermano, ya que se conocían desde niños. Gabe sabía que habían transitado ciertos momentos escabrosos en sus vidas, de los que él poco sabía, pero había oído algunos retazos de conversación que mantenían frente a él como si estuviera enterado del tema. Jamás preguntaba. Ellos sabían que podían recurrir a él si era necesario.

—Alex, ya estamos sentenciados. —Gabe alzó la caja del DVD, y Alex soltó una carcajada.

—En esta estoy con Mark, lo siento. Quiero ver tu versión cinematográfica, además Johnny es un gran actor.

—Pero si no es esa, ¡esta es de 1971! ¡1971! —insistió por si no hubiera quedado claro, apuntando a la fecha de producción en el reverso de la caja.

—Pues te aguantas —dijo Mark con el dedo en alto y una mueca que parecía contener una carcajada—. ¿Cómo va todo, Alex?

Alex ensanchó la sonrisa, y Mark conformó otra cargada de la misma emoción y alegría. Gabe atestiguó el intercambio, y algo muy parecido a la envidia le anidó en las entrañas. Los escuchaba hablar sobre sus vidas en pareja, sin embargo, las voces le llegaban como lejanas. Gabe no creía en ese sentimiento que te enlazaba a la existencia de otra persona, pero lo que le había dicho Mark, que se encontraba solo, le resonaba dentro. Se sentía solo, salvo por sus dos amigos con los que salía de vez en cuando, no poseía a nadie en su vida. Mantenía una existencia vacía.

Clavó la mirada en sus rostros. Ambos resplandecían de felicidad gracias a que habían encontrado a la mujer que completaba sus corazones. ¿Se podía ansiar algo en lo que no se creía? Se hundió aún más en su asiento y centró la vista en sus manos sobre su regazo. ¿Cómo se buscaba algo que ni siquiera se sabía cómo era?

Debería adoptar un maldito perro y dejarse de estupideces sentimentales. Hablaría con Keyla apenas tuviera la oportunidad.

Entraron a la cafetería vegana orgánica en Broadway. Era un establecimiento espacioso y simple, paredes pintadas en lila y otras, en verde musgo. En una de las paredes había una pizarra negra, sobre la barra, donde estaba el menú escrito en tiza de distintos colores.

Mor y Key se acercaron a la mesa en la que se hallaban tres hermosas mujeres tan diferentes entre sí: Sam, Sarah y Ange. La primera, de cabellera castaña y ojos del color del chocolate; la segunda era rubia y de ojos oscuros, y la tercera tenía el cabello negro y ojos pardos. Sin embargo, las tres tenían una contextura pequeña y eran preciosas.

—Al fin, chicas —exclamó Sam apenas las vio—. Tenemos unas cuantas ideas y necesitamos dos cabezas más para llegar a un acuerdo.

Morrigan no sabía a qué se refería. Tomó asiento junto a Key. A su costado, en la cabecera de la mesa, se ubicaba Sarah, quien le brindó una pequeña sonrisa. No la conocía mucho, solo sabía que era la hermana de Alex y que para Mark también lo era, aunque no compartiera ni una gota de sangre. Enfrente tenía a Sam y Ange que desparramaban unos panfletos sobre la mesa.

—¿Podríamos pedir algo antes? —sugirió Key mientras observaba una de las tablas en la que estaban

abrochadas unas hojas, enlistando lo que conformaba el menú. Las demás la imitaron después de asentir.

—Lo siento, chicas —dijo Sam y se encogió de hombros—. Me tocaba elegir el lugar y este es uno de mis preferidos.

Cada una de las mujeres alzó la vista a ella. Mor distinguió el rubor de la mujer sin comprender cuál era la causa de su cohibición. El establecimiento era simple, pero acogedor y tranquilo como para poder mantener una charla amena.

Sarah le pasó un brazo por los hombros a Sam, su cuñada, y la apretujó un tanto contra ella.

—Cariño, el lugar es adorable.

—Cierto —secundó Key—. Además, ya va siendo hora de que me alimente de una manera más sana.

Así que ese era el tema, Morrigan había observado al principio el extraño régimen alimentario de Sam, y luego se había enterado de que ella era vegana. Mor no lo era especialmente, pero le encantaban un par de restaurantes que se especializaban en platillos sin ingredientes de origen animal, y también seguía una dieta fuera de lo habitual dada su condición.

—A mí me parece encantador, Sam —comentó Mor—. Conozco otros sitios veganos, pero a este nunca había venido.

—¿Verdad que sí? Concurro al centro de yoga del piso de arriba y siempre me paso a tomar uno de los jugos de aquí.

Cada una ordenó sándwiches o burritos junto con un jugo de frutas y verduras. Mor le había echado el ojo al sándwich de aguacate con tomates grillados, cebollas caramelizadas y manteca de almendras que le hacía agua la boca de tan solo imaginarlo. Y para beber, un jugo desintoxicante llamado «Máquina verde» que contenía manzana verde, *kale*, pepino y apio.

Adoraba los jugos verdes desde que había leído sobre ellos en un libro escrito por Kris Carr, en el que la mujer comentaba cómo se había detenido la progresión de su cáncer gracias a una dieta *crudivegana* y sin gluten. Mor intentaba llevar una vida saludable desde que se había topado con aquel libro, *Crazy, sexy diet*, y agradecía su silueta a los consejos de Kris.

—Bien, volviendo al tema del *Baby Shower*. ¿Qué es lo que hacemos? —preguntó Ange, retomando el asunto que las había reunido.

Querían planificar un evento para festejar el próximo nacimiento del bebé que estaban esperando Charlie y Xav. Ya sabían que sería un niño al que llamarían Braddock.

—Pues, tenemos la idea del spa en Soho o la reunión en un salón —alegó Key.

—Tenemos varios *brochures* de planificadoras —mencionó Sam, buscando entre los diversos panfletos desperdigados sobre la mesa.

Morrigan tomó los fascículos y comenzó a ojear lo que ofrecían las empresas de planificación de eventos. No parecía tan complicado, con encontrar el sitio apropiado, luego quedaban la decoración y el catering, entre otras cosas.

Mientras valoraban los potenciales lugares, la moza les trajo la orden a la mesa y comenzaron a almorzar a la vez que continuaban con la búsqueda. Sam había traído su ordenador portátil, así que ella y Ange buscaban lugares en línea disponibles para un evento dentro de un mes, dado que Charlotte ya

estaba casi de siete meses y no querían esperar a último momento para el festejo.

Mor sintió un calorcillo en sus mejillas y se percató de que Key la observaba con atención.

—¿Qué opinas? —le preguntó Key. Cada una de las otras mujeres posó la mirada sobre Mor, y ella sintió como el rubor se extendía sobre su piel blanquecina como una mancha de salsa de tomate sobre sus mejillas.

—Este lugar se ve bonito. —Apuntó a uno de los *brochures*.

—El Jardín, de The Park —puntualizó Sarah con el ceño fruncido—. Sí, lo es. Aunque Charlie es un poco más...

—Romántica —finalizó Sam con mirada ensoñadora.

Mor desperdigó un poco más los *fascículos* hasta que encontró uno que le pareció ideal. Tenía ojo clínico para encontrar lo que se buscaba para un cliente. No conocía demasiado a Charlie y solo se guiaba por los que sus amigas decían de ella, pero creía haber acertado. Alzó el panfleto y sonrió a las otras mujeres.

—Ese es perfecto, Mor —confirmó Key con entusiasmo—. Milk & Roses es un lugar pintoresco en Brooklyn. Tiene un jardín precioso y muy romántico al mejor estilo Charlie.

Sam ensanchó la sonrisa y aplaudió.

—¿Estamos todas de acuerdo? —El *brochure* pasó de mano en mano y cada una de ellas examinó la locación. Terminaron por asentir, y Sam tecleó en su portátil—. Entonces, ya hagamos la reserva en línea.

Una vez que la reserva provisoria estuvo hecha, puesto que debían abonar una seña para que fuera firme, comenzaron a charlar sobre temas más cotidianos. En especial Sarah les comentó sobre su nuevo bebé, Graham, de dos meses de edad, que se había quedado con su papá Max y su hermana Gennie para que su madre pudiera disfrutar de una brevísima tarde de chicas. Se la veía agotada y solo disponía de hora y media antes de regresar a su hogar. Al ser tan pequeñito, aún se alimentaba mediante leche materna.

—Tú no estás en pareja, ¿cierto? —inquirió Sarah con cierto brillo picaresco en los ojos que a Mor se le antojó un poco diabólico.

—N-no —tartamudeó—. ¿Por?

—Deberíamos encontrarte un hombre —expresó la hermana de Alex, y su expresión se iluminó como si hubiera hecho un gran hallazgo.

Mor comenzó a negar con la cabeza de manera enfática.

—Ange tampoco lo está —exclamó como si fuera un salvavidas en medio de un naufragio.

—Yo aún no estoy lista. No he tenido buenas experiencias —intercedió la aludida y se hundió en el asiento. Mor se maldijo ante su mal pie. Ange había estado disfrutando el encuentro y en ese instante parecía haberse apagado de golpe. ¿Cuán malas habrían sido? Por lo que se había enterado, Ange criaba sola a su hija y no había oído nada sobre un exmarido. Salvo que éste hubiera desaparecido del mapa.

—Será nuestro próximo proyecto —acotó Sarah—. Hoy nos ocuparemos de ti, querida.

—¿Acaso no quieres salir con alguien después de Brian? —vaciló Key y le posó la mano sobre el brazo.

—Sí —murmuró Mor con la cabeza gacha—, me gustaría conocer a alguien.

—Deberías probar los lugares de cita en línea —volvió, al ataque, Sarah.

¿Por qué esta mujer que apenas la conocía se había propuesto sacarla de su soltería?

Sam sonrió y soltó una pequeña risita a la par que comenzaba a teclear en su portátil.

—No, no, no. —Comenzó Mor ante lo que se veía venir, aterrada de lo que este grupo de mujeres se proponía. Compadecía a quien las hiciera enfadar.

—Ya está. Pásame un correo electrónico —pidió Sam sin alzar la vista de la pantalla.

Como una autómatas, le brindó la información que le solicitaba sin comprender el giro que habían tomado los acontecimientos. Las mujeres acercaron sus cabezas a la pantalla, como si confabularan entre sí, y tiraban ideas de cómo establecer un perfil atractivo, pero no demasiado sugerente y qué clase de hombre buscaba ella. Ni siquiera eso dejaron que Mor eligiera, como si no supiera las cualidades que le interesaban del género masculino.

—Ey, chicas, creo que ya está bien. —Mor quiso detener el torbellino que se aproximaba—. No pienso ir a ninguna cita con uno de esos hombres. Podría ser...

—El amor de tu vida —intercedió Key con expresión soñadora, juntó sus palmas sobre el pecho y se tiró hacia atrás en la silla con la mirada al cielo raso.

—Tu príncipe azul —dijo Sarah resplandeciente.

Más bien, Mor pensaba un sádico, un violador serial o hasta un asesino. No le agradaban esa clase de cosas modernas, era más bien una mujer un poco chapada a la antigua en cuanto a algunos asuntos. El hombre debía invitarte a salir, tener un par de citas y después ver hacia donde los llevaba el destino. Todo esto de las redes sociales la sacaba un poco de eje. ¡Por favor, ni siquiera poseía Facebook!

La única que parecía compartir su aprehensión era Ange. Sus ojos oscuros la observan con empatía, y Mor distinguió que cierto dolor habitaba en su profunda mirada. ¿Qué le habría sucedido a la más reciente incorporación de S&P? Ángela había sido la última en integrarse al *staff* de la agencia como recepcionista hacía solo unos meses. Aunque había oído que ahora también había un ingeniero informático trabajando con ellos, pero aún no había tenido el gusto de conocerlo.

—A ver, querida. —Sarah sacó su móvil y lo posicionó frente a su rostro—. Di *whiskey*. —Clic, le tomó una foto de improviso—. Ahí te la estoy enviando, Sam. Ha quedado divina, como una diosa celta con su cabello rojizo y ojos almendrados.

Mor lo dudaba. La había sorprendido con la fotografía y Sarah no le había dado tiempo a poner una expresión pasable. A decir verdad, ninguna le estaba dando tiempo a nada. En un abrir y cerrar de ojos tenía un perfil en uno de los sitios web más consultados para establecer citas. Tragó en seco y trató de calmar los nervios que le revolvían el estómago.

Tal vez esa fuera la solución a la soledad que la abrumaba desde que Brian, su mejor amigo, se había enamorado de Nick, su actual pareja, y ella se había alejado para no interferir en su felicidad.

## Capítulo 3

Gabe le dio un par de golpecitos a la tarjeta blanca que tenía en sus manos. La giró y releyó las escasas líneas: Morrigan Forrester, diseñadora de interiores.

Deslizó la mirada por el anticuado despacho. Las paredes forradas en madera color caoba que hacían parecer la estancia mucho más oscura de lo que realmente era, el escritorio de nogal tallado estilo cervantino, con unas horribles patas en forma de pajarracos que a Gabe le habían dado un miedo atroz de niño. Las estanterías recargadas de viejos volúmenes, las sillas tapizadas en cuero borravino y las alfombras persas del mismo tono; era un conjunto que lo abrumaba y le quitaba el aire, tornándolo asfixiante. Posó los ojos en las dos pinturas que estaban sobre la pared izquierda: una era el rostro de su abuelo y la otra, el de su padre. Por supuesto que no había ninguna pintura recargada con su imagen ni nunca lo habría.

Necesitaba el cambio con el que Mark parecía taladrarle la cabeza cada vez que se encontraban. Ya no lograba respirar en ese ambiente tan cargado. El aire parecía haberse tornado fétido y sentía como si su vida pasara sin que él la viviera. Claro que eso no tenía nada que ver con una redecoración, más bien con una modificación de alma.

¿Por qué no llamarla? Conocía el trabajo que Morrigan había realizado en S&P y en otras empresas, y era impecable y eficiente. Lanzó un suspiro, tomó el tubo del teléfono sobre el escritorio y marcó el número del móvil que se hallaba impreso en la tarjeta. Llamó y llamó, jamás la voz de la mujer contestó la llamada ni tampoco un buzón de voz.

A través del intercomunicador le pasó los datos a su secretaria y le encargó el trabajo de comunicarse con la señorita Forrester por un trabajo. Listo, ya estaba hecho. Contrataría a Morrigan. Posó de nuevo los ojos sobre la tarjeta. Tal vez debería dejarse engatusar por la hermosa mujer y disfrutar de lo que tantos clientes habían hecho antes que él. Ninguno de los dos tenía compromiso alguno, ella era hermosa y Gabe hacía tiempo que tenía su cama vacía. Tuvo que hacer un gran esfuerzo para recordar a la última mujer con la que se había acostado y no logró conformar su imagen en la mente ni conjurar su nombre.

Lanzó un suspiro y guardó la tarjeta en la primera gaveta de su horripilante escritorio. Solo serían negocios, nada más. No quería problemas con la joven ni con su fiel defensor, Mark, que en el último tiempo se había convertido también en su mejor amigo.

La secretaria de unos cincuenta años condujo a Mor hasta una gran puerta de madera maciza. En cuanto la mujer abrió las dos hojas, Mor no pudo evitar soltar un jadeo por puro espanto.

—¡Oh, esto es desastroso!

Paseó por el despacho con expresión horrorizada ante tal atentado contra sus pobres ojos. Recargado al extremo y muy, muy anticuado. Eso resumía el estilo del despacho del presidente de una de las chocolaterías más importantes del país.

Los cabellos de la nuca se le erizaron al estar bajo la atenta mirada de Gabe. No se había movido del sillón giratorio detrás del horripilante escritorio.

—Esperaba que me llamas después de esa escueta conversación que mantuvimos con Mark en la inauguración de la casa de Sam y Alex —puntualizó ella con cierta ironía.

—Ah, sí. A la que fuiste con tu novio. Oh, perdón, ya no lo es, ¿cierto? —mencionó con una falsa expresión compungida que la exasperó hasta lo indecible, y tuvo que contener las uñas de las ganas de arañarle ese maldito y atractivo rostro—. Te dejó por Nicholas.

—Me necesitas y urgente —puntualizó al cambiar de tema por su mutua seguridad. Dio un giro por la estancia—. Y no solo esta habitación, hay que renovar la entrada y, especialmente, las oficinas donde se reciben a los clientes, sala de reuniones...

Mor se ayudó con los dedos de las manos para enlistar los espacios que precisaban ser modernizados. Hablaba y hablaba, nerviosa, por el silencio que mantenía Gabe con su penetrante mirada de tempano de hielo sobre ella. Él la había citado, o más bien su secretaria, pero por pedido de él. ¿Entonces por qué demonios no decía nada?

—Ahora que estamos de acuerdo en lo que hay que hacer —finalizó Mor—, hablemos de mis honorarios.

—¿Es que estamos de acuerdo?

Gabe se alzó de su sillón giratorio y rodeó el escritorio para posicionarse frente a ella con los brazos cruzados y aquel ceño fruncido que le otorgaba un aspecto tenebroso. Un escalofrío recorrió la espalda femenina, aunque su corazón comenzó a palpar alocado ante la cercanía masculina y estaba segura de que nada tenía que ver con el miedo.

—Necesitas un gran cambio de imagen, al completo —consiguió decir con voz ahogada—. Te costará, pero saldrás beneficiado. Ya verás. No podías pensar en nadie mejor que yo para este trabajo —continúo con confianza. No importaba lo que pensara de ella, era la más indicada para hacer la renovación que él pretendía—. Ahora, necesito que comencemos con un cheque que cubra los primeros gastos...

—Espera un poco, ¿quieres? —pidió Gabe con una palma en alto.

—No irás a decirme que no puedes costearlo, ¿cierto? —preguntó con las manos en las caderas. Lo único que le faltaba, un rico quebrado—. Porque tendrás que soltar la billetera, Gabe.

—No es ese el problema.

—¿Entonces?

—No hemos hablado sobre qué clase de renovación sería la apropiada.

—Para eso me contratas, es mi trabajo ver qué es lo que mi cliente necesita. Evaluaré la imagen de tu producto y a quienes va dirigido —comentó a la par que escribía detalles en un iPad que había sacado de su cartera—. Necesito que me firmes un cheque por una suma considerable y podría comenzar de inmediato.

Gabe rebuscó en uno de las gavetas del escritorio, sacó una chequera y garabateó en ella. Mor miró el cheque que le extendía y tragó en seco en cuanto vio la suma que había escrito. Era mucho más de lo que ella usualmente pedía de anticipo, pero necesitaba el dinero. Estaba en rojo y tenía que salir a flote a como diera lugar. Además, no era como si le estuviera robando, ella realizaría un excelente trabajo.

—Bien, mi equipo y yo estaremos aquí mañana mismo —alegó con una amplia sonrisa, entusiasmada

por el nuevo desafío que se le avecinaba. Le encantaba su profesión—. Me dejarás hacer a mis anchas, si hay algo que crea pertinente consultarte, lo haré. Pero debes asumir que yo tomaré todas las decisiones.

—Morrigan, no estoy muy seguro de que así deba ser.

—En eso, aunque te pese, yo soy la experta, y tú necesitas ayuda. Esto —Mor hizo un gesto con el brazo extendido abarcando el despacho entero— es un espanto. Y esto —aferró el cheque con ambas manos frente a ella— procurará que haya paz entre nosotros.

Gabe descendió los témpanos de hielo al papel que ella sostenía.

—¿Quieres decir que mientras siga fluyendo el dinero todo irá bien? —preguntó con ironía y una sonrisa que la encabritó.

—Es un trabajo, Gabe —soltó, tajante—. No pretendo hacerlo gratis.

—Nadie habló de que no cobrarías —contestó, evidentemente molesto por lo que ella implicaba, que él esperaba que no cobrara por sus servicios.

—Entonces no lo pongas como un insulto. Si temes que te estafe, puedo hacerte un presupuesto por escrito.

—¿No es lo que usualmente se estila? —cuestionó cada vez más exasperado, lo que avivaba la actitud combativa de ella.

Se detuvo frente a él y clavó los ojos en los suyos, fríos como un día de invierno.

—Bien, te mandaré el presupuesto por correo electrónico —dijo antes de dar media vuelta, dispuesta a irse y a no soportar más la presencia de ese hombre tan irritable.

—Espera. —La mano salida de ninguna parte que la tomó de la muñeca y la detuvo hizo que todo su cuerpo vibrara y que tuviera aún más urgencia por irse. No quería que Gabriel McDougall provocara tales sensaciones en ella—. Necesito esto, Morrigan.

Y Mor necesitaba el dinero. Tragó en seco.. Se apiadó de él, tampoco podía culparlo por no confiar en ella.

—Lo sé. Lo haré bien, despreocúpate —aseguró sin tratar de soltar su mano, disfrutando, aunque solo fuera un poco más, de aquellas sensaciones que el toque masculino provocaba en ella—. Solo una condición.

—¿Cuál? —preguntó con tal desconfianza que ella casi lanza una carcajada, en su lugar dibujó una sonrisa perezosa.

—Quiero que haya una fuente de barras de chocolate amargo para mí y solo con más del setenta por ciento de cacao.

## Capítulo 4

Al día siguiente, Gabe entró a su despacho para encontrar que el mobiliario junto con todos sus elementos de trabajo habían desaparecido. Cartón corrugado cubría cada centímetro del suelo, había un hombre que lijaba una de las paredes y otro que ponía cinta de papel en los bordes de las ventanas, ambos de unos veinte años.

¿Dónde mierda habían ido a parar su ordenador, su agenda, sus papeles? Estaba al borde de estallar y arrasar con todo lo que hubiera a su paso. ¿No se suponía que Morrigan le enviaría un maldito plan de acción? ¿Un puto presupuesto?

Un fuego le revolvió las entrañas y tensó cada músculo de su cuerpo. Sus manos se cerraron en puños y solo pensó en acogotar a una mujercita de cabellera de fuego y ojos gatunos. En cuanto la visualizó, un gruñido le reverberó por dentro y supo que estaba al límite.

Morrigan apareció a través de las puertas del despacho con aquel andar felino y no hizo más que añadir gasolina al incendio que él tenía en su interior. Caminaba junto a un hombre de unos cincuenta años y de tez oscura, charlaban animadamente y ella gesticulaba con sus manos a medida que se le acercaban.

—Gabe, quiero presentarte a...

—¿Dónde mierda están mis cosas? —exclamó con furia.

—¿Qué? —preguntó ella, y la muy descarada lo observaba como si no comprendiera qué le sucedía. ¡Cómo si no fuera suficiente hallar su lugar de trabajo patas para arriba!

—Todo lo que había aquí —alegó e hizo un gran esfuerzo por calmarse y que su voz saliera tranquila, aunque no creía haberlo logrado por la mirada que le dedicaba el hombre. El que este se acercara aún más a Morrigan, como si tratara de protegerla de él, lo embraveció aún más si fuera posible.

—Habíamos quedado que cada elemento de este espacio era desechable —le recordó ella con el ceño fruncido.

—¿Cuándo? ¡No quedamos en absolutamente nada! —estalló—. No me enviaste un plan de acción. Nadie me informó que se comenzaría con mi despacho.

—Pues, como verás, lo hemos hecho. —Ella tuvo el tupé de sonreírle—. Era el peor lugar de toda la fábrica, Gabe. Un espanto.

Gabe la aferró de un brazo y la acercó a él. El hombre junto a ella se tensó, pero Mor lo detuvo con una mano en alto.

—Escúchame, Morrigan...

—Va a ser mejor que la suelte, amigo. —La advertencia con una tonada que evidenciaba la cuna mexicana del hombre hizo que Gabe lo observara de lado sin quitar los dedos que rodeaban el delicado brazo.

Un escalofrío recorrió a Mor al contemplar esos dos témpanos de hielo que parecían querer atravesar



a Carlos y destruirlo en el lugar. La expresión de Gabe parecía estar cincelada en granito y el aire amenazador que lo rodeaba no hacía nada por tranquilizarla.

—Gabe —le posó la mano libre en el brazo que aferraba el suyo—, solo me he desecho de los muebles. Cada papel y carpeta que poseías y tu ordenador están en unas cajas en el *hall*.

—No tenías derecho... —dijo entre dientes.

—Vamos a poner algo en claro. —Ya estaba harta de este hombre prepotente, presuntuoso y malvado—. O me das vía libre o tendrás que buscarte a otra para que sea tu súbdita. Eres mi cliente y puedo garantizarte que quedarás satisfecho conmigo.

Gabe alzó las cejas ante esa última frase y Mor sintió como un intenso rubor le subía por la garganta hasta cubrirle el rostro al completo. ¡Maldición! ¿Por qué no podía pensar antes de hablar? Era de esperar que Gabe se tomara sus palabras con un doble sentido que no había pretendido que tuvieran.

—Dile a tu gorila que se vaya de paseo —ordenó con un ademán de la barbilla hacia Carlos, quien tampoco tenía una expresión tranquilizadora en su rostro, sino todo lo contrario. Parecía su perro guardián y querer desmembrar a su cliente.

—Carlos, por favor, ¿nos dejarías solos? No te preocupes, que ladra, pero te aseguro que no muerde. —En cuanto Carlos se alejó unos pasos sin quitarles la vista de encima, se giró hacia Gabe y quedó atónita ante la sonrisa sensual de él.

—Eso no lo sabes, gata —dijo con una voz aterciopelada que jamás había empleado con ella antes. Pero pronto, su entrecejo volvió a fruncirse y la frialdad retornó a sus ojos—. ¿Dónde se supone que voy a trabajar? —preguntó con un gruñido al soltarla.

—No pretenderías hacerlo aquí mientras reinvento este escenario salido de un cuento de terror gótico, ¿cierto? —contraatacó, calmada. Al menos, esperaba que lo pareciera, porque el agarre de él había hecho mella en ella. Su corazón estaba enloquecido, su sangre se espesó y su boca de pronto se secó.

—No me diste tiempo a prepararme. ¡Maldición! —exclamó. Por más que le gritase, Mor no se amilanó ante él. No temía a sus exabruptos. Por más que la tratase como basura, Gabe no era mala persona. Había visto como era con el resto de las personas que no fueran ella, claro—. Yo soy el que paga, no al revés. ¡Tú deberías rendirme cuentas!

—No podré hacer mi tarea si te tengo revoloteando a mi alrededor. ¡No puedo trabajar contigo! —prorrumpió ella ya harta.

—¡No te preocupes, que no tendrás que soportarme!

Gabe salió a grandes zancadas del despacho y dio un fuerte portazo que reverberó en toda la estancia.

—No me gusta ese hombre —apuntó Carlos detrás de ella—. No lo quiero cerca de usted, señorita Mor.

—Lo siento, Carlos —dijo al encarar al hombre que llevaba trabajando con ella tantos años—. Pero no te preocupes, te recuerdo que perro que ladra no muerde.

—Alguien tendría que enseñarle a cómo tratar a una dama como usted —expresó el hombre con un asentimiento y se cruzó de brazos sobre su amplio pecho.

Una sonrisa un tanto diabólica se esbozó en el rostro de Mor y un brillo picaresco apareció en sus

ojos.

—Ay, Carlos. —Mor unió las manos al frente y sonrió—. Tengo una idea que hará que le salga humo por las orejas.

—Me da un poco de miedo su expresión, señorita Mor. —Se carcajeó Carlos—. No nos meterá en problemas, ¿cierto? Mire que mi Rosita me quiere entero —aclaró con una ceja enarcada, pero dos hoyuelos en sus mejillas atestiguaban que trataba de reprimir una sonrisa.

—Solo será una broma, Carlos —puntualizó Mor y se colgó del hombre más alto que ella—. Gabe no te hará nada, en todo caso se disgustará conmigo, y eso lo hace gratis de todas formas. —Finalizó con una mueca triste y se encogió de hombros.

Morrigan pensó en el vinilo adherente y la pintura que le había sobrado al decorar la habitación para la hija de cinco años de un cliente. La sonrisa se ensanchó en su rostro. Sí, Gabe se disgustaría y mucho, pero sería tan divertido.

Morrigan dejó su cartera en el sofá de su living. Se aproximó al pequeño escritorio que tenía en un extremo y encendió su portátil. Tenía que trabajar en los pasos que seguiría la restauración de Chocolaterías McDougall. A pesar de lo que pensara su dueño, ella se tomaba su trabajo muy en serio. Y pretendía hacer una remodelación de lujo en su empresa que lo haría caerse de culo. Ese pensamiento la llevó a imaginarse ese culo que tantas veces había mirado a hurtadillas y que tan perfecto debía verse sin ninguna tela que lo cubriera. Se encomendó a dejar el torrente de ese pensamiento ahí mismo.

Mientras esperaba a que su ordenador iniciara sesión, fue hasta el refrigerador y sacó uno de los zumos de naranja envasados. Sentía que la glucosa le había descendido, dado que no se había alimentado como debía. Hizo una nota mental de no volver a descuidar su alimentación si no quería tener un *shock* hipoglucémico. Últimamente había notado que su glucosa parecía divertirse en paseos de montañas rusas, y eso no le gustaba, además de tenerla preocupada.

En cuanto abrió su correo electrónico, se encontró con un par mensajes provenientes de la página de citas en la que la habían inscripto las chicas. Con cierto titubeo, cliqueó en uno de los mensajes, solo le informaba que a un *candidato* le había *gustado* su perfil y que le había dejado un mensaje en la web del sitio. Entró en el enlace adjunto y se abrió una ventana en la que un hombre le preguntaba si deseaba citarse con él. El corazón comenzó a palparle con fuerza. ¿Qué debería hacer ahora? ¿Quedar con él?

Buscó entre sus contactos en su móvil el número de Mark y lo presionó sin quitar la vista de la pantalla en la que aparecía la fotografía de un hombre bien parecido, este sonreía mientras tomaba por un sorbete alguna bebida tropical servida en coco, en una playa.

—*Hola, preciosa* —la saludó Mark apenas atendió su llamado y le robó una sonrisa con su voz alegre. Un gran amigo que había conocido gracias a que Brian le recomendara sus servicios de decoración—. *Sé que comenzaste a trabajar con cierto amigo en común.*

—No sé de qué amigo me hablas, yo empecé a renovar la empresa de un déspota.

Un silencio un tanto incómodo se hizo en la línea. No era justo con Mark que ella ofendiera a su amigo, sabía que habían conformado un vínculo estrecho entre ellos. ¡Pero es que el hombre era

insufrible!

—¿Cómo te está yendo con Gabe? —preguntó Mark con seriedad, y Mor soltó un suspiro—. *No es tan malo como parece a simple vista.*

—No, es aún peor —musitó—. Pero no te llamo por eso. No tengo el teléfono del móvil de Keyla y quería comentar con ella unos detalles —concluyó, y se mordió el labio inferior a la espera de que Mark no ahondara en el tema.

—¿Sobre la renovación de la chocolatería?

—No. ¿Podrías pasármela? —lo urgió.

Se sintió el grito de Mark atemperado, suponía Mor por la mano de este sobre el micrófono. Debería cortar la llamada. La ansiedad arrasaba con su tranquilidad y sus dedos golpeteaban sobre la mesa en un movimiento nervioso.

—¿Morrigan?

—¡Key, me han mandado un correo de la maldita página! —exclamó apenas escuchó la voz de la joven de ojos violáceos.

—¿Tan pronto? —Se carcajeó Key—. *Cielos, eso es genial, Mor.*

—¿Genial? —gritó al borde de un ataque de pánico—. ¿Qué se supone que haga ahora?

—¿Qué es lo que dice? —cuestionó la otra mujer con voz calmada.

—Un tipo se quiere encontrar conmigo, que le ha gustado mi perfil...

—¿Ya viste el suyo? —Mor notó la evidente curiosidad y diversión de Key por la situación en la que se hallaba. Apoyó un codo sobre el escritorio y la frente sobre el revés de su mano en una postura de total impotencia.

—Aún no. —Deslizó el ratón y abrió una ventana—. Aquí dice que es agente inmobiliario, tiene treinta años, le gusta practicar *squash*...

—¿Qué tal está? ¿Es atractivo? —la interrumpió la joven cada vez más divertida.

—Podría decirse.

—Ay, Mor, sé más específica. ¿Vas a citarte con él? —El silencio se prolongó entre ellas, y un hombre con un cuchillo en alto y la música de la película *Psicosis*, de Hitchcock, se reprodujo en su imaginación—. *Podrías quedar en una cafetería o un bar, toman algo y ven si hay chispa, química, si fluye...*

—Ya comprendí. —La cortó de nuevo, exasperada. No quería hacerlo, pero al mismo tiempo quería salir de aquella maldita soledad que la envolvía—. ¿Entonces crees que debería conocerlo?

—*Salvo que haya algo en su perfil que no te agrada. ¿Qué puedes perder? Se toman una copa o un café y si no te gusta, te vas.*

Mor lanzó un largo suspiro y llegó a una resolución que esperaba no terminara con ella protagonizando una escena salida de la película *Psicópata americano*.

—Un café no se le niega a nadie, ¿verdad?

## Capítulo 5

—Carlos, hoy comenzaremos con el *hall* de la entrada de la planta baja. Esto es lo que estuve pensando. —Le tendió un iPad—. ¿Qué te parece? —preguntó Mor mientras se deleitaba con una barrita de chocolate amargo.

Cerró los ojos y gimió ante el sabor que solo podía compararse como alimento para los dioses. Ya se veía invadida por el placer y una languidez acompañada de bienestar, era como el amor en forma de pequeños lingotes. Podía sentir las endorfinas fluyendo al ser producidas por la glándula pituitaria y el hipotálamo con cada nuevo bocado.

Gabe había cumplido con su pedido a la perfección. Cada mañana, al llegar a la chocolatería, siempre hallaba una torrecita de barras esperando por ella y con el ochenta por ciento de cacao. «Lástima que no puedo excederme en el consumo de dulces», pensó con tristeza.

—Bien —concedió Carlos con ojos críticos sobre la pantalla. No por nada era su segundo, el encargado de todas las reformas de albañilería y el contratista—. Habrá que ver cómo están los muros debajo de estos paneles. —Las paredes estaban cubiertas de placas de mármol color negro con firuletes marrones.

—Lo sé, pero no podemos dejarlos. —Mor arrugó la nariz—. Son horripilantes y anticuados.

—Lo que usted diga, jefa. —Carlos chasqueó con la lengua y sonrió—. En cuanto al despacho, ¿cuándo hacemos... —Carlos hizo un giro en el aire con la mano—... usted sabe?

Morrigan esbozó una sonrisa y sus ojos brillaron con picardía.

—Eso lo podemos hacer en una tarde —susurró al acercarse al oído de su cómplice de aventuras—, así que en un par de días.

—¿Dejaremos los pisos en la entrada? —preguntó Carlos al volver a revisar el diseño que ella había realizado en el iPad.

—Creo que sí, podemos pulirlos —mencionó, encogiéndose de hombros—. Son de un granito atemporal, así que pueden quedarse. Tengo la paleta de colores que me gustaría, pero creo que lo discutiré con Gabe primero —concluyó, y se mordió la uña de su dedo índice con nerviosismo. Le había dicho que ella tomaría las decisiones finales en cuanto a la remodelación, pero quería su consentimiento, que lo que hiciera fuera de su agrado.

—Espero que no nos saque a patadas cuando... usted sabe —murmuró las últimas palabras y revoleó los ojos alrededor para constatar que nadie los oía.

Morrigan contuvo una risa ante la expresión de Carlos, como si planearan robar un banco o algo similar. No obstante, ella esperaba que tampoco sucediera, necesitaba el dinero de forma urgente. Sin embargo, había un hormigueo en su interior que precisaba calmar y suponía que con la pequeña travesura lo lograría. Además, era solo una broma. Lo que la hacía dudar era que le parecía que Gabriel McDougall no tenía sentido del humor.

Gabe había cumplido su palabra de que no tendría que soportarlo. Desde que habían mantenido aquella discusión, Mor no se había topado con él. No tenía idea de dónde se hallaba, aunque su secretaria le había asegurado que él estaba en el mismo piso que su despacho. Pero ella había deambulado por cada oficina, dado que todo el piso estaba en remodelación, y no lo había encontrado. Caminando por el corredor, al final de este, su vista se demoró en una estrecha puerta, la que poseía un cartel que rezaba «Limpieza». ¿Podría ser ese su escondite?

Entreabrió la placa de madera con delicadeza y lo que descubrió la dejó tambaleante. Gabe estaba sentado en el suelo con la espalda apoyada contra la pared, las piernas cruzadas en los tobillos y con un portátil sobre los muslos. Mientras leía algo en la pantalla, golpeteaba con un bolígrafo sobre el borde del ordenador siguiendo alguna melodía imaginaria. Mor se sostuvo del marco de la entrada. Se lo veía tan relajado y cómodo en aquel espacio tan reducido, sin ventana, con un escaso foco iluminando sus atractivas facciones y rodeado de escobas y escobillones con estanterías repletas de productos de limpieza, que la sangre se le atropelló en las venas. ¡Maldición, que era arrebatador!

Se tornaba irresistible cuando no la contemplaba con sus ojos convertidos en témpanos de hielo y le lanzaba dagas congeladas con el único objetivo de desacreditarla.

Al mismo tiempo, una enorme ternura se vertió sobre ella al observarlo con tal libertad. Claro que solo duró hasta que Gabe alzó la vista y la descubrió. La mano que percutía con el bolígrafo y con la que creaba una canción a base de golpeteo se sostuvo en el aire. La expresión de desagrado regresó y sus bellas facciones conjuraron un gesto desdeñoso.

Mor dejó escapar un suspiro ante el aire encantador y la magia que se había perdido y que volvía a ser el tenso ambiente habitual entre ellos.

—Gabe, quería avisarte que hoy me iré más temprano —anunció al adentrarse en el pequeño cuarto y posicionarse a los pies del hombre que la observaba desde el suelo.

—¿Más temprano? —Gabe reviso el horario en su reloj pulsera con el ceño fruncido—. ¿No deberías trabajar por un par de horas más?

—Sí, cada detalle se encuentra controlado —desestimó con un ademán de la mano—, no te preocupes. Tengo una cita...

—¿Una cita? —Gabe dejó el portátil a un lado y se elevó sobre sus pies—. Te pago para que trabajes de...

—Hablando del pago —lo interrumpió con el corazón en la garganta. Necesitaba dinero de nuevo, la deuda no hacía más que crecer a cada instante y los llamados para que la saldara la volvían loca. Debía suponer que fuera una suerte que su móvil no funcionara del todo bien y no recibiera algunas llamadas—, necesito un adelanto.

—¿Otro? ¿Acaso el tipejo con el que saldrás no tiene una entrada económica como para invitarte? —preguntó sardónico y mordaz.

—¿Qué? —Mor parpadeó un par de veces ante el tono agresivo de Gabriel. Ya debía estar acostumbrada a su forma de hablarle, pero siempre lograba dejarla atónita con su falta de respeto hacia ella. En cambio, con el resto de los amigos que tenían en común era una persona adorable.

—Que bajo has caído si eres tú la que tiene que abonar la salida.

—Gabe, estás alucinando —contestó, cada vez más irritada—. Necesito un cheque, se descontará del presupuesto que te he pasado.

—El que me enviarías y que aún no he recibido, ¿recuerdas? —Las mandíbulas del chocolatero parecían de hierro para poder aguantar la forma en que las apretaba.

Mor se desinfló y dejó escapar un profundo suspiro de agotamiento.

—Lo tendrás por la mañana.

—Tengo la ligera sospecha de que nunca sabré con precisión cuánto me saldrá todo esto.

Ah, no. Esa era la gota que rebalsaba el vaso. Si no lo había interpretado mal, y estaba segura de no haberlo hecho, con sus palabras acababa de llamarla ladrona.

—¿Crees que te estafaré? —Mor achicó los ojos y los fijó en los dos témpanos.

—No voy a pronunciar ninguna palabra que luego pueda ser usada en mi contra —argumentó su cliente, que se cruzó de brazos y elevó el mentón con testarudez—. Vete más temprano, pero mañana tendrás que recuperar las horas.

—Señor, sí, señor. —Mor encuadró los hombros, dio un golpecito con los pies e hizo la venia militar. Podía jurar que las comisuras de los labios de Gabe temblaron, como si estuviera a punto de sonreír, pero se contuviera.

—Y no te preocupes —dijo él más calmado y hasta con cierta suavidad—, por la mañana tendrás tu cheque.

Gabe observó la maldita puerta durante unos cuantos minutos desde su posición en el suelo. Mor había aparecido después de días de tratar de no topársela. Apoyó la cabeza en la pared y cerró los ojos con fuerza. Estaba igual de hermosa que siempre, aunque verla con polvillo en el rostro y sus ropas de trabajo parecía incrementar aún más su belleza. Porque ella entraba con un vestido por las mañanas, pero al instante se cambiaba por una camiseta manchada de pintura, unos *jeans* raídos y unas zapatillas de lonas que le otorgaban un aspecto tan encantador que le era irresistible.

No había tenido en cuenta que ella se involucraría de lleno en las refacciones, había pensado que se pasaría por allí a comprobar los resultados cada tanto, pero parecía que no. Mor le había dicho desde un primer momento que ella realizaría el horario completo junto a sus trabajadores y que examinaría cada paso y resultado.

Sabía que no debería interesarle una mujer como Morrigan, sin embargo, no le pasaba desapercibida y hasta se había convertido en una obsesión para su mente. Y no solo para esta.

Su corazón latía con más fuerza siempre que la tenía cerca, había sido así desde que la vio por primera vez. Si no se hubiera enterado de su forma de proceder con ciertos clientes, tal vez habrían podido... Habrían podido, estaba seguro. Habían tenido una conexión instantánea aquella noche, pero luego apareció Lex con sus malditos comentarios acerca de cómo ella se había acostado con él y, una vez que obtuvo lo que se había propuesto, le había dado una patada en el culo. Si solo hubiera sido él... Pero también había estado Marion Collins y su historia de que Mor había intentado llevarse a la cama a su marido. Ya no pudo verla con los mismos ojos que se habían cautivado con tan solo posarse sobre su

rostro colmado de pequeñas pecas como semillas de sésamo tostadas.

Sin embargo, a medida que había compartido eventos con ella de forma involuntaria, al participar ambos de los mismos encuentros sociales de S&P, algo resurgió en él. Una antigua llama por tanto tiempo apagada que había vuelto a prender con intensidad y que aumentaba al saberla tan cerca.

Su móvil comenzó a vibrar, a un lado de su pierna, en el suelo. ¿A qué se había reducido el dueño de Chocolaterías McDougall? Escondido en la pequeña habitación de limpieza, con una estantería repleta de productos de desinfección, escobas y escobillones como compañía. Levantó el móvil que no cesaba de sonar.

—Mark —saludó a su amigo con voz monótona.

—*Ey, hombre, te confieso que no esperaba que estuvieras excitado por charlar conmigo, pero tampoco tienes que dejarme tan en claro que te molesta mi llamado* —bromeó el rubio con la tonada alegre y divertida que lo caracterizaba.

—Lo siento. —Gabe se frotó el entrecejo—. Estoy un poco...

—*¿Gruñón? ¿Irascible? ¡No, ya sé! Tan solo es el habitual Gabe.* —Mark se carcajeó. Gabe se irritó aún más antes las burlas de su amigo y gruñó contra el micrófono—. *Vamos, sabes que te quiero, viejo.*

—Es que mi despacho es un desastre en este momento y...

—*Mor está haciendo un gran trabajo, ¿cierto? Confiésalo, viejo.*

—Hoy se ha ido antes. —Hizo una pausa—. Tiene una cita.

—*Ah, sí. Key me habló sobre el tema* —comentó Mark como si nada—, *no puedo creer que Mor haya estado de acuerdo.*

—¿Con qué estuvo de acuerdo exactamente? —Gabe no sabía por qué, pero algo de todo aquello le daba mala espina.

—*Con las citas en línea. Entiendo que quiera conocer a alguien con posibilidades, pero...*

—Espera. —Lo interrumpió de súbito—. ¿Acaso estás diciendo que ella va a salir con un desconocido que encontró en una página por la internet? ¿Es que se ha vuelto loca? —explotó, y si la tuviera delante, sabía que la zamarrearía por los hombros para hacerla entrar en razón. ¡Con las cosas que sucedían hoy en día!

—*No, es que ella...*

—¿Pero si podría tener al tipo que quisiera! ¿Quién sabe qué loco pueda estar en esas páginas?

—*Cálmate, Gabe* —pidió su amigo. Gabe notó que Mark dejaba de lado todo atisbo de diversión y permitía que su seriedad saliera a la luz—. *Creo que solo tomarían una copa en un lugar público.*

—¿No sabes dónde? —preguntó Gabe, cada vez más alarmado y exasperado por el que era su amigo, pero que también decía ser el de la joven.

—*No, no sé dónde. Gabe, Morrigan es una chica grande, ella sabrá cuidarse.*

Gabe masculló algo por lo bajo y apretó las mandíbulas tan fuerte que sospechaba que tendría un gran dolor de cabeza al otro día.

—¿Por qué llamabas? —escupió irritado.

—*Te toca organizar la próxima salida, solo quería tantear de qué podría tratarse.*

—Te avisaré cuando lo sepa —dijo tajante, ya sin ánimos de continuar la charla.

Sin más, cortó la conversación. Sentía un escalofrío recorrerlo entero, estaba intranquilo. No podía continuar quieto, necesitaba moverse y sacudirse lo que fuera que lo tuviera bullando. No lograba creer que Morrigan hubiera recurrido a los sitios de citas en línea para conocer a alguien. No era como si le faltaran pretendientes. Gabe frunció el ceño, en realidad nunca la había visto con nadie, salvo con Brian. Tal vez le costaba retornar al ruedo después de lo de su antiguo novio. Aunque no estaba seguro de que Brian fuera su ex, más bien siempre se comportaron como amigos con ciertos beneficios, y esto no era ningún secreto entre el grupo.

Pero lo que más le molestaba era que la imagen que tenía de Morrigan, equiparable a una especie de *femme fatale*, no condicionaba con una mujer que estuviera rayando la desesperación por conseguir una relación. Por lo que había entendido de la breve conversación con Mark, ella buscaba algo más duradero que un encuentro casual.

Pero ¡maldición!, ¿recurrir a citas en línea? ¿Y si ahora estaba con un maldito depravado? Su mente no lo dejó en paz y conjuró miles de millones de imágenes con ella como víctima de cualquier cantidad de atrocidades, por lo que apenas pudo pegar un ojo durante casi la totalidad de la noche.



## Capítulo 6

Era un total fracaso. El encuentro tenía lugar en un bar de deportes, repleto de pantallas donde se podían seguir los diversos partidos que se jugaban en el momento. Su cita era un hombre de unos treinta y pocos, bien parecido, de cabello castaño, ojos claros, buenas facciones y que vestía con elegancia. No era que ella se hubiera deleitado al verlo, pero no podía negar que se podía apreciar con la vista, sin embargo, ella no sintió ninguna chispa ni excitación.

Se sentaron en la mesa y la conversación se inició sin dificultad. Aunque a los pocos minutos Mor se percató de que Clark, así se llamaba, deslizaba sus ojos un poco por encima de su cabeza y hacía expresiones extrañas, como de dolor, y se mordía los labios. Mor se volteó y constató que detrás de ella se ubicaba una de las pantallas que transmitía un partido de futbol americano. ¡Oh, por favor! ¡Estaba pendiente del juego!

De pronto, Clark se alzó de su asiento y pegó un grito al mismo tiempo que otros hombres a su alrededor. Mor se sobresaltó y dio un brinco en el lugar.

—¡Sí! ¡Vamos! —volvió a exclamar su cita al aventar un puño al aire.

Mor quedó con los ojos abiertos de par en par. ¿Realmente la había citado allí para saber cómo iba el marcador? Dejó caer su frente sobre su palma mientras su codo descansaba en la mesa. Su cita no se había dado cuenta de su abatimiento ni le importó, continuó vitoreando a su equipo favorito y chocando su vaso de cerveza con el de otros espectadores. La cita había ido bien hasta el momento en que había comenzado el juego y Clark se había olvidado repentinamente de su existencia.

—¿Quieres otra? —le preguntó al cabo de un rato, hacía alusión a la gaseosa sin azúcar que había bebido.

—Creo que va a ser mejor que me vaya, Clark —anunció, y se elevó de su asiento.

—Espera. —Clark le posó una mano sobre la suya en la mesa—. ¿Podríamos volver a vernos?

—No lo creo. Lo siento —dijo antes de partir.

En cuanto abrió la puerta de su apartamento, solo quería meterse en la cama y dormirse su desánimo hasta el otro día. Pero sus manos temblaban un poco y tenía un tanto la visión desenfocada. ¿Cuánto hacía que no comía? Había tomado esa gaseosa, pero no había ingerido alimento desde hacía unas diez horas se percató. Sacó el pequeño aparato que medía su glucemia y se pinchó un dedo. Estaba baja. ¡Maldición! ¡Tenía que cuidarse mejor! Últimamente tenía la cabeza en cualquier parte, y eso la hacía descuidarse, pero debía recordarse que su madre dependía de ella.

Cruzó hasta hallarse frente a la alacena, sacó un paquete de galletas y luego se encaminó hacia el refrigerador y tomó un envase de jugo de manzanas.

Se sentó a la mesa, calculó los carbohidratos mentalmente, como solía hacer desde pequeña. No era la comida saludable que debía seguir a rajatabla, pero no estaba como para prepararse nada. Sabía que su médica la miraría con desaprobación.

Comió un par de galletas y se bebió todo el jugo de un solo sorbo. Una vez que le subiera la glucemia vería si ingería algo más.

En su habitación, bajó el cierre de su vestido con lentitud y lo dejó caer alrededor de sus pies. Se vistió con una camiseta vieja y larga hasta la mitad de los muslos y se metió debajo de los cobertores de su cama. Solo quería cerrar los ojos por un instante y olvidar los problemas económicos que la mantenían en vilo y lo sola que se hallaba. Su soledad era como un pozo negro que se la tragaba y del que no encontraba cómo salir a la luz.

Al día siguiente, antes de dirigirse a Chocolaterías McDougall, Mor pasó a visitar a su madre. Trataba de ir al menos una vez por semana, le gustaría hacerlo más seguido, pero le costaba bastante.

Entró en la residencia Aires de esperanza, y la enfermera que se hallaba en la recepción la contempló con lo que le pareció era pena. Mor contestó a la sonrisa lastimosa de la joven en guardapolvo celeste con otra un tanto falsa que pretendía transmitir una seguridad y un bienestar que no poseía.

—Señorita Forrester, cuánto nos alegra su presencia. Estoy segura de que su madre se pondrá muy feliz de verla. —Si es que podía reconocerla, lo que no era algo habitual desde hacía unos meses—. Todavía está en su habitación, aún no ha salido a pasear por los jardines.

Carol, la enfermera, la condujo hacia la habitación en la que se alojaba su madre, por un corredor blanco flanqueado por distintas puertas que daban a los cuartos de otros residentes.

Morrigan ingresó a la estancia con una llama de esperanza hasta que se topó con aquella mirada azul que tan bien conocía, pero ahora tan vacía cada vez que se posaba sobre ella. Cómo odiaba que su madre no supiera quién era, que no quedara vestigio alguno de la gran mujer que había sido alguna vez.

—Mamá —susurró con pesar y con la vulnerabilidad que la convertía en una niña pequeña de nuevo.

Su madre la observó por unos dos segundos, se volteó y volvió a fijar la mirada en los jardines desde el borde de su lecho, donde estaba sentada. Se la veía tan frágil, había adelgazado tanto a medida que iba perdiendo sus funciones cognitivas. Había sido de manera paulatina, olvidando algunos detalles aquí y otros por allá, hasta que la imposibilidad de recordar la había vuelto algo violenta y depresiva. Desde hacía unos años, cuando a Mor se le había hecho imposible cuidarla, dado que necesitaba una vigilancia permanente, había elegido este establecimiento de entre otros tantos como el mejor en el cuidado de personas con demencia tipo Alzheimer.

Se sentó junto a ella en el lecho y le tomó la mano fría, surcada por venas violáceas y arrugas, en la suya. Le frotó un tanto la palma para reavivar su circulación y quizás así lograr alguna reacción.

—¿Cómo estás, mamá? —preguntó y esperó en vano una respuesta.

—Tienes el cabello rojizo y rizado como mi niña —mencionó su madre al cabo de unos cuantos minutos de silencio.

«Mi niña», Mor parpadeó para no dejar salir las lágrimas que se atropellaron en sus ojos. Su madre siempre la había llamado así, con su voz cargada de orgullo y amor. ¡Ay, la quería de vuelta! El maldito Alzheimer se la había robado y había dejado a este caparazón vacío en su lugar.

—Sí, mamá. —Mor apoyó la mejilla en el hombro esquelético de la mujer mayor y contempló la ventana también, sin soltarle la mano y continuando con sus suaves caricias en esta—. Me contaron que vas a dar un paseo por los jardines en un rato.

—No tengo jardines. —No, no los habían tenido en su casa, pero sí los tenía ahora—. Aquí tienes unos hermosos, mamá. Llenos de flores, te gustan las flores, ¿cierto?

—Las azucenas, mi marido me regalaba azucenas. ¿Cuándo vendrá a verme George? —George hacía más de diez años que había fallecido. Mor se mordió los labios para ahogar un sollozo. También a él lo extrañaba tanto, cada día de su vida. Su padre había sido el mejor que pudiera haber pedido: amoroso, comprensivo, tolerante, aunque también severo cuando había tenido que serlo—. Deberías decirle a Morrigan que venga, ¿quién sabe en los líos que se estará metiendo esa niña?

—Sí, mamá —respondió con voz ahogada y un maldito nudo en la garganta—, le diré que venga.

—He tratado de darle una buena vida —sollozó la mujer mayor—, no entiendo por qué no viene a verme.

—Le has dado la mejor, mamá. —Presionó su frágil mano un tanto en la suya—. Ella vendrá, te lo prometo. —Había aprendido a no tratar de explicarle que ella era la niña que tanto reclamaba. Su madre se ponía nerviosa ante las contradicciones entre lo que para ella era el presente y el verdadero. Ella no recordaba a la Morrigan adulta, sino que sus recuerdos solo llegaban hasta una Morrigan apenas adolescente.

Se alzó de la cama. Acarició el cabello grisáceo y le dio un breve beso en la cima de la cabeza.

—Te quiero, mamá —susurró—. Volveré pronto.

Al salir se topó con la enfermera Carol y su expresión de simpatía, lo que la enfurecía. Odiaba que sintieran lástima por ella por ansiar que su madre por una vez la reconociera. Sin embargo, le brindó una pequeña mueca que esperaba que se asemejara a una sonrisa.

—Señorita Morrigan, Clare quisiera hablar con usted. —Clare era la directora ejecutiva de la residencia, de unos cincuenta años y cara regordeta.

Mor sabía lo que se avecinaba, pero tenía que lograr mayor tiempo. Golpeó una vez la puerta del despacho y una voz de mujer la invitó a entrar.

—Ah, Morrigan. Tome asiento, por favor. —Clare extendió una mano hacia las butacas de cuero oscuro frente a su escritorio. Poseía el cabello corto y vestía un traje azul marino de saco y falda—. Hemos intentado llamarla a su móvil.

—Tengo un problema con las comunicaciones. —En realidad, necesitaba uno nuevo, pero no podía darse el lujo de ese gasto con el estado de su economía. Mor se acomodó en uno de las butacas y enfrentó la mirada amable de la directora.

—Necesitaremos algún teléfono donde poder localizarla de hacer falta —añadió la mujer de cabellos teñidos de un rubio ceniza.

—Puedo darle el del lugar donde estoy trabajando en este momento. —Mor escribió el número directo al despacho de Gabe en un papel que le ofreció Clare, a la espera de que no tuvieran que usarlo jamás. Tendría que avisar en la fábrica en caso de alguna eventualidad. No querría que se supiera sobre sus pormenores económicos o personales.

—También quería hablarle de su deuda —sentenció Clare con expresión dura—, ya van varios meses con retraso. Lamentablemente...

—Necesito algo de tiempo. —Mor clavó sus uñas en los apoyabrazos de su asiento, el corazón le latía con fuerza y la sensación de ahogo era insoportable.

—... no podremos sostener a su madre aquí. —Continuó como si Mor no hubiera hablado.

—Solo un poco más —rogó y se sintió hundir aún más en su pozo privado—, hoy en la tarde podré darles algo más de dinero y acotar mi deuda. Mi madre no puede dejar este lugar —el pánico de que su madre quedara desprotegida la ahogaba, precisaba asegurarla—, ella, aquí, está tranquila y usted bien sabe lo que los cambios en las rutinas le provoca a este tipo de pacientes.

Su madre tenía una habitación individual con baño privado, era la opción más cara de los servicios que ofrecía Aires de esperanza, pero Mor había querido lo mejor para su mamá. Y aquel lugar lo era, especializado en el cuidado de personas con demencia tipo Alzheimer, ofrecían cuidados médicos las veinticuatro horas, los siete días de la semana, tenían terapeutas que realizaban actividades recreativas y especializados en tratamientos para mantener a la persona lo más autónoma posible durante el mayor tiempo que le diera de ventaja la enfermedad. Su madre no podía salir de allí, estaba a gusto con los jardines, y las enfermeras eran cariñosas y amables con ella.

—Lo sé —acotó la mujer, sin embargo, Morrigan sospechó que estaba a punto de convencerla—, pero no podemos...

—Por favor.

—Solo porque veo que tiene intención de pagar —concedió con evidente agotamiento—, dado que ha hecho pequeños pagos, voy a darle un mes —dijo con un dedo en alto—. Pero al cabo de ese mes necesito que su deuda esté saldada.

—Lo estará.

¿Lo estará? ¿Cómo demonios lo estaría? Vendería su apartamento, el cacharro que se suponía fuera un auto, lo que fuera que hiciera falta para asegurar el porvenir de la única mujer que se había preocupado por ella.

## Capítulo 7

Ya era casi la hora de retirarse, por lo que se había puesto de nuevo sus ropas de calle: un vestido azul oscuro. Solo iba ataviada de camisetas y *jeans* cuando trabajaba en la obra, era más cómodo y no tenía problemas en ensuciar esas prendas.

No quedaba nadie en la chocolatería más que ella y el presidente, es decir, el dueño, o sea, Gabriel McDougall. Solo restaba buscar a Gabe y mostrarle lo que había obrado en su despacho con la ayuda de Carlos. Una risotada le burbujeó por dentro y necesitaba divertirse después del día que había tenido. Siempre que visitaba a su madre en la residencia, su ánimo decaía hasta encontrarse al nivel del suelo.

Dio dos golpecitos en la puerta del cuarto de limpieza y un gruñido le dijo que Gabe todavía se hallaba adentro. Abrió un tanto la placa de madera y se quedó sin aire. Gabe estaba con la camisa celeste arremangada, por lo que sus fuertes brazos quedaban a la vista, sin corbata y con unos cuantos botones del cuello desabrochados, tenía el cabello revuelto y un bolígrafo entre los labios mientras tipeaba en el portátil. Era una imagen demasiado seductora para su paz mental, Mor tuvo que tragar en seco y aspirar con profundidad para calmar su revolucionado corazón.

Gabe sonrió, ajeno a la evaluación a la que era sometido, tomó el bolígrafo de sus labios y golpeteó con este en el vértice de la pantalla en una melodía propia.

—¿Qué es lo que tocas? —preguntó ella de improviso, lo que lo sobresaltó.

—¿Mmm? —Gabe elevó el rostro hacia ella con la interrogante dibujada en su mirada. A Mor se le atascó la respiración en la garganta y su cuerpo vibró ante lo endemoniadamente atractivo que era.

—La melodía que tocas.

Los ojos grises se tornaron como de acero y el enfado que lo envolvió fue palpable.

—No tocaba nada —gruñó al retomar el tecleto en su portátil—. ¿Qué quieres?

Mor se deslizó la lengua por los labios, un tanto insegura sobre si continuar o no. Decidió que sí, al fin y al cabo, ya estaba hecho y ella quería su breve momento de risas.

—Quisiera que vieras la remodelación de tu despacho —dijo y contuvo la carcajada que amenazaba con escapársele—, tan solo son las paredes, pero es la línea por la que seguiremos.

Gabe no salía de su asombro. ¿Qué demonios? Deambuló por el centro del despacho con los ojos abiertos de par en par y las manos en las caderas, tenso hasta lo indecible y con ganas de acogotar a la pequeña gata. Tomaba noción de lo que ella había hecho con su espacio personal, las paredes habían sido pintadas en un rosa chicle y en una de ellas había un vinilo decorativo que constaba de un enorme arcoíris con unos animales danzando por debajo.

—Necesitabas un cambio de imagen —argumentó ella a la par que trataba de contener las carcajadas, lo que a él lo enfureció aún más si fuera posible—, algo que tuviera relación con tu verdadera personalidad.

—Creo que me confundes con Brian —escupió sin sutileza—. Él está más emparentado con el maldito arcoíris, no yo. —Se acercó a ella como un león en plena cacería hasta quedar a solo unos centímetros de su bello rostro—. Puedo demostrártelo si quieres.

Cuando Mor conectó los ojos con los suyos, supo que algo no iba bien con ella. Su expresión era retadora como siempre, como si pudiera hacerle frente a lo que se le interpusiera en el camino, pero Gabe notó la tensión alrededor de sus ojos y su boca. Estaban tan cerca uno del otro que el aroma dulce de ella lo envolvió y lo cautivó.

—Demuéstrame —susurró Mor, y Gabe se congeló en el lugar. No creía haberla oído bien, él había tenido la intención de importunarla, pero mierda si no se había encendido ante la cadencia en la voz femenina al pedirle lo que él le había ofrecido. ¿Por qué no disfrutar lo que tantos otros habían hecho?

No lo pensó más y descendió los labios sobre aquellos carnosos y tentadores. El gemido que brotó de ella no hizo nada por calmar el fuego que lo recorrió. Le pasó un brazo por la cintura y la estrechó contra su cuerpo con una necesidad que le era desconocida. Ella se aferró a su cuello y le devoró la boca con una intensidad que lo dejó sin aliento.

De alguna forma inexplicable, ambos terminaron en el suelo cubierto de polvillo y, como único lecho, el cartón corrugado que protegía el suelo de madera. Podía sentir cada porción del tierno cuerpo debajo del suyo, quizás él le pesara, pero no le importaba, ansiaba percibir cada estremecimiento de Morrigan ante sus caricias y sus besos.

Él apartó la boca de la femenina para lograr recuperar el aliento, pero ella le enganchó los dedos en el cabello y lo atrajo hacia ella con desesperación.

—¿Aquí? —preguntó sin aliento.

—Sí, antes de que cualquier pensamiento racional me detenga. —Conectó la mirada con la gatuna de ella y percibió una súplica en ellos, la necesidad y la vulnerabilidad. Estaba loco, lo supo en el instante en que su mente resolvió complacerla y, para qué mentirse, complacerse él mismo al disfrutar de la fémica que se extendía bajo su cuerpo.

—¿Tomas algo? —logró decir con dificultad. Al ver la expresión confusa de Mor, prosiguió—: ¿Anticonceptivos?

Mor negó con un movimiento apenas perceptible de la cabeza. Tenía la mirada desenfocada, las mejillas tan coloradas que sus pecas desaparecían y la respiración igual de agitada como él. La necesidad de comerle esa boca y desgarrar esa ropa que la cubría era tan imperiosa que no creía haber sentido nunca una demanda tan cruda antes.

¡Mierda! Gabe no creía llevar un preservativo en su billetera. Usualmente lo hacía, solo que no recordaba cuándo había sido la última vez que lo había usado y si lo había reemplazado. Sacó la billetera del bolsillo trasero de su pantalón, la abrió y por suerte encontró uno. ¿Habría vencido ya? ¡Cuán patético no tener idea de cuánto hacía que no mantenía relaciones sexuales!

Los ojos de Mor brillaron y apartó apenas los labios al ver el pequeño paquete metalizado, en una expresión en extremo sensual y que lo incendió como fuego líquido por dentro. Luego le sonrió, y Gabe descendió la boca para reclamar la femenina con intensidad.

Lentamente, le subió el borde de la falda del vestido hasta que quedara arremolinada a su cintura.

Separó un tanto sus bocas, deslizó las yemas por la pierna de Mor y ella dejó escapar un gemido mientras se curvaba hacia atrás en un semicírculo perfecto. ¡Era tan preciosa!

Hundió el rostro en la curvatura del cuello de ella, la mordisqueó y luego pasó su lengua para aliviarla al mejor estilo vampiro. Ella enredó los dedos en su cabello, le rodeó las caderas con las piernas y se frotó contra él, haciendo que su erección pegara un pequeño salto de la gran excitación que lo invadía.

Gruñó y se elevó un tanto sobre una mano para separarse de ella, necesitaba respirar si no quería culminar dentro de sus pantalones como un adolescente. Hacía demasiado que no disfrutaba de una mujer y menos de una tan arrolladora en el sexo como Morrigan.

Gabe aferró las muñecas femeninas en una mano y las sujetó en el suelo por encima de la cabeza de Mor. Ella se inclinó hacia adelante y le mordisqueó los labios. Lo estaba aniquilando. ¡Quería enterrarse en ella ya! Apoyó la frente en el pecho ondulante de Mor, sin soltarla, se concentró en respirar, que su excitación disminuyera lo suficiente como para poder ponerse el preservativo y aguantar aunque más no fuera dos míseras embestidas.

—¿Gabe?

—¿Mmm? —No le pasó desapercibido el tono vulnerable de la voz femenina.

—Si no quieres, no tenemos...

Conectó la mirada con la de Mor, incrédulo, y vislumbró la incertidumbre en ella. Mor lo tenía enloquecido y ni siquiera lograba tranquilizarse lo suficiente como para no acabar antes de comenzar, no obstante, ella pensaba que no quería continuar.

—Necesito calmarme un segundo, no quiero culminar en mis pantalones. —Para darle más énfasis a sus palabras, embistió entre sus piernas. Mor abrió los ojos de par en par y jadeó ante su empuje.

—Por favor, demuéstremelo, Gabe —volvió a pedirle, pero esta vez en un ruego.

—Oh, cariño, eso pienso hacer. —Rasgó el envoltorio plateado entre sus dientes, sacó su erección de sus pantalones y se enfundó en el látex. Odiaba tener que hacerlo de aquella manera tan rápida, sin poder disfrutar ni deleitarse con la desnudez de Morrigan y el esplendor de su hermoso cuerpo. Corrió su ropa interior a un lado y deslizó dos dedos por su sexo, embadurnándolos en su humedad, y acarició el botón que se escondía allí. Morrigan se revolvía debajo de él y gemidos escapaban de sus suaves labios.

Resbaló dentro de ella con un gruñido y Mor lo volvió a aprisionar con sus piernas a la par que emitía un largo suspiro. Gabe inició un lento vaivén sin desconectar sus ojos de aquellos gatunos. Capturó sus labios y se bebió el gemido que dejó escapar.

Mor lo empujaba contra ella con sus pies cruzados sobre su culo y lo instaba a moverse más rápido. Aumentó el ritmo y presionó el agarre a las muñecas femeninas, sin embargo, ella no se quejaba ante la ferocidad de sus actos, parecía ansiar tal frenesí, anhelarlo al igual que él.

Mor desconectó sus bocas y le dio un fuerte mordisco en el cuello. Gabe se estiró sobre ella y emitió un alarido. Ella se apretujó contra él y gimió cuando el clímax los golpeó como un tornado, dando vueltas entre chispas y estrellas.

—Ya sé porque obtienes tantos clientes, tu servicio es impresionante. —Alzó la vista y contempló la

expresión horrorizada de Morrigan. ¡No, no, no! No lo había dicho en voz alta, ¿cierto?

—No acabas de decir lo que creo que has dicho, ¿verdad? —La rabia bulló dentro de ella. Había tenido una experiencia majestuosa con un bruto y estúpido hombre como Gabriel McDougall.

De pronto se sintió tan cansada. Sus manos comenzaron a temblar de forma incontrolable y su mirada se desenfocó. Cerró los ojos y recostó la cabeza contra el suelo. No tuvo noción del tiempo transcurrido, solo que alguien le sacudía el rostro y le hablaba, pero cualquier pensamiento coherente parecía difuminarse.

—¡Morrigan! —gritaba Gabe—. ¿Qué demonios? ¡Despierta!

—Para —susurró al percatarse de lo que le sucedía—. Necesito un jugo... en mi cartera.

—¿Qué? —preguntó, y ella pudo percibir la desesperación en su voz. Habría reído al haber causado tal estado en Gabe, pero no lograba hacerlo.

—Un envase de jugo y un paquete de galletas. —No había abierto los ojos, solo se limitó a solicitar lo que sabía que precisaba, lo tenía gravado en su mente para cuando ocurrían estas situaciones. En las últimas semanas, se habían tornado cada vez más frecuentes.

Un sorbete apareció entre sus labios y ella sorbió con el mínimo de energías que le restaban. ¡Mierda! Había dejado transcurrir demasiado tiempo sin ingerir bocado. No sabía cuánto había pasado hasta que se sintió mejor como para abrir los ojos y sentarse, seguramente unos cuantos minutos. Gabe estaba arrodillado junto a ella con el ceño fruncido y la observaba como si fuera una ecuación imposible de descifrar.

—¿Qué es lo que tienes? —soltó de sopetón.

—¿Cansancio?

—¡Y una mierda! —Estaba furioso y parecía a punto de querer asesinarla con sus propias manos—. Te desinflaste de pronto.

Mor agarró el paquete que él había dejado a un lado, lo abrió y mordisqueó una de las galletas. Dejó escapar un suspiro profundo una vez que tragó.

—Diabetes —murmuró sin alzar la cabeza.

—¿Diabetes? —exclamó con los ojos bien abiertos—. ¡Y me has exigido chocolates cuando no deberías comer dulces!

—No es tan así —desestimó con un gesto de su mano—, además veinte gramos de chocolate amargo por día ayuda a incrementar la sensibilidad a la insulina. No han sido los chocolates. —Se encogió de hombros—. Debería haber comido algo hace unas horas, cada pocas debo consumir algo. Además el ejercicio de recién tampoco ayudó. Debería haberme medido antes —concluyó. Odiaba ser vista como una enferma, era una condición, nada más. Algo perfectamente controlable, solo que ella no parecía hacerlo bien en el último tiempo.

—¿Medido cómo?

—Tengo un medidor de glucosa —informó y se abrazó a sus rodillas—. Debo hacerlo varias veces al día para ver si baja o sube demasiado.

Ella negó con la cabeza y frunció el ceño ante algo que la perturbaba. Ahora que la glucosa en su



sangre había subido, recordó la última frase que Gabe había formulado antes de que ella se desvaneciera.

—¿Oh, cómo pudiste? —exigió con horror plasmado en su rostro—. ¿Crees que esto es parte de lo que pagas?

Sin darle lugar a que le diera una respuesta, ella lo empujó hasta que cayó de culo. Se alzó con rapidez, se acomodó la falda del vestido, agarró su cartera y salió disparada de la maldita chocolatería sin mirar al hombre que permanecía sentado en el suelo y con el ceño fruncido.

## Capítulo 8

Nick abrió la puerta ante los insistentes golpes. Claro que antes observó por la mirilla, y la persona que vio del otro lado lo dejó un tanto intranquilo. Sin embargo, no dudó en abrirle. A pesar de todo, ella había sido una pieza importante en su actual felicidad.

—Hola —la saludó apenas entreabrió la puerta—. ¿Estás bien? —La observó con detenimiento y notó unos surcos en sus mejillas que sospechaba que habían sido producidos por lágrimas. Además, se la veía alterada, con el cabello alborotado y algo agitada.

—¿Está Brian? —preguntó Morrigan con acelere.

—Aún no llega de una reunión con un colega. —Nick abrió aún más la puerta—. Pero, pasa, por favor.

—No creo.

Nick aplanó los labios. Entendía el recelo de ella, él también lo sentía, pero a pesar de todo, esa mujer era la mejor amiga de su novio. Y se la veía desahuciada, y Nick jamás abandonaría a una mujer en aquel estado alterado.

—Ey, Morrigan, él está por llegar en cualquier minuto. —La tomó de la mano y tiró apenas de ella—. Vamos, pasa.

Ella se adentró con paso inseguro, y Nick no pudo culparla. Ella había disfrutado de Brian antes de que se convirtiera en el novio de él. Nick tampoco sabía cómo proceder con ella, más aún al recordar ese maldito trio infructuoso que Brian había intentado que surgiera entre ellos.

—Amor, eres la mejor amiga de Brian y —ella lo observó con detenimiento y con cierto resquemor a sus palabras— quisiera que pudiéramos llevarnos bien. No quiero que pierda tu amistad.

—Nunca lo hará —ella aseguró con rapidez, y eso le gustó. Le agradaba que Brian disfrutara de tal lealtad por parte de la mujer—. Él es muy importante para mí, Nick, y estoy sinceramente feliz por ustedes. Solo espero que no te moleste que continuemos siendo amigos.

—Claro que no, amor. —Se la veía tan tensa y a punto de resquebrajarse. Él se adentró unos pasos en el apartamento hasta el sector del *living* a la espera de que ella lo siguiera—. ¿Por qué no tomas asiento mientras preparo un té? Se ve que te vendría muy bien uno.

—De hecho, me vendría bien algo más fuerte —dijo ella y se aproximó a él—, pero un té estará bien.

—¿Podría servirte de ayuda hasta que llegue Brian? Soy bueno escuchando.

—Yo... Ay, Nick, necesito hablar con alguien —admitió casi en un sollozo, pero en sus ojos se veía cierto temor—. Solo debes prometer...

—Mis labios están sellados, amor —prometió y con un gesto la invitó a sentarse en una de las sillas a la mesa redonda a un costado de su *living*.

En cuanto Brian abrió la puerta del apartamento de Nick, que desde hacía un par de meses también era el suyo, la imagen que lo recibió lo dejó estupefacto. Nick y Morrigan estaban sentados a la mesa del

*living*. Nick tenía un brazo alrededor de ella y sus cabezas estaban muy juntas, como si él le susurrara algo mientras ella se enjuagaba unas lágrimas con dedos temblorosos. No se habían percatado de él y Brian solo logró escuchar unas cuantas palabras con el corazón en un puño. Dos de las personas que más amaba estaban allí y no se habían reunido los tres solos desde que había intentado hacer ese desastroso trio sexual. Había sido tan estúpido en el pasado.

—No puedo creer que te haya dicho semejantes palabras. ¡Es un hijo de puta! —Más extraño aún de todo aquello era que Nick jamás maldecía ni descuidaba las formas. Y acababa de hacer ambas cosas, pero también le sorprendía la ira que podía percibir en la expresión de su novio.

Brian carraspeó y frunció el ceño ante los pares de ojos que se posaron en él, sorprendidos de su presencia.

—¿Qué es lo que ocurre? —preguntó, y un escalofrío lo recorrió ante lo que podría suceder—. ¿Tu madre, Mor?

Mor rápidamente negó con la cabeza y más lágrimas descendieron por sus mejillas.

—Lo que ocurre es que debes ir a hablar seriamente con alguien —exigió Nick al ponerse de pie y colocarse las manos en las caderas. Brian lo miró con fijeza, no solo por su atractivo, sino por la postura combativa que poseía. Algo iba mal, muy mal.

—¡Nick, no! —exclamó Mor y tomó a su novio de una muñeca con actitud suplicante—. Por favor, Brian, no.

—¿Por favor no, qué? —demandó más brusco de lo que pretendía, pero era que los pelos de su nuca se le erizaron, y eso no auguraba nada bueno—. ¿Qué es lo que mierda pasa?

—Que Gabriel McDougall es un hijo de puta —soltó Nick con fiereza—, eso pasa.

—¿Morrigan, qué te hizo? —preguntó con los ojos achicados y el pulso acelerado. Conocía el antagonismo entre esos dos y miles de imágenes de lo que él podría haberle hecho a la mujer que amaba como a una hermana se le atropellaron en la mente—. Sabemos que estás trabajando para él, ¿acaso te ha maltratado? —Ella se mantuvo callada y desvió la mirada al suelo. Brian aprovechó para fijar la suya en el hombre que amaba, y miles de palabras no dichas fueron intercambiadas entre ellos, unas que hicieron que Brian lo amara aún más si eso fuera posible—. Nick, bebé, ¿podrías dejarnos a solas?

Su pecho casi explota por lo hinchado que se tornó su corazón de amor cuando Nick se encaminó hacia el cuarto sin pronunciar una palabra en forma de protesta. No debía ser fácil para él dejarlo solo con la que había sido su amante, pero ante todo Morrigan era su mejor amiga, y eso Nick lo comprendía muy bien.

—Ven aquí, cariño. —Brian tomó asiento en uno de los sofás y palmeó sobre sus muslos. Morrigan no se hizo rogar y corrió hacia él. Se zambulló en su abrazo y se acomodó sobre su regazo. Brian se regodeó al tenerla entre sus brazos, la había extrañado tanto en el último tiempo. Amaba a Nicholas y era feliz con él, pero Mor era una pieza importante en su vida—. Cuéntame qué pasó.

—Promete que no irás a buscar a Gabe como si fuera una niña pequeña a la que ha maltratado un compañero de escuela. —Ella no alzaba la mirada hacia sus ojos, se mantenía con la cabeza gacha, por lo que la tomó de la barbilla y la obligó a encararlo.

—Déjame evaluar a mí qué haré, cariño.

—Brian, por favor. —Morrigan cruzó los brazos por detrás de su cuello y enterró el rostro en su pecho. Había extrañado tanto a Brian en estos últimos meses, no la cuestión sexual, sino la fuerte amistad que compartían, en la que se contaban todo sin temor—. Me acosté con él. —Brian asintió, pero no dijo nada. Sin embargo, Mor sintió cómo su barbilla se tensaba sobre la cima de su cabeza al igual que los brazos que la rodeaban—. Creo que sabes que no me tiene en muy buena estima, pues luego de... tener relaciones, hizo un comentario desafortunado sobre mí.

El silencio se prolongó entre ellos y se tornó tan denso que se percibía como algo palpable.

—¿Vas a decirme cuál fue? —preguntó Brian con voz ronca, y Mor supo que trataba de contener su ira.

—Que obtengo tantos clientes porque brindo un servicio impresionante —susurró, y supo que Brian había captado la idea que escudaba la maldita frase.

—Voy a matar a ese tipo —gruñó e intentó ponerse de pie aún con ella sobre su regazo.

—No puedes. —Lo aferró fuerte de los hombros y lo mantuvo contra el respaldo del sofá.

—No me importa que sea amigo de mi primo —arguyó Brian y su tono se tornó de acero, como el que suponía empleaba en los tribunales al defender a sus clientes—, voy a ir a darle un buen golpe.

—Brian, no. —Sacudió la cabeza a ambos lados y se abrazó a su amigo—. No quiero que te enfrentes a él, no soportaría que te hiciera daño o que...

—¿O qué? ¿Que se lo haga a él? —espetó sardónico y severo—. ¿Es que acaso sientes algo por ese hijo de puta? ¡Mor, contéstame! —exclamó y volvió a tomarla de la barbilla—. ¿Te has enamorado de ese idiota?

—No lo sé —Mor se encogió de hombros—, quizás.

—¿Entonces seguirás trabajando para él?

—Necesito el dinero —musitó y sacudió la cabeza para deshacerse de los dedos que la sostenían.

—Sabes que puedo prestarte, ¿cierto? —Brian la retuvo entre sus brazos, y ella se acomodó contra su pecho.

—Lo sé, pero no hace falta, tengo un trabajo y no quiero perderlo. —Suspiró con profundidad y la tristeza la embargó. Quizás ya lo había hecho, ya lo comprobaría por la mañana—. Me gusta lo que hago, y remodelar las oficinas de Chocolatería McDougall me dará gran prestigio.

—Eso ya lo tienes.

—Nunca viene mal tener un poco más. —Hizo una pausa prolongada—. Últimamente no he tenido lo que se dice una lluvia de clientes.

—Luego de que se acostaran y se comportara como un estúpido, ¿qué ocurrió? ¿Se disculpó acaso?

—Si iba a hacerlo, no le di tiempo. Tuve una descompensación, me bajó la glucosa y me desvanecí.

—¿Qué? ¡Maldición, Mor! —El rostro de la joven se sacudió ante la exclamación del abogado y sintió como su agarre se ceñía sobre ella—. ¿Has comido? ¿Te has medido desde que llegaste?

—Aún no a ambas —murmuró y se maldijo porque había vuelto a olvidarse.

—Mídete y te quedas a cenar.

—No quisiera imponerme, Brian. —Mor elevó el rostro—. Nick y tu...

—Nick estará encantado —dijo, y sus facciones se dulcificaron al hablar del hombre que amaba. Mor podía ver los cambios que la relación con Nick efectuaban en Brian, estaba más distendido, sonreía más y expresaba sus emociones como nunca antes—. Eres mi mejor y única amiga, Morrigan. Considero que somos familia, ¿estoy equivocado?

Mor negó con la cabeza, enmudecida y con los ojos empañados ante el cariño que ese hombre tan importante en su vida le prodigaba.

—Te amo, Brian, lo sabes, ¿cierto? —preguntó al esbozar una sonrisa.

—Yo también, cariño —dijo Brian al corresponder con el mismo gesto—. Ahora saca ese aparatejo y mídete —le ordenó y se deslizó de debajo de ella para ponerse de pie—. Con Nick solo se puede esperar comer algo que involucre harina de trigo, así que será pizza o alguna clase de pasta, quizás podamos convencerlo de incluir un poco de verde en la carta.

—¿Brian, él sabe de mi diabetes?

Brian se paró en seco de camino a la cocina y se giró hacia ella, que continuaba en el sofá, aunque se había acomodado con las piernas dobladas sobre este y con la cabeza gacha.

—Él no sabe nada de ti que no sea lo que hayas dado a conocer.

—¿De mi madre? —Mor alzó la vista a los ojos azul oscuro de Brian.

—Nada, Mor —aseguró, rotundo—. No he comentado nada, salvo cómo nos conocimos y sobre nuestra relación, solo lo que me involucraba a mí. Tú fuiste una de las personas que influyeron para que hoy estuviéramos juntos, fuiste la que me instó a seguir a mi corazón.

—Él me agrada, siempre ha sido así y sabía que te haría feliz. Lo supe cuando me pediste que hiciéramos ese trio, sospeché lo que había detrás de esa solicitud.

—¡Qué vergüenza! —exclamó Brian con una carcajada, y sacudió la cabeza de un lado al otro—. No puedo creer que haya llegado a eso. Yo sé que eres más abierta que yo, pero jamás había estado con más de una persona.

—¡Ey, que yo tampoco! —aclaró y percibió la incredulidad en la expresión de su amigo—. Sé que doy la impresión de ser una liberal en cuanto al sexo, puedo asegurarte que nunca he hecho eso.

—¿Entonces por qué aceptaste? —cuestionó al dar un par de pasos hacia ella con el ceño fruncido.

—Porque era importante para ti —dijo Mor al alzarse de su asiento y reunirse con él—, tenías que descubrir lo que sentías por Nicholas, y quería ayudarte y estar para ti como siempre has estado tú para mí.

Brian le pasó un brazo por los hombros y la atrajo a su pecho para luego darle un beso en la coronilla.

—Solo espero que ese idiota chocolatero sepa lo que se pierde, Morrigan Forrester. Ahora te prepararé tu café preferido. Marche un *Nespresso Arpeggio Descafeinato* y unas galletas para la dama hasta que Nick nos haga la cena.

—Preferiría algo más fuerte que un café.

—Ah, no, claro que no. Jamás bebes, solo te paseas con mi *whiskey* en un vaso que luego abandonas por ahí. Y sabes que yo no compro barato. —Ambos se encaminaron a la cocina entre risas y más relajados que minutos antes.

Horas después, Morrigan encendió la *pc* sobre el escritorio de su *living*. Se dispuso a revisar su correo electrónico y se encontró con unos cuantos mensajes provenientes del sitio web de citas. Suspiró con desgana y tomó asiento frente a la pantalla para revisar los perfiles de los hombres que le habían escrito. Debía darles una oportunidad y responder a sus mensajes. Además, estaba más que decidida a hallar a la persona adecuada con la que pudiera planificar un futuro. La imagen de cierto hombre con ojos grises como dos témpanos de hielo se conjuró en su mente. Él jamás podría llegar a tener un sentimiento profundo y duradero por ella, la había condenado aún antes de conocerla. ¡Así que tenía que olvidarse de él! O al menos convencer a su corazón de que lo hiciera.

Brian entró a su habitación. Estaba intranquilo después de la visita de Morrigan, ella era su mejor amiga y esperaba que eso no causara problemas con su novio. Nick se hallaba en la cama con los brazos cruzados detrás de la cabeza y con la vista fija en el cielo raso, y el que no volteara hacia él lo tensó aún más.

Se sentó junto a él y le pasó las yemas por la mandíbula, en la que ya se sentía la aspereza del crecer de la barba al haberse afeitado en la mañana.

—¿Estás bien? —preguntó inseguro.

Los ojos melosos se posaron en él y Brian pudo vislumbrar el gran amor que ese hombre le prodigaba. No sabía qué había hecho para merecer a una persona como Nick, pero lo que fuera, esperaba seguir haciéndolo hasta el resto de sus días.

—Sí, bebé.

—¿No te incomoda que Mor haya venido aquí?

Nick se elevó sobre un codo y lo tomó por detrás del cuello.

—No voy a mentirte, tenía mis resquemores con que la tuvieras cerca de ti. Pero entiendo que es una persona importante en tu vida y que, además, jugó un papel esencial en el que estemos juntos.

—Así es —admitió. Morrigan lo había ayudado a percatarse de que amaba a Nick, más bien a aceptarlo y abrazar ese sentimiento sin juzgarse. Ella era la persona en quien más confiaba, además de su novio, y no podría erradicarla de su vida. Ella era como su hermana.

Nick se recostó nuevamente en el colchón y tiró de él hasta que se acomodó con la mejilla sobre su pecho. Luego, su novio comenzó a enredarle y desenredarle los dedos en su cabello en una caricia constante que lo relajaba y hacía que sus ojos se entrecerraran.

—Y debo confesar que, en contra de lo que me gustaría, Morrigan me agrada y mucho. Siempre fue así, aun cuando se acostaba contigo y me moría de celos. Ella me caía bien. Y después de su visita de hoy, creo que ella y yo nos convertimos en buenos amigos.

Brian ciñó el brazo que le cruzaba el torso a Nick y se alzó un tanto para besarlo con lentitud por un largo rato.

—No sabes cuánto te amo, Nick.

—Lo sé, pero eso no quiere decir que no puedas recordármelo a cada instante —dijo el pelilargo con una sonrisa pícaro en los labios que Brian sabía lo que auguraba. Él le respondió con otra igual se

sugerente.

—Mmm, entonces... —Brian le desabrochó un par de botones de la camisa y le besó la porción de pecho que quedaba al descubierto—. Te amo. —Desprendió un par más—. Te amo. —Y así continuó entre las risas de Nick y las propias. Nunca había sido más feliz y sabía que gran parte era gracias a la mujer que había sido su amiga con derecho a roce y que ahora solo era la mejor amiga que un hombre pudiera pedir.

## Capítulo 9

Se detuvo en el rellano de la puerta. La observó mientras ella les daba indicaciones a Carlos y los otros empleados desde el iPad que sostenía en la mano. No podía quejarse sobre ella, eran las ocho y diez de la mañana y se notaba que hacía rato que había llegado y ya se había puesto a trabajar. Al menos ya estaba enfundada en sus ropas laborales: camiseta y *jeans* manchados de pintura y cubiertos de polvo. Era una profesional incansable. Se quedaba horas y horas hasta que lo que hubiera planificado para el día estuviera finalizado y perfecto. Ya le había enviado por correo el detalle de los objetivos a cumplir, el tiempo estipulado para hacerlo y también el presupuesto que implicaría cada uno. Por ahora, terminarían la planta de oficinas y la entrada de la empresa, por último quedaría su despacho.

Se la veía hermosa ataviada con aquella vestimenta simple que no impedía que marcara cada una de sus curvas. Jamás la había visto de manera tan informal y, con el cabello rojizo sujeto en lo alto de la cabeza con una cinta, parecía una niña traviesa. Era preciosa. A pesar de cómo se hubiera conducido ella con sus otros clientes, Gabe no estaba a gusto con la manera en que la había tratado la noche anterior. En especial con aquella desafortunada frase que se le había escapado y que la había herido, porque estaba seguro de que no había caído en saco roto. También se había espantado cuando ella se había desvanecido y no podía hacer que reaccionara. Miles de horribles recuerdos habían acudido a su mente como si los reviviera al igual que las emociones fatalistas de aquel entonces.

Cerró los ojos con fuerza ante esos pensamientos intrusivos que tanto tiempo ya había dejado atrás, pero que retornaban a la menor oportunidad.

Una vez que los hombres se apartaron para ponerse manos a la obra, Gabe se acercó a ella por detrás.

—Morrigan—la llamó con calma.

La culpa lo carcomía. Gabe no era un mal tipo, pero con ella se había comportado como tal. Le había dedicado palabras hirientes y, encima, habían tenido sexo sin siquiera desvestirse, como si ella no valiera el esfuerzo.

Ella se volteó de golpe y él pudo percibir la tensión en su rostro, la que mágicamente camufló en un abrir y cerrar de ojos, y adquirió aquella máscara de *femme fatale* que Gabe comenzaba a sospechar que era tan solo una charada.

—Gabriel, ¿a qué debemos tu presencia? —preguntó con un tono grave y sensual que hizo que un estremecimiento lo recorriera de la cabeza a los pies. Las ansias de arrancarle la cinta del cabello y enterrar los dedos en aquellos mechones de fuego parecían tan acuciantes que lo aturdió.

—Quería... —carraspeó, incómodo—, quería disculparme con mi comportamiento de anoche. —Se masajeó detrás del cuello y vagó los ojos por el lugar para constatar que nadie los oyera—. Pero no deberíamos darle mayor importancia, tan solo fue sexo, dos cuerpos buscando la satisfacción mutua.

—¿Sexo?

Por cómo los ojos gatunos se ampliaron, él supo que volvía a cagarla con ella. Frunció el ceño, ¿acaso ella...?



—Sí, ¿creíste que era algo más?

—Yo busco algo más —escupió, sin esconder el desagrado que él le provocaba y sin saber por qué a él le molestó que lo observara de aquella forma.

—Nunca podría enamorarme de ti, Morrigan.

¿Qué mierda le pasaba a su lengua que no se detenía? Tal vez era su cerebro que ante ella se tornaba lento.

—Ouch, cortas por lo sano, ¿cierto? —mencionó con ironía y con una ceja alzada—. Y sin anestesia, un verdadero primor.

—¡Maldición! —espetó al ver que ella se disponía a alejarse de él, por lo que la aferró por el brazo—. No salió del todo bien. No quería decir eso, solo que...

—Sí, sí —Mor hizo un gesto al desestimar sus palabras—, dos cuerpos que buscaban satisfacción. Más claro, imposible.

—¿Y dónde mierda está tu brazalete? —preguntó, desconcertándola.

—¿Qué cosa?

—¡El puto brazalete de alerta médico! —exclamó. Le agarró una muñeca y le estiró el brazo, luego el otro. Se los examinaba en búsqueda de algo—. Esos que indican cuando tienes alguna enfermedad.

La pregunta la había pescado desprevenida y más aún el súbito cambió de tema, pero más que nada el cómo Gabe observaba su muñeca, como si necesitara descifrar una ecuación imposible.

—Hay algunos bonitos y de argollas pequeñas —comentó, aturdida ante la preocupación de él—, pero nunca me he decidido a comprar uno.

—¿Bonitos? No deberían ser bonitos —negó con evidente enfado—, sino esos espantosos de colores brillantes y que anuncian en letras grandes la patología que padeces para que cualquiera fije los ojos en ellos al instante. ¿De qué te sirve algo lujoso como esas pulseras que no llaman la atención?

—No quiero que la gente lo sepa. —Mor tiró hasta recuperar su brazo—. Él único que está al tanto es Brian.

Gabe no supo el motivo, pero esa porción de información lo enfureció aún más. ¿Qué mierda le importaba que ese *abogaducho*, exhetero devenido en gay, supiera su secreto? Trabajó las mandíbulas y conectó la mirada con la de la mujer.

—Morrigan, es importante —dijo y le apretó la mano con la suya—. Estamos hablando de tu vida aquí.

—No exageres. —Ella lo desmereció con un gesto de su mano en el aire.

—No lo hago, me diste un susto de muerte anoche. ¡Maldición! —La frustración anidó en su interior, y algo más. Un temor de pasar por una situación que ya había experimentado en ocasiones anteriores. Quería aferrarla de los brazos y zamarrearla hasta que entrara en razón. Jugaba con su vida y parecía no importarle. Gabe se pasó la mano por el cabello, desordenándolo—. Tus amigos al menos deberían saberlo y deberías enseñarles qué mierda hacer cuando te sucede lo de ayer. Yo al menos quiero estar al tanto.

—Lo de anoche no ocurrirá de nuevo, así que cálmate.

—¿A qué te refieres? —La aferró del brazo—. ¿A acostarte conmigo o a tu descompensación? —Gabe acercó el rostro al femenino, sus narices casi tocándose y sus alientos entremezclándose. Posó los ojos en los labios de Mor y la tentación de besarla era inmensa, como si fuera atraído por un potente imán hacia ella. Aunque toda ensoñación terminó en cuanto Mor liberó su brazo de su agarre.

—A ambas —aclaró tajante y seria—. Nos une solo el trabajo. Ahora, si me permites, debo retornar a mis quehaceres y tú puedes retirarte a tu cueva.

Mor entró en la cafetería, decidida a que fuera una buena velada. Al menos esta vez la cita no tenía lugar en un bar ni había televisores de pantalla plana de veintiún pulgadas que transmitieran algún juego deportivo. Se trataba de un establecimiento tranquilo, de tinte romántico, con luces bajas y mesas a cierta distancia una de la otra, lo que permitía una adecuada conversación.

Cuando se anunció, una camarera la condujo a la mesa en la que ya la esperaba su cita: un hombre de unos treinta y tantos, cabello rubio, ojos claros y vestido a la moda. Él ordenó un café y ella, una infusión de flores de lavanda. La conversación fluyó durante un breve lapso hasta que el mesero que los venía atendiendo cambió de turno y fue reemplazado por una joven con amplias curvas en la parte delantera y trasera de su autonomía. A Mor casi se le cayó la mandíbula al contemplar como su cita se giraba para ver irse a la chica que les servía sin disimulo alguno. Contempló el movimiento de sus caderas y sus glúteos con tal fijeza que ella quería golpearse la frente contra la superficie de la mesa. No podía ser que esta salida terminara en otro fracaso. ¿Dónde estaban los hombres potables? ¿Acaso ya no quedaba ninguno?

Encima, él tuvo el tupé de voltearse a ella y brindarle un guiño y un chasquido con la lengua, como si Mor también evaluara las aptitudes de la joven.

No obstante, la conducta desagradable no quedó solo en una que otra mirada muy poco disimulada a las tetas y glúteos que se paseaban por el lugar. Tenía que concederle que cuando miraba al frente, sus ojos se desviaban hacia el escote de Mor, pero también se sumaba que le dirigía frases de un tinte que, ella suponía, pretendían ser seductoras, pero que eran un tanto ofensivas.

—Qué bonito «irte» que tienes, tal vez si lo mueves un poco más, te ganes una generosa propina.

Mor jadeó ante las burdas palabras del hombre. La mesera lo miró a él y luego fijó la vista en ella, seguramente sin dar crédito a lo que oía. Mor solo esperaba que se abriera una gran grieta en el suelo y se la tragara entera. Se ruborizó con tal intensidad bajo la mirada de la joven que podía sentir el calor emanado de su rostro.

En cuanto dio por finalizado el encuentro, el tipejo tuvo el tupé de sentirse contrariado por no continuarlo en otro sitio.

—Cariño —le guiñó un ojo con intención y a Mor se le revolvió el estómago, tan solo ese simple gesto se tornaba sucio en aquel ser desagradable—, vamos a terminar la noche en un lugar más... íntimo.

—No lo creo —dijo y se elevó de su asiento.

—Vamos, ambos sabemos que chispas saltaron entre los dos y que lo deseas tanto como yo. Especialmente una vez que veas lo que escondo aquí —Bajó las manos hasta acunarse su pene a través

del pantalón. Mor abrió los ojos de par en par y quedó estupefacta. ¿Pero qué le pasaba a este tipo? ¿Alguna mujer podía estar tan desesperada como para caer rendida ante tanta vulgaridad?

Mor se giró para irse en la dirección contraria, pero él la aferró del brazo con tanta fuerza que le dolió.

—Creo que no has entendido —dijo el tipo con un tono bajo—. Has aceptado salir conmigo, así que no nos engañemos. Sabes que lo quieres...

—Solo sé que si no quitas tu mano —articuló cada palabra con lentitud amenazadora—, tus pelotas sufrirán una tremenda patada que te las hará llegar a la garganta. ¡Ahora, suéltame!

No pudo dejar de comparar la situación con otro hombre que también la había aferrado del brazo, pero Gabe lo había hecho con suavidad y sin que se sintiera aterrada. Se frotó el brazo a medida que descendía por la acera hasta donde estaba aparcado su automóvil. Cada pocos pasos comprobaba que su cita no la siguiera. Una vez dentro del vehículo, dejó caer la frente sobre el volante y suspiró con profundidad. ¡Dios, qué pesadilla!

Había parecido un tipo normal apenas se habían conocido, claro que eso había durado un par de minutos hasta que este había sido reemplazado por un lujurioso incontenible con boca de jarro.

## Capítulo 10

A través de la puerta entornada del cuarto de limpieza, Mor escuchaba el repiqueteo de Gabe. Él lo negaba, pero ella se percataba de que era una melodía lo que él tocaba con su bolígrafo sobre el borde del ordenador portátil. No era la primera vez que lo veía hacerlo. Se detuvo en seco cuando escuchó el suave tarareo que acompañaba al repiqueteo. Se acercó a hurtadillas y se posó sobre la abertura de la puerta a espiar a su, se podría decir, jefe. Definitivamente, Gabe tarareaba, perdido en sus pensamientos, mientras contemplaba la pantalla, ajeno a ser observado.

Morrigan se aclaró la garganta y desvió la mirada. No sabía el motivo, pero el verlo en aquel estado de relajación se le antojaba como inmiscuirse en su privacidad. Sintió que su rostro se ruborizaba y sabía que debía tener el aspecto de un camarón con su piel tan habitualmente pálida y repleta de horribles pecas.

—Necesito un adelanto.

—¿Otro? —exclamó él—. ¿Es que acaso te estás construyendo una mansión a mi costa?

Gabe apartó el portátil y lo dejó en el suelo, a su lado. Se alzó y caminó hasta quedar a un dedo de distancia de Morrigan. Los alientos se entremezclaron y cuando Gabe se apartó apenas, ella se balanceó hacia adelante en su búsqueda. La tenía hipnotizada con sus ojos de tempango de hielo y aquellos labios que había saboreado una sola vez y que la tentaban hasta lo indecible.

—¿Sigues con tu determinación de que solo haya trabajo entre nosotros? —Gabe acercó la boca a su oído y le susurró—: Sé que extrañas mis besos. No te esfuerces en negarlo, lo veo en tu sonrojo y en el fuego de tu mirada.

Mor inhaló con fuerza y el aroma masculino la envolvió como en un manto seductor y atrayente.

—Para tu información, me estoy viendo con alguien —soltó sin aliento.

—¿Con alguien o con unos cuantos? —Mor quedó estupefacta y se le atragantó la respiración. Sin pensarlo dos veces, elevó el brazo y le hubiera propinado una sonora bofetada si Gabe no le hubiera atrapado la muñeca en el aire—. Tranquila, sé sobre tus citas en línea, eso es todo —murmuró con aquel aliento cálido cosquilleándole en el oído.

—Te odio tanto —musitó entre dientes.

—Lo sé —comentó con lo que a ella le pareció cierta resignación—. Pero por alguna razón precisas este trabajo. —Gabe la soltó y se apartó unos pasos—. No me pasa desapercibido que me pides dinero cada vez que nos cruzamos. Ya ni sé cuántos adelantos te he dado.

Gabriel se asustó al ver cómo las manos de Morrigan comenzaron a temblar, primero de manera imperceptible para aumentar el movimiento hasta tornarse frenético.

—¡Cielos! Ey. —Le pasó un brazo por los hombros y la apretujó contra su costado al percibir que ella perdía fuerza—. Morrigan, no de nuevo. Cálmate. Ven, siéntate aquí. —La ayudó a acomodarse en el suelo, no disponían de ningún asiento en la pequeña habitación—. ¡No vayas a desmayarte, abre los

malditos ojos, Morrigan! —Le golpeteó con suavidad una mejilla hasta que sus párpados se abrieron apenas.

Gabe salió disparado de la sala de limpieza y buscó la cartera de Mor hasta hallar lo que pretendía dentro de ésta. Volvió junto a ella. Se arrodilló a su lado y le pasó un brazo por debajo de la nuca.

—Ey, Mor —la llamó con una suavidad nada usual en él—, tienes que tomar un poco. —Le posicionó el sorbete en los labios y con paciencia esperó a que ella bebiera un poco—. Buena, chica. Ahora un poco más. Vamos, cariño, sé que puedes.

Gabe se sentó pegado a Morrigan y dejó que descansara la mejilla sobre su hombro una vez que ella finalizó de tomar el envase completo de jugo.

—Quiero saber la causa de estos desvanecimientos. ¿Qué es lo que anda mal? —le preguntó con ternura mientras le apartaba el cabello desordenado del rostro.

—Lo siento, no volverá a suceder —murmuró ella, y él se alegró que no pretendiera apartarse—. No es algo habitual.

—No es eso lo que te pregunté. —Posó la barbilla contra la cima de la cabeza de la chica—. ¿Qué lo provoca?

—Un descenso de glucosa.

—Mor, sabes a qué me refiero. —Le decía lo obvio, él necesitaba más información. Lo que le sucedía a ella—. Solo dime, no seas testaruda.

—Nervios, estrés y saltos de comida.

—Los nervios y el estrés supongo que provienen de lo que requiere que me pidas un adelanto cada vez que nos encontramos. —Mor permaneció en un rotundo silencio—. No vas a contarme, ¿cierto? —Sin poder evitarlo, Gabe enredó los dedos de una mano en la cabellera de fuego y peinó los mechones, acariciándola en un acto inconsciente—. ¿Y los saltos de comida? —Por un momento, se le ocurrió que quizás ella tuviera problemas económicos tan severos que no tenía el dinero como para procurarse un almuerzo diario.

—A veces olvido alimentarme, y más si me entusiasmo con un proyecto como este —susurró y se apretujó más contra él—. Debería comer cada tres horas, antes calcular los carbohidratos para saber la cantidad de insulina que aplicarme...

—¿Eres insulino dependiente? —Mor contestó con un ligero asentimiento sin dejar de reposar la mejilla en su hombro.

—Me aplicó una inyección antes de cada comida.

—¿Cómo es que nunca te he visto hacerlo? —Gabe pensaba en la cantidad de cenas que había compartido con ella en las salidas con los miembros de S&P.

—Cuando salimos en grupo, me aplico las inyecciones en el baño del establecimiento —confesó ella y se encogió de hombros.

—Ay, Mor, realmente debes contarle a los demás —se compadeció de esa joven que pretendía hacerse la dura ante todos y que hacía pensar que no necesitaba a nadie—. Deberían saber qué hacer en estos casos. Si no hubiera pasado antes, yo no hubiera sabido que tenía que darte el puto jugo. ¡Debes confiar

en tus amigos!

—Nosotros no somos amigos —argumentó, y él creyó percibir cierta tristeza en su tono.

—No, no lo somos —concordó—. Pero me refiero a Mark, Alex, Keyla y los demás. Ellos sí lo son.

—No te atrevas a delatarme, Gabe. —Mor estiró el brazo a lo largo del de Gabe y enlazó los dedos con los de él, sorprendiéndolo. Pero más aún se sorprendió él mismo al aferrarse a su mano—. Por favor, no quiero que nadie me mire con pena.

—Yo no diré nada —aseguró y se maldijo por dentro por no hacerla entrar en razón—. Pero dejo constancia de mi desacuerdo. Supongo que no has comido. Quédate aquí un rato, descansa. —Presionó el agarre en su mano para luego soltarla—. Volveré con algo para que comas.

—No te olvides de mi cheque.

—No lo haré —gruñó y se elevó para salir del cuarto.

En la mente de Gabe se revolvían miles de causas por las que ella precisara un cheque nuevo cada dos o tres días. ¿En qué lio estaría metida? No parecían ser drogas. ¿Sería una ludópata? Tal vez una compradora compulsiva.

Por alguna extraña razón, se sentía responsable de su bienestar. Lo que era una estupidez. Se habían acostado una sola vez y en un arranque de desenfreno, eso no lo convertía en su niñera. Como bien había marcado Mor, ni siquiera eran amigos. ¿Entonces por qué no le decía a Mark y Alex lo que ocurría con ella y que alguno de ellos se hiciera cargo? Porque no quería nadie más que él la cuidara. Sabía que estaba metido en problemas y graves.

# Capítulo 11

—Bien, ahora compórtate. Alguien más va a unírseos esta noche —anunció Gabe mientras sorbía de su vaso con cerveza—. Digamos que también quería hacer algo de trabajo solidario.

Se habían reunido en un bar pequeño que habían encontrado unas semanas atrás y que les había parecido tranquilo y relajado como para sus reuniones esporádicas. Al Alex mudarse fuera de Manhattan, Gabe y Mark habían comenzado a juntarse sin este en algunas ocasiones, aunque mantenían las salidas culturales en conjunto.

—¿Trabajo solidario? Oh, no, no. No puedes, Gabe. Le dejé bien claro a Alex que no adoptábamos a nadie más —protestó Mark—. Este grupo ya está colmado.

Gabe no pudo menos que soltar una risotada ante los disparates de Mark. Cómo amaba al hombre que en un primer momento lo había mirado con suspicacia y con una carga de celos al creer que le robaría el cariño de Alex.

—Vamos, viejo. Este, totalmente, aplica —comentó con la seriedad transformando sus facciones—, no sé si está a la altura de Alex y de ti, pero su pasado también está jodido. En realidad, la idea surgió cuando le recomendé tu agencia para un cambio de imagen publicitaria y... Mira, allí viene.

Un hombre de cabello castaño y ojos marrones se aproximaba a su mesa. Para Mark constituía el aspecto de un hombre promedio, normal, ni feo ni guapo. Aproximadamente, poseía la misma altura y edad que Mark y Gabe, aunque este último le llevaba un par de años. Mark debía darle la razón a Gabe, el tipo parecía apagado y su expresión era entre resignada y cansina. ¡Maldición! Temía que realmente este aplicara al pequeño grupo de malditamente jodidos, hasta el momento conformado por tan solo tres miembros y uno honorario si se contaba a Xav. No obstante, Xav no aplicaba en lo más mínimo, el hombre era pura luz y desde que su esposa estaba embarazada ya no concurría a sus encuentros.

—Gabriel —saludó el recién llegado con un ademán rígido de cabeza.

«¡Ay, no! Este es el miembro depresivo», pensó Mark. Gabe era el irritable; Alex, el que carecía de habilidades sociales, y Mark, podría decirse que era algo así como el disociado. Casi conformaban un grupo de autoayuda para hijos de puta bien jodidos.

—Blake, te presentó a Mark Sanders. —El aludido le extendió la mano a Mark y este se la estrechó con el ceño fruncido—. Mark, Blake Connors.

—Encantado —dijeron los dos hombres al unísono al tiempo que Blake tomaba asiento en la mesa.

—Déjame verte bien —pidió Mark y clavó los ojos verdes en Blake, quien se removió en el asiento, con evidente incomodidad, y buscó la mirada de Gabe en lo que parecía ser una explicación—. Bueno, tengo que concederle, creo que es digno miembro de nuestro selecto grupo de descarriados, Gabe. Ahora, Blake, podrás formar parte, pero no te otorgo el derecho de apadrinar a nadie, no quiero más incorporaciones. De pronto, mis relaciones sociales han aumentado demasiado para mi gusto.

—No comprendo de qué hablas —expresó Blake con cierta tirantez.

—No le hagas caso, Blake —sugirió Gabe y lo palmeó detrás de un hombro—. Siempre desvaría del mismo modo, ya te acostumbrarás a ellos. Son un par un tanto particular.

—También te queremos, viejo —ironizó Mark a la vez que alzaba su vaso a modo de brindis.

—Lo sé —contestó Gabe, dedicándole una sonrisa sincera.

Pronto los tres hombres se enfrascaron en la mejor forma de mejorar la imagen de la empresa de Blake. Claro que una vez que Mark aclaró que debía visitarlo en la agencia para poder sumar las ideas de Alex, comenzaron a conversar y bromear, y Mark pudo ver como Blake, al final, se relajaba en su compañía.

En cuanto salieron del lugar y se encontraron en la acera, Mark se fue por la izquierda y Gabe y Blake se encaminaron hacia el lado contrario en busca de sus automóviles.

—¿Qué te llevó a invitarme? —Blake se detuvo en seco—. Éramos compañeros de clases, pero jamás fuimos amigos. —Blake y Gabe habían concurrido a la misma escuela secundaria y sus padres habían sido amigos.

—No, no lo éramos. Tú eras uno de los populares, siempre rodeado de chicas, a mí tampoco me faltaban, pero tenía otros intereses.

—Lo sé, te vi tocar una vez. Jamás intercambiamos más que alguna palabra en las reuniones en las que coincidíamos gracias a nuestros padres. Entonces, ¿por qué ahora este repentino interés por mí? —preguntó, y a Gabe no le pasó desapercibida la suspicacia de su excompañero.

—Tú y yo compartimos un futuro similar luego de la secundaria. Nuestros planes se vieron truncados y tuvimos que hacernos cargo de responsabilidades sin que pudiéramos elegir. Cuando te encontré en esa conferencia, días atrás, me reconocí en ti. —Le puso la mano sobre el hombro y conectó la mirada con la de Blake—. Sé que no somos amigos, pero necesitas uno y, por alguna razón que no logro comprender, se me metió en la cabeza que yo podría ocupar ese sitio para ti.

—El Blake que conociste en la escuela desapareció hace tiempo, Gabriel.

—Lo sé, quiero ser amigo de este. El otro era un tanto petulante para mi gusto —acotó con una media sonrisa—, demasiado pagado de sí mismo. Además, aunque te parezcan unas personas un tanto desquiciadas, Mark y Alex poseen algo que te ayuda a comenzar a sanar, viejo. Yo sé que lo necesité en su momento, y creo que ahora a ti te hace falta lo mismo —concluyó y emprendió el camino.

—Supongo que ya conoceré a Alex —dijo Blake al acompasar sus pasos—, pero Mark definitivamente está un tanto loco.

—Ni que lo digas. —Se carcajeó—. Entonces ya eres parte de este grupo. —Gabe le pasó un brazo por los hombros—. Al menos tú y yo somos los miembros cuerdos.

—¿Estás seguro?

Mor le brindó una sonrisa forzada a Carol, la enfermera que se hallaba detrás de la ventana de cristal de la estación de enfermería, siempre en el horario en que ella concurría.

—Señorita Forrester. —La detuvo cuando se disponía a tomar el corredor hacia los cuartos—. Solo quería comentarle que su madre ha estado un poco agitada y que han tenido que sedarla.



—¿Sedarla? —Morrigan se apartó de Carol y se apresuró hacia la habitación de su madre. En cuanto abrió la puerta, la halló sentada al borde de la cama. Ella se volteó con aquellos ojos vacíos, su expresión inalterable y una actitud casi catatónica. El corazón de Mor dio un vuelco. ¿A qué se había reducido su hermosa madre? Siempre había sido tan vivaz y enérgica y ahora... Ya no quedaba nada de ella.

—Mamá —susurró y se acercó a ella—. ¿Cómo estás, mamá?

Su madre volvió a girarse hacia la ventana como si Mor no le hubiera hablado. Se sentó a su lado, tomó la delgada mano en la suya y apoyó la mejilla en su hombro. Cerró los ojos y procuró imaginar los años de risas y abrazos entre sus padres y ella. Lágrimas se atropellaron detrás de sus párpados y su garganta se cerró ante los dulces recuerdos. Qué difícil era enfrentar a esta mujer que no era otra cosa que una carcasa de lo que había sido su madre.

Se quedó unos cuantos minutos en la misma postura, el tiempo detenido en lejanas remembranzas muy apreciadas en su memoria. Sus labios se movieron como por voluntad propia y le contó a la madre de su mente sus aventuras diarias: cómo se abría paso en su profesión, el trabajo que hacía en aquel momento para Gabriel McDougall, la relación escabrosa que compartían, cómo su diabetes se había descontrolado últimamente con picos altos y bajos. Le realizaba preguntas que ella misma se respondía. Su madre... ella continuaba igual de inalterable, como si Morrigan ni siquiera estuviera a su lado. Después de un rato de silencio, Mor se alzó del lecho y salió de la habitación.

Se encaminó hacia la oficina de Clare, la directora ejecutiva. A cada paso era como si su alma se desangrara por una herida que supuraba y que parecía que nunca se cerraría. Mor sospechaba que jamás lo haría. La madre que conocía hacía tiempo que ya no existía, solo restaba tan solo un cuerpo que se le asemejaba, pero su esencia había muerto.

Al llegar a su destino, elevó el puño y dio un pequeño golpe. Una voz atenuada la invitó a pasar.

—Morrigan, qué grata sorpresa —la saludó Clare, sentada detrás de su escritorio.

Mor hizo un ademán con la barbilla a modo de saludo y se aproximó a la mujer. Le extendió un trozo de papel que sacó de su cartera.

Clare examinó el cheque y frunció el ceño.

—Morrigan, esto no cubre la deuda adquirida.

—Lo sé, es solo un anticipo —aclaró con voz monocorde—. Pagaré el resto como prometí.

—Lo siento, querida —dijo con lo que le pareció una falsa ternura que la irritó—. Estoy tratando de aguantar tu situación todo lo que sea posible. —Mor lo dudaba. La mujer solo parecía tener el signo dólares en su mirada.

Se retiró unos segundos después y permaneció sentada en su coche mientras meditaba. Sabía que si no conseguía el resto del dinero pronto, su madre sería desalojada. Sin embargo, no podía seguir pidiéndole dinero sin justificación a Gabe, él ya sospechaba que los montos no se reflejaban en las obras de su empresa.

Se mordió el labio inferior, apoyó la cabeza contra el reposacabezas y lanzó un suspiro largo. ¿Qué opciones tenía? No lo sabía, pero de alguna forma se las apañaría.

Morrigan escuchaba de nuevo el repiqueteo de Gabe con el bolígrafo. Abrió un poco más la puerta entornada de la sala de limpieza y contempló a Gabe sentado en su habitual sitio, debajo de la estantería de productos de aseo y junto a los escobillones y escobas. Era una imagen digna de ver y que hacía que una risotada burbujeara en la garganta. La que contuvo, claro.

—¿Qué es lo que tocas? —Él le dirigió una mirada desorientada, Mor estaba segura de que Gabe no se percataba de que golpeteaba—. ¿La música que tocas? Hay veces que hasta la tarareas.

—Yo no toco ni tarareo nada —la contradijo, cortante.

—Claro que sí, recién...

—¡Maldita seas! Te digo que no lo hago —exclamó con tal virulencia que Mor quedó estupefacta y más aún cuando se extendió frente a ella y pegó su nariz casi a la suya. Por lo que ella dio un pequeño salto hacia atrás.

Gabe se detuvo ante la mirada de precaución que le dirigía la joven. Se pasó la palma por el cabello, frustrado, y se maldijo por su accionar violento. La música había sido su vida en otra existencia y aún le dolía el haberla abandonado, como si hubiera dejado a un amor.

Cuando alzó de nuevo la vista hacia Morrigan, se percató de las líneas de tensión en su expresión. Observó sus manos, no temblaban. Respiró con alivio, al menos no parecía que fuera a tener uno de sus episodios de descompensación glucémica.

—¿Qué sucede? —Realizó la pregunta más brusco de lo que pretendía. Antes de que ella se volteara para escapar de él, la sujetó por la muñeca—. Ey, Mor —empleó un tono dulce que lo asombró, pero a veces le salía fácil con ella—, algo está mal. Cuéntame.

—No somos amigos, Gabe —escupió Mor con los ojos entrecerrados y con recelo.

—Lo sé —concedió. Le pasó el pulgar por el dorso de la muñeca en una caricia continua y que no se cuestionaría.

—Entonces no te incumbe lo que pueda ocurrirme.

—Podría, pero tú no quieres. Con eso de solo es trabajo. Al fin y al cabo, con Brian no tuviste ningún inconveniente.

¿Qué le sucedía? ¿Por qué no podía dejar de atacarla a la menor oportunidad?

—No te atrevas a nombrarlo —dijo entre dientes y preparada para la batalla. Mor tiró de su brazo y se soltó de su agarre—, no te le comparas.

—Claro que no, a mí no me van los tipos —soltó y se cruzó de brazos.

—Él es mi mejor amigo, y te repito, tú y yo no somos amigos. —Ella se alejó unos pasos hacia la puerta.

—Antes de que te vayas, ten. —Él le arrojó una bolsa de papel madera. Cuando Mor miró qué había dentro, su mandíbula se abrió de una manera poco seductora.

—¿Qué es esto?

—¿Acaso ya has almorzado? —Mor negó con la cabeza sin salir de su asombro—. Es de un mercado natural que hay a un par de cuadras. Estuve leyendo en línea sobre diabetes y...

—¿Buscaste en línea? —preguntó con asombro y enmudecida.

—Sí, y leí que debes llevar una alimentación sana, no debes saltarte comidas...

—Espera —lo interrumpió con una palma en alto al acortar las distancias—, ¿estuviste buscando sobre la dieta que debo realizar?

—Claro —la miró como si ella hubiera perdido lucidez—, sino cómo sabría qué puedes comer. Es un sándwich de pavo con mayonesa de zanahoria, tomate, palta, hojas verdes que ni sé sus nombres y pan sin gluten —explicó y dibujó una sonrisa que la dejó perpleja por cómo su rostro se iluminó de golpe—. Leí que la harina de trigo no es buena para ti, hace que la glucosa se te dispare. Debes calcular los carbohidratos, no tengo idea de cómo demonios se hace la cuenta, pero...

—Ya sé hacerlo —se apresuró a acotar.

—Bien. —Gabe asintió y prosiguió—: Entonces allí tienes tu almuerzo. Y si te comportas, quizás te de una barrita de chocolate amargo.

Volvió a brindarle una sonrisa amplia. No una de esas sardónicas, autosuficientes y altivas que él reservaba solo para ella, sino una sincera y tierna que la hacía estremecerse de la cabeza a los pies y suspirar por algo que no era posible con ese hombre.

—¡Ey, eso era parte del trato!

—No rezongues, Mor —dijo, y se acomodó de nuevo en el suelo—. Come todo tu almuerzo y tendrás premio. Ahora ve y ponte a trabajar. —Le dio permiso para marcharse con un gesto de su mano como si fuera un duque y ella, una servidora.

Morrigan salió de la sala de limpieza con un revoltijo en el cerebro. ¿O en su corazón? Él había adquirido su habitual actitud de mandón, totalmente insoportable. Pero por otro lado, Gabriel McDougall había investigado sobre la diabetes y se había tomado la molestia de comprarle un sándwich. ¿Era que se había dormido y esto era tan solo un sueño? Si así era, se trataba de uno muy extraño, también dulce y tierno. Pero más que todo, de uno del que estaba segura no querer despertar.

## Capítulo 12

Gabe se dirigía a constatar el avance de la remodelación de Mor y su grupo de albañiles en su despacho. Por más que el pudiera adaptarse a trabajar en cualquier lugar, era un hombre dado a las comodidades y extrañaba estar sentado en un sillón giratorio y a un escritorio. Que el resto del piso estuviera en construcción, repleto de polvo y pareciera más bien una zona de guerra que una de las empresas de chocolates más importantes del país, lo tenía sin cuidado. Se detuvo en seco a unos pasos de la puerta al oír su nombre y se quedó escuchando a hurtadillas.

—Señorita Mor, ¿el señor McDougall le está dando problemas? —preguntó Carlos, el jefe de albañiles, contratista y el segundo al mando. Gabe se había percatado de que su opinión era importante para Mor, ella discutía con él cada cambio que sugería.

—¿Por qué lo dices, Carlos? —cuestionó ella.

—Lo escuché gritarle ayer en aquel cuartucho en donde se esconde. —Gabe gruñó para sus adentros. Él no se escondía, necesitaba un espacio donde poder concentrarse y dirigir sus negocios—. Si lo necesita, puedo hablarle a ese hombre sobre cómo tratar a una dama.

—Ay, Carlos, eres un encanto. —El ruido de un beso siguió a las palabras de la joven. Gabe espió un tanto por la puerta entornada y la vio con una mano en el hombro del albañil, alejándose de su mejilla donde suponía que lo había besado.

—Eso dice mi Rosita.

—Tu Rosita es una mujer con mucha suerte.

—Siempre me pregunta cuándo volverá a cenar a casa.

—Dile que si hace las mismas tortillas de la última vez, cuando quiera.

Gabe escuchó ruido de papeles y observó que Mor desenrollaba uno de los planos sobre la placa de madera que había encima de dos caballetes a modo de mesa y hacía algunas anotaciones con un lápiz.

—Eso haré en cuanto llegue. Señorita... —Carlos hizo un silencio prolongado. Gabe constató que el hombre parecía nervioso y que fijaba los ojos al suelo mientras un rubor se extendía por sus mejillas de color canela.

—Sí, Carlos. ¿Qué sucede? —Mor elevó el rostro hacia él, se notaba que ella apreciaba al sujeto por la sonrisa que le regaló. Una que a Gabe jamás le había ofrecido. No sabía de dónde había salido ese pensamiento, pero descubrió que el que nunca le hubiera sonreído así le disgustaba.

—Quería preguntarle sobre mi hijo, Rafael.

—Ah, el mayor —preguntó ella sin dejar de examinar el plano, inclinada sobre la improvisada mesa—, ¿cierto?

—Sí, él está aprendiendo el oficio y quisiera saber si podría trabajar bajo mi supervisión.

Morrigan se alzó y se giró hacia Carlos.

—Sabes bien que no tienes que pedirme permiso, tú eres el responsable de los albañiles. Que

comience como ayudante y sobre la base de su desempeño, veremos de ahí en más.

—Es usted un ángel —exclamó el hombre. La tomó de la mano y le dio un beso en el revés.

—No tanto.

—¿Y en cuanto al señor McDougall?

—No te preocupes por Gabe —ella hizo un gesto de desestimación con la mano—, yo sé manejarlo.

Claro que sabía manejarlo. Lo tenía deseándola a cada instante, y eso lo importunaba. No quería desearla, no la quería cerca y no quería que le agradara. Las tres cosas eran ya un hecho y no se vería librado de ninguna de ellas. Al menos, no por ahora. Sin traspasar la puerta, dio media vuelta y retornó a su pequeño escondite.

Sam abrió la puerta del baño de un tirón y con cara de póker.

—¿Y bien? —preguntó Alex. Trataba de enmascarar la ansiedad que lo embargaba. Mantuvo sus manos sobre las rodillas y las presionó con fuerza para no correr hacia ella y, de esa forma, conseguir permanecer sentado en el borde del lecho. Los ojos de Sam se llenaron de lágrimas y ella se apresuró hacia él—. Ay, cielo. —Alex la tomó de la cintura y la sentó en su regazo. Ella tenía la varilla en su mano e indicaba negativo.

Sam escondió el rostro en la curvatura de su cuello y Alex le acarició el cabello con dulzura. El alma se le cayó a los pies, no tanto porque aún no quedara embarazada, sino por la tristeza que la invadía cada vez que se hacía la prueba y el resultado no era el esperado.

—Tal vez sea yo —murmuró Sam—. Con tantas lesiones, tal vez... —A ella se le quebró la voz y Alex ciñó el abrazo alrededor de su mujer. Si no fuera porque el hijo de puta de su exmarido estuviera en prisión y él no era dado a la violencia, lo despellejaría vivo, pero con lentitud para que su tortura fuera eterna. No obstante, si descubría que él le había causado algún daño irreparable, no sabía si podría mantenerse civilizado.

—Sam, hace solo un par de meses que comenzamos la búsqueda —la tranquilizó—, deberíamos darnos más tiempo.

Sam asintió con la cabeza sin sacarla de la comodidad de su cuello, y él podía percibir su pena y su dolor. Ella anhelaba tanto ser madre que le rompía el corazón verla en ese estado de indefensión.

—Lo sé, es solo que lo deseo tanto.

—Y yo —le alzó el rostro para que lo enfocara—, pero tenemos que tomarlo con calma. —Le acarició una mejilla con el revés de sus dedos y luego le rozó los labios con los suyos.

—Te amo, Alex.

—Yo también, cielo.

—Bueno, señor ermitaño —dijo Mor con una sonrisa socarrona en cuanto entró en el cuarto de limpieza—. Debo solicitar su consejo sobre unos colores.

Gabe alzó el rostro de su portátil, desconcertado. Estaba tan inmerso en el correo que debía enviar al gerente de una de sus sucursales de ventas que no se había percatado de ella.

—¿Colores?

—Sí, debemos definirlos. Claro que yo tengo una idea, pero quisiera evaluarla contigo.

Mor se sentó junto a él en el suelo y extrajo una muestra de paleta de colores de su cartera. Gabe la observó con extrañeza al ella pegar el costado de su cuerpo al suyo mientras le mostraba los diferentes cartones de la paleta que había elegido.

Cuando se disponía a examinarla, apareció su secretaria en el rellano de la puerta.

—Lo siento, señor McDougall —se disculpó la mujer cincuentona con evidente incomodidad. ¿Quién sabe qué se imaginaba al hallarlos de aquella manera?

—Dime, Linda —solicitó Gabe desde el suelo. Se notaba la confusión de su secretaria al encontrar a su jefe en esa postura con una empleada.

—Llaman de un estudio de abogados en relación a un familiar... —La secretaria buscó en su libro de notas hasta dar con lo que pretendía—. Aquí está, un tal Martin McDougall.

Gabe se tensó de inmediato al oír ese nombre que hacía años que nadie pronunciaba en su presencia. Tomó el teléfono inalámbrico que le extendía la mujer con cierto resquemor.

—Gracias, Linda —la despidió y aguardó a que saliera para atender la llamada.

Intercambió unas escasas palabras con la asistente del estudio de abogados, su jefe le pedía que se reuniera con él de inmediato sobre un tema importante del que ella no tenía conocimiento como para informarle. ¿En qué problema lo habría metido Martin? A pesar del enfado que a Gabe le daba saber algo de él, no podía menos que esperanzarse ante la posibilidad de recibir alguna noticia de su hermano. Quizás planeara regresar a casa.

—¿Gabe?

La voz de Mor lo retornó al presente y lo sacó de las preguntas que se hacía en la mente sobre qué pasaría con Martin y por qué lo llamaban de un estudio de abogados.

—¿Mmm?

—Sobre los colores —ella alzó la muestra—, es importante que ya los elijamos y los encargue lo antes posible.

—¿Has comido el sándwich de hoy? —Se había convertido en un ritual para él pasar por la casa de comida natural y orgánica a la vuelta de su empresa para elegir un sándwich distinto cada día para ella. Le complació el rubor que tiñó las mejillas femeninas ante su pregunta. Ella tampoco era inmune a él por más que quisiera ocultarlo.

—Sí, no hace falta que me alimentes todos los días. —Mor se elevó sobre sus pies y lo contempló desde su altura, evidentemente intranquila con su gesto—. Soy una adulta, puedo cuidarme sola.

—Lo lamento, tendrás que acostumbrarte —advirtió él, y también se paró—. ¿Te has medido?

—¿Gabe! —exclamó Mor y le dio un leve empujón en el brazo, aunque Gabe fue testigo de la pequeña sonrisa que iluminó el rostro femenino.

—¿Lo has hecho? —Conectó los ojos con aquellos almendrados con espigas verdes—. Quiero que mis empleados gocen de buena salud y, además, estoy por demás interesado en tu subsistencia. —La tomó de la barbilla y evitó que ella apartara la mirada. Le sonrió con picardía, y los ojos de ella refulgieron de

enfado—. Necesito mi despacho terminado lo antes posible.

—Me he medido —Mor apartó la babilla de su agarre—, hoy no hay picos. En cuanto a los colores...

—Agarra tus cosas —ordenó en un impulso. No sabía la razón, pero quería prolongar su compañía—, te vienes conmigo.

—¿Qué?

—Tengo que irme y necesitas mi opinión, ¿cierto? —preguntó muy cerca del rostro femenino, y ese aroma dulzón lo embriagó, sin embargo, se apartó unos pasos para desconectarse de la adicción que comenzaba a reconocer a esa mujer—. Vente conmigo y lo definiremos en el camino. Tendrás mi atención absoluta.

—¿Entonces te parece bien la paleta que elegí? —Habían bajado del auto y subían por el ascensor al estudio del abogado que había citado a Gabe. Mor no sabía de qué se trataba, aunque pensaba que tendría que ser de importancia para distraerlo de tal forma y que hubiera dejado sus responsabilidades laborales en un chasquido de dedos.

—Mor, no te has cansado de decirme que tú eres la experta —volvió a repetirle, seguro, ya harto de su insistencia, pero ella quería que él se enorgulleciera de su trabajo. No se cuestionaría por qué buscaba impresionarlo, pero así era—, si a ti te gusta, entonces por mí va bien. —Salieron a un corredor decorado en colores marrones que hizo que ella arrugara la nariz ante el mal gusto.

—Son los adecuados para la renovación de la imagen que buscamos —añadió al acompasar su paso a las zancadas de Gabe—, pero quiero que estés de acuerdo.

Él se detuvo en seco, se giró y la tomó por los hombros en un movimiento tan rápido que ella se sobresaltó. La proximidad de él la desestabilizaba, como había sucedido desde que se habían acostado. Hizo acopio de fuerza de voluntad para no gemir e inclinarse hacia adelante en busca de aumentar el aroma masculino que le llegaba y al percibir el calor que ese cuerpo emanaba.

—Estoy de acuerdo. —Cuando la observaba de aquella manera tan intensa, lograba que sus rodillas se doblasen como si fueran un flan. Luego la soltó y continuaron hacia unas puertas doble de vidrio.

Se aproximaron al mostrador donde se hallaba una joven que tenía en la cabeza unos auriculares con micrófono incorporado.

—Tengo cita con el doctor Kaufmann —informó Gabe a la chica—. Avísele que el señor McDougall ha llegado.

—Sí, lo esperaba —comentó la recepcionista—. Un minuto, que lo anuncio. Tomen asiento, por favor.

Gabe asió a Mor por el brazo, con la intención de conducirla a uno de los sofás en cuero negro, cuando reapareció un hombre de unos cuarenta y cinco años tras una puerta en la otra punta de la sala de espera.

—Señor McDougall, pase por favor —pidió el hombre, quien suponía Mor, sería el abogado.

Mor siguió a Gabe al despacho un poco intranquila, percibía la tensión en la espalda de él y la rigidez de sus movimientos. Fuera lo que fuera lo que lo había traído aquí, no parecía ser nada que resultaría agradable.

La estancia que los recibió era bastante anticuada y su vocación de decoradora no pudo menos que analizar los colores oscuros que hacían que las dimensiones parecieran más reducidas, al igual que las paredes cubiertas por estanterías y el mobiliario recargado y pesado.

—¿Puedo llamarlo Gabriel? —pidió el abogado al otro lado del escritorio. Gabe asintió y entrecerró los ojos mientras tomaba asiento en uno de los sillones frente al escritorio del hombre y Mor lo hacía en el restante—. Gabriel, primero quiero darle mi pésame.

Mor movió la mirada rápidamente a Gabe, quien mudó la expresión de horror en un segundo a una impasible, pero ella estaba segura de haberla llegado a contemplar. Ella se tensó y aferró con fuerza los apoyabrazos de su asiento.

—¿Pésame? —Gabe frunció el ceño—. Mis padres hace años que han fallecido.

—¿No le han informado? —exclamó el abogado con evidente asombro y contrariado—. ¿Nadie se ha comunicado con usted?

—No —gruñó Gabe y se removió en el sillón.

A Mor la recorrió un escalofrío por la columna, tenía la necesidad de acercarse y pasarle un brazo por los hombros a Gabriel sin saber la razón. Algo no iba bien y lo notaba ante la creciente exasperación de Gabe a cada segundo que transcurría sin que se le informara qué ocurría.

—Martin y su esposa han tenido un accidente automovilístico hace un par de meses —relató el hombre mayor—. Yo no he tenido conocimiento del hecho hasta hace una semana.

—¿Martin ha muerto? —susurró Gabe. Apoyó los codos sobre las rodillas y fijó la mirada en el suelo—. No puede ser. —Sacudió la cabeza a un lado y al otro. Se paró de golpe y paseó por el salón—. No lo creo.

Mor permanecía como espectadora de la situación, sin saber si retirarse o correr a abrazarlo. De pronto, el gran señor Gabriel McDougall parecía como un animalito perdido sin saber cómo proceder. Ese hombre tan prepotente y seguro de sí mismo se mostraba vulnerable y con emociones atribuladas bailando por su rostro.

—Tengo copia de los informes aquí —alegó el abogado.

Gabe se aproximó al escritorio en dos pasos y agarró los papeles de un manotazo. Los examinó y varios gestos se esbozaron en sus facciones: sorpresa, angustia, enfado...

—¿Estaba casado?

—Eh, sí —contestó Kaufmann—. Con Lorenza Mancini, desde hacía unos ocho años.

—Ocho años —repitió Gabe en un susurro, aún con una hoja en su mano.

—Lo siento, Gabriel —se lamentó el abogado—. Pensaba que lo sabía.

—¿Por qué me ha citado? —cuestionó Gabe en un tono grave e irritable.

—Su hermano dejó un testamento en el que lo nombra guardián legal.

Mor jadeó. ¿Gabe tenía un hermano? ¿Y este había muerto? Se alzó en un santiamén y se acercó a Gabe, quien se veía tan pasmado que a ella no le importó nada. Le posó una mano en el hombro y le acarició el brazo tenso hasta llegar a sus dedos y enlazarlos con los suyos. Su sorpresa fue aún mayor cuando él se aferró a su mano con fuerza, como si ese agarre fuera un salvavidas en medio de un maldito



naufragio.

—¡Qué mierda! —exclamó él—. No, no, no. —Sacudía la cabeza como si no pudiera creer lo que sucedía—. ¿Cuándo vino mi hermano a Estados Unidos para hacer este testamento?

—Lo realizó a través de nuestra página web. No hace falta su presencia, solo con rellenar un formulario y abonar los costos ya está hecho. Luego se comunicó conmigo y me explicó cómo debía proceder en caso de que algo le sucediera.

—¿Quiere decirme que mi hermano me dejó a su...?

—Sí, a su hijo —concluyó Kaufmann—. Es el guardián legal del niño y de sus intereses hasta que cumpla la mayoría de edad.

—¿Por una maldita página web? —gritó Gabe sin esconder su enfado—. ¿Es eso legal? ¿Y el niño?

—Estaba en Italia con su abuelo, su madre era italiana. El abuelo se contactó conmigo, me dejó bien en claro que no se haría cargo del pequeño y que sabía de usted. Por eso pensé que el suegro de su hermano le había comunicado lo ocurrido.

—Pues no lo ha hecho. —Gabe le dio un apretón a la mano de Mor y ella alzó la mirada a él, sin embargo, él continuaba con la vista fija en el abogado.

Kaufmann se elevó del asiento, se encaminó a una puerta y la abrió. Detrás apareció un pequeño de cabello castaño claro. ¡Oh, Dios! No podía ser. Mor enseguida volteó a ver a Gabe, quien se quedó estupefacto y con una expresión de puro terror plasmada en el rostro.

—Les presento a Stefano McDougall.

## Capítulo 13

Un niño de cabello unos tonos más claro que los de Gabe, pero con idénticos ojos grises, apareció tras la puerta. Su expresión no podía ser más atemorizada que la que tenía dibujada en su pequeño rostro.

El doctor Kaufmann le hizo un ademán con la mano, indicando que se acercara. Stefano caminó unos pasos hasta adentrarse en la sala y observó a cada uno de los presentes con unos ojos enormes y labios temblorosos. Se refregaba las manos una con otra frente a su cuerpecito con un nerviosismo evidente. Detrás de él, una joven lo acompañó.

—Stefano, te presento a tu tío, Gabriel.

El niño alzó la mirada a él. Gabe se cruzó de brazos para evitar que se notara el temblor de sus manos, frunció el ceño y conectó los ojos con los del chiquillo.

El silencio que prosiguió en el despacho se tornó tenso y el aire, viciado. Gabe sintió una intranquilidad en el cuerpo como nunca antes. No podía con esto. No concebía que Martin le hubiera dejado a su hijo en un puto testamento sin siquiera haberle hablado al respecto. ¡Maldición! ¡Se había tomado la maldita molestia de enviarle esas postales de cada país que visitaba y no le había contado de su esposa e hijo! ¿Qué clase de hermano era?

Un gruñido escapó de sus labios, y el niño retrocedió unos pasos con los ojos bien abiertos.

—¡No es mi tío! —Lloriqueó el pequeño—. ¡No es él! —gritó con un acento extraño.

—Ey, calma. —Mor se apresuró hacia él y se arrodilló a sus pies—. Hola, Stefano. Mi nombre es Morrigan —le hablaba con un tono dulce y tranquilizador—, pero mis amigos me dicen Mor, así debes llamarme, dado que vamos a ser amigos, ¿cierto? —El niño asintió con los ojos repletos de lágrimas que se esforzaba por evitar derramar. Mor le sonrió y luego miró a Gabe. Le brindó una expresión que claramente le indicaba que era un bruto—. Bien, Stefano. ¿Por qué dices que Gabriel no es tu tío?

Stefano sacó un cartón doblado que tenía en el bolsillo de su pantalón, cuando lo desdobló, se evidenció que se trataba de una fotografía de varios años.

—Este es mi tío Gabe, no él. —Alzó el brazo y lo señaló como si lo culpaba de algún crimen.

Morrigan tomó la foto en sus manos y se volteó a verlo con el ceño fruncido, como si ella tampoco creyera que él fuera quien decía ser. Gabe no se movió, no se aproximó para conocer de qué fotografía se trataba, aunque la curiosidad lo carcomiera. Era como si tuviera los pies pegados al suelo.

—Tienes razón —acordó Mor con una sonrisa—, no se parece, pero es una fotografía de hace mucho tiempo.

—Mi papá dice que tío Gabe es divertido y que siempre está sonriendo, él no —lo acusó con un movimiento de barbilla.

¡Esto ya era demasiado! ¿Acaso su maldito hermano había hablado con el niño de él? ¿Qué podía saber Martin si hacía años que no se veían?

—Mor, déjame ver esa fotografía. —Ella se alzó y se la extendió. En cuanto él la agarró, se le atascó

la respiración. Era una imagen de cuando ambos tenían dieciocho años. Gabe tocaba una guitarra y cantaba mientras Martin le pasaba el brazo por los hombros, ambos se hallaban sentados sobre el césped del jardín de la casa de sus padres. Se notaba que se reían a carcajadas al cantar, esas pequeñas arrugas alrededor de los ojos lo demostraban, unas que ya no aparecían en su rostro desde hacía mucho tiempo.

Gabe pasó el dedo por la cara de su hermano. Tan joven, tan feliz y lleno de ilusiones. Luego miró la suya con las mismas características reflejadas. Tan idénticos, solo diverso el pelo, unos tonos más claro el de Martin que el suyo, pero tan distintos a la vez. Mierda, sentía como sus ojos le escocían a causa de las lágrimas que no pretendía derramar ni ahora ni nunca. Le devolvió la fotografía a Mor sin pronunciar palabra y una vez que ella la agarró, se giró y se alejó de las personas en la sala, pero llegó a escuchar los últimos retazos de la conversación.

—Te dije que no era él —susurró el niño con pesar y cabizbajo.

—Stefano, él es tu tío Gabe. Ahora no lo parece porque está un poco triste, pero en el fondo es como tu padre te lo ha descrito: divertido, gracioso y alegre.

¿Qué mentiras le contaba al pequeño? Ese Gabe ya no existía. Muy bien lo sabía él. Lo había enterrado unas semanas después que a su padre, el mismo día que su hermano había huido para nunca más regresar.

—Gabriel, Martin le dejó una carta —anunció Kaufmann. Gabe no se volteó a enfrentarlo, no le importaba. Ansiaba retornar a su vida actual, no quería enterarse de su hermano, su esposa y mucho menos de hacerse cargo de un sobrino que hasta hacía una hora ni sabía que existía—. Gabriel McDougall, es la última voluntad de su hermano que usted lea esta carta —insistió el abogado con voz firme y autoritaria.

Con desgana, la tomó. El alma le pesaba una tonelada al igual que cada miembro de su cuerpo y, si era posible, sintió que se apagaba aún más de lo que lo había hecho con el fallecimiento de sus padres y el abandono de Martin. Ya ni siquiera le quedaba su hermano, uno que él siempre había concebido feliz al hacer realidad sus sueños de rondar por el mundo y publicar sus aventuras. Gabe había renegado de Martin, pero en el fondo había sido feliz de que alguno de los dos lograra lo que se habían propuesto en la vida. Y ahora tampoco le quedaba eso.

—Llama a tu novio. —Gabe manejaba como un poseso, con Morrigan a su lado y su nuevo sobrino en el asiento trasero de su Maserati.

—Baja la velocidad, ahora —lo urgió la joven y lo fulminó con la mirada. Gabe sacó un tanto el pie del acelerador y la aguja del velocímetro descendió—. Y ya sabes que no tengo novio.

—Bueno, a tu ex. ¡Maldita sea, Morrigan! Llama a Brian y arréglame una entrevista urgente con él. —Desde que el abogado de su empresa se había jubilado hacía unas semanas y viajado al Caribe como recompensa de tantos años de trabajo, Gabe no se había molestado aún en buscarse otro.

—¿Para qué? —preguntó Mor con ojos centelleantes—. Si es para lo que pienso, no. Gabe, tienes que calmarte. —Ella le posó una de sus manos en el hombro y fue como si le colocara brasas encima. Gruñó con las mandíbulas apretadas, y ella se apartó, no sin antes fulminarlo con la mirada.

—¿Calmarme, dices? —Soltó una carcajada amarga. Se percataba de que poseía un aspecto un tanto desquiciado, pero poco le importaba—. Calmarme, ya lo creo.

—Por favor, Gabe, que está el niño —susurró al acercarse a su costado de nuevo—. Hablaremos una vez que lo instalemos y quedemos a solas.

Aquel tono suave, conciliador y comprensivo lo detonó como a dinamita.

—¡No! —bramó sin quitar la vista del camino—. Te dejaré en cualquier lugar dónde me digas.

—Gabe, escúchame...

—Solo dime dónde te bajas, Morrigan —gruñó entre dientes y con los músculos en máxima tensión—. No vas a venir a mi apartamento. No te quiero allí, ¿entendido?

—Bien —Mor se acomodó en su asiento, alzó el mentón y se cruzó de brazos—, déjame en la maldita estación del metro a un par de calles.

En cuanto alcanzaron el lugar que ella le había indicado, Mor lo observó por unos segundos para luego tomar la perilla de la puerta y abrirla. Sin embargo, antes de que ella descendiera del todo del vehículo, un grito la detuvo:

—No, por favor, Mor. ¡No me dejes con él! —Lloriqueaba el niño con aquel acento tan particular—. ¡No es mi tío, Mor! No te vayas.

—Oh, Stefano, cariño. —Ella extendió una mano por un lado del apoyacabezas de su asiento hacia el pequeño, quien se la aferró con desesperación mientras lágrimas rodaban por sus tiernas mejillas—. Te prometo que todo saldrá bien. No es tan malo como él quiere hacernos creer, ya lo verás. Confía en mí, precioso.

Gabe fue un testigo silencioso del intercambio entre su sobrino y la mujer. Él también ansiaba gritarle que no se fuera, que no lo abandonara con todo esto. Se sentía perdido, sin saber a quién recurrir ni cómo hacer frente a esta situación que no parecía otra cosa que una pesadilla. Martín muerto. No podía ser posible. Él hacerse cargo de un niño era un grave error y una locura.

Sin embargo, en ningún momento una palabra de ayuda salió de sus labios hacia la joven. Simplemente, observó como ella se despedía de su sobrino, ambos con lágrimas que caían por sus rostros, y luego se apresuraba a descender por la escalera que llevaba al subterráneo.

## Capítulo 14

¡Por favor! Que tipo más aburrido, hacía como más de media hora que hablaba y hablaba sin dejarle meter bocado. Descansaba su barbilla en el revés de su mano mientras fijaba la mirada en los labios de él que se movían al hablar, pero sin prestar la menor atención a las palabras que los abandonaban. Esto estaba resultando más complicado de lo que imaginaba. Se percataba que cada vez toleraba menos a cada hombre que conocía.

No era una mujer exigente, o al menos eso le parecía. Solo quería un hombre que fuera amable y cariñoso. Su mente desvarió a uno de cabellos negros y ojos grises como témpanos de hielo, carácter irascible, pero que le regalaba sándwiches para que no se saltara ninguna comida. Eso debía ser... ¿Qué? ¿Dulce? Bufó con fastidio ante el parloteo interminable del tipo que tenía enfrente, aunque este parecía no notarlo, por lo que continuó con sus pensamientos. Gabe era muchas cosas, pero nada que lo asimilara a alguien amable y cariñoso. Aunque se preocupaba por su salud y le traía el almuerzo cada día. Eso debía contar algo, ¿cierto?

De pronto, un zumbido la sacó de su ensoñación. Se irguió de golpe al percatarse de que era su móvil el que sonaba y vibraba sobre la mesa. ¡Salvada por la campana!

—Perdón. —Interrumpió el monólogo del sujeto—. Solo me tomara un minuto. —Alzó el móvil para que se diera cuenta de que la llamaban y se dispuso a atender, ahuecando su mano junto a su boca y el micrófono como para hacerse escuchar ante el ruido del bar—. Hola.

—¿Mor?

—¿Gabe? —Escuchaba el llanto y los gritos de Stefano en el fondo de la conversación.

—*¡Por favor, ven a mi apartamento!* —Se lo oía desesperado y sabía cuánto debía haberle costado pedirle ayuda—. *Yo... necesito que vengas. Por favor.*

—Ya salgo para allá. —Se disponía a cortar cuando se dio cuenta de algo—. Espera, no sé tú dirección. —Él se la pasó rápidamente—. Estoy como a unos diez minutos, máximo veinte. —Colgó y miró a su cita—. Lo siento, surgió una emergencia familiar. —No del todo mentira, salvo que no se trataba de su familia, por supuesto, que eso no lo aclararía.

—Claro —respondió su cita con ironía y persiguió con tono mordaz y un tanto agresivo—: Sé lo de las llamadas salvadoras. ¿Acaso le dijiste a una amiga que te llamara a la hora?

—No es eso, te lo juro. Tengo un amigo con un problema...

—Oh, un amigo, pensé que habías dicho una emergencia familiar. Y solo puedes tú solucionárselo, ¿cierto? ¡Que conveniente! —Se carcajeó y golpeó la mesa con el puño.

Con cada palabra del tipejo, Mor se irritaba más. Habían compartido la velada por más de una hora y apenas le había preguntado un par de cosas sobre su vida para dedicarse a brindarle un soliloquio interminable. ¿Y se sorprendía que estuviera lista para salir corriendo de allí? Pero ni siquiera era el caso, sino que era verdad que tenía un... ¿amigo? No, un... ¿Un qué era específicamente Gabriel McDougall? ¿Un cliente? ¿El amigo de un amigo? ¿Un tipo con el que había compartido una noche de

sexo fulminante? ¿El tipo por el que parecía que su corazón latía con más fuerza? No, no tenía que ir por ese camino. Solo era alguien que la necesitaba, y no pensaba cuestionarse más allá de eso. Punto. Además también se trataba del pequeño, de Stefano. Él también la precisaba y no pensaba hacérselo más difícil después de perder a sus dos padres hacía tan solo un par de meses.

—Lo lamento, pero me voy. —Sin decir más, agarró su cartera, dejó un par de billetes sobre la mesa y se dirigió a paso rápido hacia la salida.

—¡Al fin! —Gabe la aferró del brazo y la arrastró dentro de su apartamento hasta el área del *living*. Mor se sorprendió con el lugar. Se trataba de uno de esos edificios antiguos modernizados, pero que continuaban con los detalles originales. No obstante, no era eso lo que la asombraba, sino el apartamento en sí, o mejor dicho su decoración. Era un sitio no excesivamente grande como hubiera esperado dada la personalidad de Gabe, con una amplia ventana en una de las paredes de la estancia que debía dar gran luminosidad durante el día. Pisos de madera pulida y plastificada, paredes en un tono blanco opaco cubierta por unos pocos cuadros de colores. Un gran sofá en *L* en un tono gris topo se hallaba contra una de las paredes, con unos cuantos almohadones de diversos colores fuertes; en un costado, una estantería repleta de lo que parecían ser antiguos discos de vinilo, un aparador con un gran equipo de audio que también se componía por un tocadiscos. En la pared contraria al sofá había una gran pantalla plana sobre un aparador de color blanco. Una hermosa alfombra de pelo largo de un tinte claro adornaba el lugar.

Mor se maravilló por lo cálido, cómodo y acogedor de la estancia. No era lo que esperaba encontrarse, y ella sabía lo que decía el ambiente de los dueños, no por nada se dedicaba a su profesión. Podía leer los lugares, y este decía tantas cosas que se contradecían al Gabe que se mostraba ante el público, hablaba de un Gabe interior muy escondido.

—No sé qué hacer con él. Está encerrado en la habitación extra y no deja de gritar y chillar.

La preocupación e impotencia que oyó en la voz de Gabe le caldeó el corazón. Ese hombre, que siempre se mostraba tan superior y autosuficiente, había dejado de lado todas sus armas para pedirle ayuda. Se mostraba como un ser humano vulnerable y sensible ante la situación dramática que vivía.

—Ey, tranquilízate. —Mor le posó una mano en la mejilla y conectó la mirada con la consternada de Gabe. Si había algo que la mareaba aún más que la potente masculinidad de Gabe, era su vulnerabilidad, además vestía una camisa celeste y un *jean* y estaba con los pies descalzos. Una imagen que guardaría en su memoria para las noches de frío—. Es un niño, no te conoce y todo esto es nuevo para él. Es normal que se comporte de esta manera. Permíteme que converse con él.

Gabe asintió, se lo notaba derrotado y cansado. Tenía los hombros hundidos y había perdido aquella postura autoritaria que siempre mostraba. Ahora parecía un hombre de carne y hueso, y no un espécimen inalcanzable, frío y egoísta.

Mor se acercó a la habitación donde se encontraba Stefano. No hacía falta que se la indicaran, se oían los llantos del chiquillo a través de la puerta de madera. Dio unos pequeños golpes a la placa que lo escudaba.

—Cariño, soy Mor.

—¿Mor? —preguntó el niño, y se percibió la esperanza en aquella sola palabra que a ella se le encogió el corazón.

—Sí, soy yo. He venido a hacerte compañía, ¿me dejas entrar?

La puerta se entreabrió para dejar ver el rostro sonrojado e hinchado del pequeño por tanto llanto. Enormes gotas cristalinas caían por sus mejillas.

—Oh, precioso, ven aquí. —Ella se adentró y lo tomó en brazos. Stefano se enterró en su pecho y dejó salir todo el dolor que contenía. Uno que no era justo que sufriera un niño de siete años como él, que lo había perdido todo. Mor cerró la puerta detrás de ellos para darle la privacidad que precisaba.

Gabe necesitaba algo fuerte, por lo que se acercó a un aparador y sacó una botella con líquido ambarino. Se sirvió la mitad del vaso y se lo tomó de un solo trago. ¡Ay, cuanto necesitaba ese ardor en el fondo de la garganta! Al menos lo hacía sentir vivo y lo sacaba del entumecimiento que lo poseía.

Se dejó caer en el sofá en su sala de estar y puso su vaso vacío en la mesa baja, redonda y blanca, de enfrente. Suspiró profundo y se reclinó en el asiento, apoyó la nuca en el respaldo y fijó la mirada en el cielo raso. ¿Qué haría con un niño? Ni lograba imaginárselo. No podía hacerse cargo de él, no tenía ni idea de cómo hacerlo. Tendría que investigar qué otra familia poseía el pequeño. Alguien estaría dispuesto a tomar la responsabilidad, ¿cierto?

Desvió los ojos al sobre encima de la mesa, a un lado de sus tobillos cruzados, el que contenía la carta de Martin. No quería enterarse de qué le había escrito su hermano. Aún no estaba preparado, como tampoco lo estaba para que estuviera muerto. Para él, Martin vivía la vida que habían soñado, se la pasaba de aventura en aventura como le relataba en las escasas líneas de las postales que le llegaban. Le había enviado los libros que había publicado sobre aquellos viajes, pero nunca le había dejado una dirección o un teléfono al que se pudiera comunicar con él. Había argumentado que siempre estaba en constante movimiento. ¡Pero se había casado! ¡Y tenido un hijo! Tal vez, Martin no había estado preparado para enfrentarlo a él. Si debía sincerarse, Gabe podría haberlo encontrado si hubiera puesto sus energías en ello, suponía que tampoco había tenido las fuerzas para enfrentársele.

—Ey. —Mor apareció y se acomodó a su lado con el codo sobre el respaldo y una pierna doblada encima del asiento, girada hacia él—. Stefano ya se durmió.

—Bien. ¿Has cenado? —Mor negó con la cabeza, él no la encaró, sino que vio el movimiento por el rabillo del ojo. No se animaba a conectar sus miradas, no quería ver en sus ojos la lectura de la situación—. Ha sobrado pizza. Stefano no comió nada, ¿crees que más tarde deberíamos...?

—Deja que duerma, Gabe. Mañana comerá. Está agotado del viaje y necesita el descanso.

Él asintió con la cabeza sin apartar la vista de la dichosa carta.

—¿Vas a abrirla?

—Aún no. —Hubo un lapso de silencio. Mor se recostó con la cabeza sobre el brazo doblado en el respaldo y suspiró, pero él se negó a mirarla—. Puedes comer pizza, ¿cierto?

—Sí, de vez en cuando. Solo tengo que calcular los carbohidratos y aplicarme la insulina como de costumbre.

—Haz eso, yo la busco y la comemos aquí. —Gabe se alzó y desapareció por una apertura que daba a la cocina junto a la pared que tenía la gran ventana.

Cuando volvió a aparecer en el *living*, quedó congelado a un par de pasos, con la caja de la pizza en una mano, dos vasos en la otra y una botella plástica de gaseosa sin azúcar atrapada bajo un brazo. Mor tenía su blusa violeta, que resaltaba el color rabioso de su cabello, doblada hacia arriba, lo que le permitía a él ver una porción lechosa de su estómago. Tenía una diminuta jeringa en una mano, con la otra cogió un poco de piel y, en un ángulo de cuarenta y cinco grados, se la aplicó. Gabe nunca hubiera creído posible que el acto de aplicarse una inyección podría ser denominado sexi, pero definitivamente, cuando involucraba a Morrigan y su abdomen, lo era y mucho.

De pronto, la sangre se le atropelló en las venas y corrió a la parte baja de su anatomía. El corazón se lanzó a una maratón y la boca se le secó. El deseo lo golpeó con tal intensidad que no creía posible. Carraspeó y se adentró hasta hallarse junto a la mesa baja. Las mejillas de Mor se tiñeron de rojo y ella clavó la mirada en la caja de la pizza.

—Espero que te agrade —dijo con voz ronca—, pimientos, tomate y albahaca.

—Una de mis preferidas. —Mor dobló las rodillas a un lado y se estiró para agarrar una porción en sus manos.

Gabe quedó embobado al ver la punta de la porción desaparecer entre esos labios carnosos, el movimiento de la boca femenina era hipnotizante. Prendió la TV con el control remoto. Cambiaba de canal cada pocos segundos en búsqueda de alguna distracción.

—¡Espera! Déjame ver ese programa —exclamó Morrigan a la par que extendía el brazo hacia la pantalla.

—¿Esto? —preguntó Gabe al ver a dos hombres casi idénticos hablar sobre las especificaciones de una casa en venta.

—Sí, es *Hermanos a la obra*. Me encanta.

—¿El programa o los gemelos? —inquirió con cierta ironía, y la lenta sonrisa que se dibujó en el rostro femenino lo cautivó al instante. Era tan bella cuando ponía aquella mirada pícaro.

—Pues, tengo que confesar que son atractivos, inteligentes, creativos...

—Para, para —le pidió con una carcajada—, come tu porción de pizza y bebe tu gaseosa.

—A decir verdad, me gusta lo que hacen con las casas —confesó mientras masticaba—. Sus clientes compran una propiedad que es un desastre y ellos la transforman en una belleza.

Gabe se limitó a comer y ver el programa en silencio, al igual que hacía ella. Mor se sorprendió lo cómoda que se encontraba a su lado en aquel sofá, comiendo pizza con la mano y viendo uno de sus programas favoritos. Lo miró de reojo, Gabe estaba con una porción de pizza en una mano, los brazos extendidos sobre el respaldo y las piernas estiradas hacia adelante, en una postura que podría parecer relajada, sino fuera por las líneas de tensión en su rostro.

De pronto, se percató de que los conductores eran gemelos, claro que ya lo sabía, pero a Gabe le habían informado ese mismo día que había perdido al suyo. ¡Qué tonta y desconsiderada!

—Huy, lo siento, no me había dado cuenta —se apresuró a disculparse, agarró el control remoto y



cambió de canal.

—¿Qué? —preguntó con el ceño fruncido, evidentemente, él tampoco había hecho la asociación—. No, déjalo. A ti te gusta, ¿cierto? —Ella asintió sin quitarle los ojos de encima y corroboró que a él parecía no importarle, por lo que retornó al canal.

—¿Quieres que llame a Alex o Mark? —sugirió al cabo de un rato. Alguien debía ocuparse de Gabe y quién mejor que sus amigos—. Ellos vendrían en seguida, lo sabes, ¿cierto?

—No —expuso tajante. Cada musculo de Gabe se atiesó en el acto, y Mor no comprendió por qué no quería la contención de la gente que lo quería.

—Pero son tus amigos, Gabe. Los necesitas en este momento.

—No ahora, Mor. Hablaré con ellos más adelante, quizás mañana.

Ella se giró en el asiento hacia él, ya se habían terminado la pizza entera y bebido más de la mitad de la botella de litro y medio de gaseosa dietética. Evaluó cada rasgo de ese atractivo y varonil rostro y notó la soledad en él, como la vulnerabilidad, y quizás se equivocaba, pero le daba una sensación de perdido.

—¿Quieres que me quede? —cuestionó, sabía que al día siguiente se maldeciría por su ofrecimiento, pero le estrujaba el corazón contemplar su dolor y no poder hacer nada para aliviarlo—. No me refiero a sexo, solo a compañía.

—No te pido nada —gruñó como si no fuera alguien digno de consuelo y cariño, y eso le dolió más. Gabe era un hombre que no mostraba lo quebrado que estaba por dentro.

—No te pregunté si me pedías que me quedara, sino si querías.

—¿Por qué? —inquirió con suspicacia—. No somos amigos.

—No, no lo somos. —Mor estiró el brazo hasta que sus dedos tocaron los mechones negros que caían sobre la oreja derecha de él, los frotó entre sus dedos, percibiendo su sedosidad, y los peinó hacia atrás—. Quiero pensar que si en algún momento necesito a alguien como tú ahora, no me dejarías en la estacada.

—Yo... —Gabe la miró con intensidad, luego se volteó, sacudió la cabeza sin finalizar la frase.

—¿Quieres que me quede? —insistió con suavidad.

Gabe asintió con la cabeza como única respuesta, y Mor se removió en el sofá hasta volver a quedar de frente al televisor y continuar viendo el programa de los hermanos Scott.

—Solo queda una cama disponible, la de mi dormitorio —informó Gabe al cabo de un rato, con una sonrisa un tanto lobuna que no engañaba a Mor a pesar de que tratara de enmascarar su sufrimiento.

—Buen intento —concedió con picardía—. Dormiré con Stefano entonces.

Gabe soltó una pequeña risa y sacudió la cabeza.

—No hace falta —reconoció al apoyar la nuca sobre el respaldo del sofá—, soy bastante insomne. Puedes tomar mi cama, yo me quedaré aquí.

—Entonces voy a acostarme. —Se alzó y caminó dos pasos para luego girarse hacia él—. Gabe... —Él elevó el rostro hasta que sus ojos se conectaron con una intensidad que casi la hizo arrepentirse de la decisión de que su relación fuera estrictamente laboral—, si quieres hablar de lo que sea, despiértame.

Lo que charlemos quedará entre nosotros, lo prometo.

Al terminar de hablar, se volteó y continuó su camino hasta adentrarse en el cuarto de Gabe con unas ansias terribles de correr, saltar sobre su regazo, enterrar las manos en su cabeza y besarlo hasta hacerlo olvidar del día espantoso que había pasado. Sin embargo, su razón pudo más y no volvió por él.

## Capítulo 15

—¿Aún estás despierta? —susurró Gabe desde la entrada de su habitación, la luz del corredor iluminaba la silueta de la mujer acurrucada en su cama y sus ojos brillantes, por lo tanto, abiertos.

—No puedo dormir, demasiados pensamientos turbadores. —El silencio se extendió entre ellos, sus miradas conectadas en un escrutinio donde las palabras sobraban—. Ven. —Mor apartó los cobertores y palmeó el espacio a su lado.

Gabe sabía que ella no le ofrecía nada de tinte sexual, sino reconfortarlo de una manera amistosa. Solo que él no creía que pudiera hablar de lo que le bullía por dentro. Había estado sentado en su *living* pensando en su hermano, la noticia de su fallecimiento, el que se hubiera casado y tenido un hijo y nunca le hubiera participado de aquellos acontecimientos tan importantes, hasta que ya no soportó más la batalla interna. Había sentido una necesidad imperiosa de estar cerca de Morrigan y no en el plano sexual, sino de conectar con ella a otro nivel. No lo tenía muy claro y no quiso analizarlo con detenimiento tampoco, así que se elevó del sofá y caminó los pocos pasos hacia su propio dormitorio donde ella descansaba.

Acortó la distancia con la cama. Se recostó sobre el colchón y cruzó los brazos bajo la cabeza y los pies, a la altura del tobillo. Ella arrojó los cobertores sobre él y el silencio se prolongó entre ellos. Suponía que Mor aguardaba a que él pronunciara algo, pero no sabía qué decir. Sin embargo, el estar a su lado, inundarse de su aroma dulce, ya lo calmaba, y eso era más que suficiente.

—¿Gabe? —preguntó ella al cabo de un rato.

—¿Mmm?

—¿Qué piensas hacer con Stefano? ¿Vas a tratar de anular el nombramiento de tu hermano?

Gabe se tensó en el acto y volteó la cabeza hacia ella. No contestó, no tenía idea de qué hacer con el niño. Con su sobrino, se corrigió, y un dolor penetrante se le alojó en el corazón. ¿Qué haría con un pequeño de siete años? ¿Qué debía hacerse?

—Gabe —ella se giró hacia él y quedaron ambos frente a frente—, piensa lo difícil que es para un niño sentir que sus padres ya no están y que no tiene a nadie a quien le interese, saberse solo en el mundo con un sinnúmero de miedos y...

—Ey. —Los ojos de Mor se habían llenado de lágrimas y habían comenzado a caer sin que ella se percatara, suponía. Él alzó su mano y le pasó el dedo pulgar por una de sus mejillas—. Aún no lo sé. No creo que sea lo mejor el que se quede conmigo, Mor. No sé en qué pensaba Martin al dejármelo...

—¿Hay más familia? —cuestionó ella con voz entrecortada como si la situación de Stefano hubiera tocado un punto sensible en su ser.

—De mi lado, no —contestó a la vez que repasaba la mejilla femenina con sus yemas, tan tersa y suave. Aunque no lograba ver su cremosidad ni las pequeñas semillas de sésamo tostado que las salpicaban en la oscuridad, sabía a la perfección cómo eran—. Mis padres eran hijos únicos, así que no hay tíos ni primos. De parte de la madre, no lo sé.

—Solo lo que dijo el abogado —alegó ella, y aplanó los labios en una fina línea—, que su abuelo no lo quería.

—Sí. —Dejó escapar un suspiro y retornó la mirada al cielo raso como si allí estuvieran las respuestas que le hacían falta—. Eso mismo.

—Supongo que tampoco habrá otros tíos, sino lo hubieran reclamado y batallado el testamento que te nombra su tutor legal. —El enfado en su voz se hacía palpable con cada palabra—. Salvo que tampoco lo quisieran —concluyó.

—Puede que no los haya.

—Gabe, no puedes abandonarlo. —Ella se acercó a su costado y posó una mano sobre su pecho. Todo él se encendió en el acto, la sangre comenzó a bullir como volcán en erupción y cada terminación nerviosa vibró por las ansias de que ella lo tocara.

—Mor...

—En serio, no puedes. ¡Tiene tan solo siete años! —exclamó, y la angustia se permeó a través de su voz.

—Cálmate, entiendo que esta situación te altere, pero...

—No, no lo entiendes. —Ella se elevó sobre él y clavó su mirada almendrada con espigas verdosas en sus ojos, la cabellera de fuego se esparcía como una cascada por sus hombros y rostro, envolviéndolos a ambos en una cueva secreta—. Yo conocí a la que es mi madre y al que fue mi padre a la edad de cinco años. Antes de ellos no tengo muchos recuerdos, solo que estuve en varios hogares sustitutos y no muy buenos.

—¿Eres adoptada? ¿Eso me quieres decir? —Sin pensarlo, acunó sus mejillas, y ella no se apartó de su toque, sino que cerró los párpados y no le pasó desapercibido el deleite en sus facciones. ¿Qué demonios le hacía esta mujer? Porque sentía que lo desarmaba de una forma como ninguna otra había conseguido antes.

—Sí —susurró al abrir los ojos—, por una pareja maravillosa que no podía tener hijos, y me dieron una vida increíble. Gracias a ellos soy quién soy hoy, sé que tienes una mala opinión sobre eso, pero puedo...

—Shhhh, calla, Mor. —Le posó un dedo sobre los labios carnosos. No quería enfrentarse a las opiniones encontradas que tenía sobre ella. La mujer fría y calculadora que le habían pintado versus la joven divertida y cariñosa que tenía ante él—. Hoy no peleemos. Necesito que hagamos una tregua por ahora. —Ella asintió, y Gabe deslizó un dedo hasta ahuecarle la mejilla con la palma—. No estoy seguro sobre cómo sentirme con esto. Mi hermano desapareció hace más de quince años.

—¿A qué te refieres con desapareció? —Ella se acomodó de costado, elevada por un codo, y con la mejilla sobre su mano.

—Un par de semanas después de que falleciera mi padre, él se fue. —Gabe no pudo evitar la irritación y el enojo que emanaron de sus palabras—. Me dejó una estúpida nota con tres líneas sobre perseguir sus sueños.

—¿Nunca has vuelto a verlo? —preguntó, en un susurro, Morrigan.

—No. Me enviaba postales de tanto en tanto sobre los países que conocía y recibí los libros que escribió y publicó sobre dichos viajes. Jamás me llamó o me informó algún dato de contacto.

—Debe ser muy difícil esta situación para ti.

—Es que debería sentirme diferente, ¿no crees? Debería... —Se le quebró la voz y tomó aire para poder continuar—. Debería haber sentido algo aquí dentro cuando murió. —Se señaló el centro del pecho—. ¡Maldición! ¡Era mi gemelo! ¿Cómo puede ser que no lo haya notado? —preguntó con voz ahogada. Eso era lo que lo perturbaba. Martin y él siempre habían tenido un vínculo especial, más allá de hermanos, como si fueran dos partes de un todo. Pero parecía que se había quebrado cuando él se había marchado.

—Ey, está bien. —Mor le pasó la mano por el cabello y le delineó el perfil con los dedos—. Tienes que permitirte angustiarte, Gabe. Era tu hermano, tu gemelo, debían haber estado muy unidos.

—Mucho. Por eso nunca comprendí que me abandonara de la manera en que lo hizo. Que me dejara solo con todo lo que se nos venía encima. La muerte de papá, la empresa, la depresión de mamá... ¡Podría haber seguido mis estudios si nos hubiéramos repartido la cabecera de la compañía!

De pronto, ella apoyó la mejilla en su hombro, se pegó a su costado y lo rodeó fuerte con un brazo.

—Lo siento tanto —murmuró Mor. Luego se elevó, lo miró con una energía que lo desconcertó y descendió sus labios sobre los suyos. El beso era dulce y tan tierno que él solo ansiaba más y más como un adicto, necesitaba ese calor que ella le ofrecía en el alma, era un bálsamo que arrasaba con todo lo malo en su interior.

—Estaba preparado a respetar el límite establecido de que hubiera solo negocios entre nosotros —dijo una vez que ella rompiera el beso.

—Lo sé. —Mor sonrió y sacudió la cabeza apenas—. Tú ofreces una tregua que acepto por tiempo indeterminado, y yo ofrezco un paréntesis de una sola noche, el ofrecimiento expira por la mañana.

—¿Y si yo lo quisiera extender? —Gabe entremetió sus dedos por aquellos mechones rizados de fuego y los deslizó fascinado por su sedosidad.

—Lo lamento, Gabe. Si no te parece suficiente, siempre puedo irme al cuarto de Stefano. —Mor comenzó a apartarse hasta que él le tomó el rostro entre sus palmas.

—Estate quieta ahí mismo, ni se te ocurra marcharte. —Capturó su boca y la saboreó como se lo hace con un helado, lento y envolvente, disfrutando cada recoveco de su interior con un deleite que solo le provocaba ella. Morrigan era puro fuego y no solo en su cabello, sino en cómo lograba que su sangre se condensara en sus venas y su corazón latiera de manera frenética. Mientras la degustaba y la estrechaba contra su pecho, un pensamiento intrusivo se coló en su mente y tambaleó su creciente excitación—. ¡Mierda!

—¿Qué ocurre? —preguntó Mor con evidente preocupación.

—No tengo preservativos.

—Yo... tengo uno en mi cartera. —Mor compuso una expresión estrangulada y apoyó la barbilla en su pecho, dejando salir un largo suspiro—. No pienses lo que piensas de mí por llevar uno.

Gabe le pasó un brazo por detrás del cuello y le acunó la cabeza para que no desviara la vista de la

suya.

—Estamos en un paréntesis, ¿recuerdas? No voy a sacar conclusiones de ningún tipo.

—¿Qué? No puedo creerlo.

—No te muestres tan sorprendida. No quiero desperdiciar el tiempo, que ya hace tic-tac, en hablar, Mor. Mañana podremos conversar sobre lo que deseas, largo y tendido.

Ahora fue ella la que se le abalanzó y le devoró la boca con una desesperación inaudita. Sin embargo, él la igualó al segundo. Hacía tanto que la deseaba, había sido casi imposible contenerse al tenerla tan cerca y revoloteando en su empresa día tras día, que creía que moriría de combustión espontánea sino apagaba ese ardor que lo recorría. Lo peor era que sospechaba que solo ella poseía la habilidad de extinguirlo.

—Pásame la cartera —Mor solicitó con voz apagada. Él se volteó y sujetó la cartera de cuero marrón claro que ella había depositado en la mesa de luz de su lado de la cama. Ella rebuscó dentro hasta hallar el pequeño envoltorio dorado.

—¿Solo uno?

Como respuesta, la muy descarada, se encogió de hombros y una sonrisa picaresca se extendió en su rostro. Cundo iba a volver a besarlo, él le puso un dedo sobre los labios y la detuvo.

—Espera. —La miríada de emociones que cruzaron las facciones femeninas lo dejaron vislumbrar su vulnerabilidad, y eso le encantó aún más de ella—. Tienes que medirte.

—¿Cómo? —preguntó como si no lo hubiera escuchado.

—Mor, mídete —ordenó con seriedad. No quería otro episodio que lo aterrara como el anterior—. Recuerda lo que ocurrió la última vez. Además, estuve leyendo y...

—Ay, Gabe. —Ella se arrojó sobre él entre risas—. ¿No sabes que no debes buscar sobre enfermedades en internet? No siempre es confiable.

Él enterró los dedos en su cabellera. Tenía que admitir que estaba desarrollando una especie de obsesión con su pelo rojizo.

—En cada una de las páginas que consulté decía lo mismo, que hay que medirse la glucosa antes de una gran actividad física. Podrías entrar en una hipoglucemia y no queremos eso, ¿cierto? —Gabe enrolló un dedo en uno de sus rizos y se lo apartó del rostro para vislumbrar el brillo en la vista femenina y la pequeña sonrisa en sus labios.

—No tienes que preocuparte por mí.

—¿Por qué no? —Sin poder contenerse, Gabe le ofreció un breve beso sobre la boca rellena.

—Porque solo es un paréntesis, nada más —jadeó ella, y él tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para resistirse a saborear su piel con sus labios y su lengua.

—Mídete y ya veremos —la instó con la voz cargada de lujuria y una dolorosa erección entre sus piernas.

## Capítulo 16

Mor sacó un pequeño estuche de su cartera que contenía el aparato y sus componentes para constatar el nivel de glucosa en sangre. Se midió bufando como alguien a quien se le obliga a hacer algo que no desea, aunque por dentro debía confesar que le encantaba la actitud protectora que Gabe tomaba en el último tiempo con ella.

—Voy en busca de provisiones —dijo él, de pronto, desorientándola.

—¿Qué provisiones?

Gabe no respondió, sino que saltó de la cama y corrió fuera de la habitación. Al cabo de unos minutos, apareció con unos envases de jugo de frutas y unas bolsitas de una mezcla de almendras, maní, nueces y avellanas en los brazos. Las depositó en la mesa de noche junto a la lámpara de cuello largo de bronce.

—¿Qué es todo eso? —Mor se obligó a no apartar la mirada de lo que él había denominado provisiones y no posarla en aquellos ojos como dos témpanos de hielo en un día nublado que tanto se habían suavizado cuando la observaban ahora.

—Tienes que volver a medirte luego, y esto —gesticuló con una mano al abarcar lo que había traído— es por las dudas. No quiero sustos. —Se arrojó sobre el colchón a su lado, le tomó el rostro entre las manos y unió sus labios a los suyos en un beso arrollador que la dejó sin aliento. Ella se inclinó sobre él y solo una palabra ocupaba su mente: «más».

—Entonces, ¿cuántos de estos tenemos? —Gabe interrumpió el beso y sostuvo en alto el paquete del preservativo.

—Uno.

—¡Mierda! Pensé que solo era un embuste. —Se tiró de espaldas y se llevó a ella con él, quien cayó sobre su estómago—. Planificaba iniciar con un revolcón rápido, y luego otro pausado —la besó con languidez—, ardiente —volvió a besarla con mayor ímpetu— y demoledor. —Esta vez, el beso fue de una intensidad arrolladora y que dejó a ambos jadeando y sin aliento—. Supongo que nos saltaremos lo primero y pasaremos el resto de la noche degustándonos con extremada lentitud.

—¿Toda la noche? —Sonrió Mor con picardía—. ¿No crees que te tienes en muy alto concepto?

—Ya tendrás tiempo de comprobar mi rendimiento. —Gabe volvió a besarla, le pasó los brazos por la cintura y la arrastró hasta que quedara posicionada entera sobre él. Mor podía sentir cómo la dureza de su erección presionaba contra su pubis.

Una especie de animalismo se desató en ella. Aferró el cabello negro, rompió el beso y, sin preámbulos, mordisqueó la barbilla masculina, arrancándole un gruñido de lo más excitante. Él descendió las palmas hasta posarlas en sus glúteos y comenzó a moverla, provocando una excitante fricción entre ellos. Mor no pudo hacer otra cosa que concentrarse en que el aire entrara por sus labios abiertos y jadear de una manera incandescente. Todo su cuerpo se hallaba en llamas y las manos que la acariciaban eran las de un hombre que sabía qué nota debía tocar para lograr que la melodía de la pasión fluyera por ella.

Ahora era Mor la que gruñía, agarró entre sus puños la camisa que cubría el torso masculino y, de un tirón, hizo que los botones oscuros volaran por los aires.

—¡Espera! —Gabe puso sus manos sobre las de ella y la detuvo. Su respiración era igual de trabajosa que la suya y su pene seguía interesado, por lo que no comprendía por qué la detenía—. Necesito... —Él gruñó—. ¡Mor, tenemos uno solo! Si continuamos de esta manera, culminaré en exactamente —Gabe miró su reloj pulsera e hizo un chasqueo con la lengua—... dos malditos segundos.

—¡Deja de detenerme! —Ella se sentó a horcajadas sobre él y, entre risas, le quitó la camisa y luego se dispuso a luchar con el cinturón—. Me aterra que no quieras esto —confesó, sacudiendo la cabeza a un lado y al otro. La expresión divertida había desaparecido de su rostro y fue reemplazada por una de inquietud.

Gabe se sentó y la tomó por la barbilla con una delicadeza que no le era propia.

—Quiero esto, tanto que me consume, Morrigan —dijo con voz ronca, y la obligó a no apartar la vista de la suya.

—Entonces, por favor, no vuelvas a decirme que espere, Gabe. Ya no quiero esperar más.

—Yo tampoco.

Él le enmarcó el rostro y le devoró la boca en un beso apasionado que los calcinó en un camino de pura excitación. Gabe mordisqueó esos labios carnosos que tanto lo tentaban. La sintió gemir y aspiró ese gemido mientras ella se adhería a su torso y le clavaba las uñas en la espalda. Gabe enterró los dedos en la cabellera de fuego y separó a la fémina un tanto de él. Admiró esos rasgos tan bellos y delicados, pero al mismo tiempo salvajes y fuertes como una gata salvaje. Su gata de cabellos de fuego.

—Lo siento. No quería arañarte —gimió Mor sin aliento—. No sé qué me pasa contigo, no logro contenerme.

—Calla, gata. —Aferró un puñado de hebras rojizas y la inmovilizó para conectar con su mirada—. Aráñame. —Le pasó la lengua por la barbilla y fue recompensado por un jadeo en extremo femenino y sensual, que hizo que su pene se agitara bajo ella—. Muérdeme. —Le mordisqueó la comisura de la boca—. Hazme tuyo, gata de fuego.

Ella hundió las yemas en su cuero cabelludo y, con un gruñido digno de un felino indomable, descendió sobre sus labios, conquistándolo, reclamándolo y cautivándolo. Y Gabe ansiaba rendirse ante ella.

Con sus brazos alrededor de Mor, Gabe se recostó y la atrajo hacia sí. En cuanto su cuello quedó a la vista, Mor hundió sus dientes en este a lo vampiro hambriento, arrancándole un gruñido profundo y visceral. La asió por los glúteos y la frotó contra él, su erección estaba en su máximo esplendor y no podía esperar a enterrarse en ella, verse envuelto en su calidez femenina. Desesperado, le subió el dobladillo del vestido con premura. Estaba loco por sentir esa piel tersa contra la suya.

—Una cremallera —jadeó ella al abandonar las lamidas a lo largo de la clavícula masculina y añadió—: En el lateral.

No necesitó explicar más. Las manos de Gabe volaron al costado de su anatomía y encontró la línea de dientes casi imperceptible, tiró de la pequeña lengüeta y abrió la prenda azulada que resaltaba el color rabioso de su cabello. En apenas dos segundos, se halló con su gata tan solo cubierta por una ropa



interior rosada y de fino de encaje, tan delicada que contrastaba con la indómita mirada femenina. Pero ella era un contraste constante, delicada e indoblegable, tierna y guerrera.

Se maldijo para sus adentros el no tomarse su tiempo con ella la otra vez. Se maravilló por las delicadas prendas que la adornaban y que hablaban de un pequeño fetiche por el encaje. Gruñó como una bestia ante la hermosura que se desplegaba en su gata.

Refrenó los impulsos y acarició su piel, se deleitó en su tersura y adoró cada centímetro de ella. Los besos se tornaron dulces, pero con una intensidad mayor que la que les otorgaba el desenfreno.

Sus dedos encontraron la hebilla del sostén y la desprendieron. En un rápido movimiento, los giró a ambos sobre la cama. Ella se extendía debajo de él con una sensualidad arrolladora. En cuanto la ligera tela que cubría sus senos desapareció, Gabe tuvo que recordar cómo respirar. Era tan bella, más aún de lo imaginable. Vagó la mirada por sus pechos, su abdomen plano, su ombligo, sus caderas... Se arrodilló y sus manos se dispararon a la única prenda que aún la cubría. Despacio, la deslizó por sus caderas y sus piernas hasta que la arrojó a un lado del lecho.

Mor no se demoró el tiempo suficiente para que pudiera admirarla a su antojo, sino que se propulsó contra él y le abrió la cremallera del pantalón. En un parpadeo, ella había logrado desprenderlo de sus pocas ropas. Permanecieron arrodillados uno frente al otro, con las respiraciones agitadas y los ojos dilatados. Ninguno era capaz de apartar la mirada del otro. Miles de emociones bullían en sus ojos, unas de las que eran incompetentes para dar cuenta o poner en palabras.

Gabe alzó una mano y le pasó los dedos por la mejilla con tanta suavidad que le hizo cosquillas, como el aleteo de unas mariposas. Este hombre delante de ella no se parecía en nada al sujeto que la había atacado verbalmente a la menor oportunidad en el pasado, arrojándole en cara lo que, según él, hacía con sus clientes para lograr el trabajo. Este hombre que la acariciaba con tanta dulzura era el que se preocupaba por su salud y le compraba sándwiches cada día para que no se saltara el almuerzo, el que la obligaba a medirse la glucosa para asegurarse de que no sufriera una hipoglucemia y el que la trataba como si ella fuera una joya de gran valor. Si el irritable e insufrible Gabe le había robado el corazón, este, amoroso y tierno, se había apoderado de su alma entera.

Sus labios se unieron en un beso apasionado. Mor deslizó una mano entre sus cuerpos y la cerró sobre el miembro palpitante de Gabe. Él gruñó contra su boca, y ella bebió de ese gruñido y de los jadeos que lo sucedieron en cuanto comenzó un lento bombeo hacia arriba y abajo sobre él.

—No me toques más. —Posicionó una mano sobre la de ella—. Voy a explotar sin conseguir el cometido final.

—¿Acaso no tenemos toda la noche?

—Muy cierto. —Le brindó una sonrisa picaresca que jamás había visto en él. Había presenciado sus sonrisas socarronas o autosuficientes, inclusive las degradantes, pero aquellas divertidas siempre le habían sido negadas. Solo habían sido dirigidas a Mark o Alex, pero jamás a ella. Y esa complicidad que compartían en ese instante era inimaginable, así que solo se limitó a disfrutar el lapso que se habían concedido.

De pronto, se vio alzada en brazos y, en un parpadeo, ella se encontró de espaldas sobre el lecho. El rostro de Gabe se elevaba entre sus piernas, y su respiración se atascó. El volvió a sonreírle con

suficiencia, se elevó sobre ella y gateó hasta quedar suspendido sobre sus pechos. Los contempló y se lengüeteó los labios antes de bajar sobre uno y pasar su lengua por su pezón. Ella gimió y se removió, más aún cuando Gabe sostuvo el pequeño brote entre sus dientes y tiró de él con suavidad. Sus manos no dejaban espacio sin que llameara gracias a las caricias ardientes de sus dedos. Su boca comenzó a engullir el otro pezón con una voracidad que la dejó sin aliento. Solo atinó a aferrarse a su cabeza y su cuerpo formó un arco perfecto en cuanto volvió a tironear del pequeño botón entre sus dientes.

Recorrió un camino invisible de besos por su abdomen hasta demorarse en su ombligo. Lo lamió, enterró su lengua en este y lo recorrió con una parsimonia que la desquiciaba. Sus caderas saltaban del colchón al reclamar atención y, si hubiera podido pensar, sabía que estaría roja de la vergüenza. Sin embargo, su mente estaba supeditada al deseo que embargaba todo su ser.

Tuvo que aferrarse con fuerza de las sábanas en cuanto la lengua de Gabe descendió sobre su sexo. Exploró, mordisqueó y lengüeteó con lentitud, demorándose especialmente en el capullo escondido al mismo tiempo que un dedo la invadía. Mor comenzó un vaivén con sus caderas, sus paredes internas se apretujaban contra esa falange intrusiva, no permitiéndole escapar de ella. En una sensación de caída libre, ella convulsionó contra el colchón, sus miembros se tensionaron y ahogó un grito al apresar sus propios labios entre los dientes al llegar al clímax. Quedó rendida, con la respiración entrecortada y sin energía, como si los huesos de su cuerpo le hubieran sido robados, derrumbada sobre el lecho. El orgasmo había sido de una fiereza que nunca creía haber experimentado, la había golpeado con tal violencia que la había desorientado.

Él se elevó sobre ella y, tomándola de la barbilla, le comió la boca a lo lobo hambriento. La intensidad del beso renovó la excitación en Mor en un chasquido de dedos. Se aferró al cuello de Gabe y enredó las piernas alrededor de su cintura. Ahora era el turno de ella de deleitarse con el hombre que tenía adherido a su cuerpo. Un hombre que bien se podría haber catalogado como un dios, pero no. Gabriel McDougall no era ningún dios que había descendido a la tierra, sino el mismísimo diablo que la transportaba a un infierno ardiente y colmado de pecado y placer. Y ella quería ser arrastrada al inframundo por él, ser condenada a su tortura eterna.

De pronto, volvieron a girar hasta ella quedar sentada a horcajadas sobre él.

—No te mueves —le ordenó a Gabe con voz ahogada.

—No pensaba hacerlo, me encanta esta vista. —Ella descendió los ojos a sus senos desnudos, luego conectó la mirada con aquella de témpano y sonrió.

Ella emplazó sus palmas sobre los pectorales masculinos y los frotó con sutileza, deleitándose con las cosquillas que le hacían los vellos oscuros en sus palmas. Era endemoniadamente atractivo. Se mordió los labios ante el ansia de clavar sus uñas en él. ¿Qué era lo que tenía Gabe que hacía que se convirtiera en una fiera? Ella nunca había tenido aquel grado de agresividad en la cama, pero parecía que con él no conseguía contenerlo. Lo deseaba con tal potencia que le era abrumadora.

Recorrió la cordillera de sus abdominales, donde se extendía la vellosoidad como un camino hasta su pene erecto. Lo sintió agitarse bajo ella a medida que acariciaba su piel con sus yemas y la punta de sus uñas.

Muy despacio, se deslizó por aquel físico formidable hasta que su rostro estuvo a la altura de la

entrepierna masculina. Aspiró el aroma entre a limpio y puro sexo que él desprendía y de pronto se sintió una glotona ante un gran helado de chocolate.

—Mor —advirtió Gabe, sin embargo, ella no hizo caso y, con una mano, agarró su pene. Su lengua, traviesa, se pasó por la punta y ella se deleitó con el gemido que escapó de aquel hombre tan fuerte y arrogante—. Mierda, no voy a aguantar demasiado.

La tensión en él era tan palpable que parecía haberse convertido en una tabla de madera maciza.

—No lo hagas. —Ella engulló su pene, desoyéndolo, y lo succionó hasta que Gabe tiró la cabeza hacia atrás y sus ojos se pusieron en blanco. Un gruñido profundo salió de sus labios. Mor notó que él trataba de contener el impulso de gritar, y eso la entusiasmó aún más a proseguir con su tortura hasta que su simiente se vertió en su boca. Ella degustó el sabor entre amargo y salado de él y lo tragó como si fuera un alimento sagrado.

—Ven aquí. —Gabe la tomó por los brazos y la atrajo hacia él. Mor podía notar el pecho agitado bajo el suyo y la respiración que le hacía cosquillas en la cima de la cabeza una vez que se acurrucó contra él.

Gabe la rodeó con sus brazos y le estampó un beso en la frente. Ese simple acto fue un manto cálido en todo su ser. Lágrimas casi escapan de sus ojos. El sentimiento que había esperado encontrar durante gran parte de su vida adulta había emergido por este hombre tan dicotómico y solo tenía hasta la mañana para disfrutarlo. Mor no se engañaba, lo que ellos compartían no tenía el mismo significado ni la misma profundidad para él que para ella. Pero no pensaría en ello y menos en aquel momento. No, en aquel instante disfrutaría todo lo que él le ofreciera.

—Ey, ¿estás bien? —Gabe se estiró y agarró de la mesa de noche uno de los envases de jugo para luego entregárselo a ella—. Bébetelo esto.

—Gabe...

—No discutas conmigo. Hazlo. —Mor perdió todo ánimo de discusión cuando él le acarició detrás de la oreja con su nariz para pasar a besarle el cuello con parsimonia. El envase cayó de la mano de Mor y enterró los dedos en el cabello negro de Gabe. Él se estableció entre sus piernas y le enmarcó el rostro—. Eres una bruja. Estoy excitado de nuevo, parece que no hay agotamiento que valga cuando estoy contigo, gata de fuego.

Ella dejó caer la cabeza hacia atrás una vez que él le soltara el rostro y pasara a degustar sus pezones. Mor no lograba hacer otra cosa más que gemir y corcovear bajo la experta caricias de sus labios y sus dedos. Su mente le gritaba «más, más», y a punto estuvo de verbalizar la súplica. Enredó las piernas a la cintura de Gabe y se dejó conducir por el viaje de placer infinito que él prometía.

—¿Dónde demonios quedó el puto preservativo? —refunfuñó Gabe al buscar con la mirada el envoltorio dorado.

Mor gimió ante el vacío que la embargó cuando él se alzó un tanto a buscar con mayor ímpetu y despegar sus torsos.

—Lo siento, vida, pero ya no puedo esperar más —jadeó él—. Necesito estar dentro tuyo.

—Sí, por favor —pidió al tiempo que palmeaba el colchón en búsqueda del pequeño envoltorio—. Encuéntralo, Gabe. Te necesito ahora.

—¡Aquí está! —gritó triunfante. Conectó los ojos con los de ella, si antes tenían la tonalidad grisácea, ahora eran del color de la negrura de la noche. Su expresión se tornó seria y con una intensidad que ella no le había observado antes. Podría haberle inspirado temor, si no fuera por la suma excitación y lujuria que transmitía, unas que definitivamente equiparaban a las suyas.

En un abrir y cerrar de ojos, él se envolvió en el látex y se posicionó sobre el centro de su femineidad. La penetró sin desviar la mirada de ella y con una suavidad que la hizo vibrar entera. Mor se aferró a su cuello en búsqueda del mayor contacto posible, no quería verse separada de él ni siquiera por una escasa línea de aire.

Gabe comenzó a moverse a un ritmo perezoso que la enloquecía, la hacía subir y bajar de una escalada de sensaciones como un maldito cohete a la luna, o más allá. Con seguridad, más allá. Los gemidos y jadeos se suscitaban unos a otros en una música desarticulada y el aroma a sus cuerpos bañados en sudor colmó el aire cargado de sexo.

En una ascensión de puro placer, Mor mordisqueó la barbilla de Gabe y él aumentó la velocidad de las embestidas. Un gruñido escapó de él y ella clavó las uñas en su espalda con una necesidad de adherirlo a su cuerpo por tiempo indeterminado. No quería que la maravillosa experiencia que compartían terminara, no quería volver a lo que eran: dos personas que se detestaban, pero se soportaban por amigos en común y por trabajo. Pero ya no eran así, ¿cierto?

Gabe atrapó sus labios y los esclavizó con sus besos. La fiereza en su mirada la envolvió como en un manto de ardor que era inconcebible. Al ella profundizar en aquellos ojos grises como dos témpanos, vio que se derretían, el chisporroteo se convertía en algo más que lujuria, y eso la llevó a una cúspide de goce que la hizo explotar en millones de pedazos con un alarido que no parecía provenir de ella. Mor permaneció laxa debajo de Gabe mientras él realizaba un par de embates más aferrado a sus caderas y gruñía contra su cuello para luego desmoronarse sobre ella con la respiración igual de agitada que Mor.

Él hizo la tentativa de moverse a un costado.

—No —lo detuvo—. No te vayas.

—No iba a irme. —Él alzó el rostro y le deslizó unos mechones de la frente con delicadeza. Mor se topó con aquellos ojos que parecían sonreírla a pesar del grisáceo de su tono—. Solo no quiero aplastarte. —Gabe la asió de la barbilla y le brindó el beso más tierno que le hayan dado nunca. Ella se aferró a su cabeza y le impidió alejarse.

Un «por favor» casi escapa de sus labios. Por favor, ¿qué? ¿Por favor no te vayas? O... ¿Por favor ámame? Las lágrimas inundaron los ojos almendrados de Mor y fue ella la que se apartó con los párpados cerrados y se acurrucó contra él cuando Gabe se acostó sobre la espalda, escudándose el rostro para que no fuera testigo de las emociones que bullían en su interior.

—¿Mor? —Ella respondió con un murmullo ininteligible—. Mídete, vida.

Aquella palabra nuevamente: «vida». La había empleado antes y con una voz tan dulce que la desarmaba.

—Oh, basta. —Le dio un pequeño golpe con su puño en las costillas a forma de broma. Necesitaba salir del embrollo emocional donde se hallaba—. Te has vuelto insoportable con el tema —dijo con una sonrisa que desmentía que estuviera enojada realmente.

—Estás baja.

—¿Cómo demonios lo sabes? —preguntó con el ceño fruncido.

—Tus dedos tiemblan con ligereza —se estiró y prendió la lámpara en la mesa de noche junto a él—, pero lo hacen, y estás más pálida de lo habitual, tus pecas sobresalen como semillas de sésamo quemado en lugar de solo tostado —concluyó con una sonrisa.

Ella también se sentía en baja, pero Mor había tenido diabetes durante casi toda su vida, que él hubiera aprendido a detectar las señales en ella en tan corto tiempo la tenía azorada.

—Ey. —Gabe le pasó el cabello por detrás de la oreja y le orientó el rostro un tanto hacia él—. Come un poco y tomate uno de los jugos. Antes no lograste hacerlo.

Así hizo. Se midió y constató que tenía la glucemia bastante baja. ¡Maldición! Estos altibajos no eran usuales. Comió un poco de las frutas secas y se bebió todo el envase de jugo que Gabe había traído. Una vez que finalizó, permaneció sentada contra el cabecero de la cama. Gabe se hallaba estirado sobre el edredón, elevado sobre un codo y con la cabeza acomodada sobre su mano mientras la observaba con fijeza. Ambos se hallaban cómodos con sus cuerpos desnudos y no habían tenido necesidad de cubrirse.

—¿Es normal que te baje así? ¿Estos descensos tan fuertes de súbito?

Mor negó con la cabeza un tanto preocupada. No comprendía qué le sucedía, ella se cuidaba con las comidas y hacía *stretching* y ejercicios en bicicleta fija dos veces por semana como le había recomendado su diabetóloga.

Se abrazó a sus rodillas y posó la barbilla sobre estas. Hacía años que no le sucedía y menos con tanta frecuencia como en las últimas semanas.

—Es el estrés. Igualmente, como ya había mencionado, tengo pensado hacer una consulta con mi diabetóloga.

—¿Médica especialista en diabetes? —Mor asintió a modo de respuesta—. Bien, hazlo a la brevedad. No me gusta esto. —Después de una pausa, añadió—: Ahora ven aquí y durmamos algo.

Él abrió los brazos y dibujó una sonrisa que a ella se le antojó entre picaresca y demoledora. Sin pensarlo dos veces, se zambulló contra su torso y permitió que la arrojara con su cuerpo cálido. Mor nunca había caído dormida tan relajada, y sus sueños se poblaron de un ser de cabellos oscuros y cuerpo de infarto. Pero sobre todo, con una actitud cínica que variaba a una tierna y protectora en un parpadeo.

## Capítulo 17

Gabe sintió que algo lo golpeaba en el brazo. Abrió apenas un ojo y pestañeó para enfocar la vista en medio de la luminosidad que lo cegaba. Gruñó y cerró los párpados con fuerza. Un nuevo golpeteo en su brazo lo hizo despertarse de inmediato. Junto a la cama, mirándolo con atención, se encontraba Stefano. Gabe maldijo por lo bajo y se desperezó todo lo que lo dejó la mujer que se hallaba durmiendo sobre su pecho.

—¿Es ella tu novia? —Stefano señaló a Morrigan con su pequeño dedo—. ¿Es mi tía entonces?

—¿Qué haces aquí? —La pregunta le salió un poco más brusca de lo que pretendía y, además, tenía la voz ronca.

El niño se encogió de hombros y se ruborizó mientras vagaba la vista por el suelo con cierta timidez.

—Tengo hambre —confesó con un hilo de voz. Claro, si no había cenado la noche anterior.

Gabe suspiró y dejó caer la cabeza sobre la almohada. Sabía que la sangre orgullosa de los McDougall tiraba dentro del niño, así que entendía lo que le debía haber costado irlo a buscar. Más sabiendo que sentía un franco rechazo por su malhumorado tío. Gabe no podía culparlo, se había comportado como un idiota con su sobrino desde el preciso instante en que se conocieron.

De golpe, se sobresaltó y miró por encima de él y Morrigan con premura. Lanzó otro suspiro, pero este de alivio al constatar que ambos se hallaban cubiertos por la sábana. No quería ni pensar si Stefano los hubiera encontrado enlazados como estaban, pero completamente desnudos.

—Bien, vayamos a preparar un desayuno —le sugirió con un poco más de ánimo—. Ve a la cocina y en cinco minutos te alcanzo. —Se escurrió de debajo de Morrigan con sumo cuidado de no despertarla apenas el niño abandonó la habitación. Se puso los calzoncillos y sacó un pantalón gris de chándal de uno de los cajones del placar.

Contempló a la gata de cabello de fuego que dormía en su cama y sonrió al recordar lo desatada que había estado la noche anterior. Algo había cambiado en él sin proponérselo y ella era la causa, esa mujer que tan mal había tratado desde el mismo momento en que se la habían presentado. Sacudiendo la cabeza, salió del cuarto en busca del niño hambriento.

Gabe revisó la alacena y se rascó la nuca. ¿Qué desayunaba un niño? Él tan solo acostumbraba a tomarse un café negro y listo, ya estaba hecho. Abrió la puerta del refrigerador y encontró una bolsa de pan, un poco de fiambre y un envase de Tropicana. No era un hombre hogareño y para la cena podía arreglarse con un buen sándwich y un vaso de jugo de naranja, suponía que eso lo salvaría esa mañana. También tenía un par de paquetes de las frutas secas que había ofrecido a Morrigan la noche anterior.

—Bien, niño. Tenemos tostado de jamón y queso y jugo de naranja. ¿Qué opinas? —preguntó por encima del hombro a Stefano.

—¿Cereales? —inquirió su sobrino que se había parado del otro lado de la barra de mármol de la cocina con los brazos cruzados sobre esta.

Gabe lo observó con el ceño fruncido y la boca apenas abierta. Se tragó la respuesta brusca que iba a brindarle.

—Eeehh, no —contestó y cerró la puerta de la alacena. Hizo nota mental de comprar unas cajas de cereales—. Eso es lo único que se ofrece hoy en esta cocina. ¿Lo tomas o lo dejas?

En ese momento, el estómago de Stefano realizó un gruñido para nada agradable. Gabe al instante se sintió como un maldito tirano, la pobre criatura no había cenado nada la noche anterior y ahora tampoco le convidaba lo que él deseaba.

—Mira, Stefano —suspiró con profundidad y se giró hacia el niño—. Sé que empezamos con mal pie...

—No me agradas —soltó el niño—. No eres como mi papá, y él me contó que eran iguales, pero no te le pareces en nada —escupió con los ojos empañados.

Gabe suplicó que no llorara. No sabía cómo proceder con un infante y menos si había lágrimas de por medio. Eso era lo que lo había catapultado a llamar con desesperación a Morrigan el día anterior. No había sabido cómo calmar la explosión de Stefano en cuanto habían llegado a su apartamento.

—Lo sé. No somos iguales.

—Un poco parecidos —concedió el niño mientras deslizaba un dedo por el mármol al dibujar un diseño invisible—, nada más.

Gabe sonrió. Sintió que le daba una pequeña ofrenda de paz y la agarraría.

—Toma asiento, así me ayudas a preparar los sándwiches. ¿Quieres?

—¿Morrigan también comerá? —preguntó Stefano una vez que se acomodara en una de las banquetas frente al desayunador, detrás del espacio en que se hallaba Gabe.

Morrigan, se había olvidado de ella. No creía que ella estilara ese tipo de desayuno, sino uno más saludable. Hizo otra nota mental de mantener su refrigerador lleno con otra clase de alimentos y no los que lo salvaran de irse a la cama con el estómago vacío después de casi veinte horas de trabajo. ¡Trabajo! ¿Cómo demonios mantendría su ritmo laboral con un niño a su cargo? Tenía horarios desorbitados y no se acomodaban a la crianza de un pequeño. Sintió como un nudo en su garganta lo oprimía, impidiéndole respirar. Morrigan. Hablaría con ella, lo ayudaría a organizar toda esta locura. Ella sabría qué hacer. Se sorprendió como de pronto confiaba en ella, en su determinación y juicio, pero más aún, de la necesidad que tenía de tenerla cerca.

—¿Cómo te dicen? No creo que siempre te llamen Stefano, ¿no? —preguntó para cambiar el rumbo de sus pensamientos.

—Papá y mamá me llaman Stef.

—Stef, me gusta. —No le mencionó que había hablado en presente y que sus padres ya no lo llamarían otra vez. Observó como el niño ponía una feta de queso y otra de jamón sobre el pan con el cuidado de que quedaran parejas—. Gran trabajo, Stef. —Gabe se volteó y prendió el horno. No poseía un tostador, nunca antes lo había necesitado. No tenía los elementos apropiados para hacerse cargo de un niño, se recriminó.

—Tío, ya están —anunció Stef.

—¿Qué? —El que lo hubiera llamado tío lo desestabilizó de tal manera que no sabía cómo reacomodarse. Se volteó y tragó una oleada de emoción que no comprendió del todo—. Ah, claro, pongámoslos en esta fuente.

Stef colocó los sándwiches en la placa de metal que Gabe ubicó sobre el desayunador. Luego de meterla en el horno, volvieron al silencio que habían mantenido antes. Gabe se extendió contra la encimera y se cruzó de brazos, Stef también cruzó los suyos sobre el desayunador.

Así los encontró Mor en cuanto salió de la habitación. Eran tan parecidos, las facciones, el porte... Carraspeó para hacerse oír.

—Hola, chicos —saludó con entusiasmo—. ¿Qué hacen?

—Preparamos el desayuno —dijo Stef, quien salió disparado hacia ella y se abrazó a su cintura. Mor le revoloteó el cabello oscuro, aunque más claro que el de su tío, y le sonrió con simpatía.

—Ya debería estar en unos segundos más —anunció Gabe. Dio media vuelta y sirvió tres vasos de jugo que alcanzó a cada uno. Luego se inclinó y sacó la fuente humeante del horno.

Encontrarse a Gabe con el cabello negro revuelto y la barba incipiente junto con tener el torso desnudo fue una imagen demasiado arrolladora para Morrigan, y no podía apartar la mirada de él. Volvió a aclararse la garganta, a lo que él frunció el ceño y, entonces, ella dijo lo primero que se le vino a la mente:

—Mmm, huele muy bien.

Se desprendió de los brazos del niño, rodeó el desayunador y se acercó a Gabe. Él le brindó una mirada cálida, sus ojos parecían sonreírle, lo que la hizo tambalearse. Maldición, el hombre era irresistible y más así, con el torso desnudo y tan solo con un pantalón de chándal. Sin embargo, ella había dicho en serio que lo de la noche anterior terminaría por la mañana. Había sido tan solo un paréntesis que tenía la intención de resguardar su corazón. Aunque había llegado tarde, su corazón ya estaba perdido.

—¡Hicimos tostados! —exclamó Stef con alegría y orgullo, y regresó a su asiento—. Yo armé los sándwiches.

—Así que tuviste ayuda —le señaló Mor a Gabe.

Gabe colocó un plato con tres tostados en el desayunador y le deslizó un dedo desde el hombro hasta la muñeca. Ella sacudió su mano y se desprendió del toque masculino, no obstante, Gabe tan solo le sonrió con picardía. Él entendía que ella pretendía mantener las distancias, aunque la mirada del hombre parecía decirle que ni lo pensara.

—Una muy grande —mencionó Gabe y le dio un mordisco a su tostado. Él no apartaba la mirada de la de ella mientras masticaba—. Come —le ordenó con la boca llena.

Ella tomó uno de los sándwiches y le dio un par de bocados a la par que calculaba los carbohidratos en su mente.

—Gabe, tienes que definir algunos temas —mencionó Mor al cabo de unos minutos en que los tres comían en un cómodo silencio.

—¿Cómo qué? —La luz que provenía de la ventana a la derecha de la cocina hacía que sus ojos tuvieran un tinte mucho más claro de lo habitual y le realzaba el cabello negro que variaba a un azulado



cuando los rayos le daban de lleno.

—Escuela, acomodar un cuarto en especial para Stefano, ropa y demás.

De pronto, se tornó tan hogareña la escena y tan atrayente que Mor tuvo la imperiosa necesidad de escapar. Precisaba irse para no caer aún más enamorada por ese hombre. Y tenía la excusa perfecta, aunque era cierta.

—Tengo que irme. Lo siento —se disculpó al terminar su sándwich.

—¿Qué? ¡No! —La desesperación en la voz de Gabe era inconfundible. Mor se adentró en el *living* con él pisándole los talones—. ¡No puedes irte! —bramó, y detrás de él apareció Stef con sus ojitos llorosos.

—Gabe, tengo que reunirme con Keyla, Sam y las otras chicas para definir el *baby shower* que planificamos para Charlie.

—¿Qué se supone que vaya a hacer con él? —exclamó al señalar a su sobrino con marcada consternación.

Mor se encogió de hombros y suspiró. Se compadeció del hombre, entendía su consternación.

—Gabe, llévalo al cine —sugirió—. Vean alguna película de animación, es tan solo un niño.

—¡No te vayas! —lloriqueó Stef, sorbiendo por la nariz.

—Ella no irá a ninguna parte —afirmó Gabe con autoritarismo—. Como ha dicho, tenemos que definir algunas cosas. —Su expresión se tornó dura e implacable, pero no la engañaba. Detrás de esa máscara bravucona, estaba asustado.

—¿Tenemos? —preguntó con el ceño fruncido y firme en su decisión.

—Es lo que dije, ¿cierto? Tenemos.

El cuerpecito de Stefano comenzó a temblar y lágrimas rodaron por sus tersas mejillas. Mor se arrodilló frente a él y le dio un beso en la frente.

—Cariño, me voy por unas horas —dijo al pasarle los pulgares para limpiarle las gotas cristalinas—. Estarás bien con tu tío, lo prometo.

—Por favor, Mor —fue el turno de Gabe de suplicar esta vez. Ella posó la mirada en los pequeños ojos grises y luego en los del hombre, tan iguales y con las mismas emociones reflejadas. Se sintió conmovida que ambos la necesitaran con tal desesperación, pero había acordado ayudar a sus nuevas amigas y ansiaba tanto formar parte de ese grupo que no haría nada que pudiera empañarlo.

—Tengo que juntarme con ellas —informó al tiempo que se elevaba sobre sus pies y agarraba la cartera, haciendo caso omiso del estrujamiento en su corazón al escuchar la vulnerabilidad en el hombre.

—¿Por qué? ¡Ni siquiera son tus amigas!

«Uy, eso dolió y mucho», pensó Mor. Actuaba como un animal que prefería atacar antes de convertirse en la presa, destilando veneno con cada palabra. Se encaró a él y fijó la vista en la grisácea. Él trató de mantener la compostura y la frialdad que lo caracterizaba, sin embargo, el tiempo que habían pasado juntos le había enseñado a ella a conocer algo de ese interior que parecía mantener cerrado con siete llaves.

—Nosotros tampoco, recuérdalo —acotó con frialdad—. Volveré al horario de la cena.

Sin agregar más, salió por la puerta del apartamento.

## Capítulo 18

—Bien, ya tenemos la reserva garantizada —anunció Key mientras revolvía su café con parsimonia—. Ya aboné la seña.

Se hallaban en el patio trasero de una cafetería orgánica, a unas pocas cuabras de Central Park, renovada a nueva: paredes repletas de frondosas enredaderas, suelos de baldosas negras y grises de estilo antiguo, y mesas y sillas *vintage* de madera patinadas en un turquesa gastado. Morrigan había pasado a buscar a Keyla por su apartamento y se habían dirigido allí en su propio automóvil.

—Nos falta la torta y la decoración —recordó Sam, quien se hallaba sentada a su lado. La mujer de cabellos castaños y ojos color chocolate absorbió del sorbete de su vaso que contenía un licuado de diversas frutas de estación y bayas goji.

—Yo puedo hacerme cargo de la decoración del lugar —intercedió Mor. Estiró el brazo hasta agarrar una de las tostadas de harina integral con semillas del cuenco en el centro de la mesa—. Charlie es una chica romántica. Podría ser una mesa larga con flores en un color blanco...

—Tulipanes. Le encantan —agregó Sam.

—Bien, con tulipanes en un tono claro —prosiguió—. Banderines en una tela traslúcida con diferentes diseños, y se podría conseguir vajilla de diseño antiguo para poner *cupcakes*, la torta, y de lo demás que se encargue a Milk & Roses.

—Suenan perfecto, Morrigan —señaló Sarah desde la punta de la mesa a la vez que arrullaba a su bebé, Graham, en los brazos.

—¡Miranda! Ven aquí, cariño. Toma tu chocolate —ordenó Ange, sentada frente a Sam, a su hija que correteaba junto a Gennie, la hija de Sarah, entre las mesas.

La mirada de Mor se demoró unos segundos en la niña de cabellos y ojos oscuros y tez canela, similar a su madre. La niña tenía un andar ligeramente anormal, como si arrastrara un poco el pie derecho, además, la mano del mismo lado tenía una postura extraña, laxa, y hablaba con cierta lentitud. Por lo demás, era una niña avispada y activa como cualquier pequeña de siete años. Desvió la vista y se topó con la de Ange, quien la observaba con atención y la escrutaba. Mor se ruborizó de manera instantánea, quería decirle que no tenía malos pensamientos con respecto a la niña, solo que no sabía qué la aquejaba. No obstante, se mantuvo callada.

—Aquí estoy, mami —dijo Miranda con una lentitud notable en la fluidez. Tomó la taza con ambas manos. Se evidenciaba que la derecha poseía menor fuerza que la otra, que mostraba mejor agarre—. Mmmm, rico.

—No quería que se enfriara, cariño. —Ange le peinó unos mechones, que se habían salido de su trenza, por detrás de la oreja.

Gennie también corrió a acomodarse en la silla junto a su madre, tenía rizos castaños, como el padre, y ojos negros como su madre. Parecía ser que las niñas habían congeniado apenas se habían conocido y habían estado deambulando por el espacio libre de mesas en el centro del patio.

—Conozco a una pastelera que es maravillosa —comunicó Mor—. Trabaja en la cafetería de su padre en el bajo Manhattan, realmente vale la pena. Hace trabajos a pedido, por lo que deberíamos ponernos de acuerdo y llamarla lo antes posible.

—¡Gustos! —exclamó Key al aplaudir con entusiasmo, ubicada frente a Mor.

—Charlie ama el chocolate —exclamó Sam, contagiada de la alegría de Key—. Ah, y las frutillas y las frambuesas.

—Sí, le encantan las frutillas —confirmó Sarah con ojos brillantes y una sonrisa de oreja a oreja.

—Bien, podríamos pedirle una torta a base de *brownie* con nueces —sugirió Mor y se encogió de hombros—, ¿le agradan?

—A mí sí —afirmó Key, y le dio un mordisco a su tostada untada con mermelada de ciruelas al tiempo que le brindaba un guiño con uno de sus ojos violáceos.

—Es para ella, no para ti —aclaró Sam con un risita, y luego afirmó—: Le gustan, ¿qué más?

Mor se tomó la barbilla y elevó la mirada al cielo despejado. Pensó en chocolate y frutillas y su mente se iluminó:

—Relleno de *mousse* de chocolate y una capa de salsa de frutos rojos.

—Ay, ya se me hace agua la boca —mencionó Sarah con una sonrisa de oreja a oreja—. Parece que tenemos todo listo. Pero tú te encargas de la decoración —añadió al apuntar a Mor—, que alguna otra llame a la pastelera.

—Yo lo haré —propuso Ange. Fijó de nuevo la vista en Mor, y esta se perturbó.

Sentía que la mujer la reprendía por haber contemplado a su hija por largo tiempo, pero Mor jamás criticaría a un niño por algún problema médico que pudiera tener, fuera visible o no. Ella misma había sido fuente de burlas en la escuela por su cabello color zanahoria, las pecas que le cubrían casi el rostro entero, por no poder comer lo mismo que los otros niños y tener que inyectarse cada tanto. Por esa razón no hacía esto último frente a otras personas, la ponía muy incómoda y parecía que luego la miraban de una manera rara.

Mor le pasó los datos de Quimm, la pastelera a la que tantas veces había contratado sus servicios para algunos eventos. Era un ser poco convencional, pero sus creaciones eran deliciosas y la decoración, impecable.

—Ahora, ¿podemos hablar sobre el progreso de cierta señorita en sus citas? —La pregunta de Sam la pescó desprevenida y pasaron unos segundos hasta que se percató que todas las miradas caían sobre ella. Cada una de las chicas se inclinó hacia adelante y mantenían una expresión expectante en la cara.

—Eeh, ¿bien? —contestó o más bien preguntó.

—¿Acaso no lo sabes? —cuestionó Sarah a la vez que sacudía la cabeza con una sonrisa plasmada en su rostro. La mujer parecía no hacer otra cosa que sonreír y bromear, era un ser especial, con su forma de vestir multicolor y su mirada picaresca.

—Tuve un par de ellas —confesó Mor y sintió como sus mejillas llameaban en la misma proporción que crecía la curiosidad de ellas.

—¿Y? —La ansiedad en Keyla era más que evidente. Había puesto los codos sobre la mesa y

acercado su silla hasta quedar con el torso pegado a la mesa a la espera de su respuesta.

—Una peor que la otra. —Suspiró con profundidad y se recostó contra el respaldo de su asiento—. Horribles. No sirvo para esto, chicas. De verdad que no.

Ange tan solo le dedicó una mirada en la que le pareció vislumbrar comprensión y cierta compasión ante la situación incómoda que transitaba. Si tan solo ellas supieran lo que hacía con cierto cliente que la calentaba como ningún hombre había logrado.

—No puedes rendirte ahora, Morrigan —intercedió Sam, extendiendo el brazo para posar la mano sobre el suyo—. Aún hay un hombre para ti allí afuera.

La mente de Mor de inmediato se pobló con imágenes del rostro de Gabe. Las sensaciones de sus manos sobre su cuerpo, sus labios sobre los suyos, él adentrándose en ella; cada maldito recuerdo la invadió y un torbellino de emociones le revolucionó el interior. De pronto su móvil vibró a un lado de su taza de infusión de hierbas aromáticas. En cuanto lo desbloqueó para ver el mensaje, constató que eran un par de fotografías del poster de unas películas para niños. Otro mensaje llegó:

Gabe:

¿Cuál de las dos?

Mor amplió sus labios en una gran sonrisa al ver que eran de Gabe. Se apresuró a mover sus dedos sobre el teclado táctil.

Mor:

*El mundo secreto de las mascotas.*

Su móvil vibró de nuevo.

Gabe:

¿Compro palomitas de maíz? Stef quiere, pero como luego debería almorzar...

Mor:

Cómpralas, y una gaseosa.

Gabe:

¿Y después?

Mor no pudo contener la risa que le burbujeó en la garganta y que escapó de su boca. Le agradaba que él buscara su ayuda. Era como si confiara en ella. Lo que era poco probable, tal vez y solo tal vez, comenzaba a cambiar la visión que se había formado de su forma de actuar.

Mor:

Vayan a almorzar a un lugar de comida rápida. Todos los niños adoran las hamburguesas y las papas fritas.

Gabe:

¿No debería comer saludable?

Mor:

Gabe, siempre hay tiempo para eso. Hoy se trata de que conozca a su tío y se lleven bien.

Gabe:

Vuelve rápido.

—Me parece que no estás tan entusiasmada con las citas en línea porque ya hay alguien que ocupa tu mente —señaló, de pronto, Keyla al recostarse contra el respaldo de su silla con la vista fija en ella con una expresión de suspicacia que no le agradó para nada a Mor. Era como si la novia de Mark pudiera ver dentro de ella y descubrir lo que trataba de mantener en secreto.

Mor alzó el rostro y constató que todas las mujeres asentían ante el comentario de la joven de cabello acaramelado y ojos violáceos.

—No, no es así —se apresuró a negar, pero se percató de que ninguna de ellas le creía.

—¡Oh, cielos! —exclamó Sam, volteada hacia ella. Sus ojos estaban enormes como dos tazones de chocolate fundido—. ¿Quién es él? Ahora tienes que contarnos.

—Nadie.

—Vamos, Morrigan —pidió Sarah mientras le daba unas palmaditas en la espalda a Graham que se removía en sus brazos—. Esa expresión ilusionada no es por un «nadie».

—Yo también lo noto —añadió Ange. Aún no sabía cómo interpretar a la recepcionista de S&P. No era una joven muy conversadora, como si también tuviera sus secretos—. En cuanto viste el mensaje, tu semblante se iluminó.

—No es cierto —negó con una carcajada ante el interrogatorio al que era sometida. La CIA podía aprender algo de estas mujeres y su tenacidad.

—Bien, ya no te atacaremos —concedió Sam con una expresión cálida, posándole una mano sobre su brazo de nuevo, dándole un ligero apretón—. Pero sabes que cuentas con amigas si quieres charlar.

—Gr-gracias.

Amigas, tenía amigas. La sensación le era tan extraña. Tanto tiempo solo había contado con Brian que el que ahora tuviera a estas mujeres en su vida era desconcertante. Sin embargo, le aligeraba el alma y la caldeaba por dentro, como cuando te da de lleno el sol de las primeras horas de la mañana sobre el rostro. Todas ellas eran buenas personas y parecía agradecerles, lo que era poco común. Y más aún al tener en cuenta que ella tendía a coquetear con sus amigos y los novios de dos de ellas: Keyla y Sam. Claro que tan solo era una parodia y ellos lo sabían, suponía que ellas también.

Ya Keyla le había confesado que Mark le había aclarado que se trataba de pura actuación y que no lo hacía en serio. Tan solo una especie de artilugio para resguardar su interior. No podía estar más en lo cierto. Ella escondía con aquella pantomima de mujer coqueta y superficial lo que realmente anhelaba en la vida: que la amaran y que no la rechazaran o abandonaran. Los traumas infantiles marcan a fuego, ¿cierto?

En cuanto estuvo en su auto con Keyla, esta no se hizo esperar ni siquiera a que tuvieran el cinturón de seguridad abrochado para contraatacar.

—Es Gabe, ¿verdad? Sé que estás trabajando con él —se apresuró a decir antes de que Mor tuviera posibilidad de negarlo—, Mark me lo contó. ¿Es él?

—Keyla, tan solo estoy a cargo de la remodelación y decoración de su fábrica —argumentó sin

convicción.

—Vaya, no puedo creer que estén liados. ¡Qué gran sorpresa! —exclamó Key con renovado entusiasmo.

—¿Qué? ¡No! —Se giró hacia ella en su asiento o al menos lo que le permitió el cinturón—. No lo estamos. No vayas por ahí con eso.

—Claro que no. —Key frunció el ceño y se vio ofendida—. Sé guardar un secreto, no te preocupes.

—No hay tal secreto, Keyla. ¡Basta ya!

—Si tú lo dices. —La joven se encogió de hombros, y la muy harpía, luego, le sonrió y le guiñó un ojo.

—Yo lo digo y lo afirmé —insistió.

—No se te da bien mentir, Mor —dijo Key y se puso a rebuscar en el equipo de audio del automóvil por una emisora de música de unas décadas atrás—. Nunca juegues al póker, te delatarías enseguida.

Con un gruñido, Morrigan encendió el vehículo y se dispuso a llevar a su detestable nueva amiga a su hogar. Esperaba que las mujeres no la hubieran descubierto como Keyla e iniciaran un rumor, que no sería mentira en realidad, entre los miembros del grupo. No podría mirarlos a la cara si se enteraban que se había acostado con Gabe. Ni siquiera sabía qué pensaría él de que el resto lo supiera. Suspiró y se concentró en el conducir. Ya vería cómo lo solucionaría, pasara lo que pasase.

## Capítulo 19

Gabe le entregó el dinero al dependiente y agarró la gran cubeta y la gaseosa tamaño gigante. Le tendió las palomitas a Stef, quien las aferró entre sus pequeños brazos con una expresión de falsa indiferencia. Gabe suspiró y maldijo el que Mor no estuviera para mediar entre ambos. Ella había hecho una conexión instantánea con el niño, y a él se le daba horrores tan solo mantener una simple conversación con él.

No comprendía cómo ella se había vuelto tan importante para él de la noche a la mañana, pero así era. La necesitaba para que lo ayudara con Stefano. Sin embargo, su mente le decía que la precisaba para algo más. Él la acalló de inmediato y se concentró en la sala a la que debían entrar.

—¿Te parece la película que elegimos?

—Está bien —dijo Stef y se encogió de hombros mientras avanzaban por el corredor alfombrado en rojo oscuro.

—Se trata sobre lo que hacen las mascotas cuando sus dueños no están —añadió a la espera de alguna respuesta positiva por parte de su sobrino.

—¿Voy a vivir contigo? —preguntó, de pronto, Stef, alzando la mirada tan parecida a la suya para clavarla en su rostro, y a Gabe se le encogió el corazón ante el resquemor del niño.

—Por ahora, eso parece.

—¿Mor vivirá con nosotros? —La esperanza del pequeño no le pasó desapercibida.

—No.

—¿Puedo vivir con ella? —Stef clavó los pies sobre la alfombra, y Gabe se detuvo al ver que cesaba en su avance.

Gabe se agachó delante de su sobrino, dejó la bebida en el suelo y le posó las manos sobre los hombros. Stef se abrazaba al maldito cubo de palomitas como si fuera su salvaguarda.

—Stef, sé que no soy como te imaginaste...

—Papá dijo que reías siempre.

—Eso era hace tiempo. Ahora soy más grande y...

—Papá reía todo el tiempo. —El labio inferior de Stef comenzó a temblar y un nerviosismo creció dentro de Gabe. ¡Ay, no, que no llorara!—. ¡Quiero a mi papá!

—Lo sé, cariño, lo sé. —Gabe rodeó el cuerpecito con un brazo, le quitó el cubo, que puso en el suelo, y lo atrajo a su torso—. Haremos que todo funcione, lo prometo.

—Quiero que Mor se quede. —Lloriqueó en un capricho y compuso un mohín con sus labios.

—Ella vendrá de visita, cariño —le aseguró, solo que no estaba muy confiado de que lo hiciera una vez que finalizara el trabajo en la chocolatería.

Ambos habían perdido a personas que amaban y él no quería convertirse en una más en la lista de su sobrino. Gabe permanecería y formaría una familia con el pequeño. Solo que no tenía ni idea de cómo



hacerlo o si podría en realidad.

Se elevó sobre sus pies con la gaseosa en su mano y le entregó las palomitas a su sobrino. Acunando la parte de atrás de la cabeza de Stef, lo guio hacia la sala donde se proyectaba la película que se disponían a ver.

Al cabo de hora y media, se prendieron las luces de la sala. Tanto Gabe como Stef parecían que eran unos golosos insaciables, ya que habían dado cuenta de toda la cubeta de palomitas.

—¿Tienes hambre? —El niño asintió con una gran sonrisa en el rostro. El haber visto el film lo había relajado y ablandado con respecto a él, suponía Gabe—. ¿En serio? Eres un pequeño barril sin fondo, ¿cierto? —Acto seguido, le revoloteó el cabello, acción que lo dejó un tanto sorprendido, pues lo había hecho sin pensar, tan solo le había salido así.

Stef rio ante su ocurrencia y asintió con efusividad. Parecía que habían dejado la indiferencia de lado y su sobrino comenzaba a disfrutar de la salida solo de hombres.

—¿Hamburguesas y papas fritas? —sugirió. ¿A quién no le gustaban unas hamburguesas con queso y papas fritas con ketchup?

—Sin ketchup —lo sorprendió el niño.

—¿Qué? —preguntó como si Stef cometiera alguna clase de sacrilegio—. ¡No puede no gustarte el ketchup!

—Puuaj, es horrible. —Se carcajeó—. Prefiero la mostaza.

—Bien, una hamburguesa y papas con mostaza.

—Y queso —añadió el pequeño después de asentir con seriedad, aunque sus ojos sonreían.

—Y queso.

—Y...

—Espera a llegar y veremos cuál de todas las opciones va más contigo, ¿te parece? —Gabe no creía que fuera a recordar lo que parecía convertirse en una gran cantidad de ingredientes. Por lo pronto, tenía que hallar el establecimiento, no era uno de los lugares que él elegiría para comer y jamás había concurrido a uno. Sacó su celular del bolsillo de su pantalón trasero, movió los dedos sobre la pantalla táctil y en menos de un minuto había encontrado un McDonald's cercano al complejo de cines. Envío un gracias mental a Google Maps por existir.

Luego de que les entregaran la bandeja con el menú que cada uno había elegido, tomaron asiento en una de las tantas mesas disponibles. El silencio volvía a rondar entre ellos. Gabe no entendía cómo podía dificultársele tanto entablar una conversación mínima con un niño.

—¿Vivían en Italia? —preguntó lo primero que se le vino a la mente.

Stefano asintió con la boca llena del gran mordisco que le había dado a su hamburguesa e hizo unos sonidos guturales en forma de respuesta verbal.

—También vivimos en Alemania, Francia y Grecia —agregó Stef una vez que tragó—, pero no lo recuerdo bien. Mis papás se conocieron en Italia y nos mudamos muchas veces, pero luego volvimos a vivir allí.

Gabe asintió a medida que asimilaba lo que le informaba su sobrino.

—¿Cómo fue estar con tu abuelo?

—Él no me quiere. —Stef dejó la hamburguesa sobre la mesa, agachó la cabeza y se tiró hacia atrás contra el respaldo de su silla—. Grita mucho y siempre está de mal humor, como tú —finalizó en un susurro.

—Ey, que yo sí te quiero. —Stef se encogió de hombros, escondiendo su rostro, pero Gabe pudo percibir la tristeza que emanaba—. Es cierto, solo que fue una sorpresa. Tu papá no me había dicho nada de ti.

Stef se cruzó de brazos y negó con la cabeza.

—Le dijiste a Morrigan que no me querías contigo.

—Eso fue antes, ahora sí lo hago. —Gabe estiró el brazo y lo tomó de la barbilla para que lo encarara—. Vas a vivir conmigo. Pero ambos tendremos que poner de nuestra parte para que resulte bien, Stef. Tendrás que ayudarme.

El niño asintió con la cabeza y se percibía en su rostro la esperanza y la alegría. Debía ser difícil pensar que nadie te quería con él o no tener a dónde pertenecer. Gabe no pudo dejar de imaginar lo que habría sentido una pequeña de cabello rojizo y cara pecosa a la edad de cinco años cuando no tenía a nadie que velara por ella.

Su móvil comenzó a sonar sobre la mesa y, cuando miró la pantalla, esperando que fuera Morrigan para avisarle que regresaría, se desilusionó al constar que se trataba de Mark.

—Ey, viejo —saludó con pocos ánimos.

—*Qué voz de ultratumba* —bromeó su amigo con su alegre tono—. *Esperaba que te alegraras de oírme. Sé que te tengo abandonado desde que estoy con Keyla, pero sabes que soy suficiente hombre para los dos, no tienes que estar celoso, cariño.*

—Muy gracioso, Mark. ¿Qué cuentas?

—*Cierta mujercita pasó por aquí a dejar a mi novia y me ordenó que te llamara.*

—Es decir que ni siquiera me llamas porque quieres. —Por dentro maldijo a Mor por meterse en sus asuntos, pero luego recordó que él la había inmiscuido en ellos y que ella solo hacía lo que parecía ser lo mejor para él.

—*No del todo* —concedió Mark en un tono serio que empleaba en muy pocas ocasiones, y eso hizo que Gabe se enderezara en su asiento—. *Me contó lo que te sucede. Pensé que podíamos adelantar la salida del grupo, invita a Blake también. Pero creo que deberías pasarte mañana por S&P, necesitas una buena dosis de Mark estos días.*

—Estoy bien —mintió, primero porque no estaba bien, y segundo porque era cierto que necesitaba verlo. Precisaba de su amigo en esta situación que transitaba y no se había percatado tanto hasta que le sugirió verse al día siguiente.

—*Quisiera constatarlo cara a cara.*

—Morrigan no debería haber chismorreado sobre mí.

—*No entiendo cuál es la razón, dado que siempre te comportas como un hijo de puta con ella, pero Mor está preocupada por ti.*

—Ey, que no siempre. Solo algunas veces y ya no tanto como antes.

—*Ah, has caído bajo el hechizo de Morrigan Forrester. Bien por ti, viejo. Ella es un encanto y tú... bueno, tú no lo eres. Tal vez ella logre civilizarte.*

—Mark, no he caído en nada. Solo que...

—¿Qué?

—No lo sé. —Observó que Stef comenzaba a comer nuevamente, y él se pinchó el puente de la nariz con dos dedos mientras meditaba una respuesta—. Tal vez ella no fuera como yo creía. ¿Está ahí?

—*Dejó a Key y se fue.*

—¿Te dijo a dónde iría?

—*Mmm, eso suena a novio ansioso* —bromeó Mark, volviendo a ser el habitual—. ¿Cuánto ha variado la relación entre ustedes dos?

—Déjalo ya.

—*Mira, no llamé para hablar sobre ella.* —Regresaba el tono serio, Gabe ya se había acostumbrado a sus altibajos entre la diversión superficial y la seriedad cuando los temas se tornaban de suma importancia. Aunque su amigo nunca quería dar a conocer esa veta profunda, sino que prefería ser visto como un hombre frívolo—. *Solo para saber cómo estabas y para invitarte a pasarte un rato mañana por la agencia dado que tu despacho está patas para arriba según Mor.*

—Pasaré.

—*Bien. Nos vemos entonces.*

—Y gracias, Mark. En serio.

—*Viejo, es lo que se hace por las personas que queremos. Eres parte de nosotros, acostúmbrate.*

Sí, lo era. Por una de esas cosas del destino, había contratado al equipo de Mark y Alex cuando aún pertenecían a Hayworth Enterprise, y cuando ellos se habían independizado, los había seguido. Sin embargo, en medio de todo aquello, ellos lo habían adoptado en su grupo selecto de jodidos por la vida y no creía que se percataran de lo que habían hecho por él al hacerlo. De que lo habían salvado de ser un muerto en vida.

Alex cerró la puerta de su casa y no había dado ni dos pasos dentro del recibidor cuando un borrón corrió hacia él. Agitada y sonriente, Sam lo aferró de la manga del saco y tiró de él hacia la escalera.

—¡Vamos! —lo urgió sin darle tiempo ni a deshacerse de su abrigo ni de las llaves que aún tenía en sus manos.

—¿A dónde? —preguntó Alex entre risas.

—Apúrate.

Antes de llegar a la segunda planta, la detuvo entre sus brazos. Estaba perdido con lo que sucedía y no parecía que le brindaría ninguna explicación de su conducta extraña.

—Cielo, ¿qué ocurre? —preguntó sin darle oportunidad de escapar de su agarre.

—Compré un nuevo test, no de embarazo, este te anuncia cuándo estás ovulando. —Sam lo agarró de

las solapas del saco y tomó aire—. Lo estoy ahora.

—No se diga más. —Alex le aferró la mano y tiró de ella hacia arriba—. Si es mi deber, iremos a la cama a trabajar arduamente en ese asunto —bromeó con picardía.

Sam estalló en carcajadas y, con las manos entrelazadas, corrieron el último tramo de la escalera hasta adentrarse en su cuarto. Las ropas saltaron por los aires y, a los pocos minutos, una melodía compuesta por jadeos y gemidos resonó en la casa.

## Capítulo 20

—¿Dónde estabas? —le preguntó Gabe apenas le abrió la puerta de su apartamento, y Morrigan puso una expresión ceñuda. Las palabras de él le habían parecido a reclamo, pero Mor debería haberse equivocado. ¿Por qué tendría él derecho a reclamarle nada?—. Hace dos horas que me dijo Mark que dejaste a Keyla.

—Tenía que bañarme y cambiarme de ropa —contestó sin poder evitarlo, y se maldijo por dentro por no responderle que no era su asunto—. Dije que vendría al horario de la cena y aquí estoy, ¿cierto?

Gabe le dio la espalda y se dirigió hacia el *living*, donde se encontraba Stef sentado sobre la alfombra y miraba un programa para niños en el televisor de pantalla plana. Hervía de enojo y no podía contenerlo. Ella no le debía nada, tenía que agradecerle el simple hecho de que hubiera vuelto. Sin embargo, él no lograba calmarse. Había estado esperando por las últimas dos horas a que llegara y había comenzado a creer que no regresaría. Que lo había abandonado. ¿Qué mierda le pasaba en torno a esta mujer? De reojo captaba su deambular por su apartamento.

Mor se arrodilló junto a Stef y lo abrazó mientras él le contaba lo que había realizado con su tío con gran entusiasmo. Gabe no consiguió mitigar su genio por lo que entró en la cocina y se dispuso a revisar dentro del refrigerador los alimentos que habían comprado con Stef en el supermercado esa misma tarde. Aún con la cabeza metida dentro de la nevera, sintió como una mano delicada se posaba en su hombro.

—Ey, ¿estás bien? —Gabe no respondió ni se inmutó, no sabía qué decirle. ¿Estaba bien? No. Estaba aturdido, tenía un niño a su cargo ahora. Y no tenía ni idea de qué hacer con él. Se volteó hacia ella—. Podría haber llamado, pero...

—No tenías por qué hacerlo. —La observó en silencio por unos segundos. Ella se pasó la lengua por los labios, y eso captó su atención. Aquella boca lo atraía de tal manera que era indescriptible. Sin mediar pensamiento alguno, Gabe posó los labios sobre aquellos más suaves y mullidos.

—Espera. —Mor lo empujó con suavidad, con sus manos sobre los hombros—. El paréntesis terminó, Gabe.

A pesar de sus dichos, sus mejillas estaban ruborizadas, su pecho subía y bajaba ante la respiración agitada y sus ojos almendrados estaban dilatados. Ella también lo deseaba. Entonces, ¿por qué demonios lo detenía?

—Abramos otro, Morrigan. —Ella negó con la cabeza, lo que hizo que su cabellera rojiza se sacudiera—. ¿Por qué mierda no?

Ella se alejó de él y deambuló por la cocina sin detenerse en ninguna parte, como si la indecisión se hubiera adentrado en ella. Gabe la alcanzó en una de sus vueltas y la tomó de la mano para frenarla.

—Necesitas de mi ayuda, lo comprendo —prosiguió ella con evidente nerviosismo—. Tenemos que organizar muchas cuestiones con respecto a Stefano y lo haremos. Pero no nos confundamos.

—No estoy confundido. —La tomó en sus brazos con delicadeza y le pasó un mechón de cabello hacia atrás—. Necesito tu ayuda, pero también te deseo. Una cosa no se contrapone a la otra, Morrigan.

—Un paso a la vez, Gabe. Hasta hace tan solo un chasquido me odiabas. —Ella se desembarazó de sus brazos y se apartó—. Ahora me deseas, pero nada más.

Morrigan posó la mirada en el suelo de baldosas claras y se abrazó por la mitad del cuerpo. La postura vulnerable no le pasó desapercibida a Gabe. Quería contestarle que no era cierto, pero no tenía las ideas claras aún. ¿Era cierto? ¿Todo se reducía a deseo? No obstante, la noche anterior había sentido una conexión con ella, una que nunca había experimentado con otra mujer. Una que se había vuelto en una necesidad, una adicción.

—Yo...

—Necesito más. Busco más —añadió con ímpetu al alzar la vista directa a la de él—. Y me has dejado más que claro que nunca podrías enamorarte de mí.

—Yo no dije eso. —Gabe frunció el ceño y rememoró sus palabras. Se podrían haber interpretado de aquella forma, pero él se refería a que no creía en ese sentimiento, no que era por ella. No sabía la razón, pero le era importante que lo tuviera en claro.

—Sí lo hiciste.

—Sí, pero no con esa intención, me refería a que no creo...

—¡Gabe, detente! —exclamó con furia—. Ahora debemos ocuparnos de Stef.

—¿Y nosotros? —preguntó al igualar el enfado femenino.

—Ese es el asunto, Gabe —añadió ella más calmada, pero era una calma que mostraba una lucha imposible, como si no creyera en él, y no sabía la causa, pero eso le molestó aún más—. No hay tal nosotros.

Gabe trabó las mandíbulas y cerró las manos en puños. Regresó al maldito refrigerador y se dispuso a sacar unas cuantas verduras para la puta cena. Se acercó al fregadero para lavar lo que había escogido, con movimientos rudos.

—Voy a hacer risotto con verduras —escupió—. No te preocupes, que el arroz es integral.

—No iba a hacer comentario alguno —murmuró Morrigan a su espalda con un hilo de voz.

—Sé que debes comer cereales no refinados —soltó con brusquedad.

—Lo leíste en internet.

Ella le posó una mano en la región lumbar de la espalda, y él se sobresaltó. Esa pequeña palma en su cuerpo lo hacía arder como ninguna otra mujer antes y más aún cuando se acercó a su costado y le habló con aquella lentitud sensual.

—Gabe, te agradezco el interés que te tomas.

Al ver aquella mirada con espigas verdes, todo desapareció: la situación que atravesaba con su sobrino, la muerte de su hermano, su pasado de mierda, los entredichos con ella, todo. Solo existía ese instante y la joven que estaba a su lado.

—Debes cuidarte mejor. —Le deslizó la mano húmeda por la mejilla pecosa—. ¿Has reservado un turno con tu médico? —Al ver la reticencia de ella, se exasperó—. ¡Maldita sea, Morrigan! —Se volteó para lavar un pimiento colorado debajo del agua del grifo con mayor fuerza de la necesaria.

—Lo haré. —Mor se apartó y se detuvo de nuevo a su espalda—. Solo que tengo unas cuantas cosas

en la cabeza ahora. Una vez que se solucionen, estaré mejor.

—¿Algo referente al dinero que me pides a la menor oportunidad? —La sintió pasearse con incomodidad detrás de él, aunque no pudiera verla—. Estoy a la espera de que me solicites un nuevo cheque en cualquier momento —concluyó mordaz.

—Voy con Stef hasta que esté la cena.

Gabe se maldijo por dentro. ¿Por qué no podía comportarse como un ser civilizado junto a ella? No sabía qué era lo que tenía ella que lo sacaba de quicio. Pero no solo eso hacía, sino que lo excitaba hasta un nivel que parecía imposible y en una velocidad que era inaudito. Sí, la necesitaba... en su cama, desnuda y lista para él.

Al cabo de media hora, con una bandeja en las manos, se unió a Stef y Mor, quienes se hallaban sentados sobre la alfombra del living con la espalda contra los pies del sofá. Miraban una película animada que él, ignorante de filmografía infantil, obviamente no podía precisar cuál era. Les alcanzó un cuenco con risotto a cada uno y dejó otro con pan integral en el centro de la mesa ratona.

Mor y Stef reían y hacían comentarios sobre la película, en cambio, Gabe comió en silencio. No podía dejar de pensar la causa de que ella lo alterara sobremanera. Le era incomprendible, ninguna mujer lo había afectado tanto. Él no creía en el amor, pero parecía que ella sí lo hacía. Gabe quería disfrutar de un encuentro sexual arrollador que solo había conocido con Morrigan, no obstante, a ella no le era suficiente. Entonces él tendría que encontrar a otra mujer con quien compartir sus sábanas. Porque no permitiría que ella le calara tan dentro como para adentrarse en su putrefacto corazón y hacerle creer en sentimientos que no tenían sentido.

En cuanto el niño se fue a dormir, Mor y Gabe restaron solos con una tensión palpable entre ellos. Ella se dispuso a levantar la vajilla de la mesa baja.

—Déjalo —pidió más calmado—. Ya lo haré yo más tarde.

—Bien. ¿Quieres que hablemos sobre qué harás con Stef?

—Se quedará conmigo.

La sonrisa que se dibujó en el rostro de la joven no tenía precio, pareció iluminar la habitación al completo, como si el sol hubiera bajado para instalarse en su *living*. Aunque pronto se desvaneció y una expresión seria la suplantó.

—Creo que debería hacer terapia.

—¿Terapia como si estuviera loco? —Gabe frunció el ceño y la miró furibundo. No le agradaba la idea de que un loquero se metiera en la mente de su sobrino, y se sorprendió del manto protector que vertía sobre el niño que no tenía idea que existía hasta hacia un par de días.

—Loco, no. Como si hubiera perdido a sus dos padres en un accidente y de pronto se fuera a vivir a un país que no conoce con un tío que no conoce.

Al ponerlo de aquella manera, tenía sentido que necesitara hacer psicoterapia. No podía discutirse. Quizás no fuera del todo malo que alguien lo acompañara ante tantos cambios.

—Lo pensaré.

—Estuve pensando en los colegios que tienes en la zona...

—¿Crees que sería mejor que Stef viviera en una casa? —la interrumpió para formularle la pregunta que le rondaba en la mente desde la mañana.

—Eh, no lo sé...

—Quizás en un barrio más tranquilo, con un jardín y piscina. Con una habitación ambientada especialmente para él.

—Sería ideal, Gabe. —El entusiasmo de Mor era más que evidente, su mirada brillaba y sus mejillas adquirieron un tono sonrosado—. ¿Tienes pensado comprar una casa?

—Tengo una en Scarsdale. En realidad, Stef y yo la tenemos —dijo con tono pausado. No tenía idea qué le implicaría retornar a aquella casa donde había encontrado a su padre muerto de un ataque cardíaco; a su madre, de una sobredosis, y la nota de su hermano con la que se despedía—. Era la casa de mis padres, pero ha estado deshabitada desde que mi madre falleció y yo me mudé.

—Podríamos verla y comprobar su estado —comentó cada vez con mayor ansiedad.

—Una vez cada dos semanas se limpia la casa y se mantiene el jardín, así que yo diría que está muy bien. Me gustaría que la evaluaras para realizarle una remodelación al completo.

—Está bien. Si quieres, el próximo fin de semana...

—¿Por qué no estás en pareja? —Ella lo miró perpleja ante el cambio brusco de tema—. Se nota que te encantan los niños y supongo que te gustaría formar una familia.

—No encontré a la persona adecuada —musitó con la vista enfocada en el suelo, como si la alfombra de pronto se hubiera vuelto sumamente interesante.

—¿Acaso estás enamorada de Brian?

Morrigan meditó sobre la pregunta durante algunos segundos en los que el ceño fruncido de Gabe se pronunció.

—En el momento que estuvimos juntos creí estarlo —respondió al fin, y se abrazó a sus rodillas.

Está bien, no lo estaba, pero ¿lo había estado?

—¿Entonces lo estabas? —Mor se elevó del suelo y procedió a juntar los cuencos que habían utilizado en la cena.

—Llevaré estos a la cocina. —Sin decir más, desapareció, y Gabe dudó de que hubiera dejado de estar enamorada del abogado. Hasta donde sabía, ellos habían disfrutado de algo más que una amistad, pero luego apareció Nick en medio y Brian se decantó por este en lugar de ella.

Gabe no podía decir que lo lamentara, pero sí podía constatar que una ráfaga putrefacta le corrió por dentro al saber que ella guardaba tales profundos sentimientos por el otro hombre. Sabía cuál era esa maldita emoción que le bullía como un volcán a punto ebullición, aunque nunca lo hubiera sentido antes; eran celos. Unos que lo carcomían hasta un punto que jamás creyó posible. Quería que esa mujer fuera suya, pero no tan solo en cuerpo. Quería que cada pensamiento de ella fuera para él, como parecían que eran los suyos para ella. Morrigan Forrester se había convertido en su obsesión.



## Capítulo 21

—¡Gabe! Hombre, pensé que ya no vendrías —lo saludó Mark apenas lo encontró en la recepción de S&P y lo estrechó con un solo brazo contra su cuerpo.

—No me decidía si hacerlo o no —replicó Gabe con una media sonrisa que desmentía sus palabras.

—¿Acaso me temes?

Al mirar hacia el despacho de Mark, una puerta más allá, en la entrada al despacho de Alex, había una pequeña apoyada sobre el marco de la puerta y medio inclinada hacia adentro. Jamás había visto un niño antes en la agencia, por lo que le llamó la atención.

—Ey, ¿quién es la niña colgada del marco de la puerta del despacho de Alex? —preguntó con un movimiento de la barbilla al indicar a la pequeña.

—Ah, es Miranda, la hija de Ange. —Gabe hizo un gesto de desconcierto—. La nueva recepcionista, ¿recuerdas? —Mark hizo un ademán con la cabeza hacia la bella mujer latina sentada en el escritorio a unos pasos de ellos.

—Sí, ha venido a alguna que otra salida.

—Cuando encuentra quien cuide a Miranda. La niña tiene cierta fascinación por el nuevo ingeniero informático, David, quien es el que está allí adentro ahora. —Gabe notó como la voz de Mark se impregnó de hastío—. Nos está desarrollando un nuevo programa para empleados y clientes.

—¿Y qué tal el tipo? ¿Podría utilizarlo para evolucionar el sistema de la chocolatería?

—Ni lo pienses. Es insufrible. —Mark fingió que lo recorría un escalofrío, y Gabe estalló en carcajadas. Le encantaba estar con él, era un hombre tan divertido como ocurrente y, más que todo, uno de los mejores amigos que se podían pedir—. Si pensaba que Alex carecía de habilidades sociales era porque no había conocido a este tipo.

—¿De dónde salió? —preguntó Gabe cada vez más intrigado con el hombre.

—Uff, tanto Fred como Andy me lo recomendaron, y no te pienso decir de dónde lo conocen porque yo mismo me cuestiono cómo es que acepté contratarlo después de saberlo.

Ambos seguían parados en medio de la sala de espera de S&P mientras todos a su alrededor continuaban con sus tareas laborales. Parecía que Mark se había hecho un espacio especialmente para él, pero Gabe no estaba ansioso por encerrarse con él en su despacho y Mark no lo apresuraba para ello tampoco, lo que le agradecía.

—Ahora tengo que saberlo —insistió Gabe—, suelta la lengua, viejo.

—¡De un maldito juego en línea! —exclamó Mark, y Gabe soltó una carcajada ante la expresión de horror de su amigo.

—¡Ey, no me difames! —exclamó Fred, que pasaba cerca de ellos al dirigirse al sector en el que trabajaban los creativos—. ¡David es un maldito genio!

—Oh, eso ya lo sé —bufó—. No deja de recordármelo cada cinco minutos. —Mark acercó su cabeza

a la de Gabe como si fuera a confiarle un secreto—. Te diré, Gabe, que ese tipo no tiene ningún complejo de inferioridad, cree que es el mismísimo Einstein.

Gabe soltó una risotada ante el melodrama de Mark. Se podría decir muchas cosas sobre su amigo, pero que no le aligerara la carga que traía encima no era una de ellas, y por eso lo amaba. Mark enlazó su brazo con el suyo, y Gabe ya no pudo evitar el que lo condujera a su despacho por más tiempo.

—No puede ser tan malo —dijo Gabe al sentarse en uno de los asientos frente al escritorio de Mark.

—Oh, no, es aún peor. —Mark descansó la cadera contra el borde de su escritorio, a un lado de Gabe, y se cruzó de brazos.

—Tengo que conocerlo.

—Luego no te quejes si te digo «te lo dije». —Hubo una pausa que se prolongó entre ellos, en la que conectaron sus miradas, y el tono alegre se evaporó para tornarse más denso—. Ahora, cuéntame qué pasó.

—¿Qué te contó Morrigan? —masculló Gabe con la vista en el suelo.

—Nada. Solo que me necesitabas, y por eso insistí en que vineras hoy.

Gabe se removió en el asiento con suma incomodidad. Mark y él habían compartido ciertos hechos de sus vidas, aunque sin alcanzar demasiada profundidad ni de un lado ni del otro. No obstante, descubrió que quería compartir lo que le sucedía con el amigo que había descubierto en el último año. Sin proponérselo, habían fomentado un vínculo inquebrantable y que perduraría en el tiempo.

Gabe se inclinó hacia adelante, descansó los codos sobre las rodillas, dejó caer las manos en medio de estas y unió las yemas de cada dedo de una mano con la otra.

—Sabes de la existencia de mi gemelo. En más de una ocasión lo mencionaste.

Mark asintió sin quitarle la vista de encima desde su altura al hallarse aún de pie y con los brazos cruzados sobre su pecho.

—Nunca hablas sobre él, lo he notado.

—No, no lo hago. Hasta hace unos días no sabía nada de él. —Gabe hizo una pausa prolongada y agradeció que su amigo respetara su tiempo y no lo apurara en su relato. Tomó aire con profundidad para poder proseguir—. El caso es que falleció.

—¿Qué? ¿Cómo que falleció? —Mark se elevó del escritorio y tomó asiento en el sillón, a un lado de Gabe.

—Tuvo un accidente automovilístico con su esposa hace un par de meses.

Mark le posó una mano sobre el hombro y otra en su antebrazo y le apretó un tanto ambos sitios.

—Lo siento tanto, Gabe.

—Y me nombró guardián legal de su hijo, Stefano.

—¿Hijo? ¿Tienes un sobrino?

—Así parece. —Gabe se recostó contra el respaldo del sofá y observó a su amigo de reajo—. Jamás me lo había mencionado. No era que tuviéramos una gran comunicación. Solo me enviaba postales de los países que visitaba, nunca permanecía demasiado en ninguno, pero jamás comentó algo sobre una esposa y mucho menos de un hijo de siete años.

—Cielos. —Mark se mesó el cabello y clavó la vista en él con una intensidad que pocas veces Gabe había presenciado—. Viejo, para lo que necesites, me tienes.

Gabe asintió y desvió la mirada hacia el ventanal frente a ellos. Lanzó un largo suspiro y pensó en el pequeño que había quedado con Mor, también meditó sobre ella y cuánto lo ayudaba con todo el asunto.

—No sé qué hacer con un pequeño de siete años —confesó y odió la vulnerabilidad que transmitía su voz. Además, como si el que su sobrino tuviera otra edad hubiera hecho alguna diferencia. No se concebía encargándose de nadie, sea este infante, adolescente o adulto—. No sé nada sobre niños.

—Pfff —desacreditó Mark su temor y le aseguró—: Ya aprenderás. Ahora lo que necesitas es encontrarle un compañero de juegos para que entable amistad y que esto lo aclimate a vivir contigo y lo afiance al lugar. Gennie, mi sobrina, sería ideal, es una niña muy sociable y vibrante, pero vive un tanto lejos para reunirlos entre semana.

—Quizás el sábado podría ser. No estaría mal que comenzara a tener un grupo de amigos, ¿no?

—Claro —Mark le palmeó el hombro—, pero también pensaba en Miranda, la niña de Ange. Ella vendrá casi a diario a la agencia por unas semanas, dado que la madre de Ange está de viaje y no hay nadie que se encargue de ella. Podrías darte una vuelta con Stefano y que se conozcan. Quizás dar un paseo por Central Park —sugirió el rubio con un encogimiento de hombros.

—No lo sé. —Gabe sacudió la cabeza de un lado al otro—. Apenas intercambié un par de comentarios con tu recepcionista. Además, creo que me teme.

Mark chasqueó con la lengua y rio por lo bajo. Luego se acercó a su cabeza en actitud conspirativa.

—Gabe, todos lo hacen —le susurró, y luego le sonrió con aquella expresión traviesa y un poco perversa.

—Tú no.

—Claro que no. Ambos sabemos lo que portamos detrás de nuestras máscaras, viejo. —Mark le pasó un brazo por los hombros y se apretujó a su costado sin el menor pudor—. Eres un osito de peluche encubierto.

Gabe soltó una risotada ante la ocurrencia de su amigo.

—Difícilmente se me calificaría de esa manera, Mark. —Chasqueó la lengua y sacudió la cabeza a ambos lados con una sonrisa en los labios—. En realidad, estás loco.

—De eso no cabe duda. Volviendo a tu hermano...

Un balde de agua helada cayó sobre Gabe y lo sacó de la diversión de unos minutos que compartía con Mark para retornarlo al mundo real.

—No puedo hablar de Martin, Mark —confesó Gabe con voz ahogada y cargada de angustia—. Simplemente no estoy preparado.

—Está bien —concedió el rubio con suma paciencia—, todo a su tiempo.

Estuvieron en silencio por un lapso prolongado en el que ambos fijaron la mirada en el ventanal y presenciaron como la luminosidad cambiaba con el correr de los minutos hasta que la necesidad de Gabe de contarle lo que le bullía por dentro pudo más que el nudo que tenía en la garganta y que le impedía hablar.

—No logro hacerme a la idea, ¿sabes? Él tendría que estar disfrutando de la vida que había planificado, para eso huyó. No para terminar muerto a los treinta y cinco años.

—Gabe, ¿disfrutas tú de la vida que planeaste? ¿Esto era lo que querías? —Gabe revoloteó los ojos, soltó un bufido y se removió en el asiento con falta de energía—. Ey, cuentas conmigo para hablar cuando estés preparado —añadió Mark.

Suponía que veía su reticencia a meterse en aquel tema que aún lo carcomía por dentro. La traición que sufrió a manos de su hermano, el abandono y la añoranza por una parte de sí que ya nunca volvería a ver.

—Es solo que...

—¿Qué?

—Sigo tan enojado con él por dejarme, por haberse ido a cumplir su sueño a costa mía —confesó con irritación y se giró hacia su amigo—. Yo también tenía los míos y se vieron truncados cuando todo me cayó encima de improviso. Quién hubiera pensado que papá fallecería a nuestros diecinueve años o que al poco tiempo mamá se suicidaría por no haber podido superar la muerte de su esposo.

—Ay, Gabe... —Mark intentó rodearlo con sus brazos, pero él se lo impidió con sus manos. Su cuerpo temblaba del enfado que le burbujeaba, como una olla a presión a punto de explotar.

—Yo no quería la empresa, no la quería. Ansiaba otro futuro, no el que me vino, pero no podía dejarla morir —continuó y se le quebró la voz—. Mi abuelo y después mi padre habían puesto sangre y sudor en la chocolatería, tenía que mantenerla viva.

—¿Gabe? —preguntó Mark a la vez que le pasó una mano por el cabello, peinándoselo hacia atrás.

—¿Ehh?

—¿Y ahora? —repitió ante su desconcierto.

Por un segundo, Gabe había vuelto al pasado, a su padre en el suelo del vestíbulo, a su madre en su cama, intentando despertar a ambos sin poder lograrlo. Cerró los ojos con fuerza como si pudiera alejar a tales fantasmas que se habían avivado con la muerte de Martin.

—Con el tiempo aprendí a amarla tanto como mi abuelo y mi padre, ahora no podría hacer otra cosa, nunca podría abandonarla. Me encanta el trabajo que realizo allí, realmente lo disfruto.

—¿Pero?

Gabe enfocó a su amigo y maldijo lo intuitivo e incisivo que era. Tragó saliva y se obligó a continuar.

—Una parte de mí, algo que está adentro, aquí —se señaló el pecho—, quedó en suspenso. Lo noto, no estoy completo.

—¿Ese algo tiene que ver con la música? —preguntó Mark, y Gabe alzó la cabeza de golpe y casi salta del asiento ante el acierto de su amigo—. No me mires así, es algo que sospechábamos con Alex.

—¿Han hablado de mí?

—Sí, y no te muestres tan indignado. Hemos hablado de ti —ahora fue el rubio quien le apuntó al pecho— porque eres nuestro amigo y nos percatamos de que estás a medias. Como también nos dimos cuenta de que cuando tu mente se va, tocas alguna melodía sin notarlo, agarras lo que tengas a mano y comienzas a golpetear con un ritmo que solo escuchas en tu mente. Entonces, ¿tiene que ver con la

música? ¿Por eso estás tan enfadado con Martin? ¿Tuviste que dejar tu sueño? —Gabe se incomodó con la seguidilla de preguntas que pinchaban algo dormido en su interior y se removió en su asiento de nuevo, con una expresión ofuscada en el rostro—. Ey, está bien. No tienes que contarme nada, viejo. Solo debes saber que dejo esa puerta abierta para que te desahogues conmigo cuando te haga falta. Estoy para ti —enfaticó la última frase y conmovió a Gabe como hacía tiempo nadie lograba.

—De verdad que te quiero.

—Lo sé. No podrías vivir sin mí. Aunque no lo digas delante de Key, es un tanto celosa —bromeó Mark, y Gabe sonrió ante los disparates de este.

Andy no desviaba la mirada de las dos personas que conversaban a cierta distancia de él mientras bebía su infusión en la taza de *Hulk*. No quería perderse detalle del extraño intercambio. Que él supiera, Ange y Gabe no habían mantenido una charla durante más de cinco minutos jamás, y en esta ya iban alrededor de unos diez. Además, abundaban las sonrisas y hasta unas pequeñas risas tímidas por parte de ella, que parecía encantada con la atención que el hombre le prodigaba.

—¿Cuándo la invitarás a salir? —preguntó Nick al establecerse a su lado y apoyar la cadera contra la mesa que contenía el hervidor eléctrico, la caja de diversas bolsitas de infusiones y la gran cantidad de tazas con imágenes de superhéroes contra una de las paredes de donde trabajaban los creativos.

Nick vertió agua caliente en su taza de *The flash* y hundió una bolsita de una mezcla de hierbas con flores en ella.

—Si no te apuras, te robarán esa preciosa galleta.

Andy se carcajeó ante las salidas de su amigo y le dio un pequeño golpe en el hombro.

—Ey —se quejó Nick con falso enojó, dado que cierta picardía se mostraba en su mirada. Luego le dio un largo sorbo a su bebida a la vez que ambos volvían a posar los ojos sobre la mujer pequeña y de tez canela.

—No hables así —lo reprendió Andy, aunque no pudo evitar sonreírse.

—¿Así cómo, encanto? —Nick batió las pestañas, y Andy ahogó una carcajada, lo que le atrajo lágrimas a los ojos claros como el agua.

—Como si ella fuera un dulce.

—Lo siento, no quiero desmerecer a tan bella dama, ¿así está mejor, mi romántico amigo? —Nick le pasó un brazo por los hombros y lo estrechó contra su costado.

—¡Basta! —Andy se apartó entre risas—. No me tomas en serio.

—Claro, que sí. Es solo que... ¿a quién lees ahora? ¿Kleypas, Lindsey? —se burló Nick—. ¿Cómo era esa otra que tanto te gustaba?

—Phillips —gruñó Andy y bebió de su taza humeante. Amaba al hombre, pero había veces en que le retorcería el pescuezo sin dudar.

—Ah, sí, esa. Mira, solo quiero que te muevas antes de que te roben a la chica.

Andy volvió a fijar la vista en la joven de ojos y cabellos oscuros. Por dentro no estaba seguro de salir con la mujer, pero tampoco quería dejar pasar la oportunidad de descubrir si ella era la indicada, la

que tanto esperaba.

No podía evitarlo. Era un romántico incorregible que disfrutaba al leer novelas de amores imposibles con un final feliz. Pero creía que con cada libro que disfrutaba se apartaba aún más de la realidad hasta perder perspectiva, y quizás la mujer que esperaba que le moviera el suelo bajo los pies no existiera o que el amor no se presentara de aquella manera. Tal vez fuera algo más tranquilo, sin fuegos artificiales ni chispa instantánea. Aunque luego veía a Nick con Brian, Alex con Sam o Mark con Key, todos ellos desmentían que el amor fuera algo apacible y vacío de terremotos emocionales.

Quizás el amor para él fuera diferente y debía aprender a reconocerlo, y quizás se presentara sin condimentos ni pasiones. Suspiró y terminó de beber su infusión sin quitar la mirada de la bella morena.

## Capítulo 22

—Entonces, ¿te ha gustado la película? —preguntó Mor a Stef al deambular por la sala de reuniones de Chocolatería McDougall. Observaba el avance de la reforma en aquella habitación, aún faltaba la pintura, pero las paredes ya no tenían las placas de madera oscura y el suelo de granito negro también había desaparecido.

—Estuvo bien —contestó Stef al tiempo que encogía un hombro—. ¿Por qué no has venido?

—Te conté que me reunía con unas amigas, cariño. La próxima no me la pierdo —le aseguró y le revoloteó el cabello. Luego se dirigió a inspeccionar el plano que había sobre el otro lado del escritorio armado con una tabla y dos caballetes sobre el que dibujaba Stef.

El niño se encogió de hombros de nuevo. No le pasaba desapercibido a Mor que algo le sucedía. Había estado cabizbajo toda la tarde, más precisamente desde que su tío se había marchado.

—A ver lo que has pintado.

Gabe le había adjudicado el papel de niñera mientras él visitaba a Mark en S&P. Había pensado en protestar, pero adoraba a Stef y, además, había sido su idea de que Mark hablara con Gabe. Su cliente, como se obligaba a pensar en él, no se encontraba en una situación fácil, no era una que debiera afrontar solo y menos aun teniendo amigos como Mark y Alex para ayudarlo a transitarla.

—Ey, tienes un gran talento, Stef. —Había dibujado un paisaje de montañas nevadas y algunos árboles en la base. El niño se encogió de hombros ante su comentario, parecía ser su única forma de respuesta, y continuó pintando—. ¿Estás bien, cariño? —Stef volvió a contestar con el mismo gesto y sin emitir palabra, lo que a Mor le arrancó una sonrisa—. Vamos, cuéntale a la tía Mor qué sucede. —Mor se inclinó, le cruzó un brazo por la espalda y aproximó su cabeza a la del niño.

—¿Eres mi tía? —Era innegable la esperanza en la voz infantil—. ¿Eres la novia de mi tío?

—Yo... en realidad... —Enmudeció en cuanto una sombra apareció en el resquicio de la entrada—. Mira, ahí está él. —Gabe los observaba con cierto recelo y parecía no tener la confianza suficiente como para acercarse a ellos.

Morrigan se mordió los labios para suprimir la sonrisa que amenazaba con formársele. Parecía tan tierno cuando se lo veía inseguro que quería correr a él y resguardarlo entre sus brazos. Ella le hizo un ademán con la cabeza de que se adentrara, pero se mantenía reticente, así que abrió los ojos más grande como diciéndole: «¡Vamos!», y lo enfatizó con un gesto de su mano para que viniera junto a su sobrino.

Gabe caminó hacia ellos con paso lento y con las manos en los bolsillos del pantalón. Mor creyó que el pasar algún tiempo con Mark lo revitalizaría, pero parecía haber vuelto derrotado y desanimado. Tenía miles de preguntas en su mente que quería soltarle, sin embargo, no pronunció ni una. No era el momento ni, tampoco, su lugar. Ella les había puesto un límite a ambos, así que volvían a ser cliente y decoradora.

—¿Qué hacen? —inquirió Gabe con una sonrisa un tanto ladeada.

—Stef está dibujando un hermoso paisaje. Quizás luego podrías colgarlo en casa, ¿qué te parece, Stef?

El niño se encogió de hombros y continuó trazando con un lápiz de color verde sin alzar la vista de la hoja.

Mor fijó los ojos en Gabe a la espera de que mencionara algo, sin embargo, él la observaba con desconcierto, como si no supiera cómo proceder.

—Eh, sí —comenzó Gabe—. Podríamos colgarlo en... en...

—¡La puerta de la nevera! —exclamó ella y palmeó sus manos entre sí—. Así lo verías todos los días.

Mor se aproximó a Gabe, se colgó de su hombro y acercó su boca al oído masculino. Lo que iba a decirle se le atascó al igual que la respiración, su aroma tan varonil la inundó y la dejó vibrando de tal manera que sentía que se desmallaría en cualquier instante.

—¿Qué? —susurró él, y Mor pudo ver el mismo deseo que la invadía a ella en aquellos témpanos de hielo. Él le pasó un brazo por la cintura y la estrechó contra su costado. Un estremecimiento la recorrió entera y casi soltó un suspiro que pudo reprimir en el último segundo. Se sentía tan bien estar recostada contra ese hombre fuerte y abrumador.

—Dale una vuelta por la fábrica. Pasa tiempo con él —logró decir en un suspiro.

Gabe clavó la mirada en sus labios, y Mor pudo sentir como esos ojos en apariencia gélidos la caldeaban de inmediato.

—Gabe, detente —murmuró ella cerca de los labios de él. Sin percatarse, se habían aproximado hasta quedar casi pegados.

—No hago nada, vida. —Él se acercó aún más a ella, hasta que sus bocas las separaba nada más que una delgada e insignificante línea de aire.

—Tu no hacer nada es peligroso.

Gabe le deslizó el revés de los dedos por el borde del rostro, la soltó y se volteó hacia su sobrino tan de golpe que Mor casi se tambalea.

—Bien, Stef. Es hora de un *tour* por este mausoleo de chocolates —dijo Gabe con renovado entusiasmo, que a Mor se le antojó un tanto falso, pero lo importante era que pasara tiempo de calidad con el pequeño.

—¿Podremos comer algunos?

—Tantos como quieras.

—Solo algunos —corrigió Mor con una auténtica actitud de maestra de escuela, posó una mano en su cadera y levantó un dedo de la otra—. No queremos que te de dolor de barriga luego.

—Solo algunos entonces —concedió Gabe y le dirigió una sonrisa tan demoledora que el aliento se le atascó en la garganta, los dedos de sus pies se encogieron y su corazón se disparó en una carrera sin igual.

—Mor, ¿tú vienes? —preguntó Stef con tal esperanza que la desarmó. Ay, ese niño era una lindura y la conmovía de una forma que no había experimentado antes. Pero este era el espacio para que Gabe formara vínculo con él, y debía concedérselo.

—No, cariño. —Se agachó frente a él y le pasó una palma por el cabello revuelto—. Es un paseo que harás con tu tío mientras yo trabajo un rato más, pero puedes traerme unos chocolates a la vuelta.



Gabe descansó una mano en la base del cuello de Stef y lo guio hacia el corredor.

—Mañana iremos a conocer a una niña —comentó Gabe antes de salir de la sala—. Se llama Miranda, es la hija de una amiga, Ángela.

Morrigan dio un respingo al escuchar el nombre de la bella morena, recepcionista de S&P. ¿Cuándo habían entablado una relación como para planificar una salida juntos? Una oleada de furia carcomió todo a su paso en su interior, como si la dejara en carne viva. Algo que nunca había sentido antes, y no podía encubrir o malinterpretar de qué se trataba. Eran, lisa y llanamente, unos celos descomunales. Sin embargo, se maldecía por tenerlos, ella había sido la que los obligó a poner fin al paréntesis que habían disfrutado. Ahora debía aguantarse su decisión y ser valiente.

—¿Vendrá Mor? —Quiso saber Stefano, y Morrigan parpadeó para alejar las lágrimas que amenazaban sus ojos. Stefano se había metido tan adentro de su corazón, era un niño tan adorable y tan herido.

—No, solo nosotros cuatro.

Esa negativa tan rotunda fue como una puñalada en el órgano palpitante de su pecho. No entendía cómo podía doler tanto. ¡Vamos, en realidad sí que lo sabía! Era porque él ya se había metido tan bajo su piel que ella no quería que ninguna otra mujer tomara el lugar que había dejado vacante en su cama. ¿Entonces por qué mierda no había aceptado seguir un poco más su aventura? Porque solo ella saldría lastimada, y si dolía tanto ahora, no quería ni imaginarse lo que lo hubiera hecho de no haberle puesto punto final al paréntesis.

## Capítulo 23

Ángela y Gabriel caminaban a un paso tranquilo detrás de Miranda y Stefano, quienes correteaban por uno de los caminos de Central Park con un algodón de azúcar en la mano. Las risas de los niños llegaban a ellos con facilidad, aunque no aligeraba la incomodidad de los adultos.

Gabe no era de los que se ponían nerviosos frente a una mujer, pero Ange se mantenía hipervigilante ante él, como si fuera a atacarla o algo parecido, lo que lo hacía preguntarse sobre el pasado de ella. Tenía en cuenta que él era un hombre cuya expresión a veces atemorizaba, pero maldición, se había comportado con Ángela de manera impecable.

El rostro de Morrigan cruzó su mente tan de improviso que lo dejó dando vueltas. Con ella era tan fácil estar, entablar una conversación, hasta comenzar una discusión era sencillo con ella. Pero con la recepcionista de S&P no le sucedía igual, sonsacarle una sola frase era un trabajo arduo.

—No me temas. No muerdo, o al menos solo en contadas ocasiones. —La expresión de la mujer se tornó recelosa, y Gabe notó como se apartó de él un poco ante su pretensión de aligerar la tensión entre ellos—. Es una broma, Ángela.

—Ange, así me llaman. Ángela solo me dice mi madre y cuando no está muy contenta conmigo.

El silencio volvió a envolverlos, pero al menos ahora en un ambiente un tanto más confortable. Caminaban despacio, siguiendo a los niños que revoloteaban entre risotadas infantiles. Gabe se alegró de haber programado la salida con la joven y su hija a pesar de la tirantez que provenía de la primera. Stef parecía haber congeniado de inmediato con Miranda y disfrutaba de la compañía de la niña sin haber hecho ninguna mención a su ligera discapacidad. Era un niño sociable al igual que lo había sido su padre, veía tanto de Martin en él que a veces le dolía el corazón al contemplarlo.

—¿Hay un padre en el panorama? —preguntó de improviso, lo que sobresaltó a Ange, pero Gabe se vio asaltado por la duda sobre el progenitor de la niña de cabellos y ojos oscuros como su madre.

—Lamentablemente, sí lo hay —contestó Ange, y Gabe se percató de cómo ella se cerraba y la confortabilidad que habían logrado hacía tan solo unos minutos, desaparecía.

Se detuvo de golpe y la tomó del brazo para detenerla en su andar. Ella fijó la mirada en su mano con el ceño fruncido y luego la alzó hacia la suya con una expresión de amenaza silenciosa ante cualquier movimiento inadecuado que él hiciera. ¿Qué le había ocurrido a esa joven para que fuera tan recelosa? No debía tener más que unos veintitantos años.

—Mira, sé que no estás cómoda conmigo. —Lanzó un suspiro al tiempo que relajaba la postura y la soltaba—. No soy un tipo fácil y tampoco soy sociable ni llevadero, pero me gustaría que pudiéramos intentar ser amigos. Nuestros niños parecen congeniar y quisiera que continuaran alimentando esa amistad.

—Lo siento —Ange se frotó donde él la había tomado del brazo—, no es que hayas hecho nada. Es solo que el estar solos no me agrada.

—Están los niños, Ange. —Señaló a los pequeños a unos cuantos pasos de distancia—. ¿Piensas que

me voy a tirar encima de ti con ellos delante?

—¡Claro que no! —exclamó con lo que él percibió como indignación.

—Supongo que tu ex tiene mucho que ver con ese miedo.

—No es miedo, es... —Ange sacudió la cabeza de un lado al otro y luego conectó los ojos oscuros con los suyos con una temeridad que lo sorprendió y lo hizo volver a preguntarse sobre el pasado de esa mujer. Pero tuvo que reconocer que era simple curiosidad lo que ella le generaba, no se comparaba con la revolución que le provocaba cierta mujer de cabellera rojiza y ojos felinos. Solo que ella continuaba enamorada de Brian Sanders. ¿Y qué mierda le importaba? Si él no creía en el amor—. No me ha puesto la mano encima si es lo que piensas, pero eso no significa que no me haya hecho mucho daño. —Esa frase lo sacó de su ensimismamiento y lo retornó a la mujer de cabellos oscuros.

—Hay otras formas de herir más allá de la física. —Y él lo sabía demasiado bien.

—Exacto.

—Entonces has hecho bien en deshacerte de la escoria.

—Nunca mejor dicho. —Ange sonrió, y la tensión bajo tantos decibeles en un parpadeo que casi se podría decir que se volvió inexistente. Retomaron el andar, los pequeños se habían adelantado varios metros para adentrarse en la plaza Billy Johnson, aunque seguían a la vista de los adultos—. Lo siento de verdad. Sé que eres un buen hombre, y me gustaría que nuestros niños continuaran viéndose.

—Stef necesita amigos. —Suspiró y alzó la vista al cielo despejado con unas pocas nubes, luego la posó sobre una madre con sus dos hijos sentados sobre una manta en el césped, a un lado del camino. Sonrió ante la visión que se le antojó tierna y posible de compartir con su sobrino alguna vez—. Ha tenido tantos cambios últimamente que ni me quiero imaginar lo que debe estar pasando por su cabecita. —Se aproximaron a Miranda y Stef en la plaza, quienes ya se estaban deslizando por un impresionante tobogán de granito.

—Pero te estás asegurando de que tenga un ambiente estable ahora. Es muy noble de tu parte.

—Es el hijo de mi hermano —dijo como si no hubiera tenido opción y era que en su mente no la tenía. Era su sobrino, su sangre, una parte de su gemelo. Seguro que al comienzo de toda esa aventura había pensado en una forma de desligarse del niño, pero sabía que jamás la hubiera llevado a cabo. Stefano era su familia y velaría por él.

—No todos lo hubieran acobijado, eso tenlo por seguro —concluyó la morena con seriedad, y así, sin proponérselo, Gabe se percató de que había formado una nueva amistad.

Morrigan no podía creer lo que hacía. Se había presentado en S&P con una excusa estúpida, con el único fin de espiar a Gabe y Ange.

—Mor, ¿qué haces por aquí? —preguntó Alex en cuanto la vio deambular frente al escritorio de la recepción, el que estaba vacío para su intranquilidad mental. Lo que la llevaba a cuestionarse dónde demonios habían ido la recepcionista y su cliente chocolatero.

Mor trabó las mandíbulas, cerró las manos en puños y cuadró los hombros antes de girarse al moreno de ojos oscuros que la observaba con su habitual ceja arqueada y evidente curiosidad. No era para

menos, no había anunciado a nadie que vendría ni tampoco la esperaban.

—Tengo que hablar con Gabe de manera urgente y mi móvil hace un tiempo que no funciona como debiera —dijo, en parte verdad y en parte una pequeña mentira.

Alex se cruzó de brazos y clavó su mirada en ella como si pudiera adentrarse en su mente. El solo pensar en esa posibilidad la estremeció. Siempre creyó que Alex, tan silencioso en comparación con Mark, veía hasta el alma de las personas y tenía como ese aura de oscuridad que lo rodeaba que te daba escalofríos, y eso sin mencionar la voz de ultratumba que lo caracterizaba.

—Ah, vienes a ver a Gabe aquí —mencionó de forma lenta, realizó una pausa y una de sus comisuras pareció elevarse en algo similar a una sonrisa o, ¿sería una mueca?— cuando trabajas en su empresa —concluyó con cierta picardía en su mirada.

—Sí —Mor se mordió el labio inferior con tozudez y casi da un zapateo sobre el suelo al sentirse descubierta infraganti—, necesito que elija una tela.

—Ya veo.

Unas risas llegaron a su espalda y, cuando volteó, quedó estupefacta al comprobar que eran ellos. Gabe se reía mientras Ange tan solo esbozaba una sonrisa y sus mejillas se ruborizaban en una expresión de timidez. ¡Mierda! De pronto solo quería que se la tragara la tierra, el verlo así de relajado con otra mujer era como un golpe en medio del pecho. Un ardor creció en sus entrañas hasta subirle por la garganta al igual que fuego líquido y solo quería desenfundar sus uñas y atacar. ¡Maldición! Tenía que calmarse, él no era suyo. Pero es que... él debería serlo. Un gruñido creció en su interior. ¡Lo quería para ella, para nadie más!

Una mano en su hombro le llamó la atención y pegó un respingo en el lugar antes de voltearse.

—Cambia la cara si quieres que se trague el cuento de las telas, Morrigan —le aconsejó Alex. Sus ojos aún poseían esa brillante picardía, y Mor se percató de que él sabía lo que ella sentía por Gabe. El calor se subió a sus mejillas y tuvo que contener el golpe que quería darle en plena cara para borrarle la expresión.

—¿A qué te refieres? —soltó más brusco de lo que le hubiera gustado.

—A que eres un libro abierto y los celos están escritos en todo tu rostro. —Alex se descruzó de brazos y la señaló con una mano de arriba abajo y viceversa.

La mortificación de sentirse una idiota hizo que sus mejillas llamearan aún más y que sus ojos le lanzaran dardos mortíferos que Alex parecía esquivar o ser inmune a ellos.

—No es así...

—¿Morrigan? ¿Qué haces aquí? —La voz de Gabriel le llegó en un tono grave y sedoso que la estremeció de la cabeza a los pies. No quería voltearse a encararlo, sin embargo, no le quedaba opción. Había sido una muy, muy mala idea el buscarlo, y ahora pagaría las consecuencias y quedaría en evidencia.

—¡Mor! —gritó Stef mientras corría a aferrarse a su cintura. ¡Dios, cómo adoraba a ese pequeño! Ella le pasó la mano por el cabello y se lo revoloteó un tanto. Era un niño adorable y se notaba en su cara que la salida le había sentado de maravilla. Eso le aligeró el corazón, aunque la espina en él seguía clavada.

—Hola, cariño. ¿Te divertiste?

—¡Sí! —exclamó con entusiasmo—. Tío Gabe nos compró un algodón de azúcar y luego tomamos un helado y después jugamos en la plaza y...

La mujer menuda y de tez canela se acercó al grupo a paso acompasado junto con su hija, quien se veía igual de alegre que Stefano.

—Hola, Ange —la saludó Mor con auténtico afecto. Había algo en ella que no le permitía guardarle ningún rencor, además tampoco sería justificado. Al fin y al cabo, ¿qué había hecho Ange que estuviera mal? Absolutamente nada. Se inclinó para saludar a la niña—. Hola, Miranda. Espero que hayan tenido un lindo paseo.

—Sí, lo fue —contestó la madre con una sonrisa comedida. Después se despidió y se acomodó detrás de su escritorio para retomar sus tareas de la tarde. Si no fuera porque era imposible, dado su belleza, juraría que Ange esperaba pasar desapercibida tras ese mobiliario, como un escudo contra el mundo.

—Stef, ve con Miranda unos segundos mientras hablo con Morrigan. —El tono grave de Gabe no aventuraba nada bueno. Ya se había arrepentido de venir, así que no había necesidad de que la hiciera sentirse aún peor de lo que ya lo hacía por sí misma sin ayuda alguna.

Se había comportado como una chiquilla loca de celos al querer espiar a su antiguo novio con su nueva chica. Definitivamente, había perdido la cabeza.

—Justo Mor me hablaba de la urgencia de que tomaras una decisión, ¿cierto? —intervino Alex, quien saltó en su ayuda. Mor lo miró fijo, un tanto desconcertada, y le agradeció en silencio o al menos esperó que eso interpretara él al verla a los ojos.

—Sí —se apresuró a agregar—, sabes que tengo problemas con el móvil y como sabía que vendrías aquí...

—¿Qué decisión? —la interrumpió Gabe con el ceño fruncido.

Mor se mordió los labios ante el temor de que él pudiera ver a través de ella y conocer los sentimientos que le generaba, como había hecho Alex. Sin embargo, no hay mayor ciego que el que no quiere ver, ¿cierto?

—Pues... —los engranajes de su cerebro se pusieron a funcionar tan rápido que rechinaban y hasta salía humo de ellos—. Tienes que elegir las telas para el tapizado de los sofás de la sala de reuniones.

—¿Tapizados? ¿Esa es la urgencia? —exclamó con incredulidad. El frunce en su ceño se pronunció aún más y sus ojos de tempano la taladraron con una desconfianza que ella debía admitir, justificada.

—Claro, no sabes lo importante que es una buena elección del tapizado —mintió con exceso de gesticulación, y no supo cómo logró que su corazón se mantuviera estable ante tanto teatro.

—¿No habíamos establecido que te encargarías de estos temas? —cuestionó Gabe, pareciendo más irritado que desconfiado, lo que la alivió. Dado que este Gabe era el Gabe habitual—. ¿No era para esto que querías el control total de la decoración y demás?

—Claro que no. —Mor tuvo que reprimir una sonrisa ante el anticipo de una batalla con el chocolatero. Ah, cómo le agradaban esas contiendas verbales con su cliente—. Esto es de suma importancia. Explícale, Alex. —Le dio un codazo a Alex, y este carraspeó y ocultó su diversión bajo una

máscara imperturbable. No obstante, Morrigan había pasado bastante tiempo con él para distinguir las señales de su regocijo en las mínimas variaciones de su expresión.

—Un buen tapizado hace la diferencia —Alex le guiñó un ojo—, te invita a relajarte y sentirte cómodo en un espacio o todo lo contrario, claro que también habría que evaluar el mobiliario...

—Todo nuevo, los anteriores eran atroces. —Mor hizo un gesto de desestimación con la mano y trató de mostrarse lo más confiada posible.

—Me parece perfecto —continuó Alex, y la comisura de su boca se alzó otra vez, lo que casi hizo que Mor sonriera también, pero se contuvo a tiempo—. Entonces, tal vez algo de tinte moderno y nada cargado, con líneas claras.

—Ey, hablas mi idioma —se entusiasmó ella de verdad, olvidando a Gabe por un instante. No había nada más que le gustara que hablar de decoración y ambientación, y al ser Alex pintor, como había descubierto de casualidad mientras renovaba la que luego sería la agencia S&P, se había percatado de que tenía muy buen ojo para el tema.

—¿Terminaron? —preguntó Gabe cada vez más exasperado—. Veamos las malditas muestras de camino a la chocolatería, hay varios asuntos que necesitan mi atención. —Sin agregar nada más, se giró sobre sus talones y comenzó a marchar hacia la salida como un monarca que esperaba que se lo siguiera por el simple hecho de ser quien era. Mor casi lanza una carcajada ante la altivez que a veces mostraba el hombre, pero siguió sus pasos sin que se lo pidieran dos veces, y todo ante la expresión divertida de Alex.

## Capítulo 24

Maldijo entre dientes el encontrarse de nuevo en ese endemoniado cuarto junto con el carro de adminículos de limpieza, las escobas y escobillones y aquel olor a mezcla entre desinfectante y aromatizante para pisos. Apenas tenía un poco de espacio para estirar las piernas en el suelo. Sin embargo, era el único sitio que le permitía pensar al hallarse alejado de los martillazos y los ruidos de los taladros. Ni qué hablar del maldito polvo que flotaba por todo rincón de su endemoniada fábrica.

Un par de golpes lo sacaron de sus maldiciones mentales matutinas por haberse embarcado en el proyecto de renovar una empresa que venía funcionando igual desde su creación. ¿Quién lo mandaba a cambiar la imagen? Peor aún, ¿por qué había contratado a una gata de cabellos de fuego que lo traía loco y frustrado?

—Adelante —masculló.

—Señor —dijo su secretaria con cierto temor. Se alegraba y al mismo tiempo odiaba inspirar semejante emoción en todo aquel que se le acercaba—, llaman para la señorita Morrigan, pero ella aún no ha llegado. ¿Qué debo hacer?

Gabe observó el teléfono inalámbrico que la mujer mayor traía consigo y, sin pensarlo, extendió la palma para tomarlo. Una vez que lo tuvo en su mano, hizo un gesto a su empleada para que se retirara.

Apenas atendió, una mujer de cierta edad y un tanto circunspecta lo saludó y pidió por su decoradora.

—Puede hablar conmigo, soy su... —se aclaró la garganta—... pareja. —La palabra estuvo a punto de atragantarlo.

Escuchó atento a la mujer del otro lado del teléfono, se excusó por llamar al lugar de trabajo de Morrigan, pero no había podido dar con ella a su móvil. Gabe alzó la mirada al cielo raso. Morrigan y su maldito móvil que aún no cambiaba por uno que funcionara como debiera.

Clare, así era el nombre de quien llamaba, pasó a explicarle que ya había transcurrido el tiempo pautado para que saldara su deuda con la residencia y que si no lo hacía dentro de las próximas cuarenta y ocho horas, deberían pasar a un desalojo. Eso detuvo el cauce de sus pensamientos en un milisegundo.

—Perdone, ¿de qué institución me habla?

—*Aires de Esperanza, ¿no está al tanto?*

—Claro que sí —respondió con rapidez ante el tono de desconfianza de la que se había presentado como la directora ejecutiva del lugar—. ¿Me podría facilitar el monto adeudado?

En cuanto Clare le manifestó el valor, Gabe abrió los ojos con asombro. Era una suma considerable para los ingresos de una decoradora de interiores, con razón Mor le exigía adelantos con tanta frecuencia.

—No se preocupe, a la brevedad se saldará la deuda —aseguró con seriedad y un tono que afirmaba la veracidad de sus palabras.

A la hora, se enteró que Morrigan ya daba vueltas por el piso en el que él se hallaba, revisando el avance de ciertos sectores. La encontró en el salón de reuniones con un vestido entallado en color azul

marino que realzaba el tono rojizo de su cabellera y cada curva de su estilizado cuerpo. Deslizó la mirada por su figura de espaldas y sintió los efectos en su entrepierna en el acto. Parecía imposible saciarse de la mujer, cada vez quería más de ella y a cada instante anhelaba hundirse en ella como si no hubiera un mañana. Carraspeó para hacerse notar.

—Necesitamos hablar —anunció con voz ronca.

—Va todo muy bien, ¿no crees? —Mor se volteó hacia él con una *tablet* en sus manos. Gabe vagó la mirada por las paredes con pintura descascarada y los suelos cubiertos en cartón corrugado. Frunció el ceño sin saber qué contestar—. Bueno, aún falta, pero si pudieras verlo como yo lo hago en mi mente —mencionó al señalarse la sien—, estarías orgulloso.

—Ven conmigo. —Aferró su mano en la suya y la condujo fuera de la sala, unos metros más allá por el corredor, lejos del alcance de oídos curiosos—. Hoy hubo una llamada.

—¿Y?

—Para ti. De una residencia.

Ella enterró los pies en el suelo y detuvo todo avance. Su postura se tornó rígida y su mirada, recelosa, como si él fuera alguna clase de amenaza para ella y fuera a atacarla, lo que le generó indignación en un primer momento, pero pronto sintió una gran ternura por ella, quien era como un cervatillo desvalido vistiendo un disfraz de fiera.

—¿Qué les dijiste, Gabriel?

—¿Qué tendría que haberles dicho? —Elevó una mano y pasó el revés de sus dedos en una suave caricia por la mejilla femenina—. Es tu madre, ¿verdad? Ella se hospeda allí. —Al contemplar como esos rasgos tan bellos se ensombrecían, Gabe no pudo contenerse y, en un imprevisto acto, reclamó sus labios con una pasión que le hizo hervir la sangre. Ella se amoldó a su cuerpo y se dejó envolver por sus brazos con tal confianza que lo desarmó. Se separó un tanto de ella y contempló aquellos ojos felinos—. Ten esto.

Mor tomó el cheque que él le ofrecía, pero en vez de que su expresión mostrara alivio, fue irritación lo que Gabe vislumbró en esta. Ella se apartó de él como si fuera la peste y sus facciones se vieron modificadas por el disgusto.

—No puedo creerlo —dijo entre dientes y con la respiración acelerada—. ¡Quieres comprarme! —exclamó con tal indignación que en un primer momento él no comprendió sus palabras hasta que se formaron con sentido dentro de su mente.

—¿Qué? ¡No!

—¿Entonces por qué me das semejante suma? ¿A cambio de qué? Ansias volver a meterte entre mis piernas, y con tus ridículos prejuicios sobre mí, piensas que esta es la única forma. ¡Con dinero! —Su pecho se movía con violencia y las mejillas se le tornaron de un intenso rojo producto del enfado.

—Detente si no quieres que esto termine mal, Morrigan —le advirtió con frialdad—. Estás a un paso de ofenderme.

—Estaríamos igualando las ternas —escupió y contempló el trozo de papel que aún mantenía en sus manos con una expresión de puro asco—, tú me has ofendido en incontables ocasiones, Gabriel.



—¡Basta! —La cortó con aquel tono que hacía temblar a cada hombre en su empresa, pero esta gata parecía inmune—. Lo hago porque tú eres...

—¿Qué soy para ti, Gabriel? —Mor se acercó tanto a él que su aroma floral lo envolvió y lo hipnotizó de tal manera que se le hacía difícil llegar a un pensamiento coherente.

—Eres... ¡No lo sé! —bramó al tiempo que se apartaba de su hechizo—. ¡Algo!

—¿Soy *algo*? —exclamó ella con el enfado transfigurando su expresión.

—¡Sí, maldita sea! —La aferró del brazo y a punto estuvo de zamarrearla para que entrara en razón. Lo exasperaba de tal forma, como ningún otro ser humano lograba hacerlo.

—¿Qué es lo que significa este *algo*? —escarbó ella en el asunto.

—Y mierda si lo sé —aventó los brazos al aire con frustración—, pero acepta el puto cheque. Al menos como adelanto de un proyecto que pensaba comentarte más adelante, pero da igual que sea ahora. —Se colocó las manos en las caderas y trató de ralentizar su respiración—. Toma el dinero y salda tu deuda, luego te pondré al día de para qué quiero tus servicios.

—¿Involucra sexo?

—No. —«¡Sí!», le gritaba su mente. Mucho, sudoroso, caliente y lujurioso sexo. Y con ella, solo con Morrigan sería posible. ¿Qué clase de ropa interior llevaría ahora? ¿Encaje de nuevo? ¿De qué color? Desearía verla con un verde pálido que resaltara las espigas en sus ojos en ese tono. ¡Argh! Quiso estrangular a su cerebro por las imágenes que se atropellaban por detrás de sus ojos y que le nublaban el pensamiento.

—¿Estás seguro de que existe este proyecto? —preguntó ella aún con evidente desconfianza hacia él, pero con cierta esperanza de que fuera cierto.

—Quería tener un maldito buen gesto contigo —escupió, cansado e impotente—, y no parece reconocerlo aunque te estampes contra él. Yo tenderé a pensar lo peor de ti, pero tú no te quedas atrás, gata de cabellos de fuego. Crees lo peor de mí en un parpadeo sin cuestionarte mi accionar. ¿Sabes qué?, ¡vete a la mierda!

Se marchó por el corredor a grandes zancadas para retornar a su escondite repleto de escobillones y escobas. Necesitaba alejarse de esa mujer que lo atraía y lo repelía con igual intensidad. Lo dejaba tambaleante y endurecido como si tuviera un puto mástil entre las piernas. Lo peor de todo es que sospechaba que ella era la única que podría calmar el ardor que le corría por dentro, la única que conseguiría satisfacerlo. Porque era a la única que deseaba, y eso era lo que odiaba de Morrigan. Que era la única que le provocaba tales emociones.

## Capítulo 25

—Te agradezco tanto, Sarah. —Gabe posó la mano en la base detrás del cuello de su sobrino y pudo sentir la tensión en sus pequeños músculos, eso lo intranquilizó.

—No te preocupes —lo calmó la hermana de Alex y Mark. Suponía que había notado su duda en dejar a Stef—, también está dentro Miranda, y a Gennie le encantará conocer a un amigo nuevo. Stef, eres muy bienvenido —dijo al inclinarse y poner su rostro a la altura del de Stefano—. Tenemos planeada una pijamada más que divertida: consola de video, películas animadas, muchas galletas con chispas de chocolate...

—Trajimos esto. —Gabe le extendió una caja, y cuando Sarah la abrió, lanzó una exclamación. Gabe podría jurar que hasta la vio dar un saltito. Era tan peculiar Sarah con sus vestimentas de colores estridentes y los turbantes en la cima de su cabeza, además tenía una alegría que resultaba contagiosa, similar a la de Mark, pero en ella era genuina en todo momento. En cambio, en su hermano de corazón, había veces en que esta tambaleaba.

—Ay, eres mi héroe. ¡Bombones y barras de chocolate!

Gabe sonrió al pensar en la alegría que expresaba el rostro de la hermana de Alex y Mark. Recordó a otra mujer que lo perseguía en sus pensamientos que también adoraba las barras de chocolate amargo que fabricaban en su empresa. Suspiró con cansancio. Hacía días que no dormía bien, desde el dichoso entredicho con el cheque. Por suerte, Mor lo había cobrado, lo había constatado en su cuenta bancaria.

—Cualquier mínimo problema o duda, me llamas —remarcó, más para su tranquilidad que la de la joven—. Tienes mi número de móvil, ¿cierto?

—Sí, Gabe. Vete ya. —Sarah hizo un gesto de desestimación con una mano—. Mañana te llamo cuando ya esté despierto para que lo pases a buscar.

Asintió con un movimiento rígido de cabeza. No se sentía bien al dejar al niño toda la noche en casa de alguien que Stef aún no conocía. Se arrodilló delante de su sobrino y notó la expresión de vulnerabilidad en aquellos ojitos de la misma tonalidad que los suyos.

—Tío... —Los labios del pequeño temblaron y lágrimas amenazaron con escapar de sus ojos.

Gabe lo abrazó en un impulso y, con la palma, le acarició la espalda. Stef se aferró a él como si fuera a abandonarlo para siempre, y pudo comprender su temor al haber perdido a todo ser querido a su corta edad.

—Cariño, la pasarás bien. ¿Recuerdas a Miranda? —Stef asintió contra su hombro—. Bien, se hicieron muy buenos amigos y ahora conocerás a otra nueva amiga, Gennie. Te prometo que mañana temprano vuelvo por ti. Si tienes miedo o quieres hablarme, solo le pides a Sarah que me llame y hablas conmigo. ¿Te parece? —Su sobrino volvió a asentir y sorbió por la nariz. Notó que en algún momento Sarah había desaparecido y ahora volvía acompañada de las niñas.

—¿Stef? —lo llamó Miranda. El niño alzó la cabeza de inmediato y alargó sus labios en una sonrisa al ver a su amiga de juegos—. ¿Quieres venir a jugar?

—Hola, soy Gennie —se presentó la pequeña de cabellos castaños, y extendió su palma a Stef—. Tengo muchos juguetes en mi cuarto. Estábamos armando un fuerte, ¿quieres ayudarnos?

Stef conectó su mirada infantil con la suya, y Gabe asintió a la vez que le daba un ligero empujón en la baja espalda.

—Ve, cariño —lo instó—. Diviértete mucho.

Miranda le extendió una palma también, y Stef agarró las manos que le ofrecían con confianza, para luego adentrarse en la casa.

—Sarah...

—Despreocúpate, Gabe. La pasarán bien. Son niños, se inventarán miles de formas de diversión. Además, Stef es un encanto.

Él dejó escapar el aire que no sabía que había estado conteniendo. Se masajeó los músculos agarrotados detrás del cuello. Esto de tener un niño a cargo le restaría años de vida, estaba seguro. Lo invadía una constante preocupación por su bienestar, de la que antes ni sabía que era capaz.

—Gracias, Sarah. Espero tu llamado entonces.

Se despidió de la mujer menuda vestida en aquellos diversos colores que a ella le daban el aspecto de un hada colorinche. A pesar de que era hermana de sangre solo de Alex y de Mark, tan solo del corazón, su personalidad constituía una mezcla de ambos hombres.

Se subió en su Maserati y se dirigió al encuentro de Alex, Mark y, al reciente incorporado, Blake.

Necesitaba un respiro, y el niño precisaba ampliar su círculo de amigos como parecía que hacía su tío en el último tiempo. La verdad era que se sentía aliviado. Tener al pequeño bajo su responsabilidad lo abrumaba y la mayoría de las ocasiones no tenía ni idea sobre cómo proceder. ¿Cómo demonios se las ingeniaba el resto del mundo? Él ya tenía un nudo en el estómago por dejarlo con una mujer que él conocía y era un encanto con los niños. ¿Cómo haría cuando Stef comenzara la escuela? ¿O cuando lo invitaran a otras casas a jugar? ¡Se volvería loco de la preocupación! Además, se sentía un egoísta por dejarlo para poder salir con sus amigos, pero se repetía que esto también era bueno para su sobrino. Debía formar amistades que lo arraigaran a su nueva vida, como le había aconsejado Mark.

Quería llamar a Morrigan y contarle que Stef pasaría la noche en casa de Sarah, pero no era su derecho. Ella no era nada de él y no tenía por qué salir corriendo tras ella para comentarle sus vicisitudes cotidianas. Le había dejado más que claro que el paréntesis entre ellos había finalizado. Además, ¿por qué mierda tenía que correr a compartir todo con ella? Stefano era su responsabilidad, no la incluía a Morrigan en la ecuación. Bueno, al menos no debería.

Por suerte, ya llegaba al sitio de reunión, por lo que su mente se veía distraída con algo más que su maldita decoradora. Esta vez, había propuesto él concurrir a un reconocido bar de blues en Greenwich Village. Un lugar acogedor e iluminado con luces tenues en bordó y azul que enfocaban a los artistas sobre el escenario en el fondo. Pequeñas mesas cuadradas poblaban el espacio del público que se hallaba sumido en una semioscuridad.

En cuanto ingresó, ubicó al instante a su grupo, y vio que era el último en llegar.

Se dejó caer sobre la única silla vacía a la mesa y agarró la Guinness frente a Blake.

—¡Ey! —protestó su antiguo compañero de secundario—. Espera a pedir la tuya.

—Solo un sorbo, viejo —anunció y tomó un buen trago directo de la boca de la botella amarronada—.

Lo necesitaba.

Mark soltó una carcajada.

—¿Problemas al dejar el pequeño? —preguntó el rubio—. Blake, entiende a Gabe aquí, se está estrenando como padre y es la primera noche que deja a su sobrino dormir fuera.

—¡Cállate! —gruñó entre dientes—. Es más complicado de lo que parece.

—Ni que lo digas —comentó Mark, y una expresión de conocimiento destelló en su mirada, tan rápida que cuando Gabe quiso analizarla, ya no se encontraba allí.

—Trata de relajarte y disfrutar, Sarah cuidará de él —aseguró Alex al apretarle un tanto un hombro. Alex tenía algo que hacía que confiaras en sus palabras sin importar lo que dijera, tal vez porque no era de hablar a menudo y, cuando lo hacía, era por algo importante.

—Lo sé. Gracias. —Suspiró y se recostó en el asiento. Se encomendó relajarse y pasar un buen momento con sus amigos. Al fin y al cabo, para ello había venido, ¿cierto?

—En verdad, Gabe. ¿No podías organizar algo mejor? —rezongó Mark como era habitual. Desde que habían comenzado con las salidas en la que cada uno se turnaba para proponer una de su gusto, habían iniciado una tradición: los otros protestaban por la elección realizada. Era una especie de broma entre ellos—. ¿Blues, viejo? ¿En serio?

—Espera a escuchar, Mark. Será un antes y un después.

Mark bufó y dio un largo trago a su botella de cerveza.

Alex meneó la cabeza y sonrió, divertido ante la cara de enfurruñamiento de su hermano, y lo secundó:

—Yo tampoco estoy muy convencido de esto.

—¡Vamos, Alex! Un poco de fe, hombre —pidió Gabe.

—A mí me agrada la salida que planificaste, Gabe —concedió Blake, y esto lo sorprendió hasta que recordó que él no estaba al tanto de que las protestas no eran reales y que solo era un juego que no sabía bien cómo había iniciado—. La verdad, hacía tiempo que no veía una banda. —Gabe conectó la mirada con aquella café. No habían sido amigos en el secundario. En realidad, apenas habían cruzado palabra al haber pertenecido a grupos distintos, sin embargo, por alguna razón se identificaba con el sujeto. Además, lo sentía apagado y como era él antes de encontrarse con Alex y Mark: solitario, ermitaño, muerto en vida.

No habría sido la gran cosa, pero él había conocido al antiguo Blake, al ruidoso, sonriente y carismático Blake. Por el que cada chica del colegio se peleaba por colgarse de sus brazos y al que no le faltaban amigos; todo cambió cuando un idiota se había dormido al conducir y había atropellado el automóvil en el que circulaban sus padres. Ambos murieron en el acto y él, al ser el mayor, tuvo que hacerse cargo del negocio familiar para mantener a sus hermanos. No sabía muy bien sus edades, pero recordaba que la menor tendría cerca de los cinco o seis años en aquel entonces.

—¿Estás bien? —le preguntó por lo bajo su antiguo compañero de clase—. No me quitas los ojos de encima. Te recuerdo que tú me invitaste.

Gabe lo atrajo a su rostro con una mano por detrás de su cuello.

—Lamento que no hayamos sido amigos, Blake. —El hombre abrió los ojos con sorpresa y recelo—.

Quiero que sepas que cuentas conmigo.

—¿Gracias? —De pronto, el sujeto sonrió y fue como si los años no hubieran pasado y el antiguo Blake hiciera acto de presencia, pero tan solo duró un parpadeo—. Gabe, ¿tan mala tolerancia tienes que con un solo sorbo ya estás borracho?

—A ver —dijo Mark—, tenemos al especialista en artes plásticas —señaló a Alex con la barbilla—, al de la música —fue el turno de Gabe—, y su servidor, especializado en fotografía y películas. ¿Tú? —Hizo un ademán hacia Blake.

—Si dices que te encanta la literatura y nos llevas a uno de esos encuentros de poesía, voy a morir —soltó Alex con un gemido lastimero.

Blake lanzó una risotada, y todos quedaron atónitos ante el cambio surgido en el hombre. Era la primera vez que abandonaba aquella expresión neutra, y sus facciones habían cambiado como el día en la noche, adquiriendo una faceta jovial.

—Lamento desilusionarlos, pero yo no aportaré ningún grano para aumentar la culturalización del grupo. —Se encogió de hombros con una traviesa sonrisa en el rostro que a Gabe le recordó de nuevo a ese antiguo Blake del secundario—. Lo siento.

—Bien, establezcamos las próximas salidas —propuso Mark—. Creo que me toca, así que iremos a ver la exposición de las fotografías de Inving Penn en The Met. —Mark debió notar los rostros desorientados de Blake y él porque agregó—: Ya saben, el museo metropolitano de arte. ¡Por favor, viejos! —bufó y sacudió la cabeza de un lado al otro.

—Ay, hombre, ¿por qué no vas con Key? —se quejó Gabe con un quejido estrangulado.

—Key y yo iremos a ver el ciclo de cine noruego. Puedo pedirle que cambiemos y tú me acompañas al ciclo, ¿qué te parece?

—Paso —alegó y dio otro sorbo a la cerveza de Blake, ganándose otra mirada airada del tipo.

—Y luego está la muestra de las obras de Paul Hunter —informó Alex—. Dado que después de la de Mark, me toca a mí elegir la salida. —Gabe volvió a gemir y Blake soltó otra risotada con ojos aguados de tanto reír.

—Aunque tú y yo iremos al concierto de Ennio Morricone —intercedió el rubio con seriedad y clavó los ojos en los de Gabe—. En The Barclays Center, en Brooklyn, ¿cierto?

Ahora sí que su amigo proponía un evento que él disfrutaría a conciencia. No pensaba perderse la presentación de Ennio Morricone, el más grande compositor de música para películas. Y lo mejor de todo era que se trataba de una salida que tanto él como Mark gozarían al unir la música con films clásicos.

Durante la velada, Gabe notó que sus amigos se cuidaron de no mencionar el fallecimiento de su hermano, y se los agradecía. Habían comprendido que necesitaba este contacto con ellos y la liberación de deleitarse con una de esas locas reuniones que planificaban.

Al salir del bar, Blake lo acompañó hasta donde tenía estacionado su vehículo.

—Ellos no lo saben, ¿cierto? —preguntó el hombre de cabellos castaños y ojos café. Blake mantenía la mirada en el suelo y sus manos en los bolsillos de su pantalón.

—¿Qué cosa? —preguntó Gabe mientras accionaba el control para destrabar las puertas de su Maserati.

—Tu pasado, la banda que liderabas —Blake alzó los ojos a los suyos—, tu hermano...

Gabe sacudió la cabeza de un lado al otro y desvió la vista de aquella café tan intensa.

—No era necesario —aclaró—. Comenzamos de aquí en más. Yo tampoco sé mucho del pasado de ellos.

Blake permaneció en silencio, y Gabe pasó su peso de un pie al otro a la espera de que su viejo compañero agregara algo más.

—Quizás deberías abrirte —repuso Blake al cabo de un rato—. Ellos son tus amigos y se preocupan por ti.

—¿Tú lo haces? —lo increpó, sin saber por qué, enfadado con él—. ¿Abrirte? Eso creí.

Sin despedirse, se metió en su vehículo y partió sin mirar al hombre que quedaba parado en la acera con la vista fija en la cola de su Maserati.

## Capítulo 26

Caminaba por el corredor de su destruido piso de oficinas en la chocolatería. Suspiró al pensar cuándo finalizaría la maldita remodelación. Se acercó a la apertura de una de los despachos y se detuvo cuando escuchó que Morrigan hablaba desde dentro.

—No sé qué haré. Tengo todo este remolino de sentimientos hacía él. —Gabe se asomó y vio que ella conversaba por el móvil—. Sí, sí, lo sé. Pero no se puede gobernar en el corazón, tú más que nadie debería entenderme. —Morrigan se movía con evidente nerviosismo por el lugar, de espaldas a él. Hacía pausas en las que su interlocutor seguramente le respondía—. No, no, él ya ha encontrado a la persona con la que compartir su vida. —Gabe no pudo menos que maldecir a Brian Sanders, y unos celos irrefrenables lo asaltaron, unos con los que nunca había estado familiarizado y que parecían carcomerlo por dentro—. Estoy condenada a estar sola. —La tristeza en su voz era tan palpable que Gabe quiso correr hacia ella y estrecharla contra él para que ya nadie pudiera hacerle daño—. Sé que los tengo a ustedes.

Ese idiota de Brian Sanders había jugado con ella. La había hecho creerse una ilusión de un futuro juntos para luego dejarla a la deriva por Nicholas Bale. Gabe había sido testigo de cómo Mor y Brian concurrían juntos a las salidas que organizaban los miembros de S&P, a las que tanto él como ellos eran invitados. Muchas veces había contemplado como Mor miraba a Brian con sus ojos gatunos, acaramelados por el abogado, y cómo ella se colgaba de Brian con una sensualidad que tantas veces, tenía que confesar, había ansiado para sí.

La tensión creció en su cuerpo y se percató de que rechinaba los dientes ante el enfado que le provocaba pensar en el abogado. Gabe sacudió la cabeza y se marchó del sitio desde donde la espía. Porque eso hacía, espiarla como un vil cretino. Ella no merecía el trato que Brian le había dado, y comenzaba a sospechar que tampoco el que él mismo le había prodigado con tanta cizaña desde aquel maldito día en que la conoció.

Sin embargo, al recordar al abogado junto a Morrigan y sus manos sobre ella, una furia incomprensible surgió en su interior. Era como si su sangre hirviera en búsqueda de destripar al tipo por el solo hecho de tocarla. Tenía que deshacerse de esos intranquilos sentimientos tanto por la mujer como por quien había sido su amante y al que aparentemente ella aún amaba a pesar de que se hubiera declarado gay.

Mor no había visto a Gabe desde el dichoso interludio del cheque, el que ella había cobrado y con el que había saldado la deuda que había adquirido en Aires de Esperanza. Ya podía respirar tranquila al saber que su madre no sería desalojada de su residencia.

A pesar de que no le agradara, tenía que confesar que se había equivocado con respecto a Gabe.

Después de la discusión, había corrido a esconderse y a dar rienda suelta a las lágrimas que habían empañado sus ojos, pero que había conseguido mantener a raya hasta ya no hallarse en la presencia del

famoso chocolatero. En aquel momento, Morigan se había sentido como un trozo de mercancía que él ansiaba comprar, sin embargo, Gabe no había vuelto a insinuársele, más bien, la evitaba. Sabía que le debía una disculpa, pero era tan difícil dejar de lado su ego y decir esas dos simples palabras: lo siento. Parecía que la garganta se le llenaba de arena al querer pronunciarlas, pero tenía que hacerlo. Él había tratado de revertir la situación entre ellos y ella lo había mandado al diablo sin permitirle explicarse o tan solo escuchar su versión. ¿Pero acaso él no había hecho lo mismo con ella desde un comienzo? ¿Le había preguntado su versión de lo que se decía sobre ella? Jamás. Él simplemente creyó los cuentos que llegaron a sus oídos sin ni siquiera cuestionarlos.

Se acercó al cuarto de limpieza al tiempo que le daba un mordisco a la barra de chocolate amargo. A pesar de sus diferencias, él siempre mantenía su palabra de que habría chocolates esperándola cuando llegara, como también un delicioso sándwich para el almuerzo.

A través de la puerta entornada, escuchó de nuevo ese repiqueteo rítmico. Gabe tocaba una melodía, no importaba cuanto él lo negara, así era. Sospechaba que él tocaba alguna clase de instrumento, pero lo ocultaba y no entendía cuál podría ser la razón para aquello. Había notado que le fascinaba la música a través de retazos de conversaciones entre él, Mark y Alex, y que tenía oído para ella.

Apartó un tanto la placa de madera y se apoyó en el quicio. Se embebió con la imagen de aquel hombre arrogante y prepotente. Se hallaba sentado en el suelo, con su portátil encima de los muslos, mientras repiqueteaba con el bolígrafo contra el vértice de la pantalla. Tenía unos mechones negros caídos sobre la frente y fruncía el ceño con cierta preocupación.

¿Habría leído la carta que le había dejado su hermano? ¿Habría descubierto por qué tantos años de ausencia y silencio? Gabe le había contado que le había enviado los libros que había escrito sobre sus viajes. Estaba tentada a pedirle que le prestara alguno para poder conocer un poco más una parte de su vida, al hermano que había perdido y del que él no se permitía hacer un duelo.

—¿Leíste la carta? —No pudo contener la pregunta que escapó por sus labios. Gabe alzó el rostro con evidente sorpresa hacia ella, como si no terminara de creerse que se encontrara allí. Luego volvió a armar aquella expresión que lo escudaba y lo tornaba inalcanzable.

—No.

—¿Vas a hacerlo? —cuestionó al adentrarse en el cuarto.

—No es de tu incumbencia.

Muy cierto, pero eso no significaba que doliera como un maldito disparo al corazón. Estaba enfadado con ella y tenía razón. Mor había arruinado la endeble tregua que parecía haberse dado entre ellos. Sin mediar pensamiento alguno, se acercó a él y se arrodilló a su lado. Gabe la contemplaba como si fuera un ser de Marte con tez verde, antenas en la cabeza y todo lo demás.

—Lo sé —murmuró, apenada de lo que se había perdido entre ellos—. Te traje esto. —Mor extendió unas impresiones y esperó a que él las tomara, sin embargo, Gabe posó sobre las hojas impresas sus ojos de tempano de hielo sin intención de agarrarlas.

—¿Para qué? —Mor sabía que se tenía merecido su recelo, pero eso no hacía que doliera menos.

—Son algunos colegios en la zona de la casa de tus padres. —Tragó saliva y se arriesgó a conectar sus ojos con los grises—. Hablaste de que quizás Stef necesitara una casa, supongo que tienes pensado



armar tu familia allí, y tendrás que buscar una escuela apropiada para él.

El mantenía un silencio sepulcral que la sacaba de quicio, quería zamarrearlo y gritarle que lo sentía. Pero su maldito orgullo no se lo permitía y menos con la actitud altiva y de injuriado que él mantenía ante ella. Sabía que era una idiota y que debía decir esas dos pequeñas, pero al mismo tiempo, grandes palabras: lo siento. Ya las había pronunciado tantas veces en su mente que debían salir con facilidad por sus labios, salvo que no era así.

—Yo... —Sacudió la cabeza e hizo una tentativa de incorporarse cuando una rápida mano la aferró por la muñeca. Una corriente eléctrica la recorrió de inmediato, su corazón se desató y el aire se le atoró en la garganta. Contuvo que su cuerpo se propulsara hacia él en un impulso inconsciente.

—Tú, ¿qué? —preguntó con un tono mordaz.

Mor meditó sobre qué decirle: ¿Confesarle que se sentía horrible por cómo lo había tratado? ¿Que tenía razón, que ella lo había tratado del mismo modo de lo que lo culpaba a él? No.

—Me hablaste de un nuevo proyecto —consiguió decir al final—. Se trata de rediseñar la casa de tu infancia, ¿cierto?

Él mantuvo la mirada fija en ella sin soltar palabra, con sus dedos rodeándole la muñeca como si quisiera impedir su escape, o quizás él se sintiera igual de inseguro que ella sobre de qué hablar.

—Sí —afirmó—. Me gustaría que la evaluaras. Quiero convertirla en un sitio totalmente distinto.

—Bien. —Agradeció que le ofreciera un tema donde se sentía como pez en el agua—. Podremos mantener la estructura y cambiar todo el interior.

La soltó tan de golpe que se balanceó hacia atrás al aún estar de cuclillas.

—Mañana entonces. —Gabe retornó su atención a la pantalla de su portátil y pronto comenzó a tipear en el teclado como si no existiera.

Un enfado sin igual creció dentro de ella. Volvía a ser el Gabriel McDougall que ella conocía. Parecía que todo lo ocurrido entre ellos se hubiera esfumado, como si no hubiera pasado jamás. El antagonismo regresaba a habitar entre los dos, y ella podía lidiar con este. Volvían a transitar por un terreno conocido.

En cuanto Morrigan dejó la pequeña estancia, Gabe pudo respirar nuevamente y dejó de aparentar que trabajaba. Su perfume floral y dulzón le había inundado los sentidos; el ansia de tomarla en sus brazos y hacerle olvidar la maldita resolución de mantener su relación dentro de lo laboral había sido tan acuciante que lo había mareado. Anhelaba volver a resurgir aquel paréntesis en el que la había disfrutado y ella se había soltado sin limitaciones ni resguardos. Había podido conocer a la verdadera Morrigan, no la que batallaba contra él a la menor oportunidad o la que parecía odiarlo con todo su ser.

La extrañaba, era así de sencillo. Y no creía que pudiera hacer nada por demostrarle que él no era como ella creía. ¿Pero por qué le creería? Él jamás le había creído a ella. Nunca había confiado en su palabra ni en sus acciones. Solo confiaba en su labor como decoradora de interiores al ser testigo de sus trabajos, no solo en S&P, sino en varias otras empresas que conocía.

No comprendía el sentimiento intenso que ella le generaba en su interior y ya le encantaría deshacerse de este, volver a la maldita normalidad en la que podía pensar y concentrarse en lo que era importante.

Pero no era posible. Ahora tenía un niño a su cargo y una decoradora que lo traía loco. Su homeostasis había cambiado de tal forma que solo restaba reconstruirse. Solo que Gabe ya no sabía cómo hacerlo.

Vio las hojas que ella le había dejado a su lado. Significaban que a Mor le importaba, quizás no él, pero sí el futuro de Stefano. Se aprovecharía de esa preocupación por el niño para mantenerla cerca. ¿Y hacer qué? ¿Acostarse con ella de nuevo? ¿Acaso él deseaba algo más? Claro que no. Él no creía en nada más que en la satisfacción inmediata. ¿Pero qué significaba que solo ella pudiera complacerlo?

Miró la hora en el extremo superior derecho de la pantalla de su portátil. En menos de una hora debería retirar a Stef de la casa de Sarah. No debía abusar de la hospitalidad de la hermana de sus amigos, pero quería pasar el día siguiente solo con Morrigan cuando fueran a la casa de sus padres. ¿Una locura? Debía reconocer que, debido a su falta de dominio al estar cerca de ella, convendría tener al niño en medio. Lo meditó por unos dos segundos como máximo y sacudió la cabeza. Definitivamente, Stef no iría. La quería solo para él.

## Capítulo 27

En cuanto Gabe estacionó el automóvil, Mor quedó impactada. La casa de la infancia de Gabe se ubicaba sobre un ligero levantamiento, como en una pequeña colina, un camino de piedra lisa unía la acera con la construcción de dos plantas de estilo colonial realizada en ladrillo sólido. A un lado del camino y cerca de la entrada, había dos árboles altos y del otro, unos arbustos frondosos, otorgando un hermoso paisaje verde que podía verse desde adentro a través de las grandes ventanas que poseía al frente, por las que entraría gran cantidad de luz.

Morrigan no podía encubrir su expresión de asombro, era una propiedad hermosa. No podía creer que Gabe tuviera semejante lugar y viviera en un pequeño apartamento; aunque igual de precioso y mucho más amplio que el de ella, no dejaba de ser un diez por ciento de lo que era la impresionante casa que tenía delante.

—¿Vamos? —preguntó Gabe después de rodear el Maserati y reunirse con ella en la acera. Mor solo asintió sin poder desconectar la mirada de aquella mansión en pequeña escala que tenía a tan solo unos metros de distancia.

Gabe comenzó a transitar por el camino de piedra a grandes zancadas, por lo que Mor tuvo que apresurarse para igualar su ritmo. Estaba tan atractivo con una simple camiseta azul marino y unos *jeans* claros que casi pierde el paso. Ella había notado cómo se había cerrado a medida que se acercaban a Scarsdale. No era como si hubieran hablado mucho durante el viaje en coche a decir verdad, pero con cada kilómetro ganado, él se tornaba más gruñón, si es que eso fuera posible, y solo emitía monosílabos por respuestas.

Se detuvieron frente a la puerta de madera pintada en blanco, Mor con entusiasmo y él con reticencia, o al menos eso fue lo que le pareció a ella. Esperó a que Gabe les permitiera ingresar, pero tan solo se quedó con la mirada fija en la placa de madera que los separaba del interior.

Mor le posó una mano en el antebrazo y le dio un suave apretón.

—¿Estás bien? —Sentía la tensión proveniente de él debajo de sus dedos, pero no lograba quitarlos de la cálida piel masculina. A pesar de su resolución de mantenerse alejada, ese odioso hombre era un imán que la atraía como a un metal. ¿Realmente era odioso? Lo observó con su mirada fija en la puerta, con una vulnerabilidad que jamás dejaba salir a la luz y con una determinación de aparentar ser una persona insensible, y decidió que no. No lo era. O tan solo a veces, pero también podía ser tierno y considerado cuando se lo proponía.

Gabe se aclaró la garganta antes de contestar.

—Hace mucho que no vengo aquí —aclaró como si ella precisara alguna clase de explicación de por qué no ingresaban.

—Podemos volver en otro momento.

—No. —Enfocó la mirada de tempano de hielo en ella, y Mor se derritió como un cubito al sol—. Tengo que hacerlo de una buena vez. —Sin decir más, metió una llave en la cerradura y la giró.

En cuanto la puerta se abrió, Mor dejó escapar un jadeo. Por dentro era aún más hermosa que por fuera, si se dejaba de lado el horrible empapelado de rosas en lila sobre un fondo ocre y, claro, los muebles anticuadísimos. Tal vez si les cambiara el tapizado, los decapara y pintara, podría hacer uso de ellos.

La estructura de la casa era impresionante, las líneas claras y la luminosidad que entraba a raudales por las amplias ventanas no tenían precio. Pasó junto a Gabe y entró sin que él la invitara. Dio un giro en redondo en el vestíbulo por donde se abría paso a amplias estancias: un enorme salón de estar, también con un horripilante empapelado de unas amapolas coral sobre un fondo celeste, un estudio y una cocina espaciosa que daba a un interminable jardín trasero a través de una puertaventana francesa. Una escalera en madera torneada conducía a la segunda planta desde el vestíbulo y Mor se moría por correr hacia arriba a descubrir más cuartos.

Recorrió cada estancia en la planta baja hasta que dio con el picaporte de una puerta del que tiró, pero sin lograr que esta se abriera; aparentemente, estaba cerrada con llave.

—¿Gabe? —Él caminaba como ido por cada lugar, unos pasos por detrás de ella. Tenía las manos metidas en los bolsillos del pantalón y permanecía con la mirada perdida, ensimismado en sus pensamientos—. ¿A dónde da esta puerta? —Él enfocó la mirada en la suya y parpadeó un par de veces como si no llegara a comprenderle—. ¿Tienes la llave?

—No. —La contestación fue tan rotunda y severa que Mor se sobresaltó. ¿Qué demonios se escondía detrás de aquella placa para que él se enfadara tanto de súbito?

Mor se tragó la contestación que tenía en la punta de la lengua y trató de calmar la curiosidad sobre lo que se hallaba allí dentro. Esperaba que no se tratara de un cuarto oscuro repleto de látigos y cosas típicas de BDSM, aunque su cerebro conjuró miles de situaciones en las que ella o él se hallaban atados y el otro disfrutaba de torturarlo hasta que el clímax los reclamara. ¡Maldición! Debía calmarse. Nunca le habían atraído esa clase de prácticas, pero parecía que mientras estuviera involucrado Gabe, todo la fascinaba. Trató de concentrarse en las remodelaciones con las que su fluida imaginación poblaba su mente, y no otras más lujuriosas.

—¿Tienes alguna idea de las modificaciones que quisieras hacer? —preguntó mientras se abanicaba el rostro con una mano.

—Completa —informó en una sola palabra como si con ello bastara. Tal vez fuera así, pero ella necesitaba más de él para esto. Estaban hablando de su hogar, o el que pasaría a serlo, maldición. Y él parecía querer huir a toda costa del lugar.

—Entiendo, ¿pero hay algo en particular que te gustaría?

—Confío en ti. Haz según tu criterio.

Morrigan frunció el ceño. Comprendía que no opinara sobre las modificaciones de la empresa, dado que ella analizaba los clientes a los que iba dirigido su producto y la imagen que debía dar. A eso se dedicaba. Sin embargo, ¿no dar una sugerencia sobre lo que se convertiría en su hogar? Era extraño por decir algo.

Sacó el iPad de su bolso y comenzó a diagramar un par de diseños rápidos. La decoradora de interiores en modo *on* de inmediato tomó dominio de ella. Se encerró en su propio mundo de imágenes

infinitas e hizo rápidas anotaciones de lo que se le ocurría a medida que avanzaba en el recorrido.

—Bien, la estructura de la casa es impecable —informó, sin embargo, a Gabe parecía traerlo sin cuidado—. Solo habría que quitar ese empapelado horripilante de flores salido del hotel Bates y trabajar las paredes para pintarlas en tonos suaves y claros. Eso potenciará la gran invasión de luz que tienes. — Se dirigió hacia la cocina, sabiendo que él la seguía unos pasos por detrás—. Esta es la única pared que tiene que irse. —Se refería a la que separaba la cocina del salón comedor—. Quedaría una estancia de concepto abierto, es moderno y más cómodo. Mantendremos los pisos de madera, pero habría que pulirlos para sacar el tinte oscuro y dejarlos al natural, luego se les haría un tratamiento de plastificado. Quedarán impresionantes. —Rio y pegó un pequeño saltito, entusiasmada como siempre que comenzaba un nuevo trabajo—. Las encimeras, fuera. Están en buen estado, pero son anticuadas, al igual que los artefactos. Compraremos todo de alta gama, lo último en el mercado. Ya verás, quedará genial.

—De acuerdo. Mientras se convierta en otra casa, no tengo inconvenientes en que tires paredes o hagas explotar una bomba.

Ese último comentario la detuvo en seco y le borró la sonrisa del rostro. Se acercó a él y, sin pensarlo, le puso una palma en la mejilla.

—Oh, Gabe. Cuánto daño que te han hecho aquí, ¿cierto? —Vio cómo su nuez de Adán se movía al tragar, y ella solo quiso pasarle la lengua por aquel lugar, deslizarla por todo su cuello y saborear aquel gusto tan masculino de su piel. Luego, Gabe tensionó las mandíbulas y una mirada de arrogancia se instaló en sus ojos. El viejo Gabe retornaba al rescate del vulnerable, aquel maldito insoportable que ella bien conocía—. ¡No hagas eso! —Le dio un golpe en el brazo—. No te ataco, solo me preocupo.

—Pues no lo hagas —masculló él—. Solo límitate a hacer tu labor.

—No puedes decir nada sobre mi trabajo, es impecable y lo sabes.

Mor alzó la barbilla con altivez.

—Aún no finalizas en la chocolatería como para que pueda cerciorarme de ello —respondió él con soberbia.

—Oh, vamos. —Desmereció su comentario con un ademán de su mano—. Conoces mi marca, está por toda la agencia S&P y sé que has visto otros lugares que he diseñado yo. Así que trágate tu veneno, Gabe —le dijo ya harta de la actitud malhumorada repentina. No toleraría sus cambios bruscos de temperamento—. Hoy vamos a establecer las modificaciones que haremos en este lugar para convertirlo en tu hogar y el de Stef.

—Espera. —Gabe la agarró del brazo y la detuvo antes de que continuara con su revisión—. Lo siento —dijo con un tono amable—. Realmente hace años que no piso este lugar y...

Todo su enojo se evaporó ante la expresión en la mirada masculina, una que no podía identificar, pero que distaba mucho de ser la del arrogante Gabe.

—Hay muchos fantasmas, lo comprendo.

—Más de los que imaginas, Mor. Necesito transformar la esencia de esta casa o pensaré en venderla.

—¡Ni se te ocurra! —Ella se plantó frente a él con las manos en las caderas y una mirada asesina—. Esta es una casa espectacular. —Ella enlazó una mano con la otra, estiró los brazos por delante y una

expresión traviesa cruzó su rostro—. Déjame obrar mi magia. En unos cuantos días de trabajo ya no la reconocerás y amarás todo lo que haga aquí. Lo prometo. Ahora, enseñame el jardín.

En cuanto pusieron un pie por las puertaventanas de la cocina, Mor quedó con la boca abierta. Salieron a un hermoso porche desde donde se extendía un parque verde. La propiedad estaba delimitada por arbustos frondosos y árboles altos, que creaban una ilusión de estar en medio de la naturaleza y no de un lugar urbano. A un costado se ubicaba una piscina de concreto que era un sueño, larga y de color verde claro.

—Tiene agua —señaló y se arrodilló para tocar el líquido con la punta de los dedos.

—Te comenté que se mantiene la limpieza de la casa, los jardines y la piscina.

—Es fantástica, Gabe —comentó al mirar por encima de su hombro a su cliente—. Podré hacer tanto.

—No lo sé.

Ante la duda que él mostraba, ella se alzó en un santiamén.

—Quedará hermosa, lo prometo —le aseguró con una cálida y amplia sonrisa—. No la reconocerás, ya lo verás.

—Hablemos del adelanto.

—¿Qué? No, ya está pago, ¿recuerdas?

—Mor, vamos, no discutas conmigo —pidió él y la asió de la mano—. Sé que necesitas el dinero. Aunque ya hayas saldado la deuda, deberás abonar el próximo mes y esa residencia no debe ser económica.

El buen humor de Morrigan se esfumó como de un plumazo.

—No puedo creerlo. Solo piensas en comprarme. ¡Otra vez!

—Quiero que hagas el trabajo y también ayudarte. —Gabe hizo una pausa sin desconectar la mirada con aquella gatuna—. Es tu madre, ¿cierto?

Morrigan no podía soportar la compasión con la que él la veía. Se desembarazó de su mano y corrió hacia adentro. Los ojos se le llenaron de lágrimas y continuó avanzando hasta que alguien la tomó de los hombros y la sostuvo contra su cuerpo. Gabe la volteó en un rápido movimiento y la envolvió en sus brazos.

—Shhh. Tranquila, Morrigan. —Le frotaba la espalda con tanta ternura que Mor no pudo evitar que un sollozo escapara de sus labios—. No quiero discutir contigo. ¿Tan difícil es creer que te quiera ayudar? No soy un monstruo.

Ante ese comentario, Mor alzó el rostro. Sacudió la cabeza de un lado al otro con énfasis.

—Yo no he dicho que lo seas.

—Entonces, deja que te ayude, vida. —Gabe le pasó la palma por el cabello rojizo y rizado—. Sé que estás con el agua hasta la garganta. —Mor dejó caer la frente contra el pecho masculino y de inmediato la mano de Gabe se posó sobre los músculos agarrotados detrás de su cuello, los masajeó con pericia. El calor que él desprendía parecía acunarla y protegerla de todo mal, y ella no hacía más que querer quedarse en ese reguardo. Sería tan fácil enamorarse de ese Gabe—. ¿Quieres contarme qué sucede?

Ella negó con la cabeza sin separarla de él. De pronto elevó el rostro y conectó con aquella mirada de

témpano.

—Acepto tu ayuda, pero a cambio de trabajo —aclaró con testarudez.

—Bien. —Gabe sonrió y pareció que toda la estancia se iluminaba.

—Deberás pagar a mi equipo.

—Hecho —acordó él, y le pasó el pulgar por el labio inferior en una cálida caricia. Mor alargó los labios hasta formar una sonrisa.

—Tenemos un trato.

## Capítulo 28

Mor aspiró con fuerza y se dio valor como siempre que visitaba a su madre. Saludó a la enfermera en el box de enfermería, Carol, la que siempre le dedicaba una sonrisa apenada. Le preguntó, como era habitual, qué tal estaba su madre ese día y la mujer le confirmó que habían empeorado sus síntomas en los últimos días. Suspiró y prosiguió su camino hacia el cuarto de su madre. La demencia arrasaba con lo último que quedaba de aquella gran mujer que había venerado desde que la había denominado hija y le había dado un hogar y una familia.

La halló de nuevo sentada en el borde de la cama, con la mirada fija en la ventana que daba al jardín de la residencia. Era una vista preciosa y colmada de verde, pero su madre parecía no ver nada en realidad. Era como si alguien se hubiera robado su alma y tan solo quedara el cascarón vacío de su físico.

Mor se sentó en un sillón, en diagonal a ella, y le tomó las frías, venosas y huesudas manos en las suyas. Le frotó un tanto los dedos y logró captar su atención, al menos aquellos ojos sin vida la miraron por unos segundos para luego volver a enfocarse en la ventana detrás de ella.

Odiaba esa postura catatónica que había adquirido. Al comienzo de su deterioro, su madre había comenzado a olvidar pequeños detalles, luego fueron cada vez más importantes, hasta que recuerdos enteros se desvanecían de su memoria, aunque los antiguos parecían haber quedado impresos en su mente. Ella le relataba miles de veces los mismos episodios, y Mor se había molestado en más de una ocasión. Lo que daría ahora por que le contara lo que fuera, algo, cualquier cosa. Pero su madre muy rara vez hablaba en la actualidad.

Con el tiempo también había perdido la secuencia de realizar ciertas acciones, como calentar agua para cocinar o el uso de ciertos objetos tan simples como un peine, ya no tenía iniciativa para desempeñar la más simple actividad, teniendo que darle el paso a paso de algo tan cotidiano como ponerse un par de medias o atarse los cordones de los zapatos. Hasta que llegó un momento en que alguien debía estar con ella minuto a minuto para que no cometiera algún acto riesgoso contra su integridad física. Se percató de la necesidad de un acompañamiento continuo en un día en que su madre casi incendia la casa al haber dejado el gas de la cocina abierto. Claro que hubo otros hechos también, lo que finalmente la llevó a tomar la decisión de buscar un centro especializado en su cuidado. Y esa era la residencia donde ella se hallaba ahora. Aires de Esperanza era el mejor centro de tratamiento de pacientes con deterioro cognitivo avanzado de Nueva York y su madre solo merecía lo mejor de lo mejor. Costara lo que costase.

En cuanto salió del ascensor en el piso de las oficinas comerciales y dirección de la chocolatería, Carlos la detuvo para comentarle sobre algunos inconvenientes en las reformas que deseaban hacer. Habían encontrado que el cableado eléctrico no seguía las nuevas reglamentaciones, así que debía ser cambiado en su totalidad. Eso significaba un gasto extra considerable y Mor ya quería dejar de pedirle dinero a Gabe, aunque este costo fuera justificado.



Empujó la puerta del cuarto de limpieza y sus labios conformaron una sonrisa ante la imagen que se le presentó delante. Stef y Gabe, ambos sentados en el suelo, jugaban a algún juego en línea en el portátil de Gabe, ubicado sobre sus piernas.

Gabe alzó la vista y se encontró con la expresión desolada de Morrigan, aunque pretendía disimularla con una sonrisa, allí se encontraba.

—¿Qué ocurre? —soltó sin ninguna sutileza.

—Nada —respondió ella al tiempo que sacudía la cabeza de un lado al otro. Ah, pero Gabe podía entrever la tristeza en ella sin importar con qué máscara tratara de ocultarla.

—¿De dónde vienes?

—Tengo que comentarte ciertas dificultades con las conexiones eléctricas. —Gabe clavó los ojos en ella y le permitió escapar del tema. Por ahora.

—Bien, agarra tus cosas que saldremos —le informó mientras dejaba el portátil en el suelo y se elevaba sobre sus pies—. Vamos, Stef.

—¿A dónde vamos? —demandó el niño al alzarse junto a su tío.

—Mmm, te gustan los animales marinos, ¿cierto? —le preguntó a su sobrino, posándole una mano sobre el hombro. Una idea se armaba en su mente para sacar a su decoradora de ese estado deprimente.

—Sí.

—Entonces será una sorpresa. —Enlazó un brazo con el de Mor y tiró de ella hacia la puerta.

—Pero, Gabe, yo tengo trabajo aquí —protestó Morrigan—. Tenemos que hablar de la cuestión de la electricidad.

—Lo haremos. —Se detuvo y fijó la mirada en la felina—. Necesitas un respiro. Vamos, Mor. —La tomó de la barbilla y le elevó un tanto el rostro—. Solo un día, mañana puedes volver con mayor tenacidad a las reformas. Además, ya falta poco por lo que veo.

—Sí, quizás unas semanas. Máximo un mes —concedió ella, y Gabe supo que tenía la partida ganada.

Enlazó los dedos con los de la mano de Morrigan y con su otra mano tomó la de Stef. Así salieron hacia el ascensor para abandonar Chocolaterías McDougall.

No sabía la causa, pero ansiaba que ella sonriera con ganas, no que le brindara esa sonrisa comedida que solo se disponía a enmascarar lo triste que se hallaba. Además, quería pasar tiempo de calidad con su sobrino y no tenerlo encerrado en las cuatro paredes de su fábrica jugando con el iPad o su portátil.

Caminaron hasta la calle 44 con Broadway. Gabe no confesaba dónde los conducía, simplemente tenía una mano detrás de la nuca de Stef y otra detrás de la baja espalda de Mor, quemándola como si su palma fuera hecha de brasas ardientes. De pronto, se toparon con un inmenso cartel en diversos tonos de azul que rezaban las palabras «National geographic: Encuentro: Odisea oceánica».

Se trataba de un viaje submarino desde el archipiélago de las islas Salomón a través del océano Pacífico, hasta la costa de California, en el que contemplaron los arrecifes de coral, el nado de los delfines y las mantarrayas. A través del *tour*, también observaron el viaje de ballenas, calamares, tiburones blancos y leones marinos. Se hallaban inmersos en un mundo tan encantador y hermoso, parecía como encontrarse debajo de un parque acuático con monstruos marinos reales al alcance de la mano,

salvo que se trataba de una proyección documental realizada con la última tecnología digital. Lo que era grandioso, porque de esa forma los animales no eran extirpados de su hábitat natural.

Stef no lograba cerrar los ojos ni su boca, estiraba el brazo y dejaba escapar un jadeo de pura sorpresa ante cada animal que aparecía frente a él que Mor apenas conseguía contener las carcajadas. Se complacía tanto de verlo tan feliz con la excursión, además de observar la forma en que buscaba la atención de su tío al estrujarle el brazo a cada rato. Le caldeaba el alma el saber que la relación entre ellos había mejorado de forma tan notoria, aunque la ponía un poquito triste el que pronto ya no la necesitarían para que mediara entre ellos y prescindieran de ella.

Salieron del *tour* y Mor pensó que ya habían finalizado la aventura por ese día. Nada más alejado de la realidad, Gabe los tomó de las manos, uno de cada lado, y tiró de ellos a través de la calle 44 hasta llegar al muelle 83 sobre el río Hudson.

Una lancha enorme de color verde brillante y con una dentadura tipo tiburón pintada en su lateral llamó la atención de Mor y más aún cuando observó que se acercaban a esta.

—¿A dónde vamos, Gabe? —preguntó con cierto resquemor impregnado en su voz.

Él le pasó el brazo por encima de los hombros y la atrajo a su costado con una familiaridad que la desarmó. Cuando le sonrió de costado con aquella picardía inundando sus témpanos de hielo, el corazón de Mor se saltó un latido para luego ponerse a tamborilear con locura.

—A dar un pequeño paseo, vida. No temas.

—¡Gabe...!

—¿Vamos a subirnos, tío? —exclamó Stef con entusiasmo, a lo que Gabe asintió—. ¡Sí! —Corrió hasta la barandilla del muelle y se inclinó hacia adelante para contemplar a la horrorosa bestia verde.

—No me dirás que tienes miedo, ¿cierto? —la atizó Gabe con una sonrisa socarrona en su rostro, una que ella quería volarle de un bofetada, pero que la hizo esbozar otra sonrisa en respuesta.

—Claro que no. —Mor se desprendió de su abrazo y se apresuró a reunirse con Stef en la barandilla y contemplar a esa horrorosa lancha, bote o lo que fuera.

—¿Mor, no es impresionante? —chilló el muchacho con los ojos abiertos de par en par y una sonrisa de oreja a oreja que ella no creía haberle visto antes. El alma se le caldeó ante la felicidad del niño con algo tan pequeño como un viaje en bote.

No se pudo contener, Mor lo apresó entre sus brazos y le dio un beso en la coronilla de su cabecita oscura.

—Bien, ya tenemos las entradas —anunció Gabe al acercarse a ellos—. ¡Ahora a subirse!

Stef lanzó un chillido y salió corriendo hacia la zona de embarque con la evidente alegría de un niño de siete años.

Gabe le tendió la mano. Mor contempló aquella palma con sus dedos extendidos y por unos segundos dudó antes de posar la suya sobre esta. Tantas emociones encerraba ese simple roce de manos que su corazón galopó con frenesí aún antes de montarse a esa endemoniada lancha que se denominaba «La bestia».

Tomaron asiento sobre el lateral, próximos a la proa, Stef en el primer asiento sobre la baranda, Gabe

en medio y ella junto a él. Arrancó despacio, y ella soltó el aire que ni siquiera se había percatado que contenía. Sin embargo, la tranquilidad duró tan solo dos míseros segundos, dado que, de pronto, dispararon a máxima velocidad, haciendo que pegaran la espalda al asiento. La nave hizo un giro imprevisto y el agua los empapó al completo. Mor soltó un jadeo ante la sorpresa, pero no tuvo ni tiempo a reaccionar que la lancha volvía a girar y a avanzar a máxima potencia.

Sin pensarlo, ella apresó el brazo de Gabe entre los suyos y se pegó a él. Stef no hacía otra cosa que gritar y reír a carcajadas mientras lanzaba los brazos al aire con cada giro y ola de agua que les caía encima. Observó al hombre a su lado que vestía un traje azul oscuro, evidentemente carísimo, mojado en su totalidad. Pero lo que más le llamó la atención fue la sonrisa relajada en un rostro que siempre se mostraba tirante y severo. ¡Qué cambio que se había producido en él! Se lo veía casi con una pizca de cualidad infantil y juguetona que jamás hubiera emparentado con el altivo Gabe McDougall.

—Ey, ¿estás bien? —Mor asintió y luego se escondió contra su hombro cuando otra oleada les cayó encima—. Tranquila, no durará mucho más —le aseguró y le pasó la palma por sus rizos desordenados.

—Estamos empapados —musitó pegada a él.

—Lo sé. Pero es divertido, ¿cierto?

Tenía que concederle que lo era. Las risotadas de Stef llegaban a sus oídos, el niño se volteaba cada tanto hacia ellos con una sonrisa tan amplia como jamás había tenido en su rostro antes. Necesitaba eso, ambos lo hacían, tanto sobrino como tío: un instante en que sus duros presentes quedaran en el olvido y solo disfrutar de un recreo de sus vidas. Y la habían invitado a ella a unírseles a ese momento especial.

—Sí, lo es —concedió Mor y se arrebujó aún más contra él.

Sin proponérselo, había compartido un muy entretenido día como no había esperado hacerlo y mucho menos después de la amargura que la había invadido como siempre que visitaba a su madre.

Luego de acabar el viaje en esa dichosa y endemoniada lancha, y resultar totalmente mojados, caminaron bajo un sol radiante de verano, animados, a un *food truck* de comida india a unas pocas cuadras. Ella ordenó unas samosas a base de vegetales; Gabe y Stef, unos panes planos enrollados y rellenos de chutney, cebollas, cilantro y cordero, además de que cada uno pidió un cuenco con chana masala, el típico plato del norte de India que tiene como ingrediente principal los garbanzos. No había nada mejor después de tanta aventura acuática como una deliciosa comida bien especiada.

Se acomodaron en un banco de madera en un pequeño parque en el barrio de Hell's Kitchen y se dispusieron a dar cuenta de la abundante comida en sus bandejas de polipropileno, en completo silencio. Claro que antes ella se midió y se aplicó su insulina sin incomodarse por hacerlo frente a Gabe y Stef, quienes lo tomaron con total naturalidad.

Cuando unos dedos masculinos le recorrieron la mejilla, abrasándole la piel a cada caricia, no logró controlar el frenesí de sus latidos. Gabe le pasó el cabello por detrás de la oreja y fue como si una corriente eléctrica volviera a la vida cada terminación nerviosa de su cuerpo y, más aún, cuando se acercó y le susurró al oído:

—¿Mejor?

Huy, si él supiera cuánto. Había olvidado totalmente el vacío que la había inundado unas horas antes. Había logrado disfrutar de la jornada con él y su sobrino, un pequeño que se había ganado un gran

espacio en su interior. La respiración se le aceleró y las palabras brillaron por su ausencia. No conseguía emitir ni un solo sonido, por lo que se limitó a asentir su afirmación.

—Entonces fue una misión cumplida. —Apenas lo dijo, Gabe se volteó hacia su sobrino y se enfrascaron en una charla sobre los animales marinos que habían visto en la excursión.

No, no podía dejar que se escabullera aún más dentro de su corazón. ¿Para qué? Sabía lo que él pensaba sobre ella, lo que creía que era y por qué supuestamente se movían sus hilos: el dinero. La creía una especie de trepadora, como una enredadera que sube por una pared y arrastra lo que hubiera a su paso, eso era ella para él. Sin embargo, había descubierto que la deseaba y quería más. Eso debía recordarse, que solo quería otra sesión de buen, maravilloso y espectacular sexo. Pero solo eso: sexo.

De pronto su mano se vio cubierta por una más grande y masculina.

—Vida —¡Ay, como hacía que se dulcificara cuando la llamaba de esa forma tan cariñosa—, quiero organizar una reunión en la casa de Scarsdale. ¿Qué te parece?

—¿Qué clase de reunión? —preguntó al dar un mordisco a una de sus deliciosas samosas.

—Invitar a todos nuestros amigos, hacer unas hamburguesas en la parrilla, usar la piscina. ¿Qué opinas?

—Me parece muy bien para presentarles el lugar —comentó y asintió ante la idea—. Podrían ver cómo está ahora y lo diferente que lo dejaré después.

—Bien, entonces vamos a organizarlo. —Gabe le dio una palmada en el muslo y la miró con intensidad.

—¿Vamos?

—Claro —afirmó como si fuera lo más natural que ella estuviera incluida en la organización, y quedó aún más pasmada con sus siguientes palabras—: Mañana iremos a una entrevista en una de las escuelas de la zona. No quiero que Stef pierda más que lo necesario del año escolar.

Mor quedó con la boca abierta. Quería gritarle que ella no era su empleada, ni tampoco... Observó la mano que volvía a envolver la suya. «Ni su novia», concluyó su mente. Definitivamente no era la novia de este hombre que hacía que su sangre corriera de tal forma, como no había logrado hacer ningún otro ser sobre la faz de la tierra. Qué maldito era el destino para otorgarle tal poder a una persona que tenía una incapacidad para valorarla y más aún, amarla. Sin embargo, a pesar de todo ello, se encontró asintiendo y acordando en ayudarlo. Él tenía cierto dominio sobre ella, o más bien, sobre su corazón, uno al que Mor no lograba hacer frente aún. Pero hallaría las armas y el escudo preciso para asegurar no salir herida al final. Porque un final llegaría tarde o temprano.

## Capítulo 29

—*Ey, viejo. Te aviso que cambiamos el lugar de la salida S&P* —mencionó Mark apenas Gabe atendió la llamada a su móvil.

Como era habitual, una vez a la semana, los miembros de la agencia de publicidad se reunían en el pub Molly's. Asistían también algunos privilegiados, como Gabe y Morrigan, que no eran integrantes de S&P, pero habían pasado a formar parte del círculo de amistad que se había establecido entre todos ellos.

—¿Y eso? —preguntó Gabe mientras respondía a unos cuantos correos electrónicos en su portátil sobre las nuevas promociones de unas tabletas de chocolate lanzadas por la empresa en la última semana.

—*Pues, parece ser que Molly's está de reforma, por lo que iremos a un tal Chesterfield, es un pub con una banda en vivo. Te gustará* —aseguró, pero al oído de Gabe, Mark no sonaba tan seguro y suponía que su amigo lo había notado—. *La verdad es que no lo conozco, Key lo encontró en línea.*

—Está bien. —Desestimó cualquier duda al respecto—. En todo caso, el sitio me tiene sin cuidado. Solo espero que no se venguen de mí con algo que lastime a mis oídos.

—*Sabes que el único con gustos musicales eres tú, así que no me haré cargo de lo que podamos encontrarnos allí. Ey, sigue en pie lo de Morricone, ¿cierto?*

—Como supongo que también lo del recital de Muse. —Hacía unos días se había anunciado el *tour* de la banda y tocarían en el anfiteatro al aire libre de Jones Beach, en Wantagh, a tan solo un poco más de una hora y media en automóvil de Manhattan. Gabe había llamado a Mark de inmediato para instarlo a acompañarlo.

Le llegó el sonido del resoplido de Mark al otro lado del móvil. Gabe esbozó una sonrisa, sabía que a Mark le encantaba quejarse sobre las salidas que organizaban él y Alex, pero que en el fondo le gustaba pasar tiempo con ellos.

—*Claro, es un hecho. Te acompañaré a ver a la dichosa banda, y más vale que Alex también. Otro tema, avisa a Mor del cambio de planes.*

Esa última frase detuvo sus dedos sobre el teclado de su portátil. Mor y él parecían estar en un limbo del que no encontraba la forma de salir. Sabía que gran parte de la responsabilidad era suya, tenía que ver con lo que él pensaba de ella. O había creído sobre ella, ya no estaba tan seguro de lo que le habían contado en el pasado. Tenía en cuenta que se debían una charla, solo que no encontraba la forma de propiciarla.

—¿Por qué no te ocupas tú?

—*Oh, vamos, sé que está todo el día encerrada contigo* —dijo Mark de una manera que Gabe le hubiera gustado darle un puñetazo en la mandíbula por lo que implicaba. Solo que Mark siempre había defendido a Mor y él mismo había sido el que la había insultado a diestra y siniestra—. *Hazme un favor y trae a la mujer hoy.*

—Bien, tan solo porque maneja un coche destartado y no quiero que se me demande por permitirle suicidarse con semejante cacharro.

—Sí, claro. —Se carcajeó su amigo—. *Tan solo por eso, estoy seguro.*

—Mark, nos vemos en la noche. —Lo cortó, tajante—. Envíame un texto con la dirección del bar. — Se despidió antes de que pudiera hacerlo analizar qué era lo que le ocurría realmente con Morrigan. Anhelaba volver a tener uno de aquellos paréntesis con ella, pero no examinar la revolución emocional que le causaba ni cuánto extrañaba a la joven cuando no la tenía cerca.

Chesterfield era un pub con un estilo romántico: luces tenues, mesas con manteles en tonos cremas y colocadas alrededor de un escenario central. El piano a un lado de la tarima captó su atención apenas se acomodó en su asiento, con Mor a un lado y Alex del otro.

—¿Bien? —preguntó Alex al acercársele a su costado una vez que cada uno ya tenía una cerveza en la mano. Sabía por qué preguntaba, todos habían estado preocupados debido al fallecimiento de su hermano. Estaba bien porque aún le parecía irreal, como si Martin siguiera en su viaje por el mundo y pronto recibiera una de sus postales o quizás uno de sus libros. Pero no sería así, ya no nunca más. Alejó su mente de ese pensamiento, no quería sumirse en la angustia. Aún no estaba preparado para despedir a su gemelo, por lo que seguiría en su viaje imaginario hasta que lo estuviera.

—Eso creo.

—Gabe... —Alex clavó sus ojos oscuros en los suyos—. No tienes que transitar solo por tu mierda. Tú me has ayudado mucho con la mía, aunque no estuvieras del todo consciente de ello. —La voz de Alex ya no le causaba los escalofríos que en un primer momento, ya se había habituado a su tono acerado, gélido y pausado.

Poco sabía del pasado de Alex, como tampoco conocía los entretelones del de Mark, solo que ambos habían vivido un infierno del que habían logrado salir con gran esfuerzo. Claro que no sin cicatrices que aún trabajaban por sanar, y en eso era en lo que suponía que él había colaborado, aunque más no fuera con un pequeño granito de arena para formar la montaña.

—Sé que estás, Alex. Y con solo eso es suficiente para mí.

—Todos lo estamos, quiero que lo sepas. No solo yo. Quizás no te has dado cuenta, pero en esta mesa están reunidos tus amigos, más o menos cercanos, pero amigos al fin.

Amigos. Gabe recorrió con la mirada a todas las personas sentadas junto a él y tuvo que admitir que tenía relación con cada uno de ellos, con algunos poseía mayor afinidad que con otros, pero se percató de que, después de tanto tiempo volvía a tener amigos sin habérselo propuesto. Solo que esta vez no los alejaría de él cuando el mundo se volviera en su contra.

De pronto, un hombre comenzó a hablar por el micrófono del escenario, suponía que comenzaría a tocar el grupo musical. Sin embargo, su corazón se detuvo cuando unos acordes tocados en una guitarra traspasaron su cerebro para traer el pasado al presente de una forma tan brusca que lo paralizó.

—La recuerdas, ¿verdad? —decía la voz masculina—. Hombre, no ha pasado tanto tiempo como para que no reconozcas tu propia canción. —Gabe se volteó, tenso, hacia el hombre apostado en el centro del

escenario y quedó pasmado. Sus ojos tenían que estar jugándole una mala pasada por el desgaste emocional de las últimas semanas—. Hoy tenemos a un gran músico entre nosotros, el que ha compuesto esta melodía y su letra.

—Te mira directo a ti —le susurró Mor en su oído. Gabe hizo un paneo por la mesa y constató que cada uno lo observaba a él con curiosidad. Se habían percatado de que el hombre se dirigía a Gabe—. ¿Eres tú?

—Vamos, sube —le pedía el hombre de cabellera rubia, pero Gabe estaba petrificado sin poder creerse lo que veían sus ojos.

Como un autómatas, se paró y caminó hacia el escenario ante la atenta mirada de sus nuevos amigos.

—¿Chez? —preguntó con una voz que no se parecía en nada a la de él, sino que transmitía una inseguridad que creía tiempo olvidada. Pero temía que no fuera quien él pensaba, sino un engaño de su mente. Sin embargo, cuando un abrazo le respondió, ya no tuvo dudas, Chester estaba allí de nuevo. Se apretujó contra ese hombre que había sido su amigo durante su infancia y adolescencia y que él había apartado tras la partida de su hermano, enfadado con las vueltas del destino. Ese abrazo de oso fue como retornar a un hogar por tanto tiempo olvidado, se sumió en el aroma de su viejo amigo y en la calidez de su voz.

—No podíamos creerlo cuando te vimos entrar.

El plural en la frase lo sorprendió. No podía ser, ¿cierto? Sería demasiado para poder procesarlo.

—¿Paulie? —preguntó contra el hombro de Chez. Unos brazos lo rodearon por la espalda, apresándolo en otro abrazo de oso que tanto había extrañado a lo largo de los años.

—Aquí, Gabe —susurró aquel chico que tanto había amado—. Dios, no puedo creer que te tengamos aquí. —La voz de Paulie, que seguía igual de dulce que cuando eran adolescentes, lo hizo gemir y estremecerse ante la intensidad de las emociones que lo sacudían.

No pudo evitarlo, quiso hacerlo, pero las lágrimas comenzaron a escapar de sus ojos sin que pudiera refrenarlas y se derrumbó contra el pecho de Chez. El rubio le puso la mano sobre la cabeza y lo refugió aún más entre sus brazos al tiempo que el castaño pegaba la mejilla a la suya desde atrás.

—Shhh. Nos enteramos de lo ocurrido con Martin por la prensa —susurró Paulie, y le pasó la mano por el cabello. Gabe no era una persona perseguida por los paparazzi, pero era lo suficientemente conocido como para que la noticia se hiciera pública—. Queríamos verte, pero no sabíamos cómo acercarnos a ti. Ha pasado tanto tiempo. ¡Ya estamos juntos de nuevo! —Se alegró Paulie con evidente entusiasmo—. Te extrañamos tanto. Hemos tratado de contactarte en el pasado, pero en tu empresa nos decían que necesitábamos una cita, y ya no vives en la casa.

—No, ya no lo hago. —Gabe hizo una pausa hasta que sintió que se desquebrajaba por dentro—. No puede ser cierto —solo atinó a decir con un dolor que lo partía al medio. Aún no podía procesar la muerte de su hermano—. No puede serlo. Martin... —Se le quebró la voz y no consiguió continuar.

—Ey, aquí estamos contigo, amigo —le susurró Chez con la mejilla pegada a la suya—. Tu familia, Gabe.

Gabe cerró las manos a la espalda de Chez, apresando su chaqueta, y alzó los ojos a aquellos pardos que lo miraban con una ternura que no sabía que le había faltado a través de su vida adulta. Se volteó a

aquellos más claros que transmitían la misma dulzura que años atrás. Le pasó un brazo a cada uno por detrás de la cabeza, los atrajo hacia la suya y comenzó a reír a carcajadas. Los tenía allí con él. Los había apartado, pero el destino se los había traído de nuevo cuando más los necesitaba. Aquellos amigos que lo conocían mejor que nadie, que conocían al verdadero Gabe, al que se había ilusionado, al que había entretejido sueños de un futuro que nunca había llegado a cumplirse.

Paulie y Chez se unieron a sus risas y este último le revoloteó el cabello para luego alejarse. El rubio tomó una guitarra apoyada en un pie mientras que el moreno tomaba un bajo de otro.

—Ahora, ponte al piano y toca —ordenó Chez mientras se colgaba el tirante de la guitarra al cuello.

Gabe negó con la cabeza y observó el instrumento negro de cola en el escenario con cierto dolor supurándole desde el centro del pecho. Había amado tanto pasar sus dedos por las teclas blancas y negras, se había sentido elevado en un nirvana sin igual. Unas sensaciones que había abandonado de manera drástica cuando su hermano había huido. Siempre había pensado en retornar a su pasión, pero luego su madre se había quitado la vida y ya nada había tenido sentido para él.

—No puedo.

—Claro que sí —lo animó Chez al posarle la mano detrás del cuello y voltearle el rostro hacia él mientras se colgaba la guitarra a su espalda—. Es algo que jamás se olvida, y menos con tu don, viejo.

—Creí que te habías ido a Europa —dijo al girarse hacia Paulie, cambiando de tema sin disimulo.

—Lo hice, un muy largo *tour*. —Paulie le pasó un brazo por los hombros—. Me fui por unos años, pero hace unos pocos que regresé y me encontré con este tipejo. —Paulie deslizó unos dedos por la mandíbula de Chez de una forma que hizo que Gabe pasara los ojos de uno al otro. Sabía que Paulie era gay, él se los había confesado en los primeros años de la escuela secundaria, pero Chez siempre había preferido la compañía femenina.

—¿Ustedes están...?

—¿Juntos? Pues... —comenzó Chez, ruborizado hasta el inicio del cabello.

—Tú no eres gay —afirmó Gabe con el ceño fruncido antes de que su amigo pudiera terminar la frase. O al menos no lo había sido en el pasado, pero siendo testigo de las expresiones amorosas de ambos, se daba cuenta de cuánto se había perdido en el último tiempo.

—Tal vez... ¿bi? —aventuró Chez.

—¿Acaso no lo sabes? —bromeó Paulie. Se desprendió del costado de Gabe para pasarle el brazo por la cintura al otro hombre.

Chez tomó aire como si necesitara darse valor.

—Paulie y yo somos pareja desde hace un poco más de un año. —Conectó la mirada con su novio y sonrió con una ternura que a Gabe le dio un dolorcito en las entrañas. Sin proponérselo, su mirada huyó hacia la mujer de cabellos rojizos sentada a la mesa con sus nuevos amigos. Ella lo observaba con atención mientras dialogaba con Nick. ¿Sobre qué hablarían? ¿Brian? Mor parecía hacerle miles de preguntas silenciosas y tan solo con aquellos ojos felinos fijados en él—. No era algo que supiera en aquel entonces, sino lo hubiera dicho, créeme —comentó Chez, lo que lo obligó a prestarle atención nuevamente.



—Ey, me alegra tanto por ustedes. —Los abrazó otra vez y se zambulló en aquel abrazo que le había hecho falta durante tanto tiempo, y más aún después del fallecimiento de Martin—. Yo... lo siento. No tendría que haberme comportado como lo hice.

—No, no tendrías —lo regañó Chez. Este se cruzó los brazos por el pecho y frunció el ceño con expresión de enfado, lo que a Gabe le arrancó una sonrisa. Era como si los años no hubieran pasado y volvieran a ser los mismos de entonces.

—¡Chez! —lo amonestó Paulie y le dio un pequeño golpe en el hombro al aludido.

—¿Qué? —protestó su novio—. ¡Nos alejó y nos dejó fuera de su vida!

Gabe podía oír el dolor en las palabras del rubio y en la mirada clara del moreno.

—Tienes razón —quiso explicarse Gabe—, pero en aquel entonces...

—¿Y después? —interrumpió Chez, cortante.

—Después... —Hizo una pausa en la que tomó aire y se dio valor—. Después tan solo me perdí y no supe volver a mí, chicos. Ya no era quien habían conocido, ya no lo soy —concluyó con las manos en su pecho.

—Yo aún te veo allí, Gabe —dijo Paulie, el siempre positivo y esperanzado Paulie. Lo había amado tanto como a un hermano, al igual que a Chez, los tres habían sido inseparables. Martin también había estado con ellos, pero él no había tenido la misma relación con los otros dos. Su gemelo siempre había vivido en una especie de mundo propio, con el resto dejado por fuera, hasta a Gabe mismo a veces.

—También lo hago —acordó Chez y le brindó una media sonrisa que había hecho que unas cuantas chicas se lanzaran a sus pies en la escuela secundaria. Pero ahora hacía que los ojos claros de su novio brillaran con tanto amor que Gabe suspiró de felicidad y un poco de envidia. ¿Para qué negarlo? Tal vez fuera hora de que se cuestionara su descreimiento en aquel sentimiento—. Ahora sienta tu culo a ese piano y toca, viejo.

## Capítulo 30

Mor no podía apartar los ojos de Gabe y de la insólita reunión con los que suponía que eran sus amigos. Uno de ellos parecía presionarlo para que se sentara al piano. ¿Sería posible que Gabe tocara? Podría ser. ¿Acaso no estaba siempre golpeteando algún bolígrafo rítmicamente contra alguna cosa? ¿Acaso no se había preguntado ella misma si no tocaba algún instrumento musical?

—¿Crees que deberíamos acercarnos? —preguntó Mark con cierta preocupación a Alex. Mor se giró para prestar atención a la conversación. Ellos tampoco parecían comprender lo que sucedía a tan solo unos cuantos metros de distancia, y se los veía preocupados.

—No —fue la simple respuesta de Alex.

De pronto Gabe se derrumbó sobre uno de ellos y se agitó como si sollozara. ¿Gabe sollozar? No era posible. ¿Quiénes demonios eran esas personas? Quería correr y apartarlos de él como si le hicieran daño y ella tuviera algún derecho sobre el hombre. Se contuvo al tomar con fuerza el borde de la mesa.

—Alex, quizás deberían —dijo Mor casi en un ruego. Necesitaba que alguien constatará que Gabe estuviera bien, y desde donde ella veía, no parecía estarlo.

—Por lo que entiendo, son sus amigos —mencionó Alex con aparente calma, sin embargo, no se perdía ningún detalle de lo que ocurría en el escenario—. Si vemos que se pone mal la cuestión, estaremos a su lado en medio segundo.

Mor necesitaba apaciguar su mente y olvidarse, aunque más no fuera por unos minutos, del hombre de ojos de témpano de hielo. Por lo que se volteó hacia Nick a su otro costado.

—Ey, ¿dónde está Brian? —preguntó con cierta brusquedad—. ¿Por qué no vino?

—En una reunión con un colega por una audiencia que tienen mañana a primera hora —contestó Nick y sus ojos color miel se iluminaron al hablar de su novio, lo que hizo que Mor sonriera.

—Nick, me contó que... aún no conoces a su sobrino. —Sabía que era un tema un tanto escabroso al Brian aún no confesarle a sus padres su reciente relación con Nick.

Notó al instante como se tensaron los hombros del pelilargo y como apretó las mandíbulas.

—No —masculló Nick—. Irían sus padres, y ellos aún no están enterados acerca de nosotros.

—Debes darle tiempo, Nick. —Mor le posó una mano en el hombro—. Él te ama, ¿lo sabes?

Nick le pasó un brazo por el respaldo de la silla y acercó su rostro al suyo con un aire de secretismo.

—Amor, lo sé. Cuando esté listo, hablará con ellos. —Nick se apartó y dejó escapar un largo suspiro al acomodarse en su silla—. Solo que duele quedarse afuera de esos momentos que son tan importantes en su vida.

Mor desvió la vista en busca de Gabe y lo vio sentarse tras el piano. Entonces sí tocaba. En cuanto los primeros acordes sonaron y una voz un tanto grave comenzó a musicalizar el bar, se le cortó la respiración. No solo tocaba, sino que cantaba, y lo hacía con una dulzura y tristeza, formando una melodía tan sensual, que le aceleró el corazón e hizo que los vellos del cuerpo se le erizaran al tiempo

que los dedos de sus pies se encogían.

—Amor, va a ser mejor que te limpies la baba —bromeó Nick, aunque su tono distaba de ser jocoso. Desde que le había contado lo que Gabe le había dicho la primera vez que se habían acostado, Nick no había hecho nada por ocultar el desagrado por el chocolatero.

—Shhh —lo acalló junto con un ademán de su mano—. No puedo creer que sea el mismo tipo que me...

—Te trató como a una mujerzuela —concluyó Nick tajante.

—¡Nick! —lo amonestó en un susurro. No quería que ninguna de las otras personas a la mesa pudieran enterarse de lo ocurrido entre Gabe y ella.

—Mor, sabes que quiero lo mejor para ti —admitió Nick con un suspiro—. El amor tiende a volvernos ciegos, solo trato de que la venda no te tape los ojos y decidas con plena conciencia. Es el mismo hombre, solo que...

—Tiene varias capas, y esta es una que no me esperaba —ella comentó como si nada se le hubiera dicho ni advertido en contra de Gabe por el pelilargo.

—Reconozco esa mirada, amor —dijo Nick al tomarla de la barbilla y dirigir su rostro hasta que se focalizara en el suyo—. Es la misma que tuve cada vez que contemplaba a Brian antes de que estuviéramos juntos. No quiero que sufras, que te ilusiones con algo que no será.

—No lo haré. —Mor sonrió y le dio un breve abrazo a Nick. Nunca creyó que el que Brian cortara los beneficios que mantenían en su relación de amistad le consiguiera otro gran amigo como Nick—. Estoy tan feliz de que estés en la vida de Brian.

—Yo también, amor. Y no te preocupes que tendré paciencia con él. —El hombre de ojos melosos le guiñó uno y le sonrió, lo que dejó a la vista un hoyuelo en su mejilla izquierda.

—Bien, solo tienes que saber que si lo lastimas, me conocerás con mi veta asesina.

Nick lanzó una carcajada que hizo que varias cabezas se voltearan hacia ellos.

La voz grave de Gabe se filtró en la mente de Morrigan, haciendo que todos sus sentidos se enfocaran en él nuevamente y se cerraran para todo lo demás. No podía quitarle los ojos de encima. No era para nada el hombre que había conocido hasta el momento, se lo veía tan relajado, tocaba con movimientos fluidos y su rostro había perdido las líneas de severidad que lo caracterizaban.

En un instante, esos ojos de témpano se posaron en los suyos y fue como si el tiempo se detuviera y el mundo se esfumara a su alrededor. Solo quedaban ella, él y su música. Por un momento, creyó que él le decía en su mirada que se acercara, que la necesitaba allí. Mor sabía que solo era su imaginación la que hablaba, el deseo de que él la quisiera en su vida con la misma urgencia que comenzaba a pensar que ella lo precisaba a él.

Gabe tocó las últimas notas de la canción que había compuesto casi veinte años atrás. Alzó el rostro y se topó con unos ojos gatunos que lo observaban con atención. No pudo desviar la mirada de aquella felina. Lo hipnotizaba como ninguna otra y parecían convocarlo como a un genio al alguien acariciar la lámpara de Aladino. Sentía como si unas manos invisibles tiraran de él hacia ella, como si no pudiera detenerse y sus pies comenzaran a moverse para acercarse a esa mujer.

—Todavía lo tienes, Gabe —dijo Chez, palmeándole detrás del hombro, lo que lo sacó del hipnotismo en el que había caído.

—Nunca lo dudé —acotó Paulie mientras se detenía a su otro costado.

Sin embargo, Gabe se quedó pasmado ante el aplauso que siguió proveniente de la mesa que había ocupado unos cuantos minutos antes. Alex, Mark y algunos otros se habían parado de sus asientos. Todos ellos lo observaban entre sorprendidos y con curiosidad, era evidente que no se esperaban aquel pequeño e improvisado recital por parte de él.

Sintió como su rostro se ruborizaba a lo adolescente colmado de vergüenza. Sin poder evitarlo, su vista se desvió a Morrigan de nuevo y casi le suplicó que se reuniera con él, que no lo dejara fuera.

—Sabía que esos golpeteos significaban algo —mencionó Mark una vez que había llegado junto con Alex donde estaba él con Chez y Paulie.

—Tienes un gran talento —agregó Alex y extendió su palma hacia Chez—. Alexander Peters.

—Chester O'Hara —se presentó el rubio. Luego fue el turno de Mark y por último de Paul Herbert, o Paulie como lo llamaban sus amigos.

—Chez y Paulie son mis amigos desde la escuela primaria —informó Gabe una vez que se hubo aclarado la garganta.

—Nos habíamos distanciado, pero ahora podríamos decir que volvemos a estar juntos, ¿cierto? —preguntó Paulie con notable esperanza en su mirada clara.

Gabe no pudo contestar, estaba demasiado aturdido con los acontecimientos como para asegurarse nada. Una inseguridad que le era desconocida se le había instalado en el interior sobre que sus nuevos amigos no simpatizaran con las vertientes del viejo Gabe y que los antiguos no lo hicieran con el actual.

—Nosotros no nos conocemos hace tanto —aclaró Mark—. Sin embargo, hemos llegado a ser muy buenos amigos. Gabe es importante para Alex y para mí. —Mark le pasó el brazo por los hombros y lo atrajo a su costado.

Gabe conocía la vulnerabilidad de Mark a que los seres que amaba lo abandonaran. Suponía que el que aparecieran unas personas con un vínculo tan fuerte para Gabe como Chez y Paulie hacía que Mark sintiera una amenaza de pérdida. Por lo que Gabe le pasó el brazo por la cintura y lo estrechó en un medio abrazo.

Chester los observaba con atención y en silencio, con una seriedad que perturbó a Gabe. Él no solía borrar la sonrisa de su rostro salvo que algo grave sucediera. Tal vez sus amigos de escuela no quisieran compartirlo o no les gustara la persona fría en la que se había convertido.

De pronto, Chez aferró un brazo de Alex y otro de Mark, conectó la mirada primero con uno y luego con el otro.

—Queremos agradecerles por cuidar de él. Gabe también es muy importante para nosotros. Aunque hayamos estado separados por un tiempo largo, somos familia, y eso nada lo cambiará.

—Más que cuidarlo, creo que sería más apropiado decir que lo hemos domesticado —bromeó Mark y soltó una carcajada.

—¡Ey! —exclamó Gabe.

—Algo de razón tiene —concedió Alex—. Eras un ser irritable y ermitaño.

—Lo primero lo sigues siendo —puntualizó Mark—, no pudimos hacer nada en ese aspecto, pero al menos ya no vives encerrado. —Se carcajeó y los otros tres hombres, menos Gabe, se le sumaron a las carcajadas.

Observando a sus amigos, los nuevos y con los que volvía a reencontrarse, las comisuras de su boca se elevaron y una calidez lo bañó por dentro. Hacía tanto tiempo que estaba rodeado de soledad, sin esa compañía y entendimiento con otro ser humano. Salvo por... La felina de cabellos rojizos que permanecía con los ojos fijos en él sin perder detalle de lo que ocurría a su alrededor.

## Capítulo 31

El viaje de regreso en el automóvil de Gabe fue tenso y en completo silencio. Gabe detuvo el Maserati en la puerta del edificio de su apartamento y golpeteó con los dedos en el volante. Mor quería decir algo, pero ¿qué? No confiaba en sus palabras, no confiaba en poder resistírsele más a aquel hombre tan dispar.

En cuanto ella bajó y se aproximó al edificio, Gabe tomó su rostro entre sus palmas y unió sus labios en un beso lento y abrumador, presionándola a la pared de ladrillos color bermellón.

—Quiero un paréntesis —pidió él apenas separó sus labios de los de ella. Mor iba a negarse, pero Gabe volvió a reclamar su boca como suya y no le permitió emitir su negativa—. Vamos, Morrigan. Dame un maldito paréntesis.

—Estoy segura de que podrás encontrar a una mujer dispuesta a darte cualquier cosa que le pidas, Gabe. No necesitas rogarme a mí.

—No quiero a otra, te deseo a ti, Morrigan Forrester.

Ese era el problema, solo la deseaba. No había nada más tras su pedido, tan solo una noche de inmensa pasión. No había cambiado su forma de parecer con respecto a ella. Seguía pensando que era una mujer para un buen revolcón cuando su pene lo quisiera, y lo peor era que ella también lo deseaba, solo que quería más que solo sexo. El corazón se le estrujó ante lo que ansiaba de él y que jamás tendría.

Sin embargo, cuando le deslizó los dedos por su mejilla y la miró con aquellos ojos de témpano de hielo ahora revolucionados por la velada que habían tenido, no pudo resistirse por más tiempo.

—¡Vamos, vida! —solicitó en una forma que casi conformaba un ruego, y era demasiado movilizador ver a Gabe rogarle a ella. Supo al instante que había perdido la batalla.

—¿Stefano?

—Pasaré la noche en la casa de Sarah y Max, ya estaba planificado —respondió con evidente alivio. Le acunó el rostro y volvió a unir sus labios, luego le posó la frente contra la suya y suspiró—. No sabes lo que fue esta noche para mí, Mor. Ni te imaginas cuanto te necesito... a ti, Morrigan. No lo dudes, te necesito solo a ti.

—Gabe, no juegues... —contestó ella sin aliento y con la excitación corriéndole por las venas como lava chisporroteante.

—Entremos en tu apartamento —susurró contra su boca a tan solo un suspiro de distancia—. Yo no juego, Mor.

Apenas traspasaron la puerta del apartamento, sin separar sus bocas, Mor se colgó de la cabeza de Gabe y enterró las uñas en su cuero cabelludo sin ningún tipo de inhibición y dando vía libre a la pasión que él le provocaba. Gabe siseó, acunó sus glúteos con sus fuertes manos a la vez que ella pegó un salto y enlazó los tobillos por detrás de sus caderas.

Gabe volvió a reclamar la boca femenina con una ferocidad que le era desconocida y la adrenalina corrió por sus venas convirtiéndolo en un ser totalmente irracional y puro bestia animal en busca de la

satisfacción que su cuerpo y su alma requerían con urgencia. La estampó contra la pared, esclavizándola con su cuerpo, y ella emitió un gruñido que era al completo ardiente delicia.

—Quiero tus dientes y tus uñas sobre mí, gata de fuego. —No tuvo que repetirlo, al segundo, los pequeños dientes de la fémina rasparon el costado de su cuello mientras ella gruñía con deleite, como si de una vampiresa se tratase. Lo transportó a Gabe al séptimo cielo y su pene batallaba por librarse del aprisionamiento de los pantalones y adentrarse en ella.

Con una palma la sostuvo por el culo y con la otra aferró una gran mata de cabello rojizo, lo alzó en su puño y descubrió el delicado cuello blanquecino. Soltó las hebras, deslizó los dedos por el costado de su rostro hasta posar la mano bajo su mandíbula y se las elevó de improviso y con una fuerza tenaz. Mor apartó los labios, de los que partió un gemido, y sus ojos se ennegrecieron aún más en pleno goce.

Acercó los labios al oído femenino.

—Tienes un cuello exquisito —susurró y acarició esa parte de su anatomía con la lengua hasta reposarla en el sitio que latía una vena con frenesí—. Corrijo, toda tú eres exquisita.

Morrigan gimió, y Gabe se embebió de aquel sonido que reflejaba el mismo deseo que lo recorría por dentro. Un deseo irrefrenable y ante el que se veía desprovisto de armas para combatirlo. Reconocía que había algo que se fraguaba detrás de aquella emoción, una más profunda, pero aún no estaba listo para poder darle forma en su interior.

—Cuarto —ordenó Mor con voz ronca al tiempo que apuntaba hacia el final de un corto pasillo que aparecía al otro lado del pequeño *living*, del que no podía dar mucha cuenta dado que ni siquiera se habían molestado en encender la luz del apartamento.

Él volvió a conquistar esa boca deliciosa mientras la sostenía con ambas manos para luego emprender el camino hacia la cama que lo esperaba a tan solo un par de metros, pero que parecían interminables.

Se dejó caer sobre el lecho con Mor por debajo, sin soltarla en ningún momento y aún rodeado por aquellas finas piernas. Sus yemas se deleitaron con la suavidad de su piel al recorrer sus muslos hasta interiorizarse en el centro femenino. Ella jadeó en cuanto los dedos apenas la tocaron sobre la ropa interior y se curvó hacia atrás, soltando un gemido que no hizo otra cosa que encenderlo como un fósforo a una mecha. Corrió la delicada tela de brocado verde. ¡Dios, cómo adoraba la ropa interior de esta mujer! Sus dedos se perpetraron dentro de la cálida cavidad que se escondía entre sus muslos y ahora fue el turno de Gabe de jadear al sentir sus falanges envueltas en fuego líquido.

—Estás tan mojada —masculló contra el oído femenino, casi le era imposible hablar ante la ola de excitación que lo invadía. Mor no hacía más que jadear como si le faltara el aire y le fuera trabajoso respirar—. Tan preparada para mí, gata. Solo para mí, ¿cierto? —Volvió a aferrarle el cabello en un puño y conectó sus miradas dilatadas sin dejar de deslizar sus dedos dentro y fuera de ella.

—Solo para ti. —Logró ella suspirar en medio del placer. Desenfundó los dientes en una diabólica sonrisa para pasar a clavárselos en la curvatura que le unía el cuello con el hombro. Gabe siseó de pura lujuria, ella lo llevaba a una escalada de apetito sexual insospechada. Necesitaba más, necesitaba todo lo que ella poseía, todo lo que ella parecía ansiar ofrecerle.

En un movimiento rápido, se desprendió de los dientes femeninos para cerrar los suyos sobre un pezón aún cubierto por capas de ropa, aunque ello no pareció disminuir el goce en la mujer, que jadeó y dibujó

un exacto semicírculo con su columna con una elasticidad desquiciante, y le estrujó los dedos dentro de su sexo con sus paredes internas.

—Voy a disfrutarte toda la noche, vida, con una lentitud enloquecedora. —Un gemido de frustración escapó de los labios de Morrigan. Ella le enlazó los dedos detrás de la cabeza para atraerlo hacia sí y capturar sus labios en un beso demandante y frenético.

Sin despegar sus bocas y con apremio, Mor comenzó a batallar con los botones de la camisa de Gabe como si no pudiera aguardar a tenerlo desnudo sobre ella.

—Espera —pidió él y posó una mano sobre las femeninas, deteniéndola. Mor le brindó un gemido angustioso—. No voy a permitir que esto termine en un abrir y cerrar de ojos. Quiero degustar cada centímetro de tu cuerpo. —Para enfatizar sus dichos, le lengüeteó la clavícula hasta pasar por su cuello y terminó al mordisquearle el lóbulo de la oreja.

Morrigan gimió y le calvó las uñas en la espalda.

—Te quiero sin ropa —dijo ella con la voz rasposa.

—Y a mí me encanta complacerte. —Gabe se alzó sobre sus rodillas entre los muslos femeninos, se apartó los paneles frontales del saco negro y desprendió los botones de la camisa más clara. Sin quitarse ninguna prenda aún, deslizó los faldones de tela a un lado, dejando a la vista una línea vertical de su torso salpicada por un camino de vellos oscuros que desaparecían por bajo de la pretina de su pantalón. Las manos de Mor viajaron al cinturón, y Gabe se las corrió—. Paciencia, gata. Paciencia. —El retomó la tarea y se desprendió el cinto de cuero negro con parsimonia, luego fue el turno de desabrochar el botón y la cremallera con una pereza que parecía desquiciarla. No se bajó la prenda, sino que la dejó abierta y aún ubicada a sus caderas. Conectó los ojos con los felinos y Mor se alzó en un santiamén.

Mor le pasó una mano por detrás del cuello y lo atrajo a sus labios con una necesidad demoledora. Una mano se escabulló por dentro de la franja abierta de los pantalones de Gabe y la frotó contra la erección que pugnaba por salir de su encierro. Él jadeó contra sus labios, y ella lo mordisqueó con una sensación de vida que nunca había experimentado antes. Se sentía tan libre y con una energía que le era embriagante. Él era embriagador, una adicción de la que no quería ser recuperada, tan solo deseaba hundirse en esta y disfrutarla durase lo que durase. A sabiendas de que la abstinencia sería aniquilante en un momento posterior.

En un parpadeo, Gabe le quitó el vestido verde por encima de su cabeza y la dejó solo con su ropa interior de brocado de un tono más claro. Su mirada parecía abrasarla a medida que la acariciaba con pereza. La detuvo en su sostén y se relamió los labios como si le encantara lo que veía.

Él la aferró por las muñecas con rapidez, la hizo acomodar la espalda contra el colchón y le posicionó las manos aferrando uno de los barrotes horizontales del cabecero de hierro de la cama.

—No te sueltes, ¿me oyes? —ordenó con voz ronca y apenas contenida.

Ella tan solo gruñó en calidad de afirmación. Ansiaba arrancarle cada prenda que aún lo cubría, sacársela, destrozársela con uñas y dientes y arañarlo, morderlo... ¡Maldición, él la convertía en una bestia sexual! Sin embargo, permaneció en la postura en que él la había posicionado.

—Eres tan bella. Salpicada en estas exquisitas pecas —dijo mientras le deslizaba las yemas de dos dedos desde las clavículas hasta su ombligo con extrema lentitud—. Quiero descubrir cada una de ellas,



besarlas y degustarlas. Cada una que encuentre en tu cuerpo. —Él se llevó un dedo a su boca, lo humedeció con su lengua y luego lo posó sobre una de aquellas pequeñas marcas marrones en su estómago. Ella se estremeció como si le hubieran dado una descarga eléctrica. No podía más, lo deseaba con desesperación. Estaba tan excitada que creía que se combustionaría en un parpadeo—. ¡Basta ya, Gabe! —le ordenó entre dientes, sin embargo, en ningún momento ella dejó de aferrar el cabecero o perdió la postura.

El chasqueó con la lengua y sacudió la cabeza de un lado al otro. Aquella sonrisa lobuna se plasmó en su rostro y sus ojos de témpano brillaron con cruda excitación.

—Ah, no, mi gata de fuego. Vas a sufrir —prometió con su voz grave y aterciopelada que la hizo estremecerse aún más—, y vas a disfrutar tanto que quedarás afónica, vida.

Se arrodilló entre sus piernas dobladas, sin tocarla, simplemente contemplándola con la lujuria bailando en sus ojos.

«¡Tócame!», quería gritarle. «¡Poséeme de una maldita vez!», no obstante, de sus labios solo escapaban unas exhalaciones superficiales.

—Tan hermosa —dijo él con devoción. Sus dedos bordearon la parte superior del sostén, lo descendieron un tanto hasta que descubrió su pezón derecho—. Tan delicada. —Pasó la uña por el brote, y Mor ancló los tobillos en los muslos masculinos, buscando acercarlo a su cuerpo. Él se los apartó y los posicionó sobre el colchón—. ¡Quieta! —le ordenó con una media sonrisa, y ella no pudo evitar descubrir sus dientes y gruñirle en respuesta—. ¡Dios, eres tanto, Morrigan! —Un calor sin igual bañó su corazón, jamás lo había visto así con ella, nunca le había hablado con tanta dulzura y excitación simultánea.

Gabe se inclinó sobre ella y con su lengua comenzó a dejar un ardiente camino a lo largo de su cuello. —Tienes algunas aquí —mencionó y posó un dedo en un punto en su clavícula. —¿Qué? —logró preguntar a pesar de la neblina de pasión que atacaba su mente. —Pecas. —Descendió y lengüeteó cada una que hallaba a su paso—. Otra aquí —dijo y succionó un sitio encima de su pezón. El cuerpo de Mor corcoveó contra el colchón y ella aferró con tanta fuerza al cabecero que sus nudillos se tornaron blancos como la nieve al tiempo que hundía los talones sobre el lecho—. Shhh, tranquila, que aún faltan unas cuantas. Me encanta como el satén de tu piel se ve salpicado con esas pequeñas motas pardas.

—Gabe, por favor...

—Ay, vida —susurró sobre su piel humedecida por su lengua—. No sabes cómo me pones cuando ruegas, pero esta vez quiero disfrutarte a conciencia. Es lo que quieres, ¿verdad? —Sin esperar respuesta, apesó un pezón entre sus dientes y jugueteó con él con su lengua, lo que provocaba que ella succionara en busca de aire.

—Sí —jadeó—. Sí, sí, sí.

Gabe le acarició la cara interior de uno de sus muslos sin dejar de jugar con su pezón. Cosquillas se derramaron por ella y chocaron con la tremenda lujuria que él le generaba. Sus yemas picaban por la ansiedad de tocarlo, de clavar las uñas en aquella piel más oscura que la propia.

Gabe mordisqueó y lengüeteó el pequeño brote para luego pasar al de junto mientras sus dedos bordeaban los límites de la tela que le cubría el sexo. Era tan arduo mantenerse en la posición que él le demandaba, eran tantas las sensaciones que le impartía que temía explotar. Quería detenerlo, gritarle que era suficiente, que no aguantaría la explosión que advertía que vendría. Sin embargo, de sus labios no salía exigencia alguna de que parase. Solo jadeos y gemidos, más jadeos y gemidos.

Gabe pasó los dedos por debajo del elástico de su prenda inferior y la descendió por sus caderas y sus piernas hasta quitársela del todo. Volvió a posicionarse entre sus muslos y conectó la mirada con la suya.

—Lo sé, vida —dijo al inclinarse hacia su rostro. Unió sus labios en un beso que a Mor le llegó al alma. Era el más crudo deseo, pero también había algo más, le transmitía una emoción que no llegaba a dilucidar—. Yo tampoco aguanto más, gata de fuego. Solo un poco más y me uniré a ti.

—Quiero tocarte.

—Lo sé, pero no lo soportaría ahora, vida. Adoro tus manos sobre mí, pero sería demasiado y, como te dije, no quiero que esto acabe en un parpadeo.

—Gabe...

—Solo un poco más, Mor. Lo prometo. —Sin decir más, jugueteó con sus dedos con uno de los pezones apenas por encima del borde del sostén que aún no le había quitado. Luego se deslizó por su cuerpo hasta quedar arrodillado entre sus muslos y contempló su cuerpo con una veneración que hizo que toda su piel se ruborizara.

De pronto, la boca masculina se zambulló entre sus piernas y ella gritó y gritó. No obstante, él la tomó por las caderas y le impidió apartarse. Por lo que no tuvo otra opción que disfrutar de la ardiente tortura. Le lamió cada extremo de su sexo, la invadió con su lengua, la degustó y le mordisqueó los labios hasta ascender al pequeño capullo escondido. Lo tocó con la punta de su lengua, y ella dejó escapar una exhalación profunda. Luego lo succionó y la estremeció entera en el momento en que apenas lo raspó con sus dientes. En cuanto entremezcló las succiones con un dedo que se escabullía en su interior, Morrigan no pudo más y su ser estalló en llamas, miles de estrellas bailotearon detrás de sus párpados. De golpe, había volado al cielo y solo flotaba mientras su cuerpo se convulsionaba y su respiración se atascaba para después caer como en un manto de copos de algodón, relajada y con la mente adormilada.

Gabe no le dio respiró, sino que se enfundó en un preservativo y, en menos de un segundo, estaba en su interior, bombeándola despacio. Ella pareció revivir y se ancló a él con uñas, dientes y talones.

Él alzó el rostro y conectó sus miradas mientras la embestía cada vez más rápido. Mor no pudo apartar la vista de la masculina y la confundieron las emociones que él parecía no poder refrenar. Ella clavó las uñas en su espalda y estaba segura que le dejaría marcas a lo largo de sus músculos, pero no podía detenerse. No sabía qué se había apoderado de ella, pero estaba desatada. Sus dientes mordieron el lóbulo de Gabe y más que amedrentarlo, sus ataques parecían excitarlo aún más. Estaban tan a punto que, en tan solo unas pocas embestidas más, el clímax los reclamó como si sus cuerpos de pronto se hubieran combustionado y flotaran como cenizas al aire. Él se derrumbó sobre ella con los brazos anclados a su alrededor.

Cuando todo terminó y la respiración de Mor se restableció y su mente se calmó, la realidad volvió

sobre ella. Él solo ansiaba una liberación, eso era todo lo que había sido para él. Nada había cambiado. Por lo que se deslizó por debajo del cuerpo masculino y se sentó sobre el lecho a la vez que se disponía a acomodarse el sostén.

—Morrigan...

—Va a ser mejor que te vayas, Gabe —soltó sin rastros de la pasión que acababan de vivenciar.

—¿Qué?

—Ya hemos terminado...

—¿De qué mierda hablas? —exclamó con indignación.

—Del paréntesis que querías. —Mor se alzó y buscó por el suelo la otra pieza de su ropa interior—.

Ya lo obtuviste.

Él la siguió y la apresó por la muñeca. Tiró de ella hacia él y la atrapó contra su pecho sin permitirle escapar.

—No. —Cuando Mor se disponía a hablar, él la acalló con un beso—. No me iré.

La fuerza de la que ella hacía gala de golpe se esfumó y solo quedaron unos pedacitos de su ser apenas sostenidos con cinta adhesiva.

—Por favor, Gabe. Ya vete —suplicó con un hilo de voz, sin alzar la mirada del cuello de él, no queriendo encontrarse con sus ojos helados.

—No quiero que termine, no quiero cerrar este paréntesis, Mor. —Él le posó una mano detrás de la cabeza y se la acomodó debajo de su mandíbula con tanta dulzura que sus rodillas temblaron—. Shhh, escúchame. Voy a admitir esto una sola vez y quiero que me prestes atención. Quizás, por no decir muy probablemente, me he equivocado contigo. No. —Le sostuvo la cabeza contra él, no permitiéndole alzarla—. No, escúchame. —Gabe le acariciaba el cabello con tanta ternura que no se pudo resistir—. Sé que me dejé llevar por lo que me contaron sobre ti, y quisiera que me contaras tu versión, que me digas que no te acostaste con Lex Hamilton...

—Sí me acosté con él —confesó, y ahora fue ella la que lo apresó entre sus brazos para que no se apartara—. Escúchame tú a mí, por favor —suplicó—. Sí, nos acostamos, pero no como tú crees. Salimos por unas semanas mientras trabajaba para él, pero la relación no funcionó y él... —tragó en seco, no era fácil para ella hablar sobre el tema ni de lo que sucedería luego—. No tomó bien el que no quisiera continuar con él y vertió algunos rumores sobre mí.

—No solo oí sobre él.

—Lo sé.

—¿También son ciertos? —preguntó con cierta mordacidad.

—Juro que no, Gabe —contestó con un tono que se volvió angustioso—. No me he acostado con ningún otro cliente.

—Marion Collins no opina lo mismo.

Los temblores se apoderaron de su cuerpo y miles de alfileres congelados parecían haberse clavado a lo largo de su espina.

—Yo trabajaba para ella y su marido en la decoración de su casa —susurró, pero notó que él la oía

por la tensión que adquirió su cuerpo—. Casi al final de la remodelación, yo me encontraba evaluando los últimos retoques en el estudio de su marido, sola, cuando él apareció. Me arrinconó contra el escritorio y...

—¿Y qué? —preguntó Gabe. La tomó de la barbilla y le elevó el rostro para conectarlo con sus ojos que destilaban una furia cruda—. ¿Te hizo daño?

Ella negó apenas.

—Lo mordí, bien fuerte, en su mano en cuanto quiso tocarme. Pero en ese instante entró su mujer y él armó una escena en donde los papeles se habían invertido. Te juro que jamás me he acostado con él ni con ningún otro cliente en mi vida. ¡Maldición, si además de Brian no me he acostado con alguien en años!

La mención del abogado fue como un baldazo de agua fría para Gabe. ¿Qué demonios hacía rogándole a una mujer que le permitiera pasar la noche con ella? Encima a una enamorada de otro hombre, uno que la había despreciado por decirlo de alguna manera.

No obstante, la amaba. ¡Mierda! Quería estrellar la cabeza contra la pared. Era tan idiota, y uno muy grande. Él tampoco se había acostado con una mujer en un tiempo y venía a hacerlo con una que había odiado por un largo lapso, solo para darse cuenta, no solo que no era como él había creído, sino que le provocaba unos sentimientos que ninguna otra había hecho antes. Una mujer enamorada de otro y que solo se acostaba con él porque Brian ya no pertenecía al bando heterosexual.

—¿Gabe?

Él sintió la vulnerabilidad en la voz femenina. Cerró los ojos con fuerza. ¡Maldición, pero que débil era! La tenía pegada a su torso, y a sabiendas de que él no ocupaba el mismo sitio en el corazón de ella que Mor en el suyo, afianzó el abrazo sobre ella y, sin reconocerse a sí mismo, se dispuso a rogarle:

—Déjame quedarme. No cierres el paréntesis aún.

El asentimiento que siguió a su súplica hizo que al fin escapara el aire que contenía sin percatarse. Al menos tenía un tiempo más con ella. Hasta que estableciera el paréntesis final.

## Capítulo 32

Gabe despertó con una energía que no había sentido en mucho tiempo. Se alzó sobre un codo y parpadeó unas cuantas veces para ubicar dónde se hallaba. Aquella habitación pintada en color azul pálido no era la suya y cuando los acontecimientos de la noche anterior explotaron en su mente, cayó de espaldas sobre el lecho.

Se alzó de la cama con pocas ganas de escapar del resguardo y calidez de las sábanas y menos aún de la exquisita fragancia a Morrigan, pero ¿qué mejor que hallar a la fuente de aquel perfume? Se vistió con el pantalón sin molestarse en abrocharlo.

La encontró con la cadera apoyada contra la encimera y con una taza de café en las manos a la altura de la nariz, como si estuviera embebiéndose con su aroma. Gabe se acercó y le pasó una mano por detrás de la cabeza para atraer esos labios a los suyos. La degustó con parsimonia, y los sabores a café con un toque de chocolate invadieron sus sentidos. Su gata de fuego era fanática del chocolate hasta en su primera bebida del día. Hizo una nota mental de que le fuera preparada una caja con las nuevas trufas de chocolate amargo que producían en su chocolatería.

—Gabe...

La interrumpió con un nuevo beso. Presentía que luego de ese «Gabe» no vendría nada bueno y él quería que lo de la noche anterior perdurara un poco más.

—¿Sabes? —dijo sin apenas separarse de su boca rellena—, cuando falleció mi padre y mi hermano se fue, me aislé de mis dos mejores amigos, los que habían sido otros hermanos para mí. —Sin entender por qué, comenzó a contarle esa historia tan guardada en su pasado.

—Los dos hombres en Chesterfield —aventuró ella mientras le servía una taza de café.

—Sí, Chez y Paulie. Ellos trataron de llegar a mí y no se los permití. No quería a nadie cerca en aquel entonces, y cuando mi madre se suicidó... Yo la encontré, como también fui el que halló a mi padre y la carta de despedida de Martin...

—Oh, Gabe. —Mor le posó una palma sobre la mejilla, y él percibió en sus ojos almendrados la preocupación y tristeza que sentía por él.

—Me recliné en mí mismo hasta que un maldito creativo publicitario me ofreció acompañarlo a él y a su mejor amigo a ver una ridícula película de ciencia ficción de los años cincuenta.

—Alex.

Gabe soltó una risa ante el recuerdo. Nunca sabría bien qué fue lo que lo hizo aceptar el ofrecimiento, pero nunca podría terminar de agradecerles a ambos el que lo hubieran incluido en su grupo de malditamente jodidos, como le gustaba llamarlo a Mark a veces.

—Sí, Alex y Mark me sacaron de mi refugio, o prisión más bien. No sé bien por qué acepté, pero lo hice, y luego me reencontré contigo. —Enredó un dedo en uno de sus mechones rojizos y desordenados.

—Y me odiaste —concluyó ella sin apartar sus ojos con espigas verdes de los suyos.

—Odiaba lo que me habían dicho que representabas. —Le dio un pequeño y rápido beso en los labios antes de que ella pudiera resistirse—. Te veía coquetear con Mark con frecuencia, y eso no hacía más que confirmar los rumores que me habían llegado. Además temía que te interpusieras entre él y Keyla.

—Jamás haría algo así. —Ella apretó la taza de café entre sus manos y su expresión se tornó dura—. Coqueteo con Mark porque...

—Dime, Mor, ¿por qué lo haces? —Le acunó el rostro entre sus palmas. La luz de la ventana de la estrecha cocina le iluminaba su cabello y lo convertía en llamaradas de diversos tintes entre rojo y anaranjado—. Intento comprenderlo y no llego a hacerlo.

—Es inocuo. —Ella se apartó, se volteó y dejó la taza sobre la encimera—. Desde un primer momento, él me dejó en claro que no quería nada conmigo, y se convirtió en una especie de juego entre los dos al saber que no buscábamos nada más allá de eso, una diversión pasajera que nunca llegaría a mayores. Keyla lo entiende, no preguntes cómo, pero lo hace.

—Aunque ahora que están juntos no lo haces tanto —concedió Gabe ante la incomodidad que se evidenciaba en Morrigan en el rubor que le cubría el rostro como una manzana madura y que hacía que sus pecas parecieran semillas oscuras.

—Alguien me ha observado bastante en el último tiempo. —Ella le pasó un sensual dedo por la clavícula, dejando un camino ardiente a su paso, pero rápidamente lo retiró—. Y no, no lo hago tanto ya. Ellos están bien y no es lo mismo coquetear con alguien sin lazos que con un hombre en pareja. No es justo con Key, supongo. —Se encogió de hombros y cambió de tema sin sutilezas—: Entonces, te reencontraste con tus amigos de la infancia.

—Sí, fue como volver a casa —admitió, luego suspiró y esbozó una sonrisa—. Nos veremos en la semana para ponernos al día y retomar nuestra relación.

—Y tocas el piano.

—Tocaba —la corrigió y bebió un sorbo de café. Se escondía detrás de una taza, qué valiente, pero era un tema que le era muy angustiante aún.

—Ayer lo hiciste.

—Una situación ocasional.

—No tendría por qué serlo —puntualizó Mor, y descansó su mano en una de sus muñecas. Le hacía una pequeña caricia con el pulgar en la cara interna, caricia que le provocaba devorarle la boca, arrancarle las pocas ropas que traía puestas, una camiseta y un *jean*, y arrastrarla a la cama de nuevo—, podría ser permanente. ¿Por qué te castigas?

—No lo hago.

—Claro que sí —lo contradujo con énfasis—. Dejaste de ver a tus amigos, hermanos como mencionaste, y también abandonaste el piano. Una actividad que se nota que disfrutas y que desarrollas con suma maestría.

Gabe la atrajo hacia él y la volvió a interrumpir con un beso largo y profundo. Cuando se separaron, Mor se hallaba sin aliento, con los ojos cerrados y amoldada contra él.

—Gabe...

—No. —La acalló al ponerle un dedo sobre los labios—. No quiero que cierres este momento, vida. Además, debo buscar a Stef. —Dejó el café sobre la mesada de mármol y se apresuró a salir del apartamento antes de que ella pudiera argumentar en su contra. Sabía que Morrigan quería ponerle punto final a lo que compartían, suponía que por sus sentimientos por Brian, pero no se lo permitiría. Al menos, no aún, cuando su corazón volvía a la vida después de tantos años dormido. La obligaría a dejar el paréntesis abierto.

Apenas Gabe huyó, porque había huido, Morrigan marcó el número del apartamento que Brian compartía con Nick, esperando poder hablar con su mejor amigo y examante.

—*Hola* —la voz rasposa de recién levantado de Nick fue la que le dio la bienvenida.

—Eh, hola, Nick —contestó y contuvo una risa ante la escena que quizás hubiera interrumpido—. Soy Morrigan, buscaba a Brian, pero tiene apagado su móvil.

—*Hola, amor.* —Un bostezo audible se escuchó del otro lado de la línea—. *Está en una reunión.*

—¡Pero es sábado! ¿Otra vez, Nick? —Le preocupó que Brian descuidara a su recién adquirido novio con tanto trabajo, siempre que llamaba jamás lo encontraba. Y sabía bien lo que Nick debía sufrir ante la situación de que Brian no se sincerase con sus padres.

—*Ya ves cómo me trata.* —La intención de Nick fue hacer un comentario gracioso, pero igualmente preocupó a Mor que las cosas entre ellos no fueran del todo bien. Más aún con el nacimiento del sobrino de Brian y el que todavía Nick no conocía.

—Nick, ¿todo está bien entre ustedes?

Un silencio tenso prosiguió y se alargó por unos segundos.

—*Sí, estamos bien* —respondió el pelilargo al fin, pero en su voz no se oía la felicidad que se esperaba después de tan solo un par de meses de noviazgo.

—Ten paciencia, no es una situación fácil para Brian. —Ella lo sabía bien, cuánto le había costado sincerarse a él mismo sobre los sentimientos por Nick—. Pero él te ama.

—*Lo sé, amor* —concedió, y se lo oía más despierto que hacía unos minutos—. *Agradezco que sigas en su vida, tuve mis dudas sobre ti al principio, pero eres un encanto y la mejor amiga que Brian pudiera tener. Ahora, si en algo puedo ayudarte...*

—No lo sé. —Mor pasó una yema por el borde de su taza, pensativa. Deseaba hablarlo con alguien y Nick le había resultado en el pasado. Era un hombre abierto, que sabía escuchar y poseía empatía.

—*Ya te has confesado conmigo antes y supongo que llamas por algo relativo a Gabe.*

—¿Cómo lo sabes?

—*Ayer llegaron y se fueron juntos* —señaló como si fuera lo más natural.

—¡Oh, Nick, estoy en un gran problema! —gimió, rayando la desesperación.

—*¿Te ha vuelto a insultar? Si es así, no solo irá Brian a verlo, sino que yo lo acompañaré a hablar con el tipo.*

—No. Nick...

—*Amor, puedes decirme lo que sea.*

—Tengo un gran problema —confesó y se pasó una mano por el rostro. Apoyó los codos en la

encimera y se sostuvo la cabeza por la frente.

—¿No usaron protección?

—¡Claro que sí! —exclamó y se elevó de golpe.

—Vaya, entonces se volvieron a acostar.

—Eso no es juego limpio. —Le había sonsacado información sin que ella se percatara, el muy sabiondo.

—No, no lo es, pero ya sé gran parte de lo que te incomoda. Ahora puedes relajarte y contarme el resto.

Ella bufó y luego soltó un suspiro. Apoyó la cadera contra la encimera y desvió la mirada hacia el apartamento de frente que se distinguía a través de la ventana de la cocina.

—Me enamoré.

—De un tipo que te desprecia y solo quiere acostarse contigo. —Se notaba el desprecio en la voz de Nick, y eso hizo surgir cierto ardor en el estómago de Mor. Quería saltar en defensa del chocolatero, pero se contuvo porque quizás no fuera muy objetiva.

—El caso es que... ya no creo que me desprecie tanto.

—Ah, así que la escena cambió. Bien, amor, ¿cuál es el problema entonces?

—No lo sé —respondió con impotencia—, solo que presiento que hay uno. Ayer fue maravilloso, nada que ver con el Gabe despreciable. En su interior es un hombre tierno y sensible. Ya lo viste tú mismo ayer al piano.

—Sí, lo hice. También te vi a ti con aquellas estrellitas bailando en los ojos y noté su mirada fijada en ti en varios momentos. Conozco a Gabe un poco, se da más con Alex y Mark, pero parece verdaderamente encariñado contigo.

—¿Y si solo se ha encariñado y no hay más detrás? —La ansiedad hizo que aferrara con mayor fuerza su móvil.

—Solo lo sabrás si te lanzas a la piscina, amor.

—Supongo —concedió, no muy convencida. No quería resultar herida, pero no veía la forma de evitarlo.

—Da miedo y mucho. Cuando Brian y yo comenzamos nuestros encuentros, temí que nunca pudiera sentir lo que yo sentía por él o que lo nuestro no fuera lo suficiente como para que valiera luchar por ello. Pero Brian me muestra cada día lo mal que hacía en no confiar en él, quizás con Gabe te suceda lo mismo.

—No lo sé. Quizás. —Mor se encogió de hombros y realizó un dibujo con su dedo con una gota de café derramada sobre la encimera de granito.

—No se puede elegir de quién nos enamoramos, ¿cierto?

Otro silencio se estableció entre ellos, pero esta vez no era incómodo, sino como si un vínculo los uniera, y ella se percató de qué se trataba.

—Gracias por convertirme en mi amigo, Nick.

—Un placer.



—Yo también temí que apartaras a Brian de mí —confesó—. Eso me hubiera destruido, es tan importante en mi vida. Espero que entiendas a qué me refiero, no en un plano amoroso.

—*Lo entiendo, no te empantanes. También a él lo hubiera destruido, eres imprescindible para Brian, espero que lo sepas. Y estoy dispuesto a ser un gran amigo para ti, amor. Uno al que puedas recurrir si lo precisas.*

—No sabes cómo me sacas un peso de encima. Temí haberme excedido al principio, cuando Brian aún no aceptaba su orientación, y haberlo presionado demasiado para que lo hiciera y, a su vez, también contigo.

—*Cuenta saldada, amor.*

## Capítulo 33

Los días transcurrieron en una felicidad inusitada, en los que Gabe se vio acompañado de Mor a entrevistarse en la nueva escuela a la que concurría Stef desde la semana próxima. En ese período, él supervisó la producción de una nueva incorporación a los chocolates de su fábrica. Era la parte que más disfrutaba de su trabajo, merodear entre los empleados, intercambiar opiniones con los creadores de las deliciosas trufas y barras y, más aún, probarlas. Lo mejor de todo era que lo había hecho junto a Stef a cada paso. La relación con su sobrino se había afianzado de una manera que le era increíble y sobre todo porque comenzaba a pensar en el niño como su propio hijo, algo que le era impensable unas semanas atrás.

Y en ese preciso instante, tenía a la mujer que había logrado que esto fuera posible acurrucada entre sus brazos, en su cama. Notaba el bajón anímico que la embargaba, como siempre que volvía de la residencia donde vivía quien la había criado y amado como si hubiera nacido de sus entrañas. Ella jamás mencionaba nada sobre aquellas visitas, ni siquiera había vuelto a nombrar a la mujer desde aquella conversación en la que le había confesado que era adoptada.

—¿Vas a contarme sobre tu madre? —En un principio, Gabe creyó que ella se había dormido al no obtener respuesta, pero luego se removió contra él y se percató de la súbita tensión de su cuerpo—. No tienes que hacerlo si no quieres.

—No es eso. Es que... es muy difícil para mí ponerlo en palabras. Lo haría demasiado real y ya es muy perturbador como es ahora.

—Está bien. No hablemos sobre ella. —Mor se volteó, aún rodeada por sus brazos, y descansó la barbilla sobre sus manos cruzadas encima de su torso. Lo miraba con sus ojos felinos cargados de tristeza.

—Me gustaría hacerlo. —Deslizó las palmas a los costados de Gabe y apoyó la mejilla sobre su pecho—. Mi madre hace unos años que vive en Aires de Esperanza. Antes lo hacía conmigo, pero comenzó a necesitar una supervisión continua y un trato especializada. Así que vendí mi anterior apartamento y compré uno más pequeño para poder pagar los primeros años en la residencia. Busqué la mejor en el área dedicada al tratamiento en deterioro cognitivo severo.

—Eres una gran hija, vida —dijo y le pasó una palma por el cabello de fuego—. Se nota que la amas mucho.

—Ella es la que me dio la vida que tuve, no será mi madre biológica, pero es la que me hizo quién soy junto con mi padre. Solo que ahora... —Un sollozo escapó de aquellos labios carnosos que tanto placer le habían brindado. Gabe le pasó una mano por la cabeza y la arrebujo aún más contra su pecho.

—¿Qué ocurre, Mor? —preguntó, preocupado por el manto de angustia que la envolvía.

—Ella ya no sabe quién soy.

—¿No te recuerda?

—Recuerda a la Morrigan niña y hasta adolescente, pero no la del presente. Y últimamente ni siquiera

creo que registre que entro en su habitación, simplemente permanece quieta con la mirada fija en la ventana.

—Estoy seguro de que nota que estás allí. Sabes que no es algo intencional.

—Claro, es parte del avance de la enfermedad, pero duele tanto. Ella era una mujer tan activa, independiente, emprendedora, y verla así es... es tan hiriente. No se merecía este final. Lo único que me alegra es que no tiene conciencia de lo que le ocurre, en un comienzo sí notaba los cambios en su memoria y se angustiaba, pero ya no.

—Y eso es tranquilizador, ¿cierto? En cierta forma ya no sufre.

—Sí, lo es. —Ella alzó el rostro de su pecho y lo observó con aquellos ojos que lo encantaban como una hechicera mientras el cabello rojizo y rizado le enmarcaba las mejillas—. Nunca terminaste de planear el encuentro que quieres hacer en tu casa. —Gabe la observó con atención y notó la bruma en su mirada, por lo que le permitió el giro drástico en la conversación. No quería acongojarla más de lo que ya se hallaba con su difícil situación.

—Pensaba hacer unos medallones de carne a la parrilla con unas cervezas, utilizar el jardín y disfrutar de la piscina. ¿Qué opinas?

—Me parece fantástico. Podemos agregar unos *finger food* para el inicio. Oh, no, ¡ya sé! —exclamó con entusiasmo, y Gabe adoró verla así—. Unos pinchos de vegetales que también puedes hacer en la parrilla.

—Espera, no soy tan dúctil como quizás te hice pensar. —Ella se deslizó a su costado y ambos se incorporaron para sentarse contra el cabecero.

—Oh, vamos. —La muy perversa soltó una risotada y le dio un pequeño golpe con el puño en un hombro. Sin embargo, la repentina luminosidad de su expresión le caldeó algo por dentro y Gabe no pudo menos que sonreír—. Solo debes encender el fuego y dar vuelta los pinchos para que no se carbonicen, nada difícil.

—Si tú lo dices. —Gabe se encogió de hombros.

—Claro. También habría que conseguir algo vegano para Samantha, pero eso es sencillo. Hay unos medallones de cereales y verduras que son una delicia. Solo déjame a mí. ¿La piscina estará en orden?

—Por supuesto, te había comentado que tengo unas personas que se encargan de que todo esté en condiciones.

Él la observó con detenimiento y podía apostar a que hacía notas mentales sobre lo que debería estar presente en la reunión. Era demasiado eficiente en su trabajo y sabía que también había oficiado como organizadora de eventos en pequeña escala en alguna que otra ocasión.

—Si todo sale como espero, en un mes podríamos comenzar con las remodelaciones de la casa.

—Eso sería estupendo. —Entrelazó los dedos de su mano con los de ella—. No veo la hora de que la transformes.

—¿Tantos malos recuerdos? —Mor apoyó la mejilla sobre su hombro.

—Demasiados fantasmas se refugian dentro de esas paredes. Necesito exorcizarlos de una buena vez.

—Bien. —Mor le dio un pequeño beso sobre los labios—. Lo haremos, ni la reconocerás cuando

termine con ella.

—Confío en ti. —Y podría haber sido una frase hecha, pero Gabe se percató de la veracidad de sus palabras una vez pronunciadas. Confiaba y creía en Morrigan Forrester. Sin detenerse a pensar en la revolución de emociones que la mujer le había provocado en el último tiempo, reclamó su boca con una pasión inusitada que solo ella le despertaba y adoró cada pulgada de su hermoso cuerpo.

Samantha salió corriendo del cuarto de baño y, de un salto, se subió a la cama.

—¡Alex! ¡Despierta! —Zamarreó a su novio con ímpetu.

—¿Qué ocurre? —exclamó Alex con evidente preocupación ante el exabrupto de Sam, pero al ver la sonrisa de oreja a oreja que ella portaba, pestañó y arqueó una ceja como era característico en él. Sin embargo, cuando fijó la vista en la varilla que ella agitaba entre sus dedos mientras continuaba saltando de rodillas sobre el lecho, una sonrisa se esbozó en su propia cara.

—Ven aquí, cielo, y dime las novedades. —Sin pensárselo dos veces, Sam se refugió en los brazos de Alex y soltó un pequeño sollozo de plena felicidad.

—Dio positivo —susurró como si tuviera miedo de que no fuera real.

—Bien —contestó él tan bajo que casi fue imperceptible.

—¿Solo eso? —preguntó ella y apartó el rostro de su cuello.

Alex volvió a ampliar la sonrisa, sus ojos brillaban como si las mismas lágrimas que amenazaban la mirada de Sam lo hicieran con la suya, y allí ella comprendió. Alex no podía decir nada más que tan solo esa palabra diminuta, su lengua se hallaba atascada como siempre que las emociones lo abrumaban. Pero ella notaba los sentimientos que pululaban libremente por su rostro y el amor le estalló por dentro con tal intensidad que fue ella la que enmudeció.

—Oh, Alex, te amo tanto. —Se abrazó a él como si fuera su único salvavidas en la vida, y en realidad, así era. El hombre que la había salvado de su no existencia para enseñarle a vivir y a confiar en el amor —. Vamos a ser padres —murmuró mientras volvía a acurrucarse en el calor de sus brazos.

—Sí —dijo él con aquella voz acerada que podía congelar hasta el desierto del Sahara, pero que ella había aprendido a amar como una parte fundamental de él, una que daba cuenta de la superación que había logrado desde sus tiernos años de infancia.

—Todavía no quiero confesar nada. Este fin de semana es el *baby shower* de Charlie y Xav, no me gustaría empañar su momento, quizás una vez que veamos al obstetra y me haga los estudios pertinentes.

—Claro —susurró con la voz cada vez más gélida. Él le pasó la mano por el cabello y le dio un beso en la sien, demorándose unos segundos con sus labios pegados a ella.

—Oh, Alex. Sé cuán feliz te encuentras, no hace falta que lo digas, lo percibo.

Ella sintió en el momento exacto en que él se relajó. La abrazó con mayor fuerza y enterró el rostro en la curvatura de su cuello.

—Te amo, Samantha —dijo tan pausado y con un hilo de voz casi imperceptible—. No llegas a darte una idea de cuánto.

## Capítulo 34

El jardín de Milk & Roses estaba precioso con sus cientos de macetas con arbustos verdes y otras con flores en colores violetas, amarillas y anaranjadas. Además había desperdigado pétalos que salpicaban el suelo de adoquines. Mesas de madera rústica se acomodaban a lo largo del patio con unos frascos repletos de tulipanes en color manteca. Todo estaba ambientado en un tono romántico, al mejor estilo Charlotte, como habían organizado con las chicas de S&P. Esperaba que estuvieran contentas con el resultado, al igual que Charlie y Xav, al fin y al cabo, era para festejar el nacimientos de su futuro hijo, Braddock.

Mor estaba apostada con Keyla y Sam, pero no oía nada de lo que decían ellas. Observaba a Gabe por encima de su copa mientras él charlaba con Alex y Mark. Parecía más relajado desde que se había reencontrado con sus antiguos amigos de escuela. Sabía que se habían reunido unas cuantas veces desde entonces, para ponerse al día, como decía él, y se notaba que le había hecho muy bien. Sin embargo, lo que no comprendía era el cambio que había obrado en su relación para con ella, si no supiera que no era así, podría creer que estaba enamorándose de ella.

Gabe se desprendió del grupo y ella lo siguió con los ojos. Su corazón comenzó a palpar frenético cuando vio que se encontraba frente a frente con Brian. No tenía idea qué podrían decirse esos dos, pero sabía que no sería nada bueno, por lo que se apresuró hacia ellos.

Gabe se volteó de la mesa con su copa nuevamente llena y se topó con la expresión seria de Brian. ¿Qué demonios le pasaba al tipo? No había hecho más que fulminarlo con la mirada desde que había llegado. Bueno, debía admitir que él tampoco lo había contemplado con mejores ojos.

—No quiero que la vuelvas a herir, ¿te queda claro? —lo increpó el *abogaducho* de súbito.

—¿Qué? —preguntó, desorientado, mientras notaba por el rabillo del ojo que Mor y Nick se apresuraban hacia ellos como si fuera a desencadenarse una tormenta.

—A Morrigan, no quiero que vuelvas a lastimarla. Así que mantente alejado de ella —siseó contra su rostro.

La tensión se apoderó del cuerpo de Gabe y tuvo que contenerse para no golpear al idiota. Brian no tenía ningún derecho sobre Morrigan, ella ya no estaba con él.

—Si hay alguien aquí que la ha dañado, has sido tú, puesto que está enamorada de ti y pululas frente a ella con tu nuevo novio. ¿Cómo crees que eso la hace sentir?

—¡Gabe! —la escuchó soltar al llegar a ellos y la vio cubrirse la boca con las manos al tiempo que abría los ojos como platos. «Cómo no, ahora era soy yo el malo de la película cuando lo único que hago es defenderla».

—¿Qué? —preguntó el *abogaducho*, y tenía que concederle que se lo veía horrorizado—. ¿Estás... enamorada de mí? —Brian se volteó hacia Morrigan y la aferró por los brazos. Gabe tuvo que hacer uso de toda su fuerza de voluntad para no desprenderle las manos de un golpe—. Creí que estábamos en la misma página, Morrigan, nunca pensé que pudieras tener otra clase de sentimientos hacia mí.

—No, no es así. —Mor enfatizó al negar con la cabeza.

—Vamos, dile la verdad —la instó Gabe—. Te oí cuando hablabas con alguna de tus amigas al teléfono sobre cómo estás enamorada de él.

—¿A qué demonios te refieres, Gabe? —espetó ella mientras el resto de los invitados continuaban celebrando, ajenos de lo que se desarrollaba entre las dos parejas a un extremo del patio—. Jamás hablé de eso.

—¡Oh, no, Mor! —se lamentó Brian y podía notarse la culpa dibujada en todo su rostro—. Realmente lo estás. Soy un hijo de puta. —El abogado se pasó una mano por el cabello castaño claro.

—¡No! —Mor se volteó hacia Gabe y dijo entre dientes—: No hablaba de Brian.

—¿Entonces, quién?

Nick se aclaró la garganta y se aproximó a Morrigan.

—Mor, cuéntale —pidió el pelilargo en un tono calmado que sacó a Gabe de sus casillas. ¿Qué mierda sabía Nick sobre todo esto?

—¡Cállate! —exclamó Mor, y eso alertó aún más a Gabe. Había algo en aquel intercambio entre Nick y Mor que se le escapaba a simple vista.

—Vamos, hasta Nick sabe que estás enamorada de su novio —comentó Gabe a la espera de desentrañar algo más.

—¿Es cierto, Mor? —preguntó Brian con aquellos ojos como dos lagos ampliados y cargados de preocupación.

—Oh, cariño. —Mor posó una palma sobre el pecho del abogado, y Gabe hirvió de rabia—. Sabes que te amo, pero no estoy enamorada de ti.

—Gabe, era conmigo con quién mantenía esa conversación —aclaró Nick con fastidio.

—¿Qué? —Encaró a Mor con evidente furia—. ¿Le dijiste en plena cara que estabas enamorada de su novio? ¡No tienes código, mujer!

—Mor... —comenzó a pedir Nick.

—¿Sabes qué? —interrumpió Mor, dirigiéndose a Gabe, sin hacer nada por ocultar su enfado—. No es de tu incumbencia a quién ame.

—¿Ves? —continuó él al hacer caso omiso de lo que ella acababa de decir. En realidad, no quiso enfrentar lo que atestiguaban las palabras femeninas, que él no tenía ningún derecho sobre ella—. Hasta el novio de tu ex te pide que confieses.

—No hablábamos de Brian —repitió Nick lo ya dicho por Morrigan.

Brian miró a Gabe y luego posó sus ojos azules como un lago en ella, y Mor se dio cuenta en el segundo en que descifró de quién era su corazón. Brian soltó una carcajada y palmeó a Gabe en la espalda.

—Oh, eres un gran idiota —soltó Brian apenas conteniendo las risas—. Y yo que pensé que eras una persona inteligente, pero se ve que no.

—¿Qué mierda te pasa? —escupió Gabe al desviar la mirada de la joven y posarla en el abogado—. ¿Te has vuelto loco?

—Gabe, piensa un segundo a quién podría referirse Mor dado que hablaba conmigo —pidió Nick e hizo un gesto con las cejas.

«¿Por qué Nick intenta que Gabe se entere de mis sentimientos hacia él? ¿Por qué no se puede mantener callado?», se preguntaba Morrigan. Entendía que tal vez pensara que hacía lo mejor para ella, pero ¡esa era su decisión!

—¡Nick, basta! —gritó Morrigan avergonzada—. Es algo privado y nadie tiene por qué saberlo. ¡Oh, Dios! —exclamó, ya cansada de la situación—. Pues yo me voy. ¡No aguanto más este absurdo!

Morrigan salió disparada de la fiesta sin tomarse la molestia de despedirse de nadie. Solo quería que la tierra se la tragara. No podía dejar de ver la expresión horrorizada de Brian cuando creyó que ella estaba enamorada de él ni podía creer en la estupidez de Gabe. En los últimos días había pensado que Gabe ya había descubierto los sentimientos que ella albergaba hacia él, pero parecía que era verdaderamente un idiota declarado.

En cuanto cerró la puerta de su apartamento, sintió que este daba vueltas a su alrededor. Respiró hondo y posó la palma sobre la pared para estabilizarse. ¿Había llegado a comer algo durante el evento de Charlie y Xav? Ni siquiera se había despedido de ellos entre todo el alboroto que se había armado. Tampoco de Key o Mark o ninguno de sus amigos.

Otra oleada de mareos y náuseas la asaltaron. ¿Pero había probado algún bocado? Su mente era un embrollo y no llegaba a recordarlo.

De pronto alguien comenzó a golpear a su puerta y sin ni siquiera pensarlo, la abrió.

Andy se acercó a Ange que se había apartado del grupo conformado por Charlie, Xav y Sam para aproximarse a la mesa larga cubierta por un mantel hasta el suelo en color crema y en la que se disponían diversos aperitivos y bebidas.

—¿Qué crees que ocurra allí? —preguntó a la mujer morena.

Ange dio un salto al Andy hablarle por detrás. No debía haber previsto su presencia, pero dirigió sus ojos oscuros hacia el cuarteto que parecía discutir en el otro extremo del patio.

—La verdad, no tengo ni idea. —Ange se encogió de hombros y se dispuso a llenar su vaso con el líquido que contenía una de las jarras de jugo de frutas—. Ya nos enteraremos.

—Supongo. —Andy metió las manos en los bolsillos de su pantalón y dibujó un diseño invisible con la punta de uno de sus pies sobre el suelo—. Ange, yo quería saber si... —Las dudas lo inundaron de golpe. Algo no parecía correcto, a decir verdad, algo faltaba allí. ¿Chispas? ¿Fuegos artificiales? ¿Mariposas en el estómago? ¡Maldición! Tenía que dejar de leer esas malditas novelas románticas a las que era adicto. En realidad, no entendía cómo es que era heterosexual con una mentalidad tan de chica.

—¿Qué? —preguntó Ange para luego dar un sorbo a su bebida. Lo miraba como si estuviera hablando con un ser un tanto desquiciado, suponía que eso parecía ante sus ojos oscuros en ese preciso instante.

—¿Te gustaría salir un día de estos conmigo? —soltó de sopetón y antes de arrepentirse.

—¿Como una cita?

La pregunta fue como un baldazo de agua fría. Quedó estupefacto mientras su mente le gritaba: «¡NO!

¡No es una maldita cita! ¡Ella no es la indicada!».

¿Entonces quién lo era? ¿Y por qué no? Hacía meses que no salía con nadie. Nick tenía razón, no conocería a ninguna mujer si continuaba recluso en su apartamento leyendo novelas románticas, viendo películas de zombis y jugando juegos en línea con otros *excéntricos* por llamarlos de alguna manera, como él. Y Ángela era preciosa, una mujer adorable y encantadora, responsable... y así podía seguir la lista de calificaciones positivas sobre ella. Entonces, ¿por qué demonios no?

—Claro.

—Arreglo para que mi mamá cuide de Miranda y lo hacemos. —Ella le sonrió con tanta dulzura, sin embargo, él tuvo que reprimir un gemido angustioso por dentro.

—Genial. —«Desastre. Estúpido». Obligó a su mente del infierno a callarse. Tenía una cita con una mujer al fin, así que la mandó a que hiciera lo suyo y que comenzara a agradarle la idea de Ange como algo más que una amiga.

Gabe no podía quitarse de la mente la risotada de Brian en su cara y la expresión graciosa de Nick. No podía ser cierto, ella no estaba enamorada de él. No había vivido las últimas semanas en una tortura constante pensando en que amaba al *abogaducho* cuando, en realidad, ella lo amaba a él, ¿cierto? ¿Acaso era tan estúpido? Escenas le daban vuelta en la cabeza: la vez que lo acompañó a la entrevista con el abogado y conocieron a Stef, cuando la llamó y vino a su rescate en un ataque de berrinche de su sobrino, la salida que habían compartido los tres... Tantos hermosos momentos en los que ella había estado allí para él sin pedirle nada a cambio. Sí, le había dado un cheque considerable para saldar la deuda de la residencia geriátrica en la que se hospedaba su madre, pero casi había tenido que obligarla a aceptarlo y solo lo había hecho como un adelanto del pago por la remodelación de su casa.

En el instante en que ella abrió la puerta, se metió dentro de su apartamento sin darle la oportunidad de que lo echara y la enfrentó.

—¿Acaso me amas? —preguntó de sopetón.

—¡Vete!

La aferró por los brazos y la zarandeó apenas para que alzara la vista hacia él.

—¡Maldición, contéstame! —la instó sin soltarla.

—¡No! ¡Vete! —le gritó de nuevo y de pronto se aferró al cuello de su camiseta con los puños, arrugándolo entre sus dedos—. Te quiero fuera —susurró y se desmoronó contra su torso.

—Ey, vida, ¿estás bien? —Ella negó con la cabeza como si le fuera imposible hablar y todo su peso cayó sobre él—. ¡Morrigan! —exclamó con desesperación al ella derrumbarse, por lo que se apresuró a apresarla. Su cabeza caía laxa hacia atrás y constató que se había desmayado. La elevó en sus brazos con el corazón palpitándole a mil por hora y la depositó sobre el lecho—. Morrigan, despierta, amor. —Le acarició el rostro y le golpeteó con los dedos una mejilla sin que hubiera reacción alguna. —Corrió hacia la cocina y revisó el refrigerador hasta dar con un par de aquellos envases de jugo—. Toma, vida. —Le pasó un brazo por detrás de los hombros y la elevó un tanto para poder posicionarle el sorbete entre los labios. Esperó, pero ella no despertaba. Su espanto comenzó a crecer al inundarse con imágenes de su



padre tirado en el suelo del estudio de su casa y de su madre dormida de por vida en su cama después de haberse tomado un frasco de psicofármacos—. ¡No puedes hacerme esto, Morrigan! ¡No puedes morirme tú también! —El pánico se apoderó de él y toda capacidad de raciocinio lo abandonó.

Ella yacía sobre el lecho con aquel rostro desprovisto de expresión, como si ya estuviera sin vida. Posó dos dedos en su cuello en búsqueda de su latido y percibió uno muy tenue. El temor se acrecentó en él y aún más cuando la subida y bajada de su pecho comenzó a espaciarse cada vez más y sus costillas se notaban con cada respiración, como si tuviera dificultad para hacer llegar el aire a sus pulmones.

Sacó el móvil del bolsillo de su pantalón con una mano temblorosa y marcó el nueve once. Una vez que se apresuró a explicar la situación y realizar los chequeos que le pedían mediante la llamada como un autómeta, volvió a marcar un nuevo número. No podía hacerse cargo de esta situación. No podía volver a perder a otra persona que amaba. Agarró un nuevo envase de jugo de frutas y volvió a posicionar el sorbete entre aquellos labios carnosos, tratando que algo del líquido entrara por ellos y la despertara como si se tratara del elixir de la vida y no de simple jugo de naranjas envasado.

## Capítulo 35

—¿Dónde está? —preguntó Brian apenas Gabe abrió la puerta del apartamento de Morrigan. Sus ojos parecían querer aniquilar a quién fuera con tal de dar con la joven.

—En el cuarto —contestó Gabe. La boca la tenía arenosa, similar a haber caminado en medio de una tormenta por el desierto—. El médico de urgencias está con ella. —El abogado no esperó a que finalizara de hablar y corrió por el pasillo hacia la habitación. Nicholas enfocó la mirada en él antes de proseguir tras su novio, y Gabe no tuvo más opción que también seguir el mismo trayecto que los dos hombres.

Al menos ya había alguien que se encargaría de Morrigan. Se apoyó en la pared junto a la entrada al cuarto, observando cómo Brian la arropaba entre sus brazos y Nick se sentaba al otro lado de ella. A ambos se los veía preocupados, sin embargo, Mor no le quitaba los ojos de encima a él. Tenía tanta carga de seriedad en su mirada, como si supiera lo que estaba por hacer y lo más probable era que lo hiciera.

El médico se acercó a comunicarle algo, pero no escuchó ni una palabra de lo que el facultativo le explicaba.

—¿Qué?

—Me parece que debería ser ingresada —reiteró el hombre vestido con una bata blanca y con un estetoscopio colgado del cuello.

—¿Ingresada? —¿De qué le hablaba el médico?

—Al hospital, para mayor evaluación de su estado. Tuvo un *shock* hipoglucémico importante. Pudo haber tenido un resultado grave.

—Bien —aceptó y asintió un poco desorientado con la situación.

—¡No! —exclamó Mor desde el lecho. Se había elevado un tanto y Brian le acomodaba una almohada por detrás de la espalda—. Me controlaré con mi diabetóloga. —Clavó los ojos en los suyos con total desafío—. No necesito ir al hospital.

—Señorita Forrester —prosiguió el médico con suma calma y paciencia—, sería lo más conveniente para tenerla bajo observación. —Ella negó con la cabeza con gran énfasis—. Bien. —Se dio por vencido el facultativo—. Le escribiré unas líneas sobre lo ocurrido para que lo lleve a su consulta, pero debe hacerlo con celeridad.

Ella asintió, y cuando Brian le pasó un brazo por detrás de los hombros y se acomodó pegado a ella, Gabe sintió un revoltijo en el estómago. Tragó la bilis con dificultad y acompañó al médico a la salida. Luego retornó y, con lentitud, tomó su chaqueta negra que descansaba sobre una cómoda estilo Luis XV patinada en un verde agua. Se la puso como si cada movimiento le costara su reserva total de energía.

Se enfocó en aquellos ojos gatunos que lo observaban con fijeza.

—¡Gabriel! —exclamó ella en cuanto él se dio media vuelta, disponiéndose a marcharse. Se detuvo con los hombros tensos, los sentidos anestesiados y las emociones atribuladas—. No puedes irte. No te

atrevas a dejarme —dijo con voz ahogada y cargada de tristeza ante lo que él suponía que ella ya percibía avecinarse.

Gabe traspasó el umbral, haciendo caso omiso de su ruego, y caminó por el corto corredor hacia la puerta de entrada. A medida que se alejaba escuchó el grito femenino: «¡Cobarde!». Una fuerte mano lo aferró del brazo y lo volteó tan rápido que estampó su espalda contra la pared.

—¿Qué mierda te pasa? ¿Te vas? —masculló Brian, destilando odio en cada sílaba. Pues a él tampoco le gustaba el tipo, así que podía decirse que estaban a mano.

—Ya estás tú aquí para hacerte cargo —soltó y se deshizo de la mano que aún lo agarraba con fuerza.

—Ella no me quiere a mí —escupió el abogado—. Ella no me *necesita* a mí.

—Yo... —Gabe agachó la cabeza y la sacudió de un lado al otro. Le costaba que las palabras abandonaran sus labios. Toda actitud beligerante se esfumó en la misma rapidez que lo había encontrado, sus hombros se derrumbaron con una postura de pura impotencia y derrota. Era tal la angustia que sentía dentro que parecía que unas garras quisieran desgarrarlo en su interior buscando la salida por su alma y corazón—. No puedo —finalmente logró emitir.

Una mano se posó sobre su hombro, pero a diferencia de antes, no tenía intención combativa, sino que parecía brindarle apoyo y sostén.

—Ey, ya todo está bien. —Brian le colocó la otra palma en la mejilla hasta alzarle el rostro y poder observarlo a los ojos. Y lo que Gabe encontró en la mirada azulina lo sorprendió, había bondad en ella. En esa mirada que hasta el momento había sido la del hombre que le robaba a la mujer que ansiaba para él mismo.

Las imágenes de Mor derrumbándose contra él, cargándola en brazos y depositándola en el lecho como si ya no tuviera vida, no pudiendo despertarla, al igual que tantos años atrás había intentado hacer con su padre y luego con su madre cuando ya era demasiado tarde. Ese terror lo había invadido nuevamente. Su mente le gritaba que ya no había nada que hacer, que la había perdido, había llegado tarde de nuevo. Su padre acostado en el suelo de su estudio, él le había hecho RCP, pero no había funcionado de todas formas. Su madre en su cama, como si tan solo tomara una siesta, y un frasco de pastillas vacío en su mesa de noche. Más y más imágenes de terríficos eventos se propulsaban en su cerebro sin que pudiera detenerlas.

—¡Claro que no! —estalló. Aferró a Brian por las solapas de su saco y lo presionó contra la pared—. ¡Parecía muerta en mis brazos! —Su respiración se tornó errática y superficial, su corazón se disparó de una forma muy diversa a como ella lograba que se disparase. Era como si una negrura lo consumiera y pequeñas luciérnagas bailotearan frente a sus ojos, lastimando sus pupilas con su brillantez—. Yo no puedo con esto —susurró, agotado a causa del torbellino emocional—. Realmente, no.

Brian posó una mano en cada curvatura que unía su cuello y sus hombros y lo sostuvo con firmeza, como si temiera que cayera en cualquier segundo al suelo.

—Te dejaré ir, Gabe. Sé lo que sienten uno por el otro, puedo ser un poco lento, pero no del todo ciego.

—Brian, yo no puedo. Casi... muere.

—Lo sé —le presionó un tanto el agarre en él y Gabe conectó la mirada con la azulina—, pero no lo

hizo.

—No puedo perderla. Sencillamente, no puedo... Tengo... ¡Maldición, no logró respirar!

De pronto, el abogado, con el que había discutido horas antes y el que supuestamente poseía el corazón de la mujer que él amaba, lo rodeó con sus brazos en un abrazo ceñido, y esto lo conmovió hasta lo más profundo de su ser.

—Ve. Arregla esa mente embrollada que tienes para creer que el irte es no perderla —susurró Brian en su oído—. Y cuando tengas tus ideas y sentimientos en orden, vuelve. Ahora solo concéntrate en que el aire entre y salga de tu boca.

—Tienes que asegurarte de que pida una cita con...

—Si no lo hace, la llevaré a rastras a ver a su médico.

Gabe hizo lo impensable. Llevó los brazos alrededor del torso del abogado y ancló las manos a la espalda de este.

—Gracias —musitó casi en un murmullo imperceptible y se desprendió del hombre de cabello castaño claro.

Brian asintió y le mantuvo la puerta abierta para que huyera.

## Capítulo 36

Los días de la semana pasaron con una lentitud abrumadora en los que Gabe ni Mor se topaban uno con el otro a pesar de trabajar a tan solo unos pasos de distancia en la fábrica de él, como si se evitaran mutuamente. Tal vez lo hacían, al menos Gabe tenía claro que él sí había hecho de ello su principal objetivo.

Unos golpes en la puerta de su oficina improvisada lo sacaron de su ensimismamiento e hicieron que su corazón cobrara vida a causa de la anticipación de ver a su gata de cabellos de fuego. Sin embargo, la cabeza que apareció por la abertura tenía el pelo más oscuro, al igual que la tez, y lo principal, un sexo diferente.

—Carlos, ¿sucede algo?

—No, señor. Solo quería avisarle que hoy se terminará con la decoración. Están arribando las últimas piezas de mobiliario y quedará todo listo.

Todo listo. Es decir, que ya no la vería más. Claro que sí, tenía una deuda con él. Debía modificar la casa de sus padres, no podía desaparecer. A ver, ella no había desaparecido. Él lo había hecho, él era quien la evitaba.

—Gracias, Carlos.

—La señorita Mor me ha encomendado encarecidamente que lo obligue a revisar cada detalle para que usted nos dé su visto bueno.

—Bien, en unos minutos iré.

Gabe se acercó al hombre encargado de la obra al no estar presente Morrigan y lo palmeó en la espalda.

—Carlos, hazme el *tour* por mi nueva fábrica.

No era como si Gabe no hubiera visto los cambios en la entrada o en la planta de oficinas cada vez que se metía en el cuarto de limpieza. Su despacho había sido lo último en terminarse, por lo que aún no había visto lo que se había hecho allí, y esa era la causa de que aún trabajara sentado en el suelo en aquel cuartucho sin ventilación y comodidades apropiadas.

Se impresionó con los toques modernos y minimalistas que le había dado a su despacho. Parecía más luminoso con los colores claros y pasteles en las paredes que ahora estaban pintadas en un tono tierra natural según le informó Carlos. Gabe no tenía ni idea del nombre de la paleta de colores utilizada, aunque siempre podría preguntarle a Alex. El único pintor que conocía.

Su horrendo y exuberante escritorio antiguo había sido reemplazado por uno de líneas simples y rectas, de color blanco. Su sillón ahora parecía mucho más cómodo que aquel estilo antiguo con ruedas y con un respaldo que se le incrustaba en la espalda.

Los cuadros de sus antepasados habían sido relegados por unos de diseños abstractos con pinceladas

de diversos colores que suponía que no formaban ninguna imagen. Hizo una nota mental de luego preguntarle a Alex para no aparentar ser un ignorante en la materia.

—¿Qué le parece, señor Gabe?

¿Qué le parecía? ¡Le encantaba! Ella había hecho un trabajo exquisito. Lo había decodificado a él, como si lo hubiera desgranado a migajas para desentrañar lo que hubiera en su interior y hubiera vertido todo lo descubierto en la personalidad que reflejaba ahora su sitio de trabajo.

—Me gusta —fueron las escuetas palabras que no asemejaban para nada lo que sentía revolucionarlo por dentro.

—La señorita Mor también me dejó estos planos para que usted los revisara. —Carlos le acercó un iPad y le mostró una imagen. Gabe, primero, no entendía por qué debía revisar esos bosquejos hasta que se percató que se trataba de la casa de sus padres. Eran las modificaciones que ella tenía planeado ejecutar, especificaba las paredes que quería quitar y luego había unas muestras de las decoraciones que proyectaba realizar en cada área.

Definitivamente, Morrigan pretendía renovar el lugar para que no tuviera ninguna semejanza con el actual, y eso era lo que él ansiaba. Ella lo captaba tan a la perfección que un calorcito lo inundó por dentro y se propagó como si le hubieran echado gasolina convirtiéndolo en un incendio descomunal. Quería verla, anhelaba tenerla frente a él, acunar su rostro y comerle la boca como un poseso. Sin embargo, la expresión dolida de Mor cuando la abandonó no dejaba de rondarle en la mente, como si le diera caza a la menor oportunidad.

Al pasar los diseños, imágenes de él y Stef correteando por la nueva casa invadieron su mente. Pero no se encontraban ellos solos en ellas, sino que Mor también los acompañaba. Ella estaba en cada espacio y descubrió que eso lo entusiasmaba. Quería que ella hiciera esa casa, pero no solo que se limitara a la remodelación, sino que se apropiara de ese hogar junto a él.

—¡Vamos, princesa! Ahora es cuando lamento no tener un coche automático —se carcajeó Mark en cuanto el automóvil se detuvo con un sacudón. Otra vez. Enseñaba a conducir a Keyla en el espacio de estacionamiento del parque Jacob Riis, en Queens, un sitio amplio y con pocos vehículos a esa hora de la mañana.

—¡Basta! —protestó la joven con los dedos agarrotados al volante—. Sabes que es difícil a mi edad.

—Ah, cierto. Me olvidaba que estaba junto a una ancianita. Deja las tonterías. Primero, olvidaste revisar la posición de los espejos, no puedes ver a los lados ni atrás, dado que están puestos para mi altura, princesa.

—Oh, eres detestable como profesor —masculló Keyla, pero se dispuso a hacer lo que él le marcaba—. ¿Lo sabías?

—Hmm, y lo adoras —dijo el hombre con aquella voz aterciopelada—. Manos a las diez y diez o dos menos diez, como gustes. Bien, revisa que la palanca de cambios esté en punto muerto. —Keyla bamboleó la palanca como él le había enseñado—. Ahora, gira la llave de encendido. Pon primera. Presiona el embriague a fondo y ve elevando el pie a medida que con el otro presionas suavemente sobre

el acelerador. —El automóvil avanzó dos pasos y con un ruido y un sacudón, volvió a detenerse—. ¡Suavemente!

—¡Nunca aprenderé! —Se cubrió el rostro con las manos y suspiró—. Soy un desastre.

—Claro que no. —Mark le pasó una mano por la cabellera acaramelada—. Es tu primera clase. Estás haciéndolo muy bien.

—Mentiroso. Solo quieres darme ánimos.

—Es cierto, princesa. —Le elevó el rostro de entre sus manos y le sonrió con confianza—. Es solo cuestión de práctica. En unas cuantas lecciones más, estaremos dando vueltas en este estacionamiento sin problemas. Y quizás en un mes puedas sacar tu registro de conducir.

Los ojos violáceos se iluminaron y el corazón de Mark se disparó como siempre que contemplaba a la mujer que amaba.

—¿En serio? —Una sonrisa de oreja a oreja se dibujó en el rostro de Key—. Entonces me prestarás tu automóvil cada vez que quiera, ¿verdad?

—Eh —Mark se removió, incómodo, en el asiento—, ya veremos.

—Oh, eres odioso. —Se carcajeó Key.

Mark la tomó de la barbilla y unió sus labios en un breve beso.

—Concéntrate en encender el coche, princesa. Lo demás lo iremos viendo.

—Necesito un descanso —bufó la joven—, estoy toda transpirada. —Mark deslizó la mirada por aquella figura delgada que apreciaba tanto y la boca se le hizo agua de tan solo imaginarla sin la camisola rosada con intrincadas ramas y pequeñas flores que llevaba puesta—. No creía que aprender a conducir fuera tan estresante. Tengo todos los músculos agarrotados.

—Oh, yo me propongo como masajista cuando quieras. —Le pasó una mano por detrás del cuello hasta llegar a su hombro y la demoró allí.

—¿Ah, sí? —Ay, su princesa batió las pestañas de esa manera seductora que lo puso a mil en medio segundo.

—Cuando quieras —contestó con voz ronca.

—Te tomo la palabra.

—Bien. —Se removió en el asiento, pero esta vez para acomodar la intensa erección que se notaba en sus pantalones—. De nuevo. Palanca en punto muerto, ahora en primera. Gira la llave, pies en posición y alza levemente el del embriague mientras presionas con suma suavidad el del acelerador.

El motor del automóvil cobró vida con un ronroneo y se deslizó por el estacionamiento desierto. Keyla lanzó un grito de júbilo al dar un giro amplio sin que el vehículo se detuviera.

Al cabo de unos veinte minutos, tomaron un descanso en las lecciones. Keyla no podía creer lo tensa que estaba de tan solo sostener el volante, pero había logrado dar unas cuantas vueltas y la felicidad le brotaba por cada poro.

—Mmm, ¿Mark?

—¿Sí, princesa?

Estaban recostados en sus asientos, relajados, mientras miraban el parque que tenían enfrente y cómo

iba llenándose de gente de a poco a medida que el sol se elevaba.

—Quiero comentarte algo.

Mark se giró hacia ella ante la seriedad con la que había hablado.

—Dime.

—No es algo mío.

—¿Un secreto? ¿Jugoso? ¿De quién? —preguntó en tono de broma.

—¡Calla! —Key sacudió la cabeza de un lado al otro. Mark siempre le robaba una sonrisa y esta vez no había sido diferente—. No es un secreto, o eso creo. Es que me parece que deberías interceder.

—Basta de juegos, Key. —Él la tomó por la barbilla y le dirigió el rostro hasta que encarara el suyo—. ¿De qué hablas? Me asustas.

—Morrigan tiene una cita hoy.

—Ah, ahora lo entiendo. —Mark la soltó y se acomodó en el asiento con la vista fija en el cielo despejado a lo lejos—. Yo esperaba que quizás entre Gabe y ella... ¿Te has dado cuenta de que algo sucede entre ellos? —Keyla asintió y aplanó los labios en una línea—. ¿Y crees que yo debería hacer algo, eh..., para interrumpir esta cita? ¿Cómo tal vez hacer que cierto hombre cabeza dura entre en razón?

—Bueno, se me pasó por la mente que lo hicieras. —Key le pasó un dedo por la mejilla rasposa por la barba incipiente al no haberse afeitado aún esa mañana—. Ella no me ha querido contar qué ocurrió entre ellos, pero está muy enfadada con él. Y... está dispuesta a que esta cita de hoy sea la definitiva.

—Lo dejaré para después —dijo y atrapó su dedo en su palma para darle un breve beso en la yema—. Ahora mismo tengo una lección que dar, ya se terminó el recreo.

—¡Vamos, Mark! —exclamó Key, conformando un mohín en sus labios y esbozando un ruego en su expresión—. Fueron tan solo cinco minutos.

Mark se mantuvo serio y endurecido ante el ruego de la mujer que amaba. Estaba más que decidido a que aprendiera a conducir de una buena vez. Sabía lo que ello implicaba para ella. Le había comentado en una oportunidad que siempre había esperado que fuera su padre quién le enseñara y Mark suponía que, bien en el fondo de su ser, Key todavía esperaba que el viejo lo hiciera. Solo que ambos sabían que Hayworth jamás se dignaría a hacer lo que se esperaba de un padre, solo lo de un hombre con una roca por corazón y el signo de dólar por ojos.

—Punto muerto, pies en su sitio, gira la llave y primera —ordenó con una falsa voz de mando.

—Como odio que no tengas un automático —bufó Key y siguió las instrucciones al pie de la letra.

—Gabe, me alegra que vinieras —saludó Mark a su amigo apenas este ingresó a su apartamento—. Y tú también, pequeño Stef. —Mark se agachó y revoloteó el cabello oscuro del niño que le sonreía de oreja a oreja. Se sorprendía cada vez que lo veía ante la gran semejanza del niño con su tío, como una versión infantil de Gabe. Luego se alzó sobre sus pies mientras el pequeño jugueteaba con Tabitha—. De hecho, iba a llamarte.

—Lo podemos dejar para después. Ahora tengo que dar con Morrigan. Es urgente. —No podía estar más asombrado con la expresión desencajada y ansiosa de Gabe. Mark podría asegurar que era la



primera vez que lo veía en tal estado—. La estuve llamando todo el maldito día a su móvil...

—Ha tenido inconvenientes con él.

—Lo sé, a duras penas logra recibir una llamada —se quejó el hombre al adentrarse en su *living* con él por detrás—. Y también pasé por su apartamento un par de veces.

—¿Un par de veces? —preguntó Mark y tuvo que hacer un gran esfuerzo para contener la sonrisa sin lograrlo realmente. Tenía que concederse que al menos no había soltado una carcajada y más ante el semblante irritado del hombre que se apostaba frente a él con las manos en las caderas.

—Sí —afirmó, tajante y con una seriedad mortífera que decía «no me jodas»—, tampoco estaba allí.

—Qué extraño —Mark se rascó la barbilla a la par que elevaba la mirada al cielo raso—, debería estar preparándose.

—Preparándose, ¿para qué? —preguntó con brusquedad el chocolatero.

—Su cita. —El rostro de Gabe se transformó en un milisegundo. Sus ojos se tornaron de acero y parecían querer aniquilarlo, despellejarlo, desmembrarlo, lo que fuera mientras se tratara de un procedimiento en extremo doloroso y prolongado. Mark alzó las manos en son de paz—. Ey, viejo, para eso quería llamarte.

—¿Mor tiene una cita? ¿Pero no es tu novia? —cuestionó Stef con la propia inocencia de un infante. Se hallaba arrodillado sobre el sofá con Tabitha acomodada panza arriba para que el niño se la acariciara. Sus ojos se posaron bien abiertos en su tío. Tenía aquella carita de pura ingenuidad que aún no captaba lo que sucedía en el mundo adulto ni sus intrincados malos entendidos.

Gabe suspiró y tomó asiento junto a su sobrino. Posó una mano en la cabeza del muchacho y lo atrajo a su costado.

—Es mi culpa —confesó al clavar los ojos en aquellos igual de grisáceos que los suyos—. La defraudé y me ha estado evitando en las últimas semanas.

—Tendrás que enmendarte —dijo Mark al dejarse caer en el sofá en diagonal a ellos, ya sin burla de por medio. No sabía bien qué había sucedido en el pasado ni en los últimos meses entre Gabe y Morrigan, solo que su amigo había cambiado y era gracias a la pequeña pelirroja—, eso puedes hacerlo.

—No sé. —Gabe negó con la cabeza y soltó una exhalación profunda a la par que acariciaba el cabello de su sobrino—. Quizás ya sea demasiado tarde.

—¿Mor está enojada contigo? ¿Ya no nos quiere? —preguntó Stef al borde de las lágrimas.

—Claro que nos quiere, Stef. —Gabe se elevó, se arrodilló a los pies del niño y lo tomó por las mejillas—. Solo que he me he portado mal con ella, pero vamos a recuperarla. Te lo prometo. Solo tengo que averiguar dónde será esa cita.

—Ah, creo poder ayudarte con eso. —Mark estiró los labios hasta conformar una sonrisa un tanto picara—. ¡Keyla! —exclamó hacia la puerta de su habitación.

—¡Solo cinco minutos más! —gritó una voz femenina a lo lejos.

—Está cambiándose —explicó Mark, y Gabe volvió a su asiento—, también tenemos una cita. Uno con el otro, claro. Vamos al festival de cine noruego...

—Ay, gracias que existe Keyla y que ya no tengo que acompañarte a tales torturas.

La sonrisa de Mark se borró en el acto y achicó los ojos hasta que se transformaron en dos rendijas que prometían venganza por esa última frase.

—Ah, hola, Gabe, Stef. —Key se acercó a ellos vestida en una hermosa túnica en color borra vino con unos picaflores en tonos verdes, y la ceñía a su cintura con un cinto violeta como sus ojos. Llevaba el cabello acaramelado trenzado sobre un hombro, y la visión de su mujer hizo que Mark olvidara la ofensa que le había efectuado su amigo—. No sabía que estaban aquí.

—Princesa —Mark la tomó por la cintura y la hizo sentarse sobre su regazo—, ¿dónde te dijo Mor que tendría su cita con aquel hombre de ensueño?

—¿Ella lo nombró de esa forma? —escupió Gabe con evidente irritación y a punto de explotar como una olla a presión. Se había inclinado hacia adelante, sentado sobre el borde del sillón con los codos sobre las rodillas y una expresión mortífera, preparado para saltar sobre sus pies en cualquier segundo.

—Bueno —mencionó Key y extendió una mano para comenzar a contar con sus dedos. Oh, su princesa era muy malvada en ciertas oportunidades, como esta en la que disfrutaba en hacer sufrir a Gabe por haber dejado marchar a Mor—, en realidad, dijo que era bastante prometedor y atractivo y...

—Ya entendí el panorama. —La cortó Gabe con un gesto de su mano y, por lo que Mark podía observar, al límite de su paciencia—. ¿Sabes dónde tendrá lugar?

Oh, el rostro del hombre cuando oyó el nombre del pequeño restaurant italiano en el que tantos novios se habrían declarado a sus parejas era de película. ¡Ay, qué pena no haber tenido su móvil cerca o su Nikon para perdurar el instante en una fotografía! Había puesto tal expresión de horror y abatimiento que si no fuera porque realmente sufría, Mark hubiera estallado en carcajadas.

El sitio del encuentro era uno de esos lugares con luces tenues y velas en las mesas, tan románticos que resultaba empalagoso. Tal vez debería llevar a Keyla a cenar allí. Tal vez debería pensar en comprar un anillo antes. Eso le daba algo en qué meditar. Xavier había dado el gran paso con Charlie, Brian le había pedido matrimonio a Nick y ahora estaban comprometidos, Alex y Sam...

Bueno, sabía que ellos no se casarían debido a la mala experiencia de ella en su matrimonio, y eso era algo que Mark compartía con la mujer. Sam aún sentía terror a ese tipo de compromisos, sin embargo, ella y Alex se habían mudado juntos, en definitiva, habían dado un gran paso a su manera. Quizás fuera el momento de Key y él de hacerlo también.

## Capítulo 37

Parker parecía ser el hombre ideal, el que había estado esperando todo aquel tiempo: guapo, carismático, gracioso, agradable, buen conversador y también la escuchaba con atención. La tenue luz de la vela en la mesa bailoteaba sobre sus atractivas facciones y hacía que su cabello castaño y sus ojos dorados resaltasen.

Llevaba la conversación sin inconvenientes y con soltura y se mostraba en extremo interesado en ella, sin llegar a ser un pesado o inmiscuirse demasiado en su vida con preguntas impertinentes. Era moderado, pero dejaba entrever su interés.

Tal vez después de tantos tropiezos con el corazón, este sería el hombre que finalmente la cautivaría. Solo que la magia parecía no estar sucediendo. Mor le sonrió ante un comentario sobre una anécdota graciosa en su trabajo como hombre de la ley, dado que era inspector de policía. Un hombre común y corriente, con un trabajo excitante, pero al mismo tiempo normal y cotidiano. Parker era divorciado y padre soltero de una niña preadolescente, puesto que la madre de la pequeña había desaparecido del panorama apenas había cumplido los dos años de edad.

Mor tenía la barbilla apoyada sobre el revés de su mano y los ojos posados en su cita, sin embargo, su mente no hacía más que divagar. Imágenes de Gabe la sacaban de la armonía que había logrado a lo largo de la cena, pequeñas escenas protagonizadas por aquel hombre de cabellos negros y ojos como témpano de hielo la poblaban. Gabe riendo, Gabe frunciendo el ceño, la voz de Gabe cuando la había llamado desesperado sin saber qué hacer con su recién descubierto sobrino... Stef, oh, ese adorado niño que tanto extrañaba y tan parecido a su tío. También imágenes sobre el pequeño la invadían y hacían que su corazón sangrara.

De pronto, su mirada se alzó y tío y sobrino se materializaron en la entrada del restaurante como por arte de magia. Parpadeó un par de veces, quizás su mente le jugaba una mala pasada, pero no. Estaban allí y Gabe se encaminaba hacia ella con Stef en sus brazos, evidentemente dormido. El niño abrazaba a su tío y tenía su rostro apoyado en el hombro de este.

Gabe se detuvo junto a su mesa, lo que hizo que Parker se callara y le dirigiera una mirada interrogativa al recién llegado. Mor pudo precisar todos los instintos policiacos del hombre surgiendo en el acto al escudriñar al hombre extendido a su lado. Ambos de saludaron con un movimiento de cabeza, y luego Gabe posó su mirada acerada en ella.

—¿Podemos hablar?

—Estoy ocupada en este momento.

Parker posó una palma sobre el revés de su mano y Mor contempló la fugaz irá que había invadido la vista del chocolatero por unos breves segundos antes de girarse hacia su cita.

—Ve y habla, Morrigan. Seguiré aquí mismo cuando regreses —prometió el policía. Sus ojos dorados eran cálidos y transmitían cierto entendimiento de la situación si eso era posible. Oh, el hombre era un encanto, pero su corazón palpitaba por ese otro que la observaba con el ceño fruncido y como si fuera un

toro a punto de embestir una manta roja.

Gabe cerró sus manos en puños sin dejar de sostener a su sobrino contra su torso. Ese tipejo tocaba a su mujer como si tuviera todo el derecho del mundo a hacerlo. ¿Su mujer? Tenía ganas de lanzar una carcajada amarga al aire, estaba enloqueciendo y todo era su propia culpa por haberse alejado de la única fémina que lo había conquistado como lo había hecho Morrigan Forrester. Solo para comprobar que no podía ni siquiera respirar sin ella en su vida.

En cuanto ella se elevó del asiento, su corazón se disparó. La siguió unos pasos por detrás hasta la entrada del local.

—¿Qué quieres? —lo increpó en un siseo al apartarse a una esquina del *hall* de recepción—. ¿Acaso no ves que estoy...?

—¡Sí! —gritó él en un susurro contenido—. ¡En una de tus malditas citas!

—Como dije, estoy ocupada.

—Ya lo veo —escupió sin resquicio de civilización.

Gabe cuadró los hombros y trabó las mandíbulas. Nada estaba saliendo como lo había imaginado. Exhaló un profundo suspiro y trató de retener sus instintos cavernícolas.

—Mira, solo vine a decirte que estaba equivocado.

La expresión de ella pasó de la exasperación a estar desorientada.

—¿De qué hablas?

Gabe hizo una profunda inhalación para darse el valor necesario.

—Sí puedo enamorarme.

—Solo que no de mí, ya lo dejaste en claro en otra oportunidad, Gabe. —Él tuvo la sensación como agua escurriéndosele entre los dedos, así parecía ella ahora. La perdía y no sabía cómo recuperarla—. No necesito esto ahora.

—¿Sabes cómo lo sé, Mor? Pregúntame —suplicó mientras enrollaba uno de aquellos rizos rojizos en un dedo a la par que equilibraba al niño dormido contra él.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó, en un murmullo, su adorable gata de fuego.

—Porque te amo —confesó y le ahuecó la mejilla con una palma. Los ojos almendrados con espigas verdes de Mor se empañaron—. Me he enamorado de ti en estos últimos meses y ya no quiero sufrir más, vida.

—Tú me abandonaste.

—Temía perderte.

—¿En qué lógica cabe que abandonarme significa no perderme?

—Lo sé, soy un auténtico idiota, lo reconozco. —Hizo una pausa sin desviar la mirada de aquella felina—. Cuando te vi desmayada en mis brazos —hizo una breve pausa y tragó el nudo en su garganta—, pensé lo peor. Temí que murieras y que te perdería como a las personas más importantes en mi vida. Sabes que hallé a mi padre y luego a mi madre ya muertos. Cuando no lograba despertarte... Creí que te perdía, Mor —finalizó en un susurró y vislumbró la tristeza en el rostro femenino. Sabía cuánto le costaba a ella mantenerse estoica frente a lo que le acaba de decir, pero él la había herido en

profundidad.

—Me apartaste de ti —susurró con angustia plasmada en su voz.

—Sí, vida, lo hice. —Apresó su mano en la suya—. Soy tan egoísta y lo siento.

Las personas que entraban en el local y esperaban a que les asignaran una mesa los observaban con atención. Gabe suponía que daban un espectáculo, pero poco le importaba. Estaba concentrado en la joven que tenía enfrente y que se resistía a él y a las palabras que dejaban a su alma al desnudo.

—Como hiciste con tus amigos, ¿cierto?

—Vida, soy tan... necio.

—Sigue por esa línea y tal vez me convenzas. —Si tan solo fuera cierto, él tenía una larga lista de malas cualidades que podría enlistarle y también algún que otro insulto que lo representaría.

—¿Crees que lo logre?

—¿Sinceramente? —Ella soltó un largo suspiro, y pareció que el mundo a su alrededor se derrumbaría ante la sensación de fatalidad que lo rodeó—. No lo sé, Gabe. Me hiciste mucho daño. Quizás mi cuestión médica sea demasiado para ti, no va a desaparecer, es algo que viene conmigo.

—No lo es. —Le alzó el rostro por la barbilla, apenas con dos dedos, hasta que sus miradas se conectaron—. ¿Te has hecho ver?

Ella asintió y aplanó sus labios en una delgada línea.

—¿Y? —La preocupación ante su silencio acalló el resto de sus motivos para verla esa noche.

—Me han cambiado la dosis de insulina y mi diabetóloga quiere que pruebe unos parches. —Mor se deshizo del agarre en su mano e hizo un ademán de desestimación con esta.

Gabe volvió a apresar la mano femenina en la suya y jugueteó con sus dedos, sin llegar a enlazárselos.

—Ese hombre es... —Hizo un gesto en dirección al sujeto que los miraba con atención desde la mesa que ella había abandonado.

—Confiable. No es de la clase que te deja tirada en tu peor momento —contraatacó ella, directo al corazón, como un buen francotirador da en el blanco sin fallar.

—¿Prometedor? —repitió la palabra que recordó que había mencionado Keyla.

—¿Quieres la verdad? Sí, lo es. Estamos teniendo una velada muy agradable.

—Te quiero en mi vida —soltó de sopetón sin poderse contener por más tiempo, tiró el último salvavidas en medio de un naufragio y esperaba no ahogarse—. Te queremos en nuestras vidas —corrigió—. Stef no ha hecho otra cosa que preguntar por ti, Mor. Te hemos extrañado.

—Ah, ya entiendo. —De pronto la mirada felina se tornó fría y lo observó con desprecio—. Necesitas ayuda con el niño. Eso soy, ¿no? Una niñera.

—¿Qué? ¡No! Stef y yo podemos arreglárnosla solos, pero no quiero eso. Tú, él y yo hemos conformado...

Se detuvo en mitad de la frase. Era una locura, la historia entre Mor y él lo era. Se habían odiado, o al menos él lo había hecho por algo que le había contado un tipo despechado y una mujer que debía lidiar con las infidelidades de su marido. Había sido tan obtuso en su vida y ahora corría el riesgo de perder lo único bueno que se le había otorgado.

—¿Qué cosa? ¿Qué ibas a decir?

—Una familia, y no es lo mismo sin ti. —Volvió a ahuecarle la mejilla—. ¿Es que no comprendes que te amo? Sé que he renegado de ese sentimiento muchas veces y que he sido un...

—Cretino, prepotente, antipático...

—Sí, bueno, ya capté la idea. —Hizo una pausa y deslizó la mano por el rostro de Mor hasta dejarla caer laxa a su costado—. Mañana haremos la reunión en la antigua casa de mis padres con nuestros amigos como habíamos quedado, antes de que comiences con la remodelación. Me gustaría que vinieras.

—No lo sé. —Ella sacudió apenas la cabeza con expresión torturada.

—Al mediodía, trae traje de baño —continuó como si ella no hubiera hablado—. ¡Vamos, Mor! Sé que planeabas no volverme a ver. Ya le di las llaves de la casa a Carlos, me mostró los planos y los diseños y me encantan, pero no quiero tratar a través de él. ¿Qué tengo que hacer? Solo dime —suplicó ya sin importarle si se humillaba por ella, solo la quería de vuelta en su vida.

—Es que algo se rompió dentro de mí cuando te fuiste. —Cuando volvió a ver las lágrimas que se contenían en su mirada, se sintió perdido—. Te pedí que no lo hicieras. ¡Te rogué que te quedaras!

—Acabo de descarnar mi corazón ante ti, ¿eso no cuenta? —Entonces distinguió la desconfianza en el semblante femenino—. Ah, no crees lo que siento por ti.

—No estoy muy segura que sepas lo que significa amar a alguien.

La furia creció en él, no con ella, o sí, o con él, o con ambos. Una furia porque había abierto su alma como jamás lo había hecho y no había sido suficiente.

—No voy a discutir contigo, nunca me ha llevado a ningún lado —dijo, tajante—. Te espero mañana, si vienes significará que también me amas y me aceptas con todas mis malditas fallas. Y sí, son unas cuantas.

—Gabe...

—Mañana, Mor. —La cortó. No quería oír que ya no sentía lo mismo por él, que había perdido la oportunidad y la había perdido a ella. Ya se enteraría cuando al día siguiente ella nunca apareciera en la puerta de la casa de sus padres.

Morrigan se sentó frente a su cita, en el reservado del restaurante italiano, como una autómatas. Su mente aún daba vueltas ante la declaración de amor de Gabe. Porque eso había sido, ¿cierto? Le había dicho que la amaba una, no, dos veces.

—Ey, ¿quién era? ¿Tu ex y tu hijo? —preguntó Parker y colocó su palma sobre su mano. Ella dio un respingo ante el contacto inesperado al haberse olvidado del policía a su mesa—. Tranquila, Morrigan. ¿Algo va mal?

Mor sacudió la cabeza sin hallar las palabras, luego asintió y volvió a negar. Apoyó la frente sobre sus manos mientras descansaba los codos sobre la mesa.

—No lo sé. No es mi ex, o eso creo. Tal vez lo sea, tampoco lo tengo claro. El niño tampoco es mío o quizás ahora un poco sí —hablaba sin sentido aparente.

—Ya veo. —Parker se recostó en el respaldo de su asiento y con voz dulce le preguntó—: ¿Quieres contarme de qué se trata?

—Ay, Parker. —La conmovió ver el interés en el hombre y la preocupación por ella, una mujer que conocía hacía menos de una hora—. Es tan injusto contigo, esta es nuestra primera cita y...

—La última por lo que pude apreciar, Morrigan. —Él hizo un ademán con la barbilla hacia la puerta del restaurante—. Amas a ese hombre, y por la forma en que su mirada me taladraba a cada segundo, él también lo hace. Entonces solo queda preguntarnos, ¿qué haces aquí conmigo en lugar de ir tras el sujeto que amas?

—Tampoco lo sé, Parker. —Suspiró Mor y pegó la espalda contra el respaldo, dejando caer las manos sobre su regazo.

Él alzó las cejas al tiempo que unía los dedos de ambas manos frente a él sobre el mantel. ¡Maldición, que tenía expresión de policía! Parecía que podía leer cosas en tu rostro que ni uno sabía que estaban allí.

—¿Qué te dice esa cosa que palpita en tu pecho que hagas? —preguntó Parker después de un rato en que pareció meditar.

—¿Qué tenga una linda cita contigo?

—Pues que corazón inteligente —sonrió él ante su ocurrencia, y luego borró toda expresión de su cara—, pero en serio, Morrigan.

Morrigan se desinfló y agachó la cabeza.

—Que me deje de estupideces y reclame al hombre que amo y que parece que me ama también —murmuró sin alzar la vista a la dorada del inspector.

—¿Viste? —Él chasqueó con la lengua y le sonrió—. No era tan difícil.

De súbito, fue como si un interruptor de luz le fuera accionado y todo se aclarara en su mente. Mor se elevó de su asiento sin tener en claro a dónde se dirigiría. Se detuvo junto a Parker y le extendió una mano.

—Me gustaría estar en contacto contigo. No seré una candidata a novia, pero quizás podría ser una buena amiga.

—Eso me gustaría —él apretó la mano que le ofrecía entre las suyas—, además quiero saber cómo sigue tu historia. No todos los días se hace de celestino, ¿verdad?

Morrigan le dio un beso en la mejilla a la mejor cita que había tenido hasta el momento y salió del romántico restaurant para salir en búsqueda de su amor.

## Capítulo 38

—Entren, tengo una sorpresa para ustedes —saludó Gabe a Chez y Paul al abrir la puerta de madera maciza blanca en la entrada de la casa de sus padres en Scarsdale.

—Esta casa me trae tantos recuerdos —alegó Chez mientras daba un giro en redondo en el paso del recibidor al *living* con las manos en los bolsillos de su traje de baño tipo bermuda hawaiana estampada con flores rojas y celestes sobre un fondo claro.

—Pues véanla por última vez —anunció al cerrar la puerta—, la semana que viene comienzan las reformas y, por lo que he visto en los diseños, será totalmente otra.

—Bien por ti —dijo Paul y le pasó un brazo por los hombros. Él había elegido un traje de baño más discreto, en color azul oscuro, y una camiseta clara. En cambio Gabe traía una camiseta gris y un traje de baño negro con una línea lateral en azul—. Tienes que deshacerte de todos los fantasmas que habitan aquí.

—¡No me digas que está embrujada! —exclamó Chez con una expresión de horror—. Sabes que esas cosas no me gustan.

—Es una metáfora, tonto —regañó Paulie a su novio con un golpe en el antebrazo—. Las películas de terror lo hacen dormir con la luz prendida —susurró a Gabe, y este estalló en carcajadas.

—¡Ey, eso es privado! —se quejó Chez y se cruzó de brazos a la par que dibujaba un mohín con su boca—. Al final, ¿cuál es nuestra sorpresa?

—Pasemos al jardín —pidió Gabe y le deslizó un brazo por los hombros a cada uno, guiándolos hacia las puertaventanas del *living*—, todos están allí y ahí lo verán.

—¿Ver a quién? —preguntó Paulie.

—A Blake.

Chez se detuvo en seco.

—No el Blake Connor de la escuela, ¿cierto?

—Pues sí —contestó Gabe, extrañado con el semblante de animosidad de Chez—, ¿por qué? No éramos amigos, pero no recuerdo que lo odiáramos, ¿o sí?

—Yo lo odio —afirmó Chez con seriedad.

—¡Vamos, Chez! —se carcajeó Paulie para mayor desconcierto de Gabe, quien no comprendía qué sucedía—. No seas celoso.

—¿Celoso? —preguntó Gabe, y una de las comisuras se elevó en una media sonrisa al percatarse del asunto.

—Paulie suspiró toda la secundaria por el tipejo —explicó Chez y dio un largo suspiro—. Lo adoraba.

—¿En serio?

Paulie se sonrió con aquella expresión de falsa inocencia y se encogió de hombros.



—Solo déjale en claro que Paulie no está a su alcance —pidió Chez a Gabe con un dedo en alto, y Gabe no pudo menos que volver a romper en carcajadas.

Gabe los presentó a todos los miembros de S&P y a los que no lo eran oficialmente, pero que formaban parte de la familia, como Sarah, su esposo Max, su hija Gennie y su nuevo bebé.

Luego llegaron hasta donde se hallaba Blake, Alex y Mark. Saludaron a los dos últimos y separaron al primero un tanto para hacerlo.

—Blake, ¿recuerdas a Chester y Paulie? —cuestionó Gabe con diversión.

Paulie hizo un paneo lento por el físico esbelto de Blake, dado que todos los presentes vestían camiseta ceñida al cuerpo y traje de baño. No por nada el hombre había sido capitán del equipo de fútbol en la escuela. No era que fuera fornido y musculoso, sino que sus músculos estaban delineados y tenía los abdominales bien marcados. No era que Gabe sintiera alguna atracción hacia el hombre, pero podía apreciar lo que Paulie veía en él.

—Claro. Cuánto tiempo, chicos. —Blake extendió la mano para estrechar la de Chester y cuando fue a estrechar la de Paulie, Chez se aclaró la garganta y miró significativamente a Gabe.

—Cierto. —Gabe reprimió una carcajada—. Blake, Paulie está fuera de los límites —expresó con falsa seriedad.

—¿Qué? ¿A qué te refieres? —preguntó Blake desconcertado, y Gabe pudo precisar en el momento en que se percató porque sus ojos se abrieron de par en par y movió las palmas por delante de su torso—. Oh, no, no, yo no...

—Paulie es el novio de Chez —aclaró Gabe sin contener una risa divertida.

—Bien, está bien —continuó Blake—, yo no...

—Oh, Chez, ¿no me digas que no es adorable? —dijo Paulie al voltearse hacia su novio, quien también sonreía divertido—. Se ha puesto todo colorado y no logra formar una frase coherente.

—La verdad que tienes razón, Pau —concedió Chez—. Ya puedo ver el atractivo en esos ojos pardos y las mejillas ruborizadas. Un encanto de la cabeza a los pies. —Chez deslizó la vista por el físico de Blake como antes había hecho su novio, haciendo que el hombre se tornara rojo como un tomate maduro.

—Debo revisar la carne en la parrilla —informó Gabe—. Chicos, pórtense bien. Blake está necesitado de amigos.

—Oh, con que estás necesitado, ¿eh? —bromeó Paulie y lo tomó por un brazo a la par que Chez lo hacía por el otro.

—No te preocupes, nosotros nos ocuparemos de ti, ¿cierto, amor? —preguntó Chez a un aturdido Blake, y luego le encajó un sonoro beso en la mejilla que hizo que el hombre abriera los ojos de par en par e hiciera gestos a Gabe para que lo ayudara.

Sin embargo, la pareja se alejó a carcajadas y con su antiguo compañero de clases bien aferrado por cada uno de sus brazos, sin que tuviera posibilidad de escape.

Gabe se aproximó a la parrilla, atizó las brasas y dio vuelta los medallones de carne. Vagó la mirada por la cantidad de amigos, los del colegio y los nuevos. Su gran e inesperada familia que había encontrado por el camino de la soledad autoimpuesta como si fuera una especie de castigo. Observó que

algún tipo de intercambio tenía lugar entre Alex y Sam y Key, Mark, Sarah y Max. Los cuatro últimos abrazaban y besaban a la pareja y Gabe no pudo menos que cuestionarse qué sucedería. Ya les preguntaría más tarde, cuando terminara de asar los medallones y los pinchos de verduras. A los pocos segundos, Stef se acercó a él.

—¿Cuánto falta, tío? —preguntó el pequeños con la vista fija en la parrilla—. Tenemos hambre.

—Unos minutos más —anunció y removió las brasas.

—¿Tanto? —lloriqueó el niño, y Gabe estalló en carcajadas ante el mohín que hizo con su boquita. Volvió a atizar las brasas hasta que una llamarada rojiza llamó su atención. Alzó la mirada de la parrilla y allí estaba. La mujer que había revolucionado su mundo.

La primera que fue a su encuentro fue Keyla seguida por Mark, luego Sam, Alex, Andy, Nick, Fred... hasta que cada uno de sus amigos la habían recibido con un beso en la mejilla y amplias sonrisas.

Stef corrió hacia ella y se colgó de su cintura como si temiera que desapareciera de sus vidas de nuevo. Gabe sabía lo que significaba su presencia, y eso lo dejó aturdido y paralizado con el atizador en una mano y la pala para las brasas en la otra.

Ella elevó la vista y la clavó en él con una intensidad que lo mareó. Gabe pudo distinguir la vulnerabilidad y la incertidumbre que la invadía, las mismas emociones que lo embargaban a él.

—Ve —dijo Brian, quien se había acercado a su lado sin que lo notara. Gabe lo miró y tragó en seco—. Yo cuidaré la carne.

—Y yo procuraré que no la queme —anunció Nick, apostándose de su otro lado.

—¡Ey! —Brian le dio un pequeño golpe con el puño a su novio en el hombro.

—¿Qué? Eres terrible en la cocina, bebé. Temo por nuestros estómagos si te encargas de la parrilla.

Gabe miró a uno y otro y luego de nuevo a Morrigan, que había quedado parada delante de las puertaventanas de la galería que daban al living de la casa. Stef seguía anclado a su cintura, y ella lo contemplaba como si esperara que él... Que él, ¿qué?

Brian se volteó hacia él y le pasó un brazo por los hombros como si fueran íntimos amigos. Gabe conectó la mirada con la azulina. Tal vez lo fueran después de las situaciones que habían compartido, todas malas, eso seguro. Pero quizás algo se había formado entre ellos, no sabía si sería una amistad, alguna clase de lazo.

—Gabe, ve hacia Morrigan —lo sacó Brian de su ensimismamiento—. Ella necesita que vayas hacia allí.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué no haces que tu culo se mueva? —preguntó el abogado con una expresión divertida en su rostro.

—Creo que lo haré. Ahora mismo. —Gabe le entregó el atizador a Brian y la pala a Nick, les sonrió y se apresuró hacia la mujer que amaba. Salvo que antes de llegar a ella, Mor dio media vuelta y comenzó una carrera adentrándose en la casa con Stef pisándole los talones.

—¡Morrigan! —exclamó antes de que llegara a la puerta de entrada. Stef la aferró por la cintura y enterró el rostro en su abdomen. Gabe se inclinó hasta quedar a la altura del rostro de su sobrino—. Stef,

¿podrías ir un rato con Miranda y Gennie? —El niño clavó la mirada en Mor como si temiera que se esfumara. Se podía distinguir la amenaza de las lágrimas en sus ojitos grisáceos—. Mor no se irá.

—Stef, tu tío y yo tenemos que hablar —confirmó Morrigan a la par que le pasaba una mano por el cabello a Stefano—. Luego seré toda para ti, lo prometo.

El pequeño asintió y partió en busca de sus amigas, no obstante, cada pocos pasos volteaba a constatar que ella continuaba allí.

—¿Qué ocurre? —preguntó Gabe apenas quedaron solos. Las lágrimas brotaron de los ojos femeninos y se deslizaron por sus mejillas.

—Es demasiado —confesó ella con voz ahogada.

—¿Qué es demasiado? —Quiso saber él sin comprenderla.

—¡Tú lo eres! Esa veta paternal que has desarrollado y tus risas, tu sensibilidad, todo es demasiado.

Gabe suponía que Mor había llegado unos instantes antes de que él la divisara y lo había contemplado en silencio mientras él bromeaba con sus amigos y luego con Stef.

—Ven —pidió Gabe y extendió su palma. Su corazón palpitaba como un tambor alocado y su sangre se espesó en cuanto la delicada mano femenina tomó la suya—. Quiero enseñarte algo.

Caminaron despacio, y él la condujo hacia la puerta que la vez anterior había estado cerrada con llave.

—Este era mi lugar preferido y se transformó en un sitio muy doloroso para mí. —Abrió la puerta y en medio de la habitación se hallaba un piano de cola color negro. Se adentraron en la sala que conformaba un evidente salón de música en el que también se encontraba una guitarra y un bajo—. Pasaba horas en este sitio junto a Chez y Paulie. Aquí compuse todas las canciones que tocábamos en nuestra banda. Muchas veces nos acompañaba Martin mientras él escribía sus historias. —Se aproximaron al gran instrumento central: el piano negro—. Sobre las teclas de ese piano encontré la nota de Martin en la que me justificaba su partida, su búsqueda de su sueño, al poco tiempo de morir mi padre. Cerré esa puerta para no abrirla nunca más cuando, unos meses después, mi mamá tomó la decisión de abandonarme también. —Deslizó las yemas por las teclas—. No había vuelto a tocar un piano hasta la noche en que fuimos a Chesterfield. Aquí es donde mis sueños murieron para siempre.

—Oh, Gabe —Mor enlazó sus brazos al izquierdo de él, pegándose a su costado—, no tienen por qué morir.

—No, no tienen. —Sacudió la cabeza, lo que hizo que unos mechones negros cayeran sobre sus ojos—. Pero ya no son esos sueños los que tengo ahora. Ahora persigo otros.

—¿Cuáles? —preguntó ella, y le acomodó los mechones a un lado con un delicado movimiento de su mano.

—Unos que te incluyen y espero que estos no tenga que descartarlos, Mor —murmuró y fijó la vista en aquellos labios carnosos que tanto ansiaba volver a besar, pero se contuvo. Necesitaba sacar todo lo que lo corroía por dentro de una buena vez—. Porque realmente no creo que pueda.

—Gabe...

Tomó aire y continuó:

—Te has metido tan bajo mi piel y tan dentro de mi corazón que me es imposible pensar. —Posó ambas palmas sobre los hombros femeninos, y ella alzó sus hermosos ojos felinos hacia él—. La frialdad que me caracterizaba ya no me es conocida y no sé cómo ser esta persona sintiente, quiero compartir esta revolución de sentimientos contigo y con Stef. —Le deslizó la punta de los dedos por las mejillas y, con suma delicadeza, la tomó por la barbilla para brindarle un pequeño beso, apenas como el toque del aleteo de una mariposa, y la soltó.

Gabe se acomodó en el banco y tiró de la mano femenina para que tomara asiento a su lado. Posicionó las yemas en las teclas blancas, luego las deslizó por estas y por las negras. Cerró los ojos con fuerza y se concentró en sentir la suavidad bajo sus dedos. ¡Dios, había extrañado tanto a su viejo amigo! Sin abrir los ojos, sus dedos comenzaron a tocar una de sus canciones. Tal vez hubiera olvidado las notas, pero ellos tenían memoria y sabían cuál venía después de la anterior. Un sollozo escapó de sus labios sin poder contenerlo. Tantos malos recuerdos en aquellas cuatro paredes, tanta añoranza que había poblado su existencia de joven, aquella melodía que había sido su razón de ser en el pasado.

Sintió como un brazo se pasaba por su cintura y la mejilla de Mor descansaba en su hombro, su corazón se repletó de felicidad. Tenía a sus dos amores con él ahora. Su música y la mujer que amaba.

—Tienes tanto talento, Gabe —dijo ella en cuanto él tocó la nota final. Le pasó la mano por el cabello oscuro y le tomó el rostro entre sus palmas hasta voltearlo hacia ella—. No puedo comprender que te hubieras anulado de esta manera por tantos años.

—Yo...

—Eres tan sensible y no hacías más que esconderte detrás de esa máscara de hombre irritable y desdeñoso que tanto había llegado a detestar.

—No te engañes, también soy ese, vida —aclaró. Ella debía aceptar todo de él, también al hombre irascible que gruñía y sacaba conclusiones apresuradas.

Morrigan asintió y sonrió.

—Sí, lo eres. ¿Pero sabes qué? Esa parte de ti también la he llegado a amar. Y aunque me sea incomprensible, estos días extrañé tus miradas airadas y tu ceño fruncido más que nada.

—Yo no frunzo el ceño —negó él y pudo sentir su ceño fruncido en su rostro.

—Oh, claro que lo haces. —Mor posicionó una yema en su entrecejo y lo masajéo levemente—. Cuando hay algo que no puedes descifrar del todo bien.

—Como cuando decidí que una mujer me desagradaba, pero con cada conducta suya no hacía más que gustarme y gustarme. —Gabe la encerró en un abrazo de oso y enterró el rostro en la curvatura de su cuello, absorbiendo aquel aroma floral y dulzón de ella—. Me estaba volviendo loco sin ti, gata de fuego.

Ahora fue Mor quien soltó un sollozo y se hundió contra su torso, clavando las uñas en sus hombros.

—No vuelvas a dejarme de nuevo, Gabe. No podría resistirlo.

—Nunca más, lo juro. No puedo respirar sin ti, es como si fueras mi oxígeno, mi droga para vivir. —Gabe la mantuvo entre sus brazos sin precisar el tiempo, la gente en el jardín ni la carne en la parrilla, solo la mujer que tenía contra él—. Tengo un regalo para ti. —Gabe se alzó y buscó una cajita forrada en

terciopelo negro que había sobre la repisa del hogar en la pared a la que daba la cola del piano. En cuanto vio que ella amplió los ojos al divisar su regalo, él le advirtió—: ¡No es lo que piensas!

Cuando Mor abrió la cajita, rompió en risotadas y lágrimas comenzaron a rodar por sus mejillas, pero estas eran de felicidad. De dentro sacó un brazalete de alerta médico.

—¡Oh, por Dios, Gabe! —exclamó entre risas y sollozos—. Es el brazalete más horrible que haya visto en mi vida.

Se trataba de uno de aquellos de goma de color blanco con el símbolo de emergencia médica conformado por la cruz de la vida y la vara de Asclepius, que consistía en una vara rodeada por una serpiente.

—Por supuesto, debe serlo. —Gabe lo tomó y se lo deslizó hasta la muñeca, le giró la mano a un lado y al otro y asintió con apreciación—. Si te comprara uno de esos bonitos como una pulsera de brillantes, ¿quién le prestaría atención? Con este a nadie le pasará desapercibido tu condición. Además tiene un código QR en el que constan todos tus datos más los míos como contacto de emergencia.

—Es el regalo más hermoso que me han hecho en mucho tiempo. —Ella no podía amar más a ese hombre, era tan increíblemente dulce que su corazón latía descontroladamente—. ¿Pero quieres ser mi contacto de emergencia?

—Quiero ser mucho más que eso —informó Gabe con voz ronca.

Mor le pasó las manos por el cabello y luego detrás de sus orejas.

—Te amo.

Gabe soltó un suspiro y esbozó la sonrisa más hermosa que ella le hubiera visto jamás, una que iluminó la estancia entera e hizo que sus rasgos se suavizaran sin restarle atractivo.

—También te amo, vida.

Sus labios se unieron en un beso que decía cuánto se habían necesitado en aquellos pocos días que habían estado separados, las disculpas y todos los errores que habían cometido. Era un beso que comenzaba a caldear el ambiente y que se tornaba cada vez más ardiente hasta que una carraspera y un toque en la puerta los detuvieron en el acto.

—Mis perdones, tórtolos —interrumpió Fred—, pero la carne ya está lista y los comensales, desesperados por hincarles el diente.

—Claro, tenemos invitados —declaró Gabe a Mor, le deslizó una yema desde el hombro hasta la punta de su dedo índice para luego entrelazar sus dedos.

—¿Tenemos?

—Tenemos, gata de fuego —afirmó y se alzó con la mano femenina bien aferrada en la suya—. Tenemos.

# Epílogo

—Bien, ¿están listos? —preguntó Mor con entusiasmo apenas vio descender del Maserati a Gabe y Stef. Los había estado aguardando en la entrada de la antigua casa de los padres de Gabe para presentarles su nuevo hogar—. ¿Qué es eso? —preguntó cuando vio una especie de rata en los brazos del niño.

—Es Nyah, nuestra nueva cachorra —anunció Stef con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Eso es un perro? —La cosa era igual a un roedor y encima calvo, tenía secciones en las que se notaba que no tenía pelo y lo poco que tenía era espigado, de diversos tonos de marrones más oscuros y más claros. En síntesis, era un animal feúcho y hasta parecía raquítico.

—La acabamos de adoptar en el refugio en el que trabaja Keyla. Estuvimos allí con Blake, no sé si te conté que él es veterinario, hace poco finalizó los estudios y comenzará a brindar atención médica a los galgos rescatados por la organización.

—Es decir, que eso es un perro galgo.

—Es una niña, Mor —aclaró Stef y le hizo una morisqueta con la nariz a la cachorra.

—Sé lo que piensas, pero Stef la vio y se enamoró. Se pondrá hermosa nos aseguró Blake, en cuanto la bañemos con un líquido especial y él le inyecte una medicación semanal. Parece ser que Nyah tiene una enfermedad llamada demodexia. No te preocupes, que no contagia, pero puede agravarse si no se trata, además está con conjuntivitis, desnutrición y no sé qué más. Él la reviso y le realizó una extracción de sangre para que sepamos más. Tenemos que darle unas vitaminas junto con su alimento especial para cachorro...

—Gabe. —Lo interrumpió Mor al contener apenas las carcajadas, lo que hizo que sus ojos se aguaran—. ¿Vas a hacer de enfermero de un perrito?

Gabe se encogió de hombros y le sonrió.

—Bueno, en realidad, esperaba que tú...

—¡Oh, no! Olvídalo. Los animales y yo... Mmm, no, definitivamente, no.

—Por favor, Mor —pidió Stef con aquella mirada tan inocente que estaba a punto de convencerla.

—Sí, Mor, por favor —rogó ahora su tío con las manos unidas en un símil ruego sobre su torso—. Por favor.

—Oh, está bien. Les ayudaré a cuidar de... ¿Cómo es que se llama esa... cosa?

—Nyah, es el nombre de una princesa que inventó mi papá y me contaba su historia antes de dormirme —explicó Stef y ciñó el abrazo sobre la cachorra que continuaba durmiendo contra su pecho.

—Es precioso, Stef —dijo y se inclinó para que su rostro quedara a la altura del niño—. Estoy segura de que Nyah será hermosa como su nombre. —Se elevó—. Ahora, ¿están listos para ver su nuevo hogar? —Ambos asintieron con una sonrisa amplia—. Bien.

Mor giró la llave en la cerradura y abrió la puerta. Entraron al vestíbulo y la mandíbula de Gabe cayó

abierta.

—Es... es...

—¿Sí? —preguntó ella, ansiosa por su reacción.

Él no contestó, sino que se apresuró hacia ella y la tomó en brazos. Mor soltó una carcajada cuando Gabe dio un par de vueltas con ella. Luego la descendió hasta que sus pies tocaron el suelo y él enterró el rostro en la curvatura de su cuello.

—Has hecho un milagro, Mor. Es precioso.

Se habían desecho de los empapelados de flores y los habían reemplazado por un pintura en colores claros, los muebles habían desaparecido y en su lugar había otros modernos y de líneas limpias y sencillas. Era un ambiente acogedor sin ser recargado, amplio y luminoso. Recorrieron toda la planta baja, sin que Gabe la soltara de la mano en ningún momento. Se notaba lo entusiasmado que se hallaba con cada modificación que ella había efectuado.

Dejó la sala de música para el final, después de haber visto toda la planta superior, puesto que no sabía si le agradaría lo que había decidido con respecto a esa estancia.

En cuanto entraron, percibió la tensión en Gabe. Él la soltó y se acercó al enorme instrumento negro que aún se hallaba en el centro.

—Sé que me dijiste que no querías nada que te recordara la casa anterior, pero pensé que el piano debía quedarse. No solo contiene recuerdos malos y planeo que recuperes todos los buenos.

Él la observó con intensidad.

—Un piano necesita alguien que lo escuche para ser tocado —dijo, y ella no comprendió a qué se refería.

—Pues estará Stefano aquí contigo.

—No es suficiente. Él tendrá sus amigos de la nueva escuela y sus pasatiempos, no debería quedarse encerrado aquí conmigo. ¿No crees?

—No comprendo.

—Este piano precisa alguien que lo toque, eso te lo concedo, pero el pianista necesita alguien que lo escuche y lo acompañe en su travesía musical. Una mujer que acepte hacer ese viaje junto a él.

A Morrigan se le cortó la respiración. ¿Qué es lo que él trataba de darle a entender? No podía ser lo que su mente le conjuraba. Miró a Stefano, que jugaba en el suelo con su nueva mascota, ajeno a lo que sucedía entre los dos adultos.

—Gabe, tienes que ser más explícito.

Él alargó el brazo y dejó colgar de sus dedos un llavero que contenía una llave. Una llave que era idéntica a la que abría la puerta de esa casa.

—Te amo, Morrigan Forrester, y con esta llave espero que aceptes vivir conmigo. —No le pasó desapercibido a Mor lo similar a un pedido de mano. Los ojos se le empañaron cuando él aferró su mano y la volteó para dejar caer la llave en su palma y luego cerrársela—. ¿Aceptas? —Ella no podía pronunciar palabra, era como si le hubieran robado sus cuerdas vocales—. Mor, sé que hace solo unos meses que estamos saliendo...

—Unos meses maravillosos.

—Sí, y que muchas veces nos hemos peleado...

—Para disfrutar de unas reconciliaciones —bajó la voz para que el niño no la oyera— candentes y muy sensuales.

—Eso es cierto, y que tal vez, yo...

—Acepto.

—¿En serio?

Mor le pasó los brazos por detrás del cuello y se pegó a él. Con la boca muy cerca de la masculina, aspiró su aliento hasta que sus labios se unieron en un beso perezoso y que confesaba los sentimientos indecibles que los sacudían por dentro.

—Desde el primer momento en que pensé en remodelar esta casa, te imaginé en ella con nosotros —admitió Gabe en cuanto sus labios se separaron.

—Desde el primer momento que me la mostraste, no pude más que imaginar vivir aquí con ustedes —reveló ella, emocionada.

—Bien. —Gabe le deslizó el revés de la mano por la mejilla y luego le aferró la mano en la suya. Se giraron hacia el niño que los miraba con una sonrisa plasmada en su rostro infantil—. Stef, tenemos una noticia que darte.



## Nota de autora

Nos volvemos a encontrar en una nueva entrega de Corazones en Manhattan. Espero que disfruten esta historia tanto o más que las anteriores.

En esta ocasión, quisiera aclarar sobre el aspecto físico de los personajes que aparecen a lo largo de la serie. En varios apartados, indico que son bellos, atractivos y hasta sin imperfecciones, sin embargo, no quiero que los vean como unos seres inalcanzables o fuera de la vida real. Cuando me refiero a ellos con tales atributos, lo hago a través de la mirada de su *partenaire* protagónico, es decir, desde un cristal bañado tanto sea por el cariño, el deseo y/o el amor. Se trata de personas que nos podríamos encontrar en la vida cotidiana, que nosotros podríamos conformar o con los que podríamos interactuar o identificarnos. ¿A quién no le sucede que a sus amigos los ve hermosos? Es que el interior traspasa lo físico, otorgándole cualidades que quizás no estaban en una primera impresión. Al menos a mí me ocurre que, al contemplar a mis amigos, los encuentro bellos, y ni qué hablar de la persona que amo, sé que no es perfecto, pero a mis ojos es un hombre inigualable, tanto por dentro como por fuera.

Eso es lo que quiero plasmar cuando hablo de mis personajes con atributos físicos halagadores, no que no tengan ciertas fallas, sino que con el manto de los sentimientos positivos hacia ellos, se van desvaneciendo hasta conformar una imagen que irradia lo que hay en su interior. Y ese interior es precioso.

Por la misma razón, también sus vidas tienen escollos tanto en su pasado como en su presente. ¿Quién tiene una vida perfecta? Definitivamente, yo no he tenido una historia color de rosa y he tenido que sortear lo que el destino ha puesto en mi camino hasta llegar al presente que me he ganado. Y eso le ocurre a ellos, han sorteado los obstáculos, o las pruebas si se quiere, que les ha dado el destino para lograr el presente. Se podría usar la palabra resiliencia en algunos casos, fuerza y capacidad de sobreponerse a la adversidad, en otros. Mi intención es solo plasmar que la vida no siempre es fácil y que no viene todo servido en bandeja, sino que hay que luchar con uñas y dientes para ser felices. Pero, sobre todo, que el pasado no fija nuestro futuro, nosotros lo hacemos.

Solo espero que puedan verlos como seres reales, con dificultades cotidianas y hasta identificarse con ellos, y más aún, que los amen como lo hago yo.

Disfruten su lectura, y ya saben, me encanta que me den sus devoluciones y comentarios.

Camilla Mora

Si te ha gustado

*Amor entre paréntesis*

te recomendamos comenzar a leer

*Desde que te dije adiós*

de Isabelle Cruz

Selección RNR



DESDE que  
te DIJE ADIÓS

Isabelle Cruz



Romance Actual

# CAPÍTULO 1

*En un gesto de hastío o tal vez de desesperación, él se mesó los cabellos.*

*—¡No te pongas así! Créeme, lo he pensado mucho: es lo mejor para todos.*

*Aquella sentencia fue un golpe brutal; cada palabra, una herida. Ella no podía dar crédito a sus oídos. Si había algo de lo que estaba segura apenas unas semanas atrás era que la gran historia de amor que estaba viviendo duraría para siempre; pero, de algún modo, su pareja, el dueño de su alma y de su felicidad, aquel que creía ser el amor de su vida, se había plantado frente a ella para decirle que no quería verla más; que la relación se había vuelto complicada; que lo ahogaba...*

*El aire escapó de sus pulmones, sus manos empezaron a temblar. Para su eterna vergüenza, perdió cualquier vestigio de control: ignoró los airados reclamos de su orgullo, rogó, suplicó, intentó hacerle cambiar de opinión. Pero la decisión estaba tomada. ¡Fue tan doloroso darse cuenta de que sus lágrimas solo conseguían irritarlo! Las fuerzas la abandonaron de súbito, agachó la cabeza y, entre labios resecos, apenas pudo articular:*

*—¿Cuándo te vas?*

*—En cuanto quede listo el papeleo. No debe tardar mucho.*

*Ella asintió casi imperceptiblemente. En medio de una extraña sensación de irrealidad, se dio media vuelta y empezó a avanzar con pasos de ciego. De pronto, sintió algo húmedo y suave bajo las plantas de sus pies: la arena de una playa desierta, iluminada apenas por los pálidos rayos de la luna. El mar, inmenso y poderoso, se extendía frente a ella; murmuraba una invitación, extendía una promesa de paz. Avanzó un paso, luego otro, pero al sentir el agua fría contra la piel tuvo miedo. Miró hacia atrás. Él le había dado la espalda. Había empezado a alejarse sin importarle que nunca se volverían a ver. Apretó los puños, irguió la cabeza y se permitió una última lágrima antes de cobijarse con ese líquido manto.*

En medio de la oscuridad, Lucía Durán abrió los ojos. Temblaba todavía, la funda de su almohada estaba empapada. Agradecida, recordó que no estaba sola y buscó el reconfortante calor del hombre que dormía a su lado. Se colocó con cuidado sobre su pecho.

*—¿Lucy? —dijo él, estrechándola de manera automática—. ¿Qué pasa, chérie?*

*—Shhh, nada. No pasa nada. Vuelve a dormir.*

\*\*\*

TRES DÍAS ANTES

A pesar de haber vivido casi dos años en aquel departamento en la colonia Condesa, este seguía

trayéndole a su dueña, Lucía Durán, una sonrisa a los labios. Era pequeño, pero estaba bien iluminado. Viejo, pero lo estaba renovando poco a poco. Caliente en verano y frío en invierno, pero ubicado en una de las colonias más *chic* de la ciudad y, además, era enteramente suyo... o lo sería en algunos años cuando acabara de pagar la hipoteca.

Compartía el espacio con su mejor amiga y compañera de trabajo, Cecily Giraud, canadiense de ascendencia hindú, quien no solo llegó a aportar fondos a la causa, sino que trajo consigo una inmejorable compañía, una presencia tranquila y optimista, intereses similares, oídos siempre dispuestos a escuchar, cenas caseras y Orden. Así, con O mayúscula.

Finalmente, Lucía había dado con la compañera ideal. Alguien tan organizada como ella había tenido, desde sus tiempos de estudiante, muchos disgustos por culpa de compañeros que organizaban fiestas y tardaban días en recoger botellas y vaciar ceniceros o que dejaban el fregadero repleto de trastos sucios o abandonaban sus toallas mojadas en el suelo del baño.

A Dios gracias, con Cecily la historia era otra. Todas las semanas hacían una limpieza general y con cierta regularidad dedicaban algunas horas a meterse a detalle en alguna sección de su vivienda.

Esa tarde en particular, estaban concentradas en la librería que dividía parcialmente sala y comedor.

—Si no me hubieras obligado, Ceci, este mueble se habría quedado así hasta el final de los tiempos. No sé por qué me resistía tanto a deshacerme de estos papeles.

Con el sacudidor que traía en la mano, Cecily señaló el estante donde Lucy había acomodado documentos, libretas de notas y libros de texto de sus tiempos de estudiante en Versalles.

—Porque tratándose de perfumes, *friend* —dijo la canadiense con una sonrisa indulgente—, eres obsesiva. ¡Aunque guardar tus apuntes de la escuela es demasiado! Sobre todo, después de dos mudanzas internacionales. Estoy segura de que tú eras... ¿cómo le dicen aquí a las personas que se pasan estudiando todo el tiempo y solo sacan las mejores calificaciones?

Lucía frunció unas cejas oscuras, casi negras, que destacaban el color de hierba de sus ojos, y se inclinó hacia el estante al que su amiga se refería. Lo había dejado para el final porque sabía que esa tarde se desharía de todo aquello. Con cierta reticencia empezó a formar una pila sobre la mesa de centro. Tal vez podría ocupar el espacio con la linda colección de arte que había visto en una librería hacía poco.

—*Matada* o ñoña, pero de una vez te digo que para mí no es un insulto. Además, tú sabes lo exigentes que son en el ISIPCA. En cada una de estas hojas hay mucho trabajo invertido.

—Lo sé, pero ya cumplieron su función. —Abrió uno de los cuadernos y empezó a hojearlo—. ¡Mira, este es del 2004! Y lo has usado ¿cuántas veces desde que vivimos juntas? Déjame, lo pienso, mmm: ah, sí, *nunca*. Pero te sugiero que no lo tires. Tal vez puedas necesitarlo más adelante.

Lucía giró los ojos al cielo y le puso el montón que había reunido entre las manos.

—¡No molestes y ponte a trabajar!

De buen grado, su amiga hizo lo que le pedía, concentrándose en quitar grapas y clips de los papeles que irían a parar al reciclado, mientras movía la cabeza al ritmo de la música latina que Lucy había elegido como fondo para la actividad.

Consternada, Lucy echó un vistazo a la pila que crecía. Desde el momento en que decidió que esa

limpieza era imposterizable, había querido realizarla de un modo rápido y eficiente. Porque esos papeles no solo estaban impregnados de esfuerzo, sino, también, de una profunda melancolía.

Por esa razón había procrastinado tanto. Tenía miedo de despertar los fantasmas del pasado, de recordar a la joven que había sido diez años atrás. Sin embargo, ya estaba escrito que debía enfrentarse a aquellos espectros, pues, inesperadamente, escuchó de labios de su amiga una frase que le erizó los vellos de la piel:

«Solo cerrando las puertas detrás de uno se abren ventanas hacia el porvenir».

—Mmm, *catchy*. Esta es tu letra, ¿verdad? —inquirió, mostrándole una servilleta maltratada por el tiempo.

Lucía no pudo responder. Había sido catapultada a otro país y otro tiempo. Se vio a sí misma tomando una infusión, sola, un día lluvioso en el cual la tristeza le tenía el alma humedecida. Su grueso libro de texto esperaba en el fondo del bolso, pero la revista que alguien había olvidado sobre la mesa del bistró le había llamado más la atención y se puso a leerla. No tenía ánimo de estudiar, extrañaba a su madre, su casa, su idioma, su comida... y lo extrañaba a él, estupidez mayúscula, y a lo que no pudo ser.

«Solo cerrando las puertas detrás de uno se abren ventanas hacia el porvenir», aseguraba Françoise Sagan en esas páginas. La mirada de Lucía, su conciencia, todo su ser, se detuvieron en aquella frase, como magnetizados. Sus labios las pronunciaron entonces, sin voz, varias veces.

De pronto le pareció que el destino estaba allí, hablándole en blanco y negro y ella, cansada ya de llorar, decidió tomarlo en serio. ¿Acaso no estaba en un lugar precioso? ¿Podía o no acceder a la mejor olfateca del mundo? ¿Estaba o no rodeada de cultura, de personas interesantes, de cosas por aprender, de nuevos retos? La respuesta a todas esos interrogantes era, por supuesto, afirmativa y entonces se dio cuenta de que solo quedaba una última cuestión por responder: ¿tenía o no la capacidad y la voluntad para salir adelante?

—Lucy, ¿estás bien?

La aludida parpadeó, se acomodó los rizos detrás de las orejas y sonrió sin mucho entusiasmo. Dijo que sí a pesar de que estaba siendo abrumada por los recuerdos.

—Ah, ah. Tú tienes una *something face*. Te propongo algo, yo termino aquí y tú preparas unas margaritas.

—¿Ahorita? —preguntó con asombro.

—¿Por qué no? Ya sabes lo que pienso: no hay nada que conduzca mejor a una buena confesión que unas cuantas copas de tequila.

\*\*\*

A la mañana siguiente, Lucía se paró a trabajar con una ligera resaca, pero con el alma más ligera. La perspectiva de ir al trabajo siempre le alegraba el día.

Años después de tomar la trascendental decisión de reinventarse, de hacerse fuerte, tal como se lo había contado a Cecily la tarde anterior, había cosechado los frutos de su esfuerzo: acababa de graduarse

cuando la contrataron en las oficinas centrales de *AIR Fragrances* en Montreal, empresa que tenía representación en tres continentes y cuyos empleados se dedicaban con entusiasmo a desarrollar fragancias para aromatizantes ambientales, productos para la limpieza del hogar, para el lavado de la ropa y el cuidado del cuerpo. También contaban con un pequeño catálogo de perfumes y fragancias finas, hechas, en ocasiones, *a la medida* para algún cliente selecto.

En *AIR* podía dedicarse a hacer lo que la apasionaba y ¡le pagaban por ello! Por si eso fuera poco, tuvo la suerte de que, tras laborar un par de años en Canadá, consiguió su cambio a México para regresar al lado de su madre, quien había estado delicada de salud. ¿Qué más podía pedir?

Crear su propio perfume.

Y, ahora, también estaba por alcanzar ese sueño.

—¿Lista Ceci? —preguntó a través de la puerta del baño—. Se nos hace tarde.

Su amiga emergió a los pocos segundos con una expresión que evidenciaba su mal humor.

—Recuérdame la próxima vez que proponga tomar algo a base de tequila, que cuatro es mi límite, ¿ok?

Lucy se tragó una risita.

—¿O sea que no hay desayuno? Me parece que hoy era tu turno de prepararlo.

Con paso cansino, Cecily se dirigió a la cocina y sirvió un vaso con agua dentro del cual soltó un par de analgésicos efervescentes.

—Imposible. Vámonos ya, te compro un chocolate y un *croissant* en el camino.